

POR LA AUTORA DE LOS AMANTES DE PRAGA

ALYSON
RICHMAN

SOFIA LUNDBERG Y M.J. ROSE

El club de las
pintoras

 Planeta

ALYSON RICHMAN ■ SOFÍA LUNDBERG
■ M. J. ROSE

EL CLUB DE LAS PINTORAS

Contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Epílogo

Acerca de las autoras

Créditos

Planeta de libros

La vida es una farsa si una persona no sirve a la verdad.

—Hilma af Klint

Capítulo 1

Octubre de 1933

Isla de Munsö, Suecia

Anna acercó la última carta a la llama y observó cómo el delicado papel se enroscaba desintegrándose, mientras las palabras se evaporaban en cenizas. Había pasado las últimas horas leyendo cada una de las cartas, recordando cada detalle y cada momento escrito. A medida que el fluir y refluir de la correspondencia la hacía retroceder en el tiempo, sentía cómo se desvanecía el peso de su cuerpo, ahora viejo, y desaparecían los achaques y dolores de la edad, en tanto que su corazón volvía a llenarse de la energía y robustez de su juventud.

Incluso con el pelo blanco y la piel plagada de líneas, ambas mujeres conservaban las auras distintivas que las habían caracterizado desde jóvenes. Hilma exudaba una fuerza física palpable, en tanto que Anna parecía más etérea, como el aliento o el agua: un color que no podía detectarse del todo pero que podía sentirse alrededor. Años de frágil salud y ataques de asma la habían hecho abstenerse de cualquier tipo de esfuerzo físico, pero su mente y su espíritu eran tan decididos como los de su amiga, solo que funcionaban de un modo diferente.

Justo esa tarde, Hilma le había dado instrucciones para que quemara sus viejas cartas, en tanto ella seguía embalsando sus cuadros y colocando en cajas de madera sus diarios y los cuadernos de las reuniones que, décadas atrás, había celebrado el club de los viernes por la noche.

La casa de campo en Munsö era suficientemente grande como para guardarlo todo, exactamente al gusto de Hilma. Anna había construido la estructura en un terreno que le había cedido una familia muy cercana a la suya, con lo que garantizó a Hilma el espacio y la estabilidad necesarios para que pintara sin preocupaciones. El estudio se construyó con techos altos y grandes ventanales, creando una bóveda artística repleta de imponentes lienzos saturados de brillantes constelaciones de halos y estrellas. Era casi como si Hilma hubiera subido con una escalera hasta el cielo y bajado todos los misterios encaramados allí, pintándolos con un caleidoscopio de colores, como si fuera el ojo de una cerradura por el que otros podrían contemplar los cielos.

La propiedad, situada cerca del lago Mälaren, había sido un refugio tanto para Hilma como para Anna. Durante el otoño el viento soplaba haciendo caer las hojas de los abedules y robles, mientras el aire se perfumaba con agujas de pino y bayas de enebro. En el verano, el campo se encendía con prados de amapolas rojas, campanillas y margaritas silvestres. Ambas habían hallado sustento en la naturaleza siempre, en las vicisitudes de las estaciones y en la manera en que un paisaje podía transformarse mágicamente de un verde exuberante a un blanco níveo.

El mes anterior, Anna había hecho un voto personal de disfrutar de toda la belleza exterior que pudiera. La vejez se había instalado en sus huesos con firmeza y no estaba segura de cuántos viajes a la isla le quedaban. La luz del pleno verano ofrecía poca oscuridad e Hilma, olvidándose de consultar la hora en el reloj de pie, solía trabajar pasada la medianoche, ya que solo entonces se oscurecía el cielo; así que por las mañanas Anna salía a pasear temprano mientras Hilma dormía algunas horas.

Saliendo de su breve letargo nocturno, la isla dio la bienvenida a Anna. Las abejas zumbaban entre las campanillas moradas, las mariposas levantaban el vuelo y los mirlos y las gaviotas blancas llenaban la brisa con sus cantos. Al acercarse al lago, Anna se quitó las sandalias y las dejó sobre la hierba. Luego se subió hasta las rodillas la larga falda y empezó a vadear lentamente el agua, regocijándose al

sentir el frío contra su piel. Estos rituales cotidianos la revitalizaban y le ayudaban a volverse a sentir como una jovencita, a pesar de estar atrapada en un cuerpo de casi setenta y cuatro años.

Siempre le había gustado el agua, pues la sentía como una prolongación natural de su espíritu. Quizá por eso su amistad con Hilma había sobrevivido tanto tiempo: si Anna era como el agua, Hilma era el fuego; pero con el tiempo había aprendido a suavizarle el temperamento, sacrificando a menudo sus propios sentimientos porque, por encima de todo, quería que Hilma siempre creara.

Las semanas anteriores habían sido especialmente intensas y llenas de desafíos. La concentración de Hilma siempre había sido absoluta y no tenía tiempo para hacer pausas para comer o dar paseos en busca de fresas, a pesar de las invitaciones de Anna.

El año anterior, cuando se acercaba su septuagésimo cumpleaños, Hilma había decidido que sus 1 200 cuadros y 125 cuadernos se guardarían bajo llave para las generaciones futuras y que no serían revelados hasta veinte años después de su muerte. En sus páginas, aquellos cuadernos detallaban mucha vida y muchas visiones. Estaban escritos no solo de puño y letra de Hilma, sino también por el resto de las mujeres del grupo espiritual y artístico al que ella y Anna se habían unido casi 40 años antes, y al que se referían cariñosamente como «De Fem» o «Las Cinco».

Tras graduarse de la Real Academia de Bellas Artes de Estocolmo, Hilma y Anna pasaron varios años ampliando sus límites artísticos más allá de la simple representación de paisajes y retratos. Su deseo de llegar más lejos de aquello a lo que aspiraban sus compañeros de escuela las definía. Después de todo, su amistad se había cimentado en un desdén mutuo por las convenciones. Anna tuvo la suerte de que su madre, viuda, nunca la presionó para que se casara y, en cambio, las animó a ella y a sus hermanas a seguir sus propios caminos individuales. Por su parte, Hilma había tenido una gran fuerza de voluntad: nadie, ni siquiera su padre, oficial naval de alto rango, pudo apartarla de lo que creía que era su verdadera vocación: su arte.

Y qué afortunadas se sintieron ambas cuando unieron fuerzas con las demás: Cornelia, Matilde y Sigrid. Al igual que Hilma y Anna, rebosaban curiosidad y ganas de trascender las normas cotidianas de su existencia.

Durante cuarenta años las mujeres cultivaron su amistad. A Anna aún le costaba creer que Hilma y ella eran las únicas supervivientes de su club especial, ya que Matilde, Cornelia y Sigrid habían fallecido. Algunos días, cuando Hilma y ella abrían las ventanas de la casa, el aire fresco del lago parecía transportar el espíritu de alguna de las otras tres: las páginas de los diarios de Hilma crujían o algún cuadro se volcaba de vez en cuando. Apenas hacía unos días, una paloma blanca había anidado en el exterior mientras Hilma trabajaba, Anna la estudió atentamente.

—Creo que Cornelia ha venido a visitarnos hoy —anunció Anna antes de volverse a mirar a Hilma, que guardaba cosas lenta y metódicamente. Nunca le decía cuándo sentía la presencia de Matilde; siempre era cuando el cielo se nublaba y los ratones correteaban bajo las tablas del suelo, un ritmo indeseado que irrumpía en su paz y tranquilidad.

No obstante, esa noche solo estaban ellas dos en la casa. Casi habían concluido los últimos preparativos. Tras clavar la penúltima caja, Hilma levantó la vista y miró fijamente a Anna al tiempo que una sonrisa se dibujaba lentamente en sus labios. Su pelo blanco repentinamente se tornó dorado ante los ojos de Anna y sus ojos azul ártico se llenaron de vida. Revitalizada, como las líneas en blanco y negro de un libro para colorear que de pronto se llenan de color, sonrió con determinación.

—Ya casi acabo, Anna. Vuelve y termina con las cartas, los diarios también.

Anna hizo una pausa.

—Es toda nuestra vida, Hilma. No es tan fácil. —Se miró las palmas de las manos y se le quebró la voz. Un poco de ceniza se había desprendido de sus dedos y una parte de ella no quería limpiarse nunca aquellas manchas oscuras.

—Se me juzgará por mi trabajo y por nada más —respondió Hilma con firmeza.

En algún momento, Anna habría podido hacerla cambiar de opinión, o al menos entablar un diálogo y tener la posibilidad de influir en ella, pero ese periodo se había esfumado hacía tiempo. Ya no se podía discutir con Hilma. El pasado había quedado atrás, y Anna reconoció que debía alinearse con la visión de Hilma, imaginando un futuro en el que los cuadros y cuadernos embalados pudieran hablar por sí mismos.

Anna hizo lo que se le había ordenado. Elevándose sobre la pequeña hoguera creada con ramitas secas que había recogido del jardín, tomó la última carta y la leyó despacio, pero esta vez en voz alta, articulando cada palabra como si fuera una bendición que quería que quedara sellada en su corazón para siempre.

Encendió la llama. Carta tras carta, todas se desintegraron en una columna de humo.

Entonces, abrió uno de los diarios encuadernados en cuero de Hilma y apareció una única fotografía, que no era solamente de Anna e Hilma, sino de las cinco mujeres juntas. La sostuvo sobre el fuego. Los rostros de sus amigas resplandecían mientras el papel se ablandaba y doblaba por el calor. Se dio cuenta de que nunca podría quemar eso, pese a los deseos de Hilma. En su lugar, deslizó la foto dentro del bolsillo de su delantal, y luego colocó los diarios restantes encima de las brasas ardientes.

Cuando todo quedó reducido a cenizas, se agachó y recogió un poco del polvo oscuro en un sobre y lo tomó para dárselo a Hilma.

—Toma —pronunció en voz baja—. Guárdalo en un lugar seguro para que pueda descansar entre el resto de las cosas sagradas.

Hilma aceptó el sobre y lo colocó dentro de la última de las cajas. Anna se dio la vuelta justo cuando se escuchó el sonido del martillo golpeando el último clavo de la tapa.

Caminaron hacia el exterior, y salieron juntas del estudio. Hilma cerró las grandes puertas y pasó un candado encadenado por sus

manijas, echando el cerrojo, y luego le extendió la mano abierta a Anna.

—Ven, mi vieja amiga —señaló, y Anna sintió sus largos dedos entrelazados con los de Hilma. El calor de la piel de Hilma recorrió su cuerpo como una medicina que necesitaba con urgencia.

Caminaron en silencio hacia el campanario, como dos pequeñas figuras, dejando atrás el pasado. Anna cubrió con la mano el bolsillo del delantal, llevando consigo a las otras tres, como creía que se merecían por derecho.

Capítulo 2

Eben

Presente

Nueva York

Se dice que el curador tiende puentes entre el artista y el público. Como constructor de puentes, siempre he intentado no imponer mis propios límites a una exposición, sino dejar que sea la obra del artista la que los determine. Si eso denota falta de imaginación de mi parte, puedo aceptarlo. Soy demasiado consciente de lo peligrosa que puede ser la imaginación. Sin embargo, me fascina su poder y he organizado mi vida de forma que pueda estudiarla. Así que, en retrospectiva, no debí haberme sorprendido cuando la fuerza de la creatividad de una artista en particular desorganizó mi vida y cambió por completo su trayectoria.

Todo comenzó en Estocolmo, Suecia, hace más de dos años, un nevado viernes por la noche. Estaba perdido, tenía mucho frío, y me maldecía por aventurarme a salir de mi hotel sin revisar el clima y llevar un mapa, pero no estaba nevando cuando salí y solo había planeado aventurarme a cruzar la calle.

El Gran Hotel, literalmente uno de los alojamientos con categoría de Gran Dama de Europa, estaba situado en el paseo marítimo. A Estocolmo la llamaban a menudo la Venecia del Norte. Al principio me había quedado en la explanada mirando los grandes trozos de hielo que flotaban río abajo como piezas irregulares de un rompecabezas y luego, sintiéndome intrépido, caminé un poco más lejos. Al llegar al Strömbro, crucé la calzada y, al otro lado, me

adentré en Gamla Stan, la Ciudad Vieja, construida originalmente a finales del siglo XII.

Con la sensación de haber retrocedido en el tiempo, deambulé encantado por los edificios de colores pastel y las estrechas calles empedradas. La nieve empezó a caer con rapidez y luego se volvió densa. Sabía que debía regresar, pero no estaba seguro de qué camino tomar. Creí que acababa de trazar un gran círculo cuando me percaté de que una mujer se dirigía hacia mí.

Al pasar ella por debajo de una farola, lo primero que noté fue el destello de su pelo color champán. Lo siguiente fue su rostro triangular de nariz afilada y sus ojos anchos y de forma almendrada, ojos que se ensancharon hasta proporciones casi imposibles al advertir mi presencia.

Blythe Larkin no intentó abrazarme cuando se acercó, ni me tendió la mano para que se la estrechara. Cuando me di cuenta, en ese momento de confusión, de que ni siquiera sonreía, me invadió una ola de tristeza.

Poco antes, en la recepción inaugural de la conferencia, todo mundo había estado hablando de que hacía mucho frío incluso para Estocolmo, pero Blythe solo llevaba un abrigo delgado. Se me ocurrió que debía quitarme el mío, más pesado, y ponérselo sobre los hombros. Luego me recordé a mí mismo que ella ya no era alguien a quien yo debía cuidar. De hecho, nunca había necesitado que la cuidaran.

No esperaba verla esa noche, pero desde hacía años sabía que era posible que me volviera a cruzar con ella. Existen ciertas inevitabilidades. La posibilidad de que dos personas cercanas en edad, que trabajan en el mismo pequeño campo, asistan en algún momento a la misma inauguración de museo, exposición en galería, bienal o simposio, es cualquier cosa menos una alineación mística de los astros.

—Eben Elliot —dijo Blythe, como si mi nombre fuera todo un pensamiento.

—¿No tienes frío?

—Un poco. —Se rio como siempre lo había hecho de mis *non sequiturs*, y el sonido amenazó con devolverme a los recuerdos—. No sabía que iba a nevar.

—Yo tampoco —dije.

—¿Qué haces aquí? —empecé a preguntar, y luego me di cuenta de que conocía la respuesta—. Por supuesto, debes estar aquí por la conferencia. Excepto que no te vi hoy en la recepción de apertura, ¿cierto?

—Me la perdí. Un retraso en casa.

¿En casa? No sabía si eso seguía siendo en Londres o no y la idea me pareció inquietante.

—Pero ahora estás aquí —soné como un idiota, pero, en mi defensa, no la había visto en ocho años y estaba perplejo.

—Así es —asintió—. Voy a dar una charla, de hecho, sobre el tema de mi nuevo libro.

No había leído el programa. Ni siquiera debía asistir a ese simposio.

—Sí, felicidades, ya te han publicado dos libros, ¿verdad?

¿Por qué preguntaba como si no lo supiera? Sus dos libros estaban en la tienda de regalos del museo donde trabajaba. Siempre que pasaba por allí, su nombre en las portadas me saltaba a la vista como si estuvieran iluminadas en neón y parpadearan.

—¿Adónde te diriges? —preguntó ella, señalando la calle.

—Intentaba volver al hotel, pero salí...

—¿Saliste sin mapa? —interrumpió ella con una mirada cómplice.

Es a la vez molesto, entrañable y embarazoso que un antiguo amante te recuerde lo poco que has cambiado.

—Eso parece.

—¿Te alojas en el hotel de la conferencia?

Asentí.

—Yo también. Iba a volver, vamos. —Señaló en dirección contraria a donde yo había estado a punto de girar.

Tuve un repentino recuerdo de una escultura gigante de Louise Bourgeois que había sido subastada hacía poco en Sotheby's: una

araña de bronce del tamaño de un gran salón. Resultaba irónico que Blythe, que no llegaba al metro setenta y era bastante delgada, me recordara a un arácnido de tres metros de altura. Era porque Blythe también tejía telarañas, tan pegajosas y sedosas como las que tejen las arañas. ¿Cómo podían unas criaturas tan diminutas hacer trampas mucho más grandes y fuertes que ellas mismas?

Cruzamos una gran plaza rodeada de edificios medievales con una fuente escarchada en su centro. La nieve que caía teñía toda la escena de cobalto.

—Se parece un poco a un cuadro de Eugène Fredrik Jansson.

Como no respondí, me explicó:

—Fue un paisajista sueco de finales del siglo XIX. Probablemente mejor conocido por sus paisajes terrestres y urbanos nocturnos dominados por tonos azulados.

—No conozco tan bien como debería a los pintores suecos —dije, pensando que debía dedicar algo de tiempo a rectificar eso mientras estuviera allí.

—Entonces, ¿qué ibas a hacer esta noche? ¿Solo pasear? —preguntó.

Claramente era una pregunta, pero la hizo como si ya supiera la respuesta, lo que era probable: algo más sobre mí que recordaba.

Cuando viajo suelo pasar el primer día y la primera noche paseando, en parte para hacerme una idea de la ciudad, en parte para hacer frente al desfase horario y en parte impulsado por la curiosidad de averiguar si hay algún lugar en este mundo que pueda sentir como mi hogar.

Mi pequeño rincón de Manhattan, donde siempre he vivido y ahora también trabajo, es el único lugar en el que me he sentido verdaderamente cómodo. No estoy seguro de por qué. Podría deberse, sin duda, a que nací y crecí allí. La sangre de los rasguños de mi infancia se había filtrado en esas banquetas. Experimenté mi primer beso en nuestros escalones de piedra rojiza. El funeral de mi madre se celebró en un templo a solo unas cuadras de distancia.

Aunque también es posible que no pueda imaginarme a gusto en ningún otro lugar debido a mi imaginación verdaderamente disminuida. Siempre he envidiado a los artistas y escritores cuyas mentes pueden emprender vuelos fantásticos... Marc Chagall, René Magritte, Dalí..., Gabriel García Márquez, Carlos Castaneda, Isabel Allende... De hecho, he envidiado a casi todos los malditos escritores de ficción, a cada pintor, escultor y dibujante que puede tomar su herramienta preferida y crear un simulacro del mundo. Yo no puedo hacerlo.

—No vi tu nombre en la lista de asistentes —dijo Blythe mientras salíamos de la plaza y nos dirigíamos a la calle Köpmangatan.

¿Así que había buscado mi nombre en la lista de inscritos?

—No estaba programado que viniera. Una colega del Guggenheim tuvo una emergencia familiar y ocupé su lugar.

El tema de la conferencia era la diversidad multicultural, un asunto serio para todos los coleccionistas, historiadores del arte, directores de museos y curadores. No había duda de que el mundo del arte había favorecido a los hombres blancos durante siglos y se estaba haciendo un esfuerzo por examinar y rectificar esta práctica. Me había alegrado que la Dra. Perlstein, mi supervisora, me hubiera designado para asistir en lugar de Audrey Titus. Yo tenía una conexión personal con el tema. Mi madre había sido escultora antes de su prematura muerte, cuando yo tenía dos años. Su obra había sido atrevida y descarada, y yo y varios estudiosos con los que había hablado siempre habíamos creído que habría recibido mucho más reconocimiento —a pesar de su truncada vida— si hubiera sido un hombre.

—Así que encontrarnos ahora no es tan surreal. Nos habríamos encontrado de alguna forma u otra —dijo ella.

Me volví para mirarla. Estaba mirando al frente, así que no podía verle los ojos, pero supuse que había júbilo en las verdes profundidades. Sí que nos conocíamos bien. Demasiado bien, tal vez.

En el pasado, cuando me hablaba de que el universo nos muestra un camino o que el destino interviene en un acontecimiento, tendía a burlarme de ella. «Ya hay suficiente misterio en la forma en la que

funciona el mundo sin que intentemos encontrar más», solía musitar. Ahora no podía evitarlo e involuntariamente invitaba más del pasado al presente:

—No, no un momento a lo Hécate.

Blythe había acuñado la frase, asociando el nombre de la diosa griega de la magia a lo que yo llamaba «coincidencias» pero que ella consideraba incidentes guiados por el destino o el *kismet*. No era formalmente religiosa ni creía en brujas ni magos, pero Blythe era una mujer muy espiritual, en contacto con el mundo metafísico. Nos habíamos conocido en nuestro primer semestre de posgrado en el Instituto de Arte Courtauld. Yo estaba escribiendo mi tesis sobre el uso de los orificios en las esculturas de Brancusi y Henry Moore, y ella estaba haciendo la suya sobre artistas que afirmaban que su arte estaba guiado por espíritus.

—Realmente lo dijiste sin ninguna ironía —dijo Blythe, sonando un poco sorprendida.

No la culpé por sentirse tomada por sorpresa. Yo había sido un verdadero cretino con las creencias de Blythe, y siempre pensé que mi cinismo había provocado nuestra ruptura.

—He tenido tiempo para reflexionar. Ha pasado mucho tiempo.

Ella asintió.

—Así es, Eben.

¿Sonaba melancólica?, ¿hosca?, ¿simplemente pensativa? No podía distinguir cómo se sentía. Diablos, ni siquiera sabía cómo me sentía yo. Habíamos estado juntos, inseparables y muy enamorados durante nuestros dos años en Courtauld. Entonces, justo una semana antes de la graduación, Blythe puso fin a nuestro romance. Yo regresé a Nueva York y Blythe permaneció en Londres. No nos habíamos visto ni habíamos estado en contacto desde entonces.

—Dijiste que no habías visto mi nombre en la lista de asistentes...

—¿Es eso una pregunta? No has mejorado con eso de terminar tus frases, Eben, ¿verdad?

Tenía la mala costumbre de suponer que la gente sabría hacia dónde se dirigían mis conversaciones. Era el resultado de mi capacidad para adivinar lo que iban a decir los demás, aunque nunca había podido hacer eso con Blythe. Ella nunca tomó el camino que yo esperaba, no era fácil leerla. Ella veía cosas que yo no veía en las pinturas; tenía ideas que nunca se me habrían ocurrido. Nadie me había sorprendido tanto como Blythe, y que me sorprendiera me dejaba alterado y desequilibrado. Tras nuestra ruptura, intenté consolarme pensando que al menos ya no tendría que sentir eso.

—Entonces, ¿por qué buscabas mi nombre en la lista de asistentes? —le pregunté.

Tomó aire como si estuviera decidiendo qué contestar.

—Siempre reviso.

Si hubiera querido que le preguntara por qué, no habría sido la primera vez que alguno de los dos decepcionara al otro.

Llegamos a la calzada y la cruzamos. Estuvimos callados el resto del camino de vuelta al Gran Hotel. Cuando llegamos, dos hombres estaban afuera, fumando. No conocía a ninguno de los dos, pero ambos conocían a Blythe y la saludaron cordialmente. Ella nos presentó. Uno era un historiador español del Prado, el otro un periodista francés. Iban a entrar a tomar una copa en el bar y nos invitaron a acompañarlos.

Blythe aceptó la invitación, pero yo la decliné. No quería sentarme en el restaurante de un hotel con dos desconocidos y Blythe, que ahora era casi una extraña para mí.

—Quizás te gustaría acompañarnos por la mañana —dijo el francés—. Vamos al Moderna Museet a una proyección privada. No es algo que debas perderte, estoy seguro de que podríamos conseguirte una invitación.

El Moderna era uno de los museos de arte moderno y contemporáneo más importantes de Europa. Había conocido a la curadora ese mismo día en el simposio y me había pedido que asistiera.

—Ya me han invitado, sí, estoy planeando ir. —¿Lo había dicho para que Blythe supiera que yo formaba parte del círculo exclusivo tanto como ella y sus amigos? Me avergoncé de mí mismo y esperé que no se hubiera dado cuenta. Le robé una mirada y vi que sus ojos estaban encendidos. Se había percatado. Por supuesto que lo había hecho. Siempre se había burlado de mí por mi ridícula necesidad de demostrar mi posición.

—Perfecto —dijo el francés—. Nos veremos por la mañana.

Di las buenas noches a los dos hombres y me volví hacia Blythe.

—¿Vendrás también al Moderna? —le pregunté.

—Sí, no me lo perdería —respondió ella. Había una media sonrisa en sus labios, una expresión que de pronto me hizo retroceder años.

Si los otros dos hombres no hubieran estado allí, podría haber dicho algo más, pero con el desfase horario y la extrañeza de verla y esa maldita mirada en sus ojos, preferí no hacerlo.

—Bueno, me dio gusto encontrarme contigo. Te veré mañana.

—Buenas noches, Eben.

¿Se había suavizado su voz cuando dijo mi nombre? No estaba seguro. La aparté a ella y a la pregunta de mi mente y subí a mi habitación. Pero ella no salió de mi cabeza. Pude no haber dormido nada bien de no haber sido por aquella pastillita que me tragué con un vaso grande de agua.

*

A la mañana siguiente, me reuní con los demás en la puerta del hotel, donde nos esperaba un autobús para llevar a nuestro grupo al museo. A bordo, busqué a Blythe. Cuando el autobús arrancó sin ella, no pude fingir que no estaba decepcionado.

Llegamos a Skeppsholmen diez minutos después, y nos estacionamos frente a un edificio bajo de ladrillo rojo que había sido una antigua sala de ejercicios de la Marina. Dentro vi inmediatamente que Blythe ya estaba allí, hablando con la curadora del Moderna. Por

sus mejillas rojas y su pelo al viento, me di cuenta de que debía haber caminado.

Una vez reunidos, la curadora se acercó, nos saludó y nos ofreció un recorrido por lo que se consideraba la mejor colección del mundo de artistas de la región, que incluía obras de Gösta Adrian-Nilsson, Ivan Aguéli, Vera Nilsson, Sven Erixson, Nils Dardel, Siri Derkert, Björn Lövin y Marie-Louise Ekman.

—Y ahora nuestra más reciente adquisición: una sala dedicada a Hilma af Klint. Estamos muy orgullosos de que por fin vamos a tener esta exposición permanente de algunos de sus cuadros más importantes —dijo la curadora mientras nos conducía a la siguiente galería.

—¿La recuerdan?

Blythe no había estado cerca de mí durante nuestra visita, pero de alguna manera habíamos terminado uno junto al otro.

—No —dije.

Parecía decepcionada.

Entramos en una gran sala con techos de seis metros. Ocho cuadros gigantes, con dos en cada pared, llenaban el espacio de color. Miré de un lienzo críptico al siguiente. Esas pinturas eran exuberantes, frescas y emocionantes: hermosas composiciones en naranjas, rosas, rojos, amarillos, azules claros y lavandas. Cada cuadro era un mundo en sí mismo, pero todos hablaban el mismo idioma simbólico que sugería flores, semillas, úteros, vaginas, embriones, lunas, soles y estrellas.

En ese momento recordé vagamente a Hilma af Klint. Era una de las artistas mencionadas en la tesis de Blythe y, por ello, una figura en la periferia del peor de mis recuerdos. Mi dificultad con los aspectos metafísicos de la investigación de Blythe había sido un grave problema para nosotros. Era el área en la que discrepábamos más amargamente. Ella creía en todo tipo de conceptos esotéricos, y yo... bueno, la única fe que tengo es en no tener fe.

La voz de la curadora me devolvió al presente.

—Sus sesiones espiritistas de viernes por la noche comenzaron en 1896 y, en el invierno de 1906, Hilma af Klint aceptó el reto específico del espíritu y durante los nueve años siguientes se dedicó a lo que llamó *Pinturas para el templo*, seis de las cuales pueden ver aquí. La obra completa incluía más de 193 pinturas de diversos tamaños. La idea general de Hilma era transmitir el conocimiento de que todo es una sola unidad. Quería mostrar lo que hay más allá del mundo dualista visible. El templo al que hace referencia el título de su serie no se relacionaba necesariamente con un edificio real al principio. Al final trató de hacerlo, pero fracasó en su intento de construirlo con la ayuda de Rudolf Steiner, por eso lo considero sobre todo una metáfora de la evolución espiritual.

Mientras escuchaba, miraba de un lienzo a otro y entonces noté las docenas de espirales de los diseños abstractos: una figura concreta que conocía tan bien como mi propio nombre. El helicoide que Hilma af Klint había pintado una y otra vez tenía la misma forma que el diseño central del museo en el que yo había estado trabajando los últimos siete años, el museo Guggenheim de Nueva York.

—Disculpe —pregunté cuando la curadora dejó de hablar.

—¿Sí, Sr. Elliott?

—¿Dijo que las llamaba *Pinturas para el templo*? —había puesto el acento en la última palabra.

—Sí, exactamente.

Frente a mí, vi a Blythe asentir de forma imperceptible, reconociendo que me había tropezado exactamente con lo que ella sabía que vería.

En 1943, cuando la primera directora del Guggenheim, Hilla Rebay, escribió a Frank Lloyd Wright pidiéndole que diseñara el museo, describió lo que ella imaginaba como un lugar que sería un templo para el espíritu. Esas fueron sus palabras exactas.

¿Cómo había sido posible que una artista sueca prácticamente desconocida las pintara para un templo lleno de arte en forma de espiral treinta años antes de que Frank Lloyd Wright pusiera el lápiz

sobre el papel para diseñar un templo lleno de arte en forma de espiral?

En algún momento, Blythe había ido a pararse de nuevo a mi lado. Esta vez percibí un rastro de su olor que recordaba de hacía tanto tiempo.

—Este sí que es un momento a lo Hécate —susurró.

*

Tras pasar mucho más tiempo paseando por la exposición de Hilma af Klint aquel día en Estocolmo, Blythe y yo salimos juntos del museo Moderna y caminamos de vuelta al hotel de la conferencia.

—¿Qué pensaste de todo aquello?, ¿de las espirales en la obra de Hilma, de su deseo de construir un *Templo al espíritu* para albergar sus pinturas y de la similitud con el Guggenheim? —preguntó ella.

—Fue impactante.

—¿Y los cuadros?

—Intrincados, complicados y brillantes. Me interesa especialmente lo que dijo la curadora sobre que toda esta obra estuvo oculta en una cápsula del tiempo durante décadas.

—Fue muy triste que ella supiera que nadie apreciaría su trabajo en su época. Una de las tragedias de su vida —dijo Blythe—. De la vida de tantas mujeres artistas.

—La verdad es que me sorprenden las fechas. ¿Empezó con esta línea de dibujos en 1896?

Blythe asintió.

—¿Y entonces comenzó con las pinturas del templo en 1906?

—Sí.

—¿Así que en realidad se adelantó en años a Kandinsky, Kazimir Malevich, Piet Mondrian y František Kupka y no ha recibido ningún reconocimiento por ello?

—Sí —contestó sonriendo Blythe—. Es una de las cosas de las que hablaré esta tarde, del hecho de que ahora muchos creemos que Kandinsky fue influenciado por ella. Sabemos que él estuvo en

Estocolmo a principios de 1900. En ese momento, Hilma estaba en el centro del mundo del arte, vivía sobre una de las galerías más importantes y ahí exponía su obra. Kandinsky seguramente habría visto sus cuadros en aquellos años, antes de que su estilo cambiara y él tuviera su gran descubrimiento. Cuando se observa su obra con este conocimiento, se puede ver cuántos elementos tienen en común sus pinturas con las de Hilma. Sin embargo, ella le precede a él y al resto. Ella ejemplifica el destino de muchas mujeres, personas de diferentes culturas y forasteros.

Nos detuvimos en el puente para observar el tráfico del canal.

—Todavía estoy intentando procesar que ella ya estaba creando estas pinturas no objetivas y altamente sofisticadas en 1906 y que todos los libros dan crédito a Kandinsky y sitúan en 1910 o más adelante el inicio del movimiento. Se ha hablado muy poco de ella. ¿A qué se debe? —pregunté.

—Para empezar, a que dejó de mostrar sus cuadros a nadie fuera de *De Fem* a principios de los años veinte. Nadie entendía lo que intentaba transmitir y ella decidió mantenerlos en privado hasta que el mundo la alcanzara. Tan decidida estaba a proteger su creatividad que estipuló en su testamento que el archivo de su obra debía quedar bajo llave hasta veinte años después de su muerte. Como resultado, no se vio nada hasta finales de los años sesenta. En ese momento, su sobrino y beneficiario ofreció su legado al museo, pero ella era desconocida y no les interesó. Posteriormente, creó la fundación Hilma af Klint y ha trabajado diligentemente para presentar la obra de su tía al mundo del arte, pero el proceso ha avanzado despacio. Ella ha tenido pocas exposiciones internacionales. En Estados Unidos solo ha sido incluida en una exposición colectiva en el Museo de Arte del Condado de Los Ángeles, en 1986: *Lo espiritual en el arte*. Fuera de Suecia no ha estado en el radar de nadie.

—Excepto en el tuyo. Es una de las artistas sobre las que escribiste tu tesis.

Blythe asintió.

Inhalé profundamente.

El barco que habíamos estado observando estaba cruzando el río, y lo vi apartar trozos de hielo flotantes. Comenzamos a caminar de nuevo. Podía ver el hotel delante.

—Bueno, aquí estamos de nuevo donde empezamos... o terminamos más bien —dijo Blythe con una voz teñida de tristeza.

Bajé la mirada hacia sus manos a los lados y, sin pensarlo, me acerqué y tomé su mano derecha con la mía. Ella se volvió para mirarme. Por un momento, ninguno dijo nada. Había entre nosotros un abismo tan ancho como el río que cruzábamos. Teníamos años de estar separados, de estar viviendo cosas de las que el otro no sabía nada; sin embargo, también había algo más, algo entre nosotros que nunca había cambiado, lo había sentido la noche anterior y lo volvía a sentir en ese momento.

—Me alegro de haberme encontrado contigo —dijo.

—Yo también.

—Y... —vaciló—. Quizá podamos hablar más. Más tarde. ¿Esta noche?

—Sí.

—Yo... —vaciló.

—¿Qué pasa?

—Me había preguntado cómo sería volver a verte. No pensé que sería así.

—¿Así cómo, Blythe?

Se inclinó hacia mí, se acercó y me besó.

No me lo esperaba, ni un poco.

Al principio sus labios estaban fríos y luego dejaron de estarlo. Mis manos, por propia voluntad, encontraron sus caderas y la jalaron hacia mí. Había empezado a nevar de nuevo, estaba helando, pero nos quedamos allí, pegados el uno al otro, redescubriendo un paisaje que alguna vez conocimos muy bien.

Se apartó con cuidado. Tenía los labios un poco lastimados y los ojos suaves.

—Lo siento, yo no... —dijo ella.

—No, por favor, lo último que quiero que hagas es disculparte.

—No puedo creer que haya hecho eso. Solo pretendía preguntarte si podíamos hablar.

—Y podemos hacerlo.

Llegamos al hotel y Blythe soltó mi mano. No sabía en qué había estado ella pensando mientras caminábamos de vuelta esos últimos metros. Yo había estado pensando que había olvidado lo sedosa que se sentía su piel y en cuántas horas habíamos pasado tocándonos en aquellos años en los que habíamos estado juntos. Nunca tuve suficiente de ella, y ella había actuado como si le pasara lo mismo, hasta que dejó de hacerlo.

Caminamos hasta el hotel. Nuestros colegas que también habían estado en el museo acababan de bajarse del autobús. Uno le dijo a Blythe que quería hacerle una pregunta. Esperamos. Quería saber más sobre Hilma af Klint y sus sesiones de espiritismo. Mientras ella respondía, otras personas del grupo se reunieron para escuchar hasta que se juntó una pequeña multitud en la acera.

Parecía que todo el mundo sabía de su conocimiento sobre Hilma af Klint menos yo.

—Perdónenme —dijo finalmente—. Tengo que repasar mis apuntes para mi conferencia de esta tarde.

Se apartó y se dirigió al interior. Yo la seguí.

—¿De verdad necesitas repasar tus apuntes o tienes tiempo para un café? —le pregunté.

Sus ojos, sus hermosos ojos, buscaron los míos, y durante algunos segundos, no contestó. Nunca he sido muy romántico. Nunca he leído poesía. Me resultan molestas las películas cursis y la música pop que no cesa el parloteo sobre la pérdida. No me gustan los picnics ni celebro San Valentín, pero Blythe era una romántica incurable y a menudo escribía trozos de poemas y me los dejaba. Durante los dos años que estuvimos juntos, algunos me habían conmovido, a pesar mío. Y ahora, de pie en una concurrida entrada de hotel, recordé un verso de un poema que ella me había leído una vez.

«Si tuviéramos suficiente mundo y tiempo, esta timidez, señora, no sería un crimen...».

Al oírlo, Blythe sonrió. A pesar de toda la gente que nos rodeaba y de la cacofonía del vestíbulo, era como si hubiéramos vuelto a la cómoda intimidad que alguna vez compartimos.

Y entonces su comportamiento cambió. De pronto se mostró aprensiva.

—¿Estás nerviosa por tu conferencia?

Ella soltó una breve carcajada.

—No. Doy una clase magistral a más de doscientos alumnos. Esto será superfácil.

—Superfácil —ahora sí me reí. No había oído a nadie utilizar esa expresión en años.

Otro asistente a la conferencia se nos acercó. Esta vez era para hablar conmigo, y Blythe aprovechó la interrupción para excusarse, diciendo que en realidad debía repasar sus notas.

Le deseé suerte y volví a la conversación con mi colega. Después fui al restaurante a tomar un café e intentar ordenar el desorden en mi cerebro aturdido. Mientras esperaba mi pedido, saqué el teléfono y encontré un mensaje de Daphne. Era breve, como solían ser sus mensajes.

«¿Cómo va la conferencia? Hoy he conseguido un cliente de primera categoría, estoy muy ocupada. Tengo un evento el 29 de marzo, ¿estarás libre? ¿Nos vemos mañana?».

Súbitamente, sentí un vacío peculiar y luego decepción. No había nada malo en el mensaje. Daphne Thorne y yo llevábamos viéndonos tres meses. Me había acostumbrado a su taquigrafía. Entonces, ¿por qué reaccionaba así?

En teoría, muchas cosas de Daphne estaban bien. Ella también había crecido en Manhattan, así que compartíamos muchas referencias culturales. Era propietaria de una empresa de gestión de patrimonios, por lo que tenía educación artística. Era muy chic y culta a la manera neoyorquina. Era independiente, lo que me gustaba. Se tomaba muy en serio el hecho de ser autosuficiente y afirmaba que

ninguna relación la definiría jamás. Yo apreciaba todo eso y disfrutaba su ácido sentido del humor. Parecíamos encajar bien y sin complicaciones.

Entonces, ¿por qué sentía que algo estaba mal?

Nos habíamos conocido en una reunión en el museo. Uno de sus clientes, Branford Jones, tenía como objetivo a largo plazo formar parte del consejo directivo de algún museo de Nueva York. Como primer paso, Daphne le había sugerido que financiara exposiciones en varios y viera cuál le parecía más compatible. Tras ponerse en contacto con nuestro departamento de patrocinio corporativo y averiguar lo que teníamos programado, le sugirió que estudiara la posibilidad de cofinanciar la exposición de Helen Frankenthaler que estábamos planeando.

Como curadora asociada de la exposición, mi supervisora me pidió que hiciera la presentación. Jones se mostró interesado y durante las semanas siguientes tuvimos varias reuniones. Una vez que firmó y se resolvieron todos los detalles del patrocinio, él y su esposa organizaron una fiesta para celebrar nuestra colaboración. Daphne y yo nos fuimos al mismo tiempo. Llovía a cántaros cuando bajamos y ella se ofreció a llevarme, ya que un auto la recogería. Acepté la oferta en lugar de empaparme mientras esperaba un taxi, y me subí.

—Nunca mezclo los negocios con el placer —dijo ella—, pero ahora que la parte de los negocios ha terminado, ¿quieres ir a tomar una copa?

—Será un placer —dije.

Ella rio. Esa noche empezamos a dormir juntos.

Fue así de sencillo.

Al releer su mensaje de texto, de pronto me pareció demasiado sencillo. Así era Daphne. Sin preguntas sobre lo que había estado haciendo ni recriminaciones sobre por qué aún no me había puesto en contacto con ella. Solo ocupándose de sus negocios. Aun así, estar con una mujer que se parecía tanto a mí era mucho más fácil, me recordé mientras daba un sorbo al fuerte café negro.

Más fácil que qué, me pregunté. ¿Con quién la estaba comparando? Como si no lo supiera.

*

La conferencia de Blythe comenzó a la una de la tarde. Había tomado el título de un famoso ensayo de 1971: *Por qué no hay grandes mujeres artistas*, escrito por Linda Nochlin. El artículo había causado furor cuando se publicó y aún lo hace.

Tomé asiento en la segunda fila. Mientras escuchaba, observé el rostro de Blythe mientras pronunciaba su apasionado discurso.

Tenía veinticuatro años cuando nos conocimos, en nuestro primer año en Courtauld. Tres años menor que yo. Había llegado a la escuela de posgrado justo después de licenciarse en la Sorbona: su padre era francés y su madre británica. Yo había tomado otro camino y después de Yale me había ido a trabajar a la Galería de Arte Gagosian de Nueva York. Unos años más tarde, cuando me di cuenta de que no iba a llegar a donde quería en cuanto a mi carrera sin al menos un máster, me matriculé en Courtauld.

Mientras observaba a Blythe en el podio, pensé que no parecía haber envejecido en absoluto en los últimos ocho años. Tampoco había cambiado su estilo ecléctico. Su pelo rubio seguía cayendo en ondas prerrafaelistas hasta sus hombros y sus ojos aún estaban delineados de kohl emborronado. Llevaba media docena de amuletos y talismanes colgando de cadenas de plata alrededor del cuello, y seguía teniendo los mismos cordones de seda negra y roja con ojos malignos, la mano de Fátima y pequeños amuletos de Buda alrededor de sus muñecas.

Llevaba unos grandes pendientes de aro plateados, una blusa de poeta verde esmeralda y una falda larga verde unos tonos más oscura. Blythe siempre lucía como si hubiera estudiado los estilos de varios siglos, y los hubiera tomado prestados para depurarlos y crear un estilo único.

Hice todo lo posible por concentrarme en lo que decía, pero solo lo conseguí unos minutos antes de ponerme a pensar en aquellos embriagadores días en Londres en los que nos enamoramos el uno del otro, más profundamente de lo que nunca me había enamorado. O

desde entonces, tenía que admitir si era sincero conmigo mismo, lo que intenté.

Y ahora aquí estábamos, en un hotel de Estocolmo, lejos de nuestras obligaciones y quizá pudiéramos... Y entonces me di cuenta de que no sabía nada de su vida. ¿Estaría casada? ¿Tendría familia? ¿Qué me pasaba? Blythe estaba dando una erudita conferencia sobre un tema importante al que debí haber estado prestando atención y, en cambio, estaba recordando la sensación de su pelo y el brillo de su piel después de haber hecho el amor.

¿Qué era lo que nos atraía? ¿Por qué no se había disipado y desaparecido en todos esos años? Esa mujer me había abandonado prácticamente sin ninguna explicación, y desde luego ninguna que tuviera sentido. Me dejó vergonzosamente desamparado y todos estos años después seguía fantaseando con ella.

Yo era el mayor tonto. Me concentré. Blythe hablaba de Hilma af Klint.

—Esta mujer, que ahora vemos como una de las más grandes pintoras suecas, era una mística, una artista que afirmaba haber revivido mensajes de espíritus que la encaminaron hacia la creación de algunas de las pinturas no objetivas más poderosas y originales que jamás hayamos visto. Sin embargo, en vida e incluso hoy, muchos la han tachado de loca, de chiflada. ¿Miramos a Rothko de ese modo? Estaba profundamente implicado en el mundo espiritual. ¿Qué hay de Delacroix, que creía que los ángeles le ayudaban a pintar?

Las pinturas de Af Klint que habíamos visto esa mañana en el museo aparecieron en la pantalla detrás de Blythe. Y ahí estaban de nuevo esas espirales, atrayéndome. Era una de las figuras más fascinantes de la naturaleza, impregnada de significados simbólicos a lo largo de los siglos, una figura que había inspirado desde artistas como Da Vinci hasta arquitectos como Frank Lloyd Wright.

—Fue un misterio durante su vida y aún hoy. Dejó más de 125 cuadernos detallados que son ricos en información y al mismo tiempo dejan muchas preguntas sin respuesta. Por sí solo, el templo que ella imaginó es una curiosidad...

La diapositiva detrás de Blythe cambió a un dibujo burdo de la estructura que Af Klint había esbozado. Era muy parecido al edificio donde trabajaba, al que cientos de miles de amantes del arte acudían cada año para recorrer su galería y estudiar sus ofrendas.

Blythe terminó su charla y fue recibida con aplausos. Bajó del escenario e inmediatamente se vio rodeada por una multitud lo suficientemente nutrida como para que yo me mantuviera alejado. Sabía que teníamos planes para vernos más tarde.

Sin embargo, eso nunca ocurrió.

Al final del día, terminados los paneles y las conferencias a las que había asistido, subí a mi habitación, llamé al operador del hotel y pedí que me comunicaran a la de Blythe, pero me dijeron que se había marchado. La profundidad de mi conmoción y decepción me sorprendió. Ella ya había desaparecido de mi vida antes, ¿por qué no iba a hacerlo de nuevo? Lo atribuí a la nostalgia y me volqué en las conferencias durante los dos días siguientes. Después me fui a casa, dejando atrás mis recuerdos agitados y mis sueños de un reencuentro.

Estocolmo, a 14 de octubre de 1896

Mi querida Anna:

Te ruego que disculpes la demora de esta carta, pero necesitaba que Matilde me confirmara los detalles exactos de la reunión de mañana de la Sociedad Edelweiss. Me complace anunciarles que uno de los miembros nos ha ofrecido que usemos el maravilloso cenador de su jardín. Hilma y tú serán bienvenidas a las 18:00 horas.

Las espero unos diez minutos antes en la esquina de Karlavägen y Grev Turegatan.

Me doy cuenta de que Hilma se sintió decepcionada por la última reunión, pero espero que puedas convencerla de darle otra oportunidad a la Sociedad... sobre todo porque Matilde también estará allí y me ha dicho que además asistirá un invitado especial.

Quiero que sepas lo mucho que las admiro, tanto a ti como a Hilma. Me alegra el corazón que las tres nos hayamos reencontrado después de una ausencia tan larga, de la que tengo toda la culpa. Tengo muchas ganas de volver a verlas mañana por la noche.

*Con mucho cariño,
Cornelia*

Capítulo 3

Noche de viernes núm. 1

16 de octubre de 1896

Estocolmo

Anna nunca olvidaría aquella tarde en la que vio por primera vez a Hilma, de pie, frente a la entrada de Slöjdskolan, la escuela de arte tradicional a la que ambas asistieron en su adolescencia. Hilma tenía entonces apenas dieciséis años. Anna estaba a punto de cumplir los dieciocho; pero aún ardía en su interior el recuerdo de la primera vez que vio a su amiga como joven pintora. A pesar de su menuda estatura, Hilma parecía mucho más alta. Esbelta y radiante como un girasol, destacaba en medio de un mar de rostros incoloros. Con sus ojos muy abiertos y su piel luminiscente, daba la impresión de estar iluminada desde dentro. Anna supo que era diferente desde el primer momento en que la vio.

Hilma sujetaba una caja de pinturas de aspecto austero, que desde lejos semejava una maleta de madera. De no haber sido por la multitud de estudiantes de arte que se congregaba frente a la escalinata de piedra de la escuela, cualquiera habría pensado que Hilma se disponía a emprender un largo viaje. Levantó la barbilla y su mirada se elevó por encima de la multitud, como si hubiera puesto la vista en algo glorioso a la distancia.

A Anna le gustaba pensar que Hilma la buscaba instintivamente aquel día. Se le hacía tarde y tuvo que apresurarse hacia la entrada justo cuando el resto de los estudiantes había empezado a entrar al edificio. No obstante, Hilma se había quedado afuera, como una

figura solitaria en el último escalón, de estatura regia, como entronizada. Esa imagen de su querida amiga siempre estaría clavada en su mente, pues la pintaba por completo: una mujer que sabía que sus dones trascendían lo ordinario, una artista cuyo profundo sentido de propósito la elevaba hacia las nubes.

Sin embargo, la edad madura las había alcanzado a ambas. Aunque Hilma había continuado pintando e incluso había rechazado una propuesta de matrimonio de un médico apasionado y de fuerte carácter que había quedado fascinado por su intensa personalidad y lengua afilada, su falta de aceptación por parte de sus compañeros varones la frustraba profundamente.

Habían acordado asistir esa noche a una reunión de la Sociedad Edelweiss, un grupo formado para promover el despertar espiritual. Una antigua compañera, Cornelia Cederberg, también acudiría con su hermana mayor. Anna llegó al estudio de Hilma en Hamngatan y la encontró mirando su caballete fijamente. La mesa dispuesta en el centro de la habitación estaba abarrotada de hojas de papel, una lata abierta de pasteles se había caído sobre uno de los blocks de dibujo y una manzana oscurecida a medio comer yacía descuidadamente sobre un taburete. En un rincón estaba tirada en el suelo una revista científica manchada de huellas dactilares amarillas.

A pesar de todo, la habitación florecía con las imágenes y los olores de la creatividad. En el aire flotaba la fragancia de la trementina y un frasco de color ámbar lleno de aceite de linaza reposaba junto a una paleta de madera salpicada de montículos cremosos de pintura.

En el caballete de Hilma había una pintura en acuarela de un ramillete de rosas otoñales. A Anna le encantaba el hecho de que, incluso en el caos de su entorno, Hilma pudiera crear algo tan bello y etéreo como un jarrón de delicadas flores.

Anna se acercó al bodegón y extendió el dedo hacia el grueso pergamino.

—La piel delgada como el papel de los pétalos me recuerda a los farolillos venecianos que nos encantaron durante nuestro viaje a Italia.

—Su mente volvió allí, aunque solo fuera por un momento—. ¿Recuerdas cómo la luz atravesaba el papel rojo intenso?

Hilma asintió, aunque el gesto fue más un reconocimiento de que la comparación era correcta que del recuerdo sentimental que había detrás.

Su rostro estaba cansado y sus ojos hinchados por la falta de sueño. Ahora que estaba a mitad de sus treinta, la fatiga de las largas horas pintando era difícil de disimular. Señaló el jarrón y la inundó la frustración.

—Las flores ya están marchitas y mañana no las tendré para pintarlas.

—Al menos las capturaste en su mejor momento —dijo Anna.

—Quiero volverlas a pintar —se quejó Hilma.

—Te compraré unas nuevas por la mañana, ¿qué te parece? Pero tenemos que irnos o llegaremos tarde a la reunión de esta noche.

Hilma la ignoró. Impregnó su pincel con agua y empezó a aplicar unas cuantas pinceladas intensas adicionales a su estudio de acuarela.

Anna se apartó y empezó a hojear las revistas de la mesa de trabajo. Hilma tenía un apetito insaciable de conocimientos, ya fuera sobre los misterios de las estrellas o las teorías en constante evolución relativas a los átomos. Anna tomó el último ejemplar del *Dagens Nyheter*, y de entre sus páginas se deslizó una carta.

«Mi querida Hilma, ¿por qué sigues atormentándome...? ¡Tengo que verte! Es muy injusto que me reduzcas a estas súplicas y rabietas infantiles cuando todo lo que quiero es una oportunidad para hablar...».

La letra le resultó reconocible al instante. ¿Cuánto tiempo la atormentaría este Dr. Hellström con sus persistentes y ridículas insinuaciones? ¿No se daba cuenta de que Hilma nunca aceptaría sus propuestas de matrimonio? Anna volvió a deslizar la carta al interior de las páginas y se enfureció en silencio.

—Realmente no deseo salir..., quiero quedarme y trabajar —se quejó Hilma, mientras seguía añadiendo pequeñas pinceladas a la

acuarela—. Estas reuniones de la Sociedad Edelweiss han sido una terrible decepción.

Anna suspiró y trató de dejar atrás su irritación por la carta, pero le pesaba profundamente. Ambas se habían prometido siempre compartirlo todo entre ellas.

—Creo que esta noche será diferente —la voz de Anna era ahora esperanzadora—. Por favor, ven y dale una oportunidad más... quizá esta vez tengas noticias de tu hermana...

Hilma sacudió la cabeza y luego miró a Anna con ojos vidriosos e impacientes.

—He asistido a innumerables sesiones de espiritismo en los dieciséis años transcurridos desde que Hermina falleció. He estado en casi todas las reuniones espiritistas de Estocolmo y nunca me ha transmitido ningún mensaje. —Su rostro se descompuso—. ¿Y si realmente no hay nada más después de morir?

Anna estudió a su amiga: de pie, junto a su caballete, con el pelo manchado de pintura y los dedos callosos de agarrar un pincel durante horas.

—Nuestro arte permanecerá —respondió. Señaló el lienzo que había estado pintando—. A eso no se le puede llamar nada.

Hilma sacó un trapo de su bolsillo y se lo enroscó en la mano, luego se secó la frente.

—Está bien. Iré. —Se acercó a Anna—. Pero solo porque insistes.

—Bien —Anna sonrió, y tuvo una pequeña sensación de victoria al saber que había podido convencerla—. Pero ahora debemos darnos prisa... Cornelia nos estará esperando.

—¿Cornelia? ¡Esa chica no ha levantado un pincel en más de quince años! ¡Tengo pocas esperanzas en ella ahora que está cerca de los cuarenta!

—Quizá escuche algo esta noche que la motive a volver a su arte —sugirió Anna con optimismo.

Hilma no contestó. Ambas conocían a Cornelia desde que se matricularon en la Slöjdskolan. Era unos años mayor que ellas y estaba en su último año. Aunque Cornelia no había continuado su

entrenamiento artístico en la Real Academia como ellas, Anna no negaba que poseía un gran talento. Recordaba cómo Cornelia había hecho una vez un estudio al óleo de un jilguero en el que se podía ver cada minúscula pluma del pecho del pájaro. Incluso Hilma había quedado impresionada con el luminoso lienzo. Cornelia había sido una vez tan buena pintora como cualquiera de ellas, más callada que Hilma, definitivamente menos original, pero sin duda talentosa. A Ana le entristecía que de algún modo la vida hubiera secado su pincel de manera prematura.

Hilma puso los ojos en blanco.

—¿Y es Cornelia la que te hizo ese vestido?

Señaló la falda y el corpiño violetas que Anna había elegido para asistir a la reunión de Edelweiss. Cosidos a partir de un trozo de tela exótica importada, las líneas impecables y la confección experta acentuaban el físico esbelto de Anna.

—Olvida lo que llevo puesto, Hilma. Tenemos que vestirme con algo presentable. No puedes llevar ese blusón para encontrarte con los demás.

—Esto es todo lo que tengo —bromeó. Hilma se desabrochó el blusón para revelar una blusa blanca con manchas de café y una larga falda negra polvorienta con rayas de tiza azul pastel.

—¿Quizá puedes pedirle algo prestado a Alma o a Charlotta? —Anna buscó por la habitación para ver si alguna de las dos mujeres con las que Hilma compartía su estudio había dejado algo.

—¿Esas dos? Lo único que vas a encontrar en el gancho de la pared son dos trajes negros, sombreros a juego y corbatas de seda. ¡Anoche se vistieron de hombre y fumaron puros mientras yo intentaba pintar!

Anna se acercó a la esquina y tocó la manga de lana de una de las chaquetas, evaluó los hombros estrechos y las solapas cosidas a mano, y luego miró la ropa manchada de su amiga.

—Tengo una idea —dijo con una sonrisa en los labios—, pero tendrás que desvestirme.

Anna e Hilma ya iban con veinte minutos de retraso. Cornelia se quedó esperando a que llegaran. Había estado nerviosa todo el día, con la esperanza de que la reunión de Edelweiss no las decepcionara.

Durante años había admirado a Hilma y Anna por tener el valor de postularse para la Real Academia, pero su amistad con Hilma siempre había sido un poco tensa. Su dura coraza la intimidaba.

—Sin más fortaleza —le dijo una vez Hilma en la escalinata de la Slöjdskolan—, nunca sobrevivirás como artista. Como mujeres, tenemos que luchar más por todo. —Infló el pecho—. Desde nuestro primer aliento, nos vemos obligadas a superar la decepción de no haber nacido varones.

Cornelia lo había comprendido profundamente. Su hermano había sido la luz de los ojos de sus padres, y cuando murió se llevó consigo algo muy significativo. ¿Qué era? ¿La esperanza, quizás? Incluso siendo su hermana Matilde era sumamente respetada entre sus pares como espiritista y escritora, estos logros se veían injustamente disminuidos porque no habían sido alcanzados por un hombre. Cornelia ni siquiera estaba segura de que sus padres se hubieran dado cuenta de todo lo que su hermana mayor había logrado, excepto casarse. Y Cornelia ni siquiera había conseguido eso.

Suspiró y entrecerró los ojos cuando vio a Anna caminando por la calle en dirección a la casa de la reunión con un joven caballero bien pegado a su lado.

—¡Buenas noches, siento que lleguemos un poco tarde! —gritó Anna.

Cornelia estaba tan contenta de verla con el vestido de seda violeta que había creado para ella que ya no le importaba que la hubieran hecho esperar. Observar cómo la tela pasaba de la opacidad a la iridiscencia mientras Ana caminaba por el sendero de ladrillos sembrado de hojas le arrancó una sonrisa. Sin embargo, aunque reconocía a su amiga de la infancia, la identidad del joven caballero que la tomaba del brazo seguía siendo un misterio.

—Hemos tardado un poco más de lo esperado —se disculpó Anna mientras se acercaban—. Con suerte, aún podremos ayudar a preparar

el interior. —Soltó el brazo del joven.

Cornelia se concentró en el caballero cuando este levantó la barbilla y reveló su rostro. Reconoció de inmediato aquellos ojos azules glaciales que penetraban con su intensa mirada.

—¿Hilma? —Cornelia se inclinó para acercarse más—. ¿Eres tú?

Se formó una delgada sonrisa en los labios de Hilma.

Levantó un solo dedo delante de su boca, como para indicarle a Cornelia que no dijera ni una palabra más.

—Guarda su secreto por esta noche —susurró Anna.

Cornelia dio un paso atrás y analizó a Hilma por un momento. ¿Habría sospechado realmente algo si no hubiera reconocido el distintivo color de los ojos de su antigua compañera de clase o su mirada feroz? Estudió el rostro que asomaba bajo el sombrero y los finos mechones de pelo castaño recogidos detrás de las orejas. Con sus pechos camuflados bajo la cubierta del traje y su delgado cuello envuelto en un grueso corbatón de seda, ciertamente no daba la impresión de ser el pináculo de la masculinidad, pero, aun así, Cornelia creía que sin duda podría pasar por un joven.

—Lo haré —respondió, pero por dentro su corazón se aceleró con energía nerviosa. Hacerse pasar por un hombre en público no era una travesura inofensiva. Si la descubrían, no solo se pondría en peligro la reputación de Hilma, sino también la de Anna y Cornelia por asociación—. No diré ni una palabra —prometió, pero le costaba ocultar su preocupación.

Dudaba que los demás del grupo sospecharan algo, pero su hermana, Matilde, había nacido con un sexto sentido y Cornelia se preguntó si descubriría el disfraz de Hilma.

Vio a su hermana en la esquina más alejada de la habitación. Matilde parecía atrapada en una conversación con el escritor Carl von Bergen.

Hilma se colocó junto a Anna, se ajustó la corbata y se envalentonó. Una sonrisa traviesa asomó en sus labios.

—Mencionaste que esta noche vendría un invitado especial, ¿sabes quién? —preguntó Hilma.

—Matilde no quiso revelar su nombre, pero se supone que es bastante famoso... —Cornelia se volvió y vio que su hermana había escapado del tedio de las garras de Von Bergen y ahora se acercaba a ellas—. No sé mucho más... pero sin duda podemos preguntarle más detalles.

Los ojos de Hilma brillaron. Hacía tiempo que deseaba conocer a la famosa espiritista y editora de la prestigiosa revista *Efteråt*. De hombros anchos y vestida completamente de negro, salvo por un pequeño broche plateado con la flor blanca de Edelweiss en su interior, Matilde exudaba una fuerte presencia masculina que rivalizaba con la de Hilma incluso con su atuendo masculino.

Cornelia extendió la mano en dirección a su hermana.

—¿Te acuerdas de Anna...? —preguntó señalándola.

—Ah, sí, por supuesto. Una colega tuya de la escuela de arte.

—Es un placer volver a verte —dijo Anna cortésmente.

Los ojos de Matilde se posaron ahora en Hilma. Su mirada se estrechó mientras estudiaba al joven que tenía delante.

—Y este es... —Cornelia vaciló. Sabía que Matilde detectaría cualquier falsedad en su voz.

—Esta persona no necesita presentación —afirmó Matilde sin rodeos, eludiendo el peligro de que Hilma llegara disfrazada. Su paciencia ya había sido sometida a prueba con la conversación con Von Bergen. Aunque hacía muchos años que no veía a Hilma, su identidad era clara para ella, por lo que se negó a hacerse la tonta.

—Los tres deberían buscar asiento lo antes posible. Tenemos dos invitados especiales que llegarán esta noche. Uno es un hombre que reconocerán de los periódicos. La otra es una mujer de la que he oído que tiene fuertes poderes espirituales. Se llama Sigrid y estoy ansiosa por conocerla.

*

—Por favor, por favor... —Von Bergen estaba ahora ordenando a todos los que le rodeaban que llevaran al cenador cualquier asiento

adicional que pudieran encontrar— ¡Necesitamos más sillas! Alguien debería salir y traer los muebles del jardín.

—¿Por qué no viene y me ayuda a traerlos, joven? —preguntó señalando a Hilma—. Dejaremos que las señoras coloquen las sillas que ya están dentro.

Cornelia observó para ver cómo reaccionaba Hilma. Si contestaba, su voz de mujer la delataría sin duda.

—Mi primo tuvo un aparatoso accidente este verano —intervino rápidamente Anna—. Lamentablemente, cayó de un caballo y la herida fue bastante grave. —Le dio unas palmaditas suaves a Hilma en la espalda—. Está mudo desde entonces.

—¿Mudo? ¡Qué terrible! ¿No puede decir ni una sola palabra?

—No —mintió Anna—. Tampoco puede quitarse el sombrero porque la herida que tiene en la parte superior de la cabeza es sumamente antiestética. A mi primo le dolería revelársela a cualquiera.

—Oh, vaya —simpatizó Von Bergen. Se inclinó hacia adelante, más cerca de las tres mujeres, y Cornelia creyó oler el leve rastro de alcohol en el aliento del escritor—. Es bastante pequeño para ser un hombre —murmuró—. Sin duda lo ha pasado mal por eso, ¿verdad?

—En efecto. Ha sido muy difícil para él y para toda nuestra familia —Anna bajó los ojos—. Le dije a mi tía que lo traería esta noche porque pensamos que tal vez los espíritus nos informen cuándo volverá su voz.

—Ya veo... eso tiene sentido. ¡Esperemos que lo hagan! Bueno, no importa, iré a buscar las sillas yo mismo.

Hilma sacudió la cabeza en señal de desafío.

—Bueno, si insiste —replicó Von Bergen. Hizo un gesto a Hilma para que lo siguiera.

*

El cenador que uno de los miembros fundadores de la Sociedad había ofrecido para pasar la noche se había transformado. Aunque estaba escasamente amueblado, el techo abovedado de estuco y el gran

armario hacia la parte trasera lo convertían en el lugar perfecto para el altar improvisado. Se habían colocado dos velas de cera de abeja a ambos lados de un crucifijo de madera. Con gran delicadeza se había dispuesto un pequeño jarrón azul con un ramillete de flores de Edelweiss para añadir ambiente.

Cornelia, con el corazón aún oprimido por el peso de la desaprobación de su hermana, observó cómo Hilma y Von Bergen acarreaban sillas del exterior y las disponían en cuatro filas ordenadas.

—Lástima que no pueda quitarse el sombrero, joven —dijo amablemente Von Bergen—. Se está poniendo terriblemente caluroso aquí dentro.

Hilma sonrió.

—Probablemente deberíamos sentarnos todos —sugirió Cornelia—. Tú también, Anna. Matilde dice que la señora Beamish tiene un invitado especial esta noche.

—¡En realidad es amigo mío! —interrumpió Von Bergen—. No puedo dejar que la señorita Beamish se lleve todo el crédito. —Guiñó un ojo. —¿No le impresiona que haya conseguido que una figura tan ilustre nos acompañe? —se dirigió a Matilde.

Ella no hizo ningún esfuerzo por ocultar su disgusto.

—Aquí todos somos iguales —murmuró Matilde antes de sentarse en una de las sillas. Desde hacía varias semanas se sentía irritada por la arrogancia masculina de Von Bergen. Él nunca escuchaba sus ideas y se negaba a verla como a una igual.

—Me temo que no. Algunos de nosotros fuimos elegidos para nacer con dones especiales. Tú lo sabes muy bien o no serías miembro de este grupo. Yo tengo destreza para escribir y tú...

Sacó su pipa y encendió el tabaco, hundiéndolo las mejillas antes de soplar una nube de humo azul en dirección a Matilde.

Justo cuando pensaba decirle algo a Von Bergen, una mujer alta entró por las puertas de la casa en la que estaban reunidos: llevaba el pelo largo y castaño con raya en medio y recogido detrás de las orejas, sus hombros eran anchos y fuertes, y una gran cruz colgaba entre sus pechos.

La mujer caminó solemnemente hacia una de las filas desocupadas del fondo y se sentó.

Cornelia y Anna giraron la cabeza para mirarla.

—Me recuerda a Juana de Arco —susurró Anna.

Hilma asintió con la cabeza. El calor se había intensificado en el pequeño y abarrotado salón, y el rostro de Hilma se ruborizó con un brillante tono carmesí bajo su sombrero.

*

Huldine estaba de pie delante del altar apretando su Biblia, con el pelo plateado sujeto con fuerza detrás de las orejas. Bertha dio un paso adelante y encendió dos velas.

—Comencemos —ordenó Huldine. El grupo comenzó a repetir una serie de mantras antes de entrar en un periodo de mediación. Tras varios minutos, el silencio los envolvió.

Entonces, sin previo aviso, se oyó un ruido fuerte e inesperado. Las puertas se abrieron de golpe y una ráfaga de viento azotó la sala, llevando consigo un revuelo de hojas.

Todos los miembros giraron la cabeza hacia el fondo del lugar para ver al último invitado atravesando el umbral a trompicones.

—Bueno, ¿qué les parece? —un hombre de aspecto diabólico, que lucía un *foulard* de lunares rojos y blancos a medio atar, irrumpió en la sala—. ¿Será que toda esta gente solemne y seria me esperaba en esta habitación?

Cornelia se llevó la mano a la boca cuando vio de quién se trataba. El hombre no necesitaba presentación; era el famoso escritor August Strindberg. Su retrato aparecía regularmente en los periódicos, no solo en el rincón de los críticos, donde sus obras dramáticas se consideraban una revuelta contra todas las convenciones sociales, sino también en las páginas de sociales. Era bien sabido en la ciudad que tenía debilidad por las damas. Hacía poco que había empezado a incursionar en lo que creía que era otra forma de conocimiento inexplorado, el misticismo y lo oculto.

—August, amigo mío. Qué placer verte —retumbó la voz de Von Bergen mientras se levantaba de un salto de su asiento.

Strindberg se tambaleaba mientras caminaba. El aire se hizo aún más denso con el olor a alcohol que lo perseguía. Empezó a avanzar hacia Von Bergen, pero se detuvo de repente, como si algo más hubiera captado su interés. Se dio la vuelta y se abrió paso entre los asientos empujando a la gente, que tenía que girarse para hacerle espacio. Señaló a varias mujeres.

—Demasiado gorda.

—Demasiado fea.

—Demasiado baja.

Mientras tropezaba con las sillas, la cara de cada mujer pasaba de la plácida cortesía al asombro y la repulsión.

—Te ves muy bien —dijo señalando a Hilma—. Lástima que seas un chico.

Cuando llegó a la misteriosa dama del frente, se detuvo y se inclinó tan profundamente que su frente llegó a rozarle el pecho. Ella retrocedió.

—Comencemos —Huldine intentó recuperar la compostura. Asemejándose a una frustrada maestra de escuela, hizo un gesto para que todos se acomodaran.

—¡No quiero hablar con los espíritus a menos que tenga a una de estas bellezas a mi lado! —anunció Augusto. Arrastraba tanto las palabras que apenas eran comprensibles para los demás. De manera brusca, sacó una botella de ajeno, bebió un gran trago y luego alargó la mano para hacer que Anna se sentara en su regazo.

Hilma se levantó de un salto.

—Suéltala —dijo con severidad. Utilizó todas sus fuerzas para apartarlo de Anna, pero el sombrero que llevaba cayó al suelo en el forcejeo y su larga melena castaña quedó al descubierto.

—¡Ah, sabía que tu hermosura era demasiada para ser un hombre! —gritó Strindberg, tendido en el suelo mientras su corbata de lunares rojos le cubría ahora la cara.

—Vamos, pues, continúen con su espiritismo y no me hagan caso —titubeó soltando un sonoro hipo.

Su carácter abrasivo ya había provocado que varios miembros del grupo, tanto mujeres como hombres, se levantaran y se marcharan, pero August hizo gestos en el aire como si intentara atraparlos en una red.

—¿Adónde van? Pero si tenemos que hablar con los espíritus. ¡Vuelvan! —gritó desesperado, extendiendo los brazos.

De pronto, la mujer desconocida se levantó y se inclinó sobre él.

—¡Tengo cinco hijos pequeños, Sr. Strindberg, y nunca en mi vida he visto un comportamiento tan lamentable! Debería estar profundamente avergonzado de sí mismo. ¡Profundamente! —Su voz retumbó en toda la habitación. Incluso Huldine y Bertha fueron silenciadas por su poder. Matilde sonrió, impresionada.

—Dejé a mi familia para venir aquí esta noche —continuó Sigrid—. Quería pasar una velada de despertar espiritual y usted me la ha arruinado, la ha convertido en un espectáculo —clavó sus ojos en él—, en un circo de la clase más baja.

—Bueno, seguro que eres aguerrida, ¿verdad? Puede que parezcas una monja... ¿pero cinco hijos? —Strindberg se levantó del suelo y trató torpemente de volver a acomodar su corbata roja—. ¡Tu marido debe encontrar esa boca tuya ligeramente afrodisiaca!

Huldine y Bertha se miraban horrorizadas.

—Sigrid, te pedimos disculpas —suplicó Bertha—. Nunca te habríamos invitado si pensáramos...

Empezaron a cuchichear airadamente con Von Bergen, quien finalmente se puso en pie y tomó a August firmemente del brazo, llevándoselo lejos.

El silencio volvió a apoderarse de la sala. Matilde se acercó a Sigrid y la tomó de la mano.

—Por favor, comprende que este tipo de cosas casi nunca ocurren —explicó—. Qué hombre tan desvergonzado. Puede que sea un escritor destacado, pero no tiene cabida aquí. Por favor, danos otra oportunidad.

Sigrid negó con la cabeza.

—No, no creo que esto sea adecuado para mí. Aquí nunca recibiré mensajes. Hay demasiada discordia.

Recogió su falda con la mano y se marchó.

Estocolmo, a 17 de octubre de 1896

Querida Sigrid Hedman:

Mis más sinceras disculpas por los acontecimientos de anoche. Fue tan horrible que carezco de palabras para describirlo. Sin duda Strindberg excedió los límites del comportamiento normal. Resulta escandaloso que un autor tan admirado y famoso sea capaz de actuar de esa manera. Te aseguro que esto no había ocurrido nunca y espero que él mantenga recluida su triste excusa de persona hasta que consiga mantenerse sobrio.

Lamento mucho que esto haya sucedido en tu primera reunión con la Sociedad Edelweiss. Como sabes, llevaba mucho tiempo deseando que asistieras. Tengo muchos años oyendo lo que se rumora sobre tu capacidad espiritual y creo que juntas podemos crear algo mágico.

Mi hermana, Cornelia, ha concertado una reunión privada para este viernes con otras dos mujeres muy interesantes: Anna Cassel e Hilma af Klint. Ambas son artistas, formadas en la Real Academia, que buscan una mayor comprensión del reino espiritual. Estaríamos encantadas de que tuvieras tiempo de venir.

La cita tendrá lugar en nuestro apartamento de Kammakargatan a las 19:00. En relación con la reunión, me encantaría contarte más sobre mi trabajo con Efteråt. Quizá incluso puedas escribir un artículo para la revista sobre tus propias experiencias personales.

Espero verte allí.

*Atentamente,
Matilde Nilsson*

Capítulo 4

Noche de viernes núm. 2
23 de octubre de 1896
Estocolmo

Para Sigrid no fue difícil decidirse a aceptar la invitación de Matilde. A pesar de la falta de profesionalismo que había encontrado en la Sociedad Edelweiss, seguía anhelando hacer algo por sí misma. Tras años de dedicarse a sus cinco hijos, por fin habían llegado a una edad en la que ya no la necesitaban tanto. Solo con leer la carta de Matilde, Sigrid supo que era sincera. Una velada con un pequeño grupo de cinco mujeres sonaba perfecta, e imaginó al instante una reunión más armoniosa, digna de un segundo intento.

El día de la reunión la había sorprendido después de una semana ajetreada. Había planeado dar un largo paseo antes, para despejar la mente tras la caótica cena con sus hijos adolescentes. Había decidido egoístamente servir la cena temprano, pero nadie tenía hambre, y la más joven, Kerstin, se peleó con su hermano por quién podía usar la bicicleta que sobraba con sus amigos.

—Compórtense —les recordó con severidad; pero no le hicieron caso y siguieron discutiendo entre ellos—. Por favor, intenten arreglar esto antes de que su padre vuelva a casa. —Sigrid no veía la hora de marcharse esa noche, tomó su Biblia de una mesa y cerró la puerta.

Al salir a la calle, el aire fresco le ofreció un alivio que necesitaba mucho.

Su mente había estado desbordando curiosidad por aquella artista, Hilma af Klint. No era solo que se hubiera atrevido a vestirse como

hombre, aunque eso ciertamente la hacía única; a Sigrid le intrigaba mucho más la extraña mezcla de colores que irradiaba de ella: un intenso halo amarillo con anillos azules y un destello rosa. Nunca antes había visto a alguien exudar un prisma de colores como aquel.

Sigrid poseía el don de ver el aura de otras personas desde pequeña; empezó en la escuela primaria, cuando notó un halo de color naranja alrededor de su profesora, la Sra. Andersson. Cuando dijo a una amiga que su profesora debería tener un nombre que captara los rayos de sol que flotaban desde su piel, su compañera de colegio la miró como si hubiera perdido la cabeza. Sigrid no podía creer que nadie más pudiera ver los colores que destellaban tan vívidamente para ella.

A partir de ese momento, mantuvo su don en secreto, sin revelárselo a nadie. No quería que los demás supieran que era diferente. ¿Y si pensaban que estaba loca y la enviaban a un manicomio, encerrándola de por vida? No. Sabía que debía tener cuidado. Su hijo Folke tenía la misma habilidad. Ella se había dado cuenta cuando era muy pequeño, pero le había dado instrucciones estrictas de guardar silencio al respecto.

Sigrid sujetaba firmemente su falda de lana con una mano, levantándola ligeramente para que el dobladillo no se arrastrara por los adoquines resbaladizos por la lluvia. Caminaba por el centro de la calle, sorteando los montones de estiércol de caballo y los charcos. Paseó tranquilamente en dirección a Kammakargatan, pasando por delante de la hermosa iglesia de San Johannes, donde podía oír las notas del órgano flotando en el aire. Era como si alguien estuviera tocando solo para ella en ese día tan especial.

Se sonrojó de emoción. Podía ser que no tuviera tanto talento como las otras mujeres del grupo, pero realmente veía el mundo de colores. Esa noche quería leer el aura de Hilma y otras más, ya que cada persona tenía su propio tono. En cuanto a su amado esposo, Ernst, su color era siempre el rojo: el cálido abrazo del amor.

*

Faltando solo una hora para que llegaran las demás mujeres, Matilde se escabulló a la intimidad de su dormitorio para concentrarse. Como gran parte del apartamento, la habitación estaba llena de objetos exóticos que Anders había llevado de sus viajes por mar: el tarro de jengibre negro y dorado del Lejano Oriente, los tapices bordados de la India y las plumas de pavo real azules y verdes de Nueva Guinea que había pegado a mano alrededor del borde de su espejo vestidor ovalado.

Su marido siempre regresaba de sus viajes con algo que la deleitaba e inspiraba. El suyo siempre había sido un matrimonio único y poco convencional. Aunque su cargo como capitán de barco lo obligaba a ausentarse a veces durante semanas o meses seguidos, esto le daba a Matilde la libertad y el espacio necesarios para centrarse en su propio trabajo. Ella no necesitaba un barco; sus visiones tenían el poder de transportarla a cualquier lugar.

—Cuando viajo, intento ver el mundo a través de tus ojos, apreciar la sabiduría y la historia inherentes a estos lugares extranjeros y a la gente que los habita. —Esas palabras la habían hecho sentir que Anders la comprendía más que ninguna otra persona en este mundo.

A él no le importaba que no fuera femenina ni delicada, cualidades que la mayoría de los hombres buscan al elegir esposa. Le encantaban su fuerza, su curiosidad y su intelecto. No tuvo inconveniente en que a ella no le interesara la frivolidad como a su hermana Cornelia, que podía pasarse horas acariciando un rollo de seda e imaginando las distintas formas en que podía transformarlo en un vestido o un juego de cortinas. El regalo favorito de Matilde había sido el humidificador de madera que él le había comprado en Sudamérica, dentro del cual había cuatro puros liados a mano. Ella levantó la tapa, sacó uno, inhalando el rico aroma de las hojas de tabaco, y lo deslizó en el bolsillo de su chaleco.

*

Con tan poco tiempo antes de que llegaran las invitadas, aún había que organizar el espacio para la sesión de espiritismo. ¿Dónde estaba Cornelia cuando la necesitaba? Matilde sintió que su impaciencia aumentaba.

—¡Cornelia! —gritó—. Las demás mujeres llegarán en breve y no volveré a pasar vergüenza. Después de la debacle de Edelweiss, quiero que todo marche sobre ruedas.

Aun así, no hubo respuesta. Matilde se fue a buscarla.

—¿Me has oído? —Encontró a Cornelia encorvada en un rincón de su habitación, con un juego de pinturas extendido frente a ella. Sujetaba un fino pincel de marta cibelina, y una guirnalda de flores verdes rodeaba ahora la parte superior de una tetera.

—¿Estás pintando ahora, cuando hay tantas otras cosas que hacer? —exclamó Matilde.

Cornelia levantó la vista. Una línea de pintura verde manchaba su labio de cuando se había puesto distraídamente el pincel en la boca.

—Lo siento, debe haberseme ido el tiempo...

Matilde dejó escapar un suspiro exasperado. La habitación de su hermana estaba llena de una variedad de cosas que ella nunca podría apreciar. Un rincón estaba atestado de aros de madera utilizados para sus bordados, otro rincón rebosaba de papel y pinturas. El escritorio estaba atestado de telas y cintas de colores que Cornelia utilizaba para confeccionar sus frívolos vestidos.

—Llevo todo el día recibiendo clientes que vienen a la oficina a contarme sus historias. He escrito el artículo de portada de la última edición de *Efteråt* y ya he comenzado a trabajar en mi próxima columna. —Matilde dejó salir un suspiro frustrado—. Te pierdes con demasiada facilidad en estos oficios y nunca terminas nada...

Se adentró en la habitación de Cornelia y levantó una pieza de bordado.

—Este cojín, por ejemplo... Trabajaste en él obsesivamente durante una semana, pero luego pasaste a otra cosa. Estos materiales cuestan dinero, ¿sabes?

Cornelia dejó la tetera, se levantó y se desató el delantal.

—Compré los materiales con mi propio dinero, dinero que gané con los estudios sobre animales que hice para el instituto veterinario. —Hizo una pausa—. Yo sí trabajo.

—Puede ser, pero aquí no pagas ni una corona por tu manutención. Actúas como un ama de casa, pero sin un hogar propio. Desperdicias tu futuro.

Matilde sacudió la cabeza.

—Estoy agradecida por todo lo que Anders y tú hacen por mí, por dejar que me quede aquí.

—Bien, pero también tienes que empezar a utilizar tus talentos. Ahora es demasiado tarde para que te cases, así que tendrás que empezar a comportarte como una intelectual, no como un ama de casa. Tienes muchas cualidades artísticas. Esa escuela lo vio hace muchos años y yo lo sigo viendo.

—No soy como Anna o Hilma.

—¿Por qué no? Las tres fueron admitidas en la misma escuela, tres mujeres en un ambiente masculino, contra todo pronóstico. Sin embargo, parece que Anna e Hilma aprovechan al máximo sus talentos, mientras que tú pasas el tiempo aquí sola, jugueteando con todo tipo de basura, porcelana y cojines. Son tonterías. Tonterías. Aún me frustra que nunca hayas solicitado entrar a la Real Academia... Te dije que debías hacerlo.

—Aceptaré más encargos, pintaré más lienzos... Eso me aportará algo de dinero. —A Cornelia se le humedecieron los ojos y su voz se volvió débil.

—Tienes que encontrar una cosa que te guste y dedicarte a ella, solo así tendrás éxito... y no andarás revoloteando entre todas esas otras distracciones... —las manos de Matilde se movieron hacia un nuevo rollo de tela en el que no había reparado antes.

A pesar de que no tenía debilidad por las cosas bellas, el color de la tela la embelesó. La seda azul pálido era muy suave; cuando pasaba la palma de la mano sobre ella, se sentía como cielo líquido.

—¿Otra nueva compra, Cornelia?

Matilde no podía contenerse, sabía que debía haber costado una fortuna. Levantó la tela para examinarla más de cerca. Una vez más, el juicio de su hermana la desconcertó.

—Por favor, no toques eso —gritó Cornelia.

Pero antes de que Matilde pudiera volver a colocar la tela en su sitio, una nota manuscrita salió de entre los pliegues de la seda y flotó hasta el suelo.

«Mi querida C. Veo tus ojos en todas las cosas azules; quiero sentir este tejido ondulando como el océano cuando bailamos. Crea algo hermoso con él. K.».

—¡K! —Matilde alzó la voz con incredulidad—. ¿Quién es K?

—Es... un... —Cornelia no sabía qué decir. Sus mejillas se tiñeron de escarlata.

Matilde levantó las manos exasperada.

—Me he quedado sin palabras. Una aventura amorosa con un hombre que te compra sedas.... Solo espero que no esté casado.

El rostro de Cornelia palideció.

—Las mujeres llegarán en cualquier momento y no tengo energía para seguir discutiendo. Debo recuperar la compostura para que los espíritus puedan hablar a través de mí.

Pero Cornelia sabía que ya habían habitado en su hermana. Matilde había visto a través de su velo.

*

El reloj de pie sonó y señaló que había llegado la hora de la reunión. El despacho de Matilde resplandecía con la luz de las velas mientras cada mujer era conducida al interior. Las primeras en llegar al apartamento fueron Hilma y Anna. Ya sin atuendo masculino, Hilma llevaba un elegante vestido negro, con el pelo rubio recogido en un moño apretado.

Deseosa de olvidar, al menos por esa noche, el enfrentamiento con su hermana, Matilde saludó cordialmente a Hilma.

—Veo que has dejado a tu hermano en casa... Voy a echar de menos ver su sombrero.

—Ah, pero él aún vive dentro de mí... —Hilma se llevó el puño al pecho. Su respuesta pretendía ser tímida, pero agradó a Matilde, que sonrió.

—Todos tenemos lados masculinos y femeninos dentro de nosotros. Me alegra que la última vez no estuvieras solamente intentando hacer tonterías.

—En absoluto —dijo Hilma, volviendo su voz a un tono más serio—. Estoy aquí porque siempre he buscado el conocimiento superior.

—¿Entonces has asistido a sesiones de espiritismo antes?

—Mi hermana murió hace casi veinte años, y desde entonces he buscado una manera de comunicarme con ella.

—Los muertos están a nuestro alrededor, solo tenemos que encontrar la forma de darles voz —simpatizó Matilde.

—Es una de las razones por las que asistimos a la reunión de Edelweiss —coincidió Anna—. Mientras tanto, les he traído esto a ambas... es un pequeño regalo como muestra de nuestra gratitud por su hospitalidad esta noche.

El presente era un cuaderno de cuero negro con un ribete dorado en los bordes.

—Pensé que podría servirnos para anotar lo que experimentemos. —Anna extendió el cuaderno en dirección a las dos hermanas, pero Cornelia se apresuró para tomarlo primero.

—¡Oh, qué amable! Gracias —se alegró—. ¡Será muy útil tener esto a la mano!

Surgió otra voz. Sigrid estaba de pie en el umbral de la habitación. Su pelo castaño estaba trenzado igual que la semana anterior, en un ovillo en la parte posterior de su cabeza. Sujetaba con fuerza una Biblia.

—Siento llegar tarde —se disculpó—. No es tarea fácil conseguir que cinco niños cenén temprano y no se peleen por la cosa más insignificante...

Su rostro ovalado, pálido contra su austero vestido negro, carecía de expresión.

—Ni siquiera podemos imaginarlo... Por favor, pasa... —Matilde hizo un gesto de bienvenida con la mano.

Sigrid sonrió y le agradeció.

—Ahora que estamos todas, podemos empezar —anunció Matilde—. Por favor, tomen asiento a la mesa.

—Como has estado buscando a tu hermana, Hilma, por favor, siéntate en la silla que tiene un cuenco de agua delante. Si ves algún movimiento durante la sesión, deberás decírnoslo enseguida.

—¿Seré la única que mire el cuenco?

—Sí —respondió Matilde con firmeza.

—Puedo sentarme a su lado —ofreció Anna.

Matilde asintió.

Anna se acercó a la mesa, aspirando una embriagadora fragancia en el aire. El olor llegó hasta lo más profundo de sus fosas nasales. «Qué peculiar», pensó. Cálidos globos de luz llenaban la habitación, aunque nada estaba ardiendo. No obstante, extrañamente, detectó un olor a humo.

—Hilma, recuerda que debes avisarnos si observas el más mínimo movimiento en el agua.

—Sí, comprendo.

—Bien, excepto Anna e Hilma, cerremos los ojos para tomarnos de las manos —ordenó Matilde—. Por favor, que los espíritus nos concedan su sabiduría y orientación —entonó con los ojos cerrados y la cabeza baja—. Hónrennos con su presencia... Recompénsennos con sus dones de conocimiento.

Luego dijo a las demás:

—Por favor, repitan después de mí: *Nåd och Ljus, Nåd och Ljus...*

—Gracia y Luz —cantaron las mujeres al unísono.

Las cinco voces se convirtieron en una sola.

No ocurrió nada durante varios segundos. Matilde miró a Hilma, que tenía la cabeza inclinada y la mirada fija en el cuenco de agua. Largos dedos de luz titilaron en el rostro de Sigrid, cuya expresión estaba retorcida por una intensa concentración.

—Por favor, grandes espíritus de luz y sabiduría, guíennos con su conocimiento. Muéstrannos una señal de que escuchan nuestras voces en esta noche bendita.

Las mujeres continuaron con las manos entrelazadas, con las palmas humedecidas por la transpiración y la determinación. La sala se hinchó de energía y aliento.

Súbitamente, la vela situada frente a Sigrid se elevó en el aire. La llama alcanzó el borde de una de las hojas secas de una palma, que comenzó a arder.

Y, al mismo tiempo, el agua del cuenco ondulaba haciendo pequeñas olas.

—¡Se está moviendo! —gritó Hilma—. ¡El agua... se está moviendo!

Los ojos de Sigrid se abrieron de golpe.

En respuesta a esta dramática secuencia de acontecimientos, Anna se levantó de un salto, agarró el cuenco de agua y lo arrojó sobre la hoja apagando el pequeño incendio.

Las cinco mujeres fueron testigos de cómo una ligera humareda salía de la hoja empapada.

—Señoras —dijo Matilde, poniéndose de pie. Miró hacia Sigrid y se dio cuenta de que el fuego había salido de la vela que estaba frente a su silla—. Esta ha sido una respuesta extraordinaria. Nos han visitado los dos elementos de la tierra: el fuego y el agua.

Hilma levantó la vista, su rostro estaba anegado de asombro.

—Debemos reunirnos todos los viernes a partir de ahora —anunció Matilde—. Los espíritus están con nosotras.

Capítulo 5

Eben

Presente

Nueva York

Mi caminata al trabajo dura solo cinco minutos. Desde la casa de arenisca donde vivo hasta el museo hay menos de cuatro manzanas. Salgo por mi puerta, giro a la derecha en la 93, giro a la izquierda en la esquina por la Quinta Avenida y me dirijo al centro. No se ve el Guggenheim hasta que se llega a la esquina de la calle 89. La estructura aparece como una sorpresa.

Nueva York es una ciudad de cajas. Estrechos o altos, abarcando una manzana entera o enclavados entre casas de piedra rojiza, todos los edificios son rectángulos de un tamaño u otro. Sin embargo, Frank Lloyd Wright construyó una espiral de color crema para albergar la colección de arte de Solomon R. Guggenheim. Es un edificio bajo en una ciudad de rascacielos, con espacio a su alrededor, lo que también es inusual en Manhattan. Los derechos de superficie son valiosos, pero la elegancia del espacio es aún más codiciada. El museo es una obra de arte en sí mismo, lo que, por supuesto, es lo que sus detractores llevan criticándole desde que se inauguró en 1959, poco después de que falleciera su arquitecto. La arquitectura por la arquitectura fue una de las cosas más amables que se dijeron de él.

No es un edificio exento de polémica. Algunos dicen que es un caracol gigante salido de Central Park, otros dicen que parece una nave espacial que aterrizó en la avenida, un plato de avena invertido, un panecillo de Pascua, una lavadora... El director y escritor Woody

Allen lo llamó célebremente un lavabo gigante. Jackie Onassis coincidió.

Pero estoy de acuerdo con lo que dijo al respecto el crítico de arquitectura Paul Goldberger: «Creo que el legado de este edificio está en el mensaje de que la arquitectura no tiene por qué tumbarse y hacerse la muerta frente al arte, que hay otras formas de mostrar el arte que en un espacio neutro, que un arquitecto puede hacer algo que sea poderoso en sí mismo y que mejore la experiencia de contemplar el arte».

Pienso en el Guggenheim como en una ciudad en sí misma: entras en el vestíbulo, que funciona como una plaza de pueblo, dejas tu abrigo, obtienes tu entrada o te diriges al restaurante; cuando estás listo para adentrarte en el arte, subes por la rampa que se eleva como una ladera ligeramente inclinada y das vueltas y vueltas, caminando de piso en piso e interactuando con las asombrosas obras de arte.

No es como cualquier otro museo ni como ningún otro. El Guggenheim, como su fundador, como su arquitecto, rompe con la tradición, con la realidad. No hay líneas verticales ni horizontes. Permite soñar despierto. Da la oportunidad de mirar las cosas de otra manera. Y si tus ojos se cansan y tu cerebro necesita una tregua, puedes apartar la vista de las obras de arte y mirar por encima de la rampa hacia el vestíbulo que hay debajo, o voltear hacia el tragaluz o al otro lado para ver a otros amantes del arte mientras suben, bajan y circulan.

Para mí, mi paseo al Guggenheim cada mañana nunca resulta aburrido, y estoy agradecido de ser el curador asociado de la Dra. Perlstein, porque su despacho sigue estando en el edificio de la Quinta Avenida. Como el Guggenheim tiene ahora sucursales en otras ciudades de otros países, a la fundación le ha quedado pequeño el espacio de oficinas del edificio Wright. Salvo por unos cuantos de nosotros, la mayoría de los empleados tienen sus oficinas en el centro, en Liberty Plaza, en una de sus torres de cristal; no obstante, como la Dra. Perlstein es la directora de las colecciones especiales y curadora principal, debe estar en las instalaciones.

Aquel lunes de julio por la mañana, cuatro meses después de mi viaje a Estocolmo, tuvimos nuestra reunión semanal de curadores a las once en punto. Había veinte de nosotros en la sala de conferencias, algunos llegados del centro. La Dra. Perlstein pensó que era importante celebrar las reuniones *in situ*, para discutir sobre el arte allí donde este se vería.

Todos llegamos a tiempo, pero ella llegó diez minutos tarde, algo muy poco habitual en mi puntual jefa. Cuando llegó, estaba nerviosa, lo que también era inusual. Y luego rompió el protocolo. Normalmente hablamos primero de las exposiciones en curso y de la asistencia, pero la Dra. Perlstein anunció que teníamos un problema con una exposición que estaba programada para el año siguiente.

—He estado al teléfono toda la mañana para aclarar esto, pero parece que tenemos una emergencia. Tenemos que cancelar la exposición de Lucian Freud programada para octubre de 2018.

Se oyeron susurros y quejidos. Preparar y planificar una exposición para la rotonda principal del museo lleva entre tres y cinco años. Habíamos empezado a planificar esta en 2014.

La Dra. Perlstein explicó brevemente lo sucedido. No importaba por qué se cancelaría la exposición. Teníamos un enorme problema entre manos. Un hueco gigantesco en nuestro programa con menos de dieciséis meses para sustituirlo, financiarlo y crear un catálogo para ello. Un cronograma casi inaudito.

—He intentado volver a montar una de las exposiciones del 2018, pero las obras están todas reservadas. Lo más lógico para nosotros sería idear una exposición basada en lo que tenemos. Es un plan seguro y requiere menor financiamiento, pero ya tenemos tres exposiciones internas programadas de aquí al otoño del 2018 y no podemos permitirnos tener una temporada lenta.

La Dra. Perlstein repasó lo que el Museo Metropolitano, el Museo de Arte Moderno, el Museo de Brooklyn y el Whitney tenían preparado para el mismo periodo. Todas las exposiciones eran atractivas y sería difícil competir contra cada una de ellas. Por eso teníamos a Lucian Freud programado para hacerles frente. En una

ciudad rica en museos como Nueva York, cada institución lucha por idear conceptos que atraigan a las multitudes. No es que intentemos robar asistencia a cualquier otra exposición, sino que tratamos de asegurarnos de ser una de las paradas obligadas en el itinerario de los amantes del arte.

Mientras varios curadores ofrecían ideas, saqué mi cuaderno y leí mis notas de los últimos meses. En el proceso de visitar museos, explorar galerías de arte, encontrar artículos, descubrir y leer libros sobre artistas nuevos u olvidados, a menudo anotaba ideas para posibles exposiciones.

Basándome en algunos de mis garabatos y bocetos, expuse algunas ideas. Nada llamó la atención. Seguí buscando en las páginas: de junio, mayo, abril.

Y entonces llegué a marzo y a mis notas sobre Hilma af Klint.

En cuanto vi su nombre, supe que había dado con una posibilidad real. Podía imaginarme esos cuadros en nuestro museo con una claridad que me sorprendió; pertenecían a este lugar, a un edificio que era casi idéntico al que esta artista había imaginado años antes de que Hilla Rebay y Solomon Guggenheim empezaran a hablar de cómo sería su propio templo del espíritu.

Leí lo que había escrito.

«¿Artista o mística?

No objetiva, 1906. Antes de Kandinsky.

Pinturas para el Templo contra el Templo al Espíritu».

—Se me ocurre una idea —dije—, y esta es realmente posible porque todas las obras de arte implicadas son propiedad de una fundación o están expuestas en un solo museo. —Tenía la atención de todos.

Uno de los aspectos más difíciles de montar una gran exposición es conseguir las distintas obras de arte de todos los museos, coleccionistas y fundaciones del mundo. Una exposición en una rotonda podía suponer hasta cien o más acuerdos de préstamo y piezas que había que enviar de un lado a otro.

—¿De quién se trata, Eben? —preguntó la Dra. Perlstein.

—Una retrospectiva de la obra de Hilma af Klint.

Casi no hubo reacción, salvo por parte de la Dra. Perlstein y Audrey Titus, que asentían con la cabeza. Supuse que el resto de los presentes había tenido que escudriñar en su memoria para situar siquiera el nombre.

—Debí haber pensado en ella. Gran elección, Eben. Llevo años fascinada con ella —dijo Audrey. Era una de nuestras curadoras más veteranas. Originaria de Kenia, era la encargada de llevar la diversidad multicultural al museo. Era ella quien había tenido la emergencia familiar que le había impedido asistir al simposio de Estocolmo.

—Me avergüenza admitirlo —dijo Henry Green. Llevaba más de quince años en el Guggenheim y era un experto en fotografía del siglo XX—, no sé quién es. Hilma af Klimt, ¿era pariente de Gustav Klimt?

Hubo otros murmullos de acuerdo alrededor de la mesa.

—Klimt no —dije—. K-L-I-N-T. Una oscura artista sueca que ocultó su obra durante décadas.

—Interesante, interesante elección, Eben. ¿En qué estás pensando? —preguntó la Dra. Perlstein.

—La historia del arte la ha pasado por alto, así que seríamos los primeros en ponerla bajo los reflectores fuera de Suecia. Fue una visionaria radical cuya obra muestra una drástica ruptura estilística respecto a sus predecesores años antes de que Kandinsky y Mondrian pensaran siquiera en la pintura no objetiva. Rompió esquemas y no se le concede ningún mérito por ello, esa es la razón más importante. Y luego está el hecho de que ningún museo del mundo es más perfecto para hacerlo que nosotros. Hilma af Klint creó más de cien cuadros para exponerlos en un templo que ella misma diseñó. Vi su boceto. Su templo es una espiral casi idéntica a la nuestra, excepto porque fue dibujado más de veinte años antes de que Rebay y Guggenheim se pusieran en contacto con Frank Lloyd Wright. Incluso incluyó un símbolo en espiral en numerosas pinturas —me sorprendí un poco a mí mismo por mi pasión. No había pensado en Hilma af Klint desde que regresé de mi viaje, meses antes.

—Bueno, eso es totalmente fascinante —dijo la Dra. Perlstein—. Sabía de ella, pero nunca había estudiado su obra. Me encantaría ver ese boceto de su templo.

Por un instante pensé en Blythe y sus momentos a lo Hécate. No había hablado con ella desde Estocolmo. Le habría encantado estar en esa habitación.

—¿Insinúas que será muy sencillo pedir prestada la obra? —preguntó Audrey.

—Sus pinturas y dibujos no están dispersos por el mundo —dije—. Casi el cien por ciento de su obra es propiedad de la Fundación Af Klint que dirige su sobrino nieto, y solo unas pocas piezas están en préstamo permanente en el museo Moderna. Todo lo que necesitamos está en Estocolmo. Si esas dos instituciones acceden a prestárnoslo, no tendremos ningún problema.

—El ángulo del #MeToo es realmente oportuno —añadió Cecilia Mann. A sus veintitrés años, era nuestra asistente más joven y a menudo hablaba con *hashtags*. Aunque su hábito podía resultar ligeramente molesto, nos mantenía al tanto de los asuntos y temas más actuales que eran tendencia en las redes sociales—. Esto podría situarnos a la vanguardia de la expansión feminista del canon artístico.

—Además de esto, Hilma era una mística —explicó Audrey a los que estábamos alrededor de la mesa—. Estaba muy involucrada con un grupo de otras cuatro mujeres que realizaban sesiones de espiritismo con regularidad con el fin de comunicarse con los espíritus para que las guiaran en su trabajo. Estaban relacionadas con la teosofía, si no recuerdo mal —se volvió hacia mí—: ¿Qué tanto del grupo y su espiritismo figuraría en la exposición?

—Es una interesante nota a pie de página —dije—. No es el tema. Lo importante son sus cuadros. Los que vi eran monumentales y muy adelantados a su tiempo.

—Por eso el ángulo del espiritismo funciona —insistió Audrey.

—Creo que sería la dirección equivocada —respondí.

—¿Por qué, Eben? —preguntó la Dra. Perlstein.

—Ensombrecerá sus cuadros. Ya saben cómo se lo tomará la gente. Lo que es tan original y fascinante de Hilma af Klint es su innovación radical, lo que hizo con el color, el tamaño y las abstracciones antes que nadie.

—Y ese es exactamente el motivo por el que importa el misticismo —contraatacó Audrey—. Ella afirmaba que los espíritus movían su mano, que le decían lo que tenía que hacer. Ella tenía una perspicacia más allá de la lógica, tenía una fe profunda y duradera en lo que creía y eso le permitió crear obras magníficas —dijo Audrey con gran pasión—. El interés por los fenómenos psíquicos y lo oculto es grande en estos días.

No pude evitar soltar un gemido, lo que me valió una mirada de reproche de la Dra. Perlstein. Otra mala costumbre mía.

Miré a Audrey.

—Lo siento.

Ella levantó las cejas y se encogió de hombros.

—¿Tienes algo útil que añadir al comentario de Audrey sobre el aspecto metafísico, Eben? —preguntó la Dra. Perlstein.

—Así es. Si nos vamos por ese camino, me preocupa mucho que la gente vea a Hilma primero como una mística, como una chiflada, incluso como una bruja. Perderán de vista la importancia de su lugar en el movimiento del arte moderno, y ese es el único aspecto al que no se debe restar importancia.

La Dra. Perlstein interrumpió.

—Antes de que saquemos los guantes de boxeo, veamos si esta exposición es siquiera una posibilidad. Tengo que decir que espero que lo sea, porque tengo fe en que la discusión que ustedes dos están teniendo sea exactamente el tipo de tema controvertido que nos consiga mucha atención y atraiga a la gente.

—Fe —dijo Audrey haciéndose eco de una de mis palabras menos favoritas—. Ese tiene que ser uno de los temas de la exposición: fe en su talento, en los mensajes que le dieron los espíritus y en su decisión de guardar sus cuadros para el futuro.

*

Salir caminando del museo una hora más tarde para reunirme con un galerista con el que tenía planes para comer no fue una experiencia tan agradable como la de entrar caminando aquella mañana.

Cuando me acercaba a la salida, Stan Bigelow, un guardia cincuentón que llevaba trabajando en el museo más tiempo que yo, sacudió la cabeza.

—Hay una multitud afuera, Eben. Quizá quieras salir por el sótano y la parte de atrás, aunque puede que también estén allí.

Me acerqué a la puerta de cristal y me asomé. Por lo que podía ver, tanto enfrente, como a la derecha y a la izquierda del museo, había manifestantes tumbados en la acera, como haciéndose los muertos.

—¿Qué demonios...? —me volví hacia Stan.

—Es por el asunto del fideicomiso de la familia Forrest.

—¿Así que finalmente llegaron a nuestra puerta?

—Parece que sí.

Toda la comunidad artística conocía las protestas por el fideicomiso de la familia Forrest. En el Guggenheim sabíamos que tarde o temprano seríamos el blanco. Claramente, había llegado nuestro momento.

La familia Forrest era propietaria de una gigantesca empresa farmacéutica que producía, entre otras cosas, un medicamento para el dolor que había sido el causante de cientos de miles de muertes debido a la adicción. La familia estaba siendo demandada por miles de millones de dólares debido a la comercialización engañosa del fármaco desde que este había sido aprobado por primera vez, a mediados de la década de 1990. El problema para muchas instituciones artísticas era que la familia Forrest era una entusiasta mecenas del arte y en los últimos treinta años había donado enormes sumas de dinero para construir nuevas alas y financiar exposiciones.

En los últimos meses, una destacada pintora y radical, Iris Vestry, había puesto en marcha una organización de defensa para avergonzar a museos y universidades con el fin de que rechazaran ese

financiamiento y retiraran todos los carteles con el nombre de los Forrest. Más de cien artistas conocidos se habían unido a su grupo, llamado Sin los Forrest Ahora, y habían organizado plantones y manifestaciones como la que acababa de formarse frente al Guggenheim.

Pude ver al menos dos docenas de manifestantes apostados detrás de los caballetes que se habían colocado para permitir la entrada y salida sin restricciones desde nuestra puerta principal hasta la acera y luego hacia la calle; otros permanecían cerca de las barreras y repartían lo que parecían billetes de dólar a los asistentes al museo.

—Parece bastante tranquilo —le dije a Stan.

—Tan tranquilo como una película de terror —bromeó—. Lo llaman *Fallecimiento*. Y esos billetes son dólares falsos etiquetados como «dinero de sangre» y empapados en lo que supongo que es pintura roja, pero parece sangre de verdad.

No me apetecía regresar sobre mis pasos y salir por la entrada trasera. Se me habría hecho tarde.

—Me atreveré —dije, y Stan me abrió la puerta.

Cuando llegué a los manifestantes, la que estaba a mi derecha me ofreció un falso billete de un dólar que tomé.

—El Guggenheim Sin los Forrest. Exige acción —dijo.

Mientras caminaba hacia la acera, que estaba llena de más dinero falso, examiné lo que llevaba en la mano.

Era un dólar fotocopiado que parecía una réplica exacta de nuestra moneda, salvo que tenía impreso *Estados Big Pharma de América* donde debería decir *Estados Unidos de América*. En lugar de un número de serie, decía *400 000 Muertos*. Donde debía estar el nombre del secretario del Tesoro estaba la firma falsificada, supuse, de Nathan Forrest, el jefe de la dinastía familiar. El apellido de la familia también se utilizaba de diversas formas en el billete.

En el reverso, que también estaba embadurnado con lo que parecía sangre, habían replicado nuestro museo del lado izquierdo, donde

debía haber una luminaria. Supuse que el grupo cambiaba esa imagen en función de la institución frente a la que protestaba esa semana.

En conjunto, fue una articulación poderosa y extremadamente bien hecha de nuestra moneda. Y no habría esperado menos de Iris Vestry. El museo la había incluido en una exposición en el 2012 sobre activistas artísticas. Su mentora había sido una de las *Guerilla Girls*, un grupo de artistas activistas feministas que surgieron en 1985, dedicadas a denunciar los prejuicios de género y étnicos en el arte, la política, el cine y la cultura pop. Siempre con máscaras de gorila en público, habían protagonizado cientos de protestas desde que se formaron y sus escandalosos visuales habían atraído una enorme atención hacia sus causas. Lamentablemente, todavía quedaba mucho por hacer en cuanto a las desigualdades en las que se centraban.

Al volver de mi almuerzo, encontré un mensaje de la Dra. Perlstein para que fuera a verla, por lo que subí la escalera. Nuestras oficinas se encontraban en las dos plantas superiores del rectángulo de seis pisos que había sido diseñado por la firma Gwathmey Siegel y construido en 1992. El nuevo edificio ofrecía al museo cuatro galerías de exposición adicionales, mayormente utilizadas para nuestra colección permanente, así como dos plantas destinadas a albergar oficinas.

La Dra. Perlstein levantó la vista cuando entré. Su despacho estaba pintado de blanco con detalles en azul cobalto. Su escritorio estaba en un extremo de la habitación, situado frente a unas estanterías abarrotadas de libros. En el otro extremo, frente a más estanterías abarrotadas, había una mesa de aluminio con seis sillas a juego. Una gran ventana ocupaba la pared norte. La versión actualizada de las antiguas ventanas con páneles, cinco sobre cinco, daba a la calle 89.

—¿Acabas de volver de comer? —preguntó la Dra. Perlstein.

Asentí con la cabeza.

—¿Está mejor ahí afuera? —preguntó.

—¿Los manifestantes? No. En todo caso, ahora hay más que cuando salí.

—Esto es una pesadilla para el consejo. No me gusta la situación más de lo que le gusta a Iris Vestry. Lo que los Forrest han hecho como negocio es despreciable. Y no discuto que en adelante ninguna institución debe beneficiarse de su generosidad, pero es una lucha muy complicada averiguar qué hacer con el dinero que ya hemos tomado y utilizado para construir alas, bibliotecas y galerías.

Se quitó sus gafas cuadradas de gran tamaño y se frotó entre los ojos.

—Volviendo al asunto que nos ocupa. Creo que te gustará saber que ya he avanzado bastante con la idea de Hilma af Klint que tuviste esta mañana. Conozco personalmente a la directora del Moderna y la llamé. Aceptó prestarnos los cuadros y me puso en contacto de inmediato con la Fundación Af Klint. Milagrosamente, me comuniqué con ellos enseguida y también aceptaron. Es casi como si hubiera estado predestinado.

Hice un gesto de dolor.

Ella vaciló.

—¿Qué pasa, Eben? No pareces contento.

—Desde luego que lo estoy.

—Entonces, ¿por qué tu reacción?

—Por la parte sobre el destino. Lo siento, ya puedo sentir que los aspectos esotéricos de esto se me van de las manos.

—Creo que eso te preocupa demasiado. Podemos gestionarlo. Formar parte de un grupo de cinco mujeres que celebran sesiones de espiritismo no es exactamente un aquelarre de brujas que sacrifican animales y beben su sangre a medianoche delante de un altar hecho de hombres desnudos. ¿Estás de acuerdo?

—Bueno, eso ha sido específico. —Me reí.

Ella también lo hizo y luego dijo:

—De acuerdo entonces. Manos a la obra. Creo que podemos sacarlo adelante, pero voy a necesitar que trabajes a niveles sobrehumanos para hacer el catálogo y ayudar con los paquetes de patrocinio.

Asentí, esperando que eso fuera todo lo que dijera sobre el catálogo. Ambos sabíamos que se refería a un periodo del año anterior en el que metí la pata y casi me despiden. Todo empezó cuando mi padre tuvo un leve infarto cardiaco. Eso en sí no era el problema; lo que sí lo era tenía que ver con que su segunda esposa, con la que nunca me había llevado bien, estaba intentando ponerlo en mi contra y tomar el control de su negocio, así como de la gestión de su salud.

No es que quisiera el control, pero era muy cercano a mi padre y su nuevo matrimonio se estaba interponiendo entre los dos y no quería que eso ocurriera. Cuando volé a Florida para ocuparme de las cosas, transferí mi carga de trabajo a otro curador asociado sin informar a mi supervisora. Resultó que el asociado metió la pata en un ensayo fundamental e hizo que un autor importante se molestara tanto que este se retiró.

Cuando volví de mi viaje, la Dra. Perlstein me hizo saber que había cometido un grave error de juicio. Durante algunos días pensé que podría perder mi trabajo, pero al final, dada la naturaleza de la situación de mi padre, se limitó a hacerme una severa advertencia de que no podía tomarme la libertad de decidir cómo manejar cada decisión.

No era la primera vez que me hablaba de mi tendencia a actuar solo. Mi independencia era un grave defecto, no necesariamente en la vida, pero desde luego mientras trabajaba en el ambiente de colaboración de un museo.

—Estoy muy entusiasmada con esta exposición, Eben —dijo la Dra. Perlstein—. Creo que el aspecto femenino, el legado oculto y la artista devota que fue rechazada por el *establishment* artístico masculino mientras era movida y dirigida por influencias místicas me parecen muy adecuados para la actualidad. Nuestro mayor reto va a ser encontrar financiamiento. Eso y reunir a los historiadores adecuados para el catálogo dentro del plazo previsto. ¿Por qué no elaboras un programa aproximado, una lista de temas y títulos para la

exposición e ideas para ensayos que creas que deberíamos intentar realizar? Dejemos todo eso listo para el fin de semana.

Tres días para hacer un trabajo que normalmente llevaría un mes. Sin embargo, esta no era una situación típica.

Todavía estaba en la oficina de la Dra. Perlstein cuando su ayudante llamó a la puerta. La policía, que había estado de guardia fuera del museo todo el día debido a la manifestación, había detenido a uno de los manifestantes, y abajo se había desatado un infierno. La Dra. Perlstein suspiró y cambió el enfoque para ocuparse de su problema más reciente, y yo volví a mi despacho.

Abrí un calendario en mi computadora y durante la siguiente hora llené varias casillas con las fechas con las que tendríamos que cumplir para que todo estuviera listo en octubre del 2018. Y luego las reordené. Y luego volví a reordenarlas. Finalmente satisfecho, envié el documento por correo electrónico a la Dra. Perlstein como un programa sugerido. Mi siguiente esfuerzo, por mucho el más importante para mí, fue definir el tema de la exposición, ya que eso también dictaría la dirección del catálogo.

Sentado en mi oficina no es como mejor pienso; caminando o nadando, sí. La mayoría de las mañanas nado en Asphalt Green, una magnífica planta de asfalto *Art déco* erigida en 1941 que fue reconvertida en centro deportivo en 1993. Mi hora habitual entre semana son las 7 de la mañana, e intento ceñirme a ella los fines de semana para llegar antes de que esté demasiado lleno, pero esa mañana había fallado y decidí probar suerte por la tarde.

Me metí el teléfono en el bolsillo y salí del edificio, pero esta vez hice lo que Stan me había sugerido antes y salí por el sótano para evitar el tumulto de enfrente. No quería distraerme con la protesta.

Tuve suerte de conseguir un carril después de esperar solo cinco minutos. A mi lado, me sorprendió ver a una niña, de apenas unos siete u ocho años, dando vueltas. Parecía una foca bebé con su traje azul marino y su gorro del mismo color ceñido a la cabeza, dando una de las mejores brazadas de pecho estilizadas que hubiera visto hacer a un adulto, nunca a un niño.

Normalmente solo necesito dar cinco o diez vueltas para que mi mente se sumerja en un estado meditativo en el que ya no soy consciente de quién me rodea ni del ruido ni la gente que va o viene. No obstante, la sorprendente técnica y velocidad de la niña me distrajeron.

Como siempre, nadé durante media hora. Ella seguía nadando cuando salí. Mientras me secaba con la toalla, la observaba deslizarse por el agua. Puedo aceptar o rechazar el ballet o la danza moderna, pero las nadadoras me hipnotizan.

—Es muy buena, ¿verdad? —me dijo un hombre, quien supuse tendría unos cincuenta años y tenía un ligero acento. Vestido con pantalones de mezclilla, camisa de cambray y zapatos de cuero para conducir, era el epítome de la elegancia casual.

Me fijé en el anticuado cronómetro que llevaba en la mano. Estaba preparado para poner fin a su suave tictac en cuanto la niña se detuviera.

—Es excelente —señalé con la cabeza el cronómetro—. ¿Está entrenando?

—Su madre lo está considerando. No estamos seguros de si es realmente bueno para Willa hacer algo tan competitivo siendo tan joven. Su madre quiere que tenga una infancia con el menor estrés posible, y estoy de acuerdo... —se encogió de hombros—, pero Willa lo desea tanto que lo estamos contemplando.

La niña se detuvo al borde de la piscina.

—Hola, papá, ¿cómo lo hice? —preguntó sin aliento.

Revisó su tiempo.

—Dos minutos más rápido.

Golpeó el aire con el puño y nadó hasta la escalera. Afuera de la piscina, su padre tenía abierta una gran toalla con rayas blancas y azules. Ella corrió hacia allá. Él la envolvió, abrazándola. Cuando la soltó, la niña se quitó el gorro de baño y sacudió su cabeza para liberar sus rizos rubios.

—Hiciste un trabajo increíble, Willa —dijo su padre.

—Así fue —añadí—. No pude evitar fijarme en ti cuando nadabas a mi lado, y lo hiciste realmente bien.

Ella era un poco tímida, pero me dedicó una ligera sonrisa.

—Gracias.

—Que tengan un buen día —les dije a ambos, y me dirigí a los vestidores.

Mientras nadaba había pensado en los cuadros que había visto en Estocolmo y en lo que había aprendido de la curadora del Moderna y de la conferencia de Blythe sobre Hilma af Klint. Me di cuenta de que necesitaba sumergirme en lo que se había escrito para dar con el ángulo adecuado para el catálogo y eso significaba horas de tarea, lo que se traduciría en cancelar mis planes nocturnos.

En mi caminata de regreso al museo, saqué el teléfono del bolsillo y llamé a Daphne. Teníamos que ir a un coctel ofrecido por uno de sus clientes y cenar después. Sabía que a ella le parecería bien que yo no fuera. Mi relación con ella era tan fácil como siempre, y lo fácil funcionaba para mí. Alguna vez había conocido lo contrario. Y de pronto recordé el sonido de Blythe riéndose y diciéndome «superfácil» en Estocolmo. Dios, nosotros dos habíamos sido cualquier cosa menos eso.

La voz de Daphne se escuchó a través de la línea, su voz grabada. Dejé un mensaje y colgué, sin querer darle más vueltas al hecho de que me aliviaba que hubiera entrado el buzón de voz. Simplemente no estaba de humor para charlar. Quería volver a Hilma af Klint y la exposición.

Mirando hacia atrás, fue entonces cuando tuve el primer atisbo de la idea. Recordé una de las cosas interesantes que Blythe me había contado sobre Hilma y a la que Audrey había aludido esa misma mañana. Como Af Klint había sido desairada e ignorada por sus contemporáneos en el mundo del arte, había decidido protegerse a sí misma y a su capacidad de crear no mostrando su obra en absoluto. Incluso había dispuesto que sus pinturas y dibujos se ocultaran y no se expusieran durante al menos dos décadas después de su muerte. Creía que su obra solo sería comprendida en un futuro lejano. Tan segura estaba de esa aceptación por la posteridad, que había pasado años catalogando y numerando más de mil piezas.

Pasé el resto de la tarde en la oficina investigando. No había biografías de ella escritas en inglés, solo una en sueco, y únicamente un puñado de artículos. Justo antes de marcharme, encontré en la biblioteca del Guggenheim el catálogo de la exposición del Museo de Arte del Condado de Los Ángeles de 1986, que la incluía, y lo tomé prestado por esa noche.

Me dirigí a casa, libro en mano, pensando en Hilma. En el piso de arriba serví un poco de vodka en un vaso, corté un limón, añadí hielo y llevé la bebida a la sala. Tomé el catálogo y, sentado con los pies sobre la mesa de centro, leí primero el ensayo sobre Hilma af Klint y luego regresé las páginas para leer los demás, incluido el escrito por Blythe Larkin.

Cuando no quedaba nada en el vaso, salvo la rodaja de limón, dejé el libro y miré el reloj de la repisa de la chimenea, sorprendido por todo el tiempo que había pasado.

Me levanté y fui a abrir la ventana, mis ojos se posaron sobre la última pieza escultórica de mi madre. Tenía varias de sus obras terminadas expuestas en mi casa: una en la biblioteca/comedor, otra en el vestíbulo. Mi padre tenía algunas en Florida. Una docena habían sido vendidas a colecciones privadas y unas pocas estaban en museos menores.

Mi madre era una prometedora escultora de veintiséis años cuando conoció a mi padre. Tallaba en mármol centrándose en figuras no objetivas —círculos, símbolos de infinito y cuadrados—, que perforaba para formar agujeros de diversos tamaños, dentro de los cuales colocaba intrincadas figuras construidas con arcilla y fundidas en bronce. Dentro de las grandes figuras abstractas, las pequeñas personas, casi como muñecas, parecían criaturas que exploraban planetas lejanos: eran buscadores, viajeros, peregrinos. Siempre había querido saber más sobre ellas y había escudriñado los cuadernos que había dejado mi madre, pero no había palabras en ninguno, solo interminables bocetos de las figuras grandes y los personajes pequeños. Cada obra se titulaba simplemente *Círculo número 5*,

Cuadrado número 8. Mi padre me había contado que una vez le había preguntado por qué no les ponía nombres más interesantes y ella le había dicho que quería que la gente les pusiera títulos por sí misma, que lo que otra persona viera en su obra era aún más importante que lo que ella hacía.

Su última e inacabada pieza, la que conservo frente a la ventana de mi sala, era un bucle infinito de mármol blanco de 1.2 metros de altura. Tres cuartas partes de ella, de la parte superior hacia la mitad del bucle inferior, habían sido pulidas hasta alcanzar un alto satinado, suave al tacto, pero la mitad inferior seguía siendo áspera. Se podían ver las marcas del cincel de mi madre.

Dentro de la mitad inferior del bucle superior, ella había colocado sus pequeñas personas, cada una de un tono diferente de bronce dorado: un bebé gateando y un niño pequeño de pie, tratando de alcanzar algo. Era una de las pocas piezas a las que había puesto nombre: *Mañana número 1*. Sabía su nombre porque había encontrado los bocetos en uno de sus cuadernos. Por el dibujo sabía que el bebé/niño pequeño era yo a diferentes edades.

Hilma af Klint también había dejado cuadernos, pensé mientras pasaba junto a la escultura de mi madre. El ensayo que acababa de leer contenía muchas citas de ellos, incluida una en la que ella determinaba que todas sus obras debían mantenerse ocultas hasta veinte años después de su muerte.

Sabía que muchos artistas piensan en el futuro y planean lo que ocurrirá con su obra. Algunos incluso se obsesionan con cómo serán vistos a través de la lente de la historia y el duradero impacto de su obra, se aferran a la idea de que, mucho después de que se hayan ido, la gente que vea lo que han creado tendrá el don de echar un vistazo al interior de su alma y que su arte seguirá siendo relevante. Pero, ¿qué pasa con los artistas que no son ni siquiera mínimamente relevantes en su tiempo?, ¿solo les queda el futuro? ¿Se estaría protegiendo Hilma de un mayor rechazo ocultando su obra o era realmente profética?

¿Sabía que pintaba para las generaciones venideras que apreciarían y comprenderían sus esfuerzos?, ¿pintaba para el futuro?

Estocolmo, a 25 de octubre de 1896

Querida Hilma:

He tenido dificultades desde nuestra última reunión de viernes por la noche para trabajar en mis propias pinturas. Sé que tú mejor que nadie comprenderás esta frustración. Llevo días intentando terminar un pequeño paisaje para plasmar la tranquila soledad que siento cuando estoy rodeada de los robles y abedules dorados del norte, pero los colores se han vuelto turbios y el lienzo aún no refleja lo que tengo en la mente. Sé que mi concentración se ha visto afectada por la enfermedad de Lotten. Algunos días está tan cansada y su tez tan pálida que parece como si estuviera a solo unos pasos del cielo. El dolor de verla sufrir es tan grande que a menudo desearía haber sido yo la que nació con el corazón débil, y no ella, para librarme de verla tan debilitada.

Me doy cuenta de que comprendes esta angustia mejor que nadie, que no hay día que pase en el que no pienses en tu querida hermana, Herminia. Esperaba que Matilde canalizara un mensaje suyo durante nuestra sesión de la semana pasada, pero quizás llegue en un futuro próximo. Mientras tanto, debemos reforzar nuestros lazos como grupo. Anhele estar conectada con un grupo de almas de mentalidad espiritual que busquen respuestas como nosotras a los muchos misterios de la vida. El otro día me asaltó tu recuerdo en nuestra residencia de la isla de cuando fuimos a recoger flores silvestres en los campos más allá del lago... ¿Recuerdas aquella tarde en la que sostuviste la amapola roja en tu mano y empezaste a arrancar los pétalos del centro porque querías ver cómo las fibras se unían al centro y cómo el centro las conectaba al tallo? Ya entonces querías

aprender cómo la naturaleza acoplaba todas sus intrincadas piezas. Me has hecho sentir infinitamente más curiosidad por el mundo, Hilma, y te estaré eternamente agradecida por haber enriquecido tanto mi vida. No puedo esperar a ver lo que aprenderemos con nuestro nuevo grupo. Espero que nuestros corazones y nuestras mentes se llenen de más conocimientos, más sabiduría y un sentido más profundo de lo que deberían ser nuestros legados en el breve tiempo que tenemos en esta tierra.

Será un placer volver a verte este viernes en el Salón de Blanch antes de la reunión. Siento que ha pasado una eternidad desde la última vez que paseamos juntas por allí y contemplamos los cuadros. Qué maravilloso prelude será de otra sesión de espiritismo.

*Siempre,
Tu Anna*

Capítulo 6

Noche de viernes núm. 3
30 de octubre de 1896
Estocolmo

Anna apretó más su capa contra el pecho e inclinó su paraguas en la dirección del viento. Tenía que darse prisa para encontrarse con Hilma.

Al tiempo que seguía lloviendo a cántaros, Anna hablaba entre dientes sobre lo absurdo que le parecía salir a la calle con un clima tan inclemente como aquel. A pesar de su entusiasmo inicial por ver la nueva exposición, la lluvia había hecho mella en su ánimo; además, Lotten había tenido su primer día bueno en semanas, incluso se había sentido lo suficientemente bien como para abandonar la cama y tocar algunas de sus piezas favoritas en su querido piano. Una parte de Anna pensaba que debía pasar la tarde con su hermana, pero el reciente descubrimiento de la carta de Hellström a Hilma la había inquietado. Le preocupaba que pudiera invitar a ese miserable médico a ir con ella en su lugar. Era difícil olvidar cómo Hilma le había descrito alguna vez que él sentía un hambre irreprimible e insaciable por ella.

—Es como un lobo —le confió—. Obtiene tanta satisfacción de la caza como de la captura. —A Hilma le brillaron los ojos, echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír.

Anna sabía que su amiga disfrutaba profundamente manteniéndolo hambriento, que obtenía poder de su deseo.

—En realidad, nunca me casaré con él, Anna —le había prometido Hilma una y otra vez.

Pero su antigua llama nunca parecía desaparecer por completo de sus vidas. Pasaban meses, incluso años, y de algún modo Hellström siempre reaparecía; era una persistente sombra oscura que Anna anhelaba borrar.

*

El café y galería de arte de Blanch, en el Kungsträdgården, seguía siendo uno de los lugares favoritos de Hilma y Anna en Estocolmo y estaba situado convenientemente en la planta baja del edificio de Hilma. El elegante espacio abovedado, con las paredes de yeso labrado y las florituras de la *Belle époque*, presentaba un escenario de intrigantes contrastes. Blanch, el apuesto y distinguido fundador, había sido aclamado como un genio por algunos, ya que utilizaba su astuto ojo para yuxtaponer la ornamentación clásica del entorno con las nacientes estrellas artísticas *avant-garde* de la época. El resultado fue un destino de moda en el centro de Estocolmo que ofrecía un vistazo a las pinturas impresionistas que muchos suecos no habían visto nunca, pero en un entorno que los acogía grata y cómodamente, eso sin mencionar la copa de champán que se les brindaba.

Anna nunca olvidaría el momento en el que entró al lugar de Blanch por primera vez, cuando ella e Hilma eran jóvenes estudiantes de arte. Bajo la tenue luz de los candelabros de techo y las alfombras de lujo, había quedado maravillada al ver a tantos artistas y escritores de los que solo había oído hablar de pasada. Atisbó a Hanna Hirsch y Georg Pauli reunidos en un rincón, con las cabezas ladeadas, conversando. Jenny Nystrom, la popular ilustradora folclórica, charlaba con la elegante pintora Eva Bonnier, que acababa de regresar de su estancia en el extranjero.

Hilma desaprobó uno de los lienzos que había visto de uno de sus compañeros, Anders Zorn.

—Se cree un meteorito —refunfuñó—, propulsándose más rápido por encima del resto. —Esa tarde había pasado apresuradamente por delante de todas las obras de Anders, sin prestarles ni un segundo de atención.

No obstante, algo mágico sucedió entonces: tanto ella como Hilma se habían detenido instintivamente ante el mismo cuadro, cada una cautivada por completo por un lienzo totalmente único de un artista francés llamado Claude Monet, también incluido en la exposición.

Se trataba de un paisaje marino al atardecer, con los acantilados rocosos y escarpados de Normandía sobre un cielo de vibrantes colores naranja y albaricoque. Su paleta parecía brillar contra la oscura pared del salón de Blanch.

—Es como si poseyera su propia iluminación —susurró Anna con asombro.

Hilma se acercó y examinó la textura de las pinceladas de Monet.

—Se puede sentir la energía que se desprende del lienzo —afirmó asombrada—. Es como si hubiera captado la esencia misma de la puesta de sol... su esplendor, no solo sus colores.

A Anna le había encantado cada momento de la exposición porque había marcado una nueva progresión de la pintura más allá de la densa atmósfera de la Academia, en la que Hilma y ella vivían todos los días. Atrás habían quedado los fondos oscuros y opresivos o los sombríos rostros iluminados por un manto de luz que tantos maestros holandeses y escandinavos habían plasmado durante siglos. Ahí, en las paredes del salón de Blanch, había cuadros que parecían pintados al aire libre bajo el sol, como a Hilma y a ella les encantaba hacer durante sus vacaciones de verano en las islas del archipiélago. Los lienzos de colores pastel rebosaban una calidez y una sensación de urgencia creativa que la emocionaban.

Anna apreciaba ver cómo muchos artistas suecos experimentaban con el estilo impresionista francés. Hilma, sin embargo, se negaba a darles crédito.

—Si un sueco vuelve de Francia y luego pinta como un francés, ¿en qué se convierte? —cuestionó Hilma—, ¿en un visionario o solo en un imitador?

Anna se quedó callada. Su amiga había planteado una pregunta interesante y ella no estaba segura de la respuesta.

—¿No sería genial —Hilma llenó el silencio entre ellas— que un francés viniera a Suecia y se llevara algo de nosotros? —echó la cabeza hacia atrás—. Eso sí que me gustaría verlo...

*

Hilma y Anna habían asistido ya a innumerables inauguraciones desde aquella primera de hace casi una década. Anna tenía la esperanza de que la exposición de esa tarde las entusiasmara, sobre todo antes de reunirse con las demás para su sesión espiritista semanal de los viernes por la noche.

—Me empezaba a preocupar que no vinieras —Hilma se inclinó y besó a Anna en ambas mejillas—. Me alegra que lo hicieras a pesar del terrible clima.

Anna se desabrochó la capa y sacudió el paraguas, luego se los entregó a la joven que guardaba los abrigos. Rápidamente, echó un vistazo al ejemplar del *Dagens Nyheter* que llevaba su amiga bajo el brazo.

—Oh, Hilma, ¿qué estás leyendo ahora? —preguntó Anna, señalando el periódico—, ¿es otro artículo sobre los rayos X?

Hilma rio.

—No, en realidad es sobre la división de los átomos...

Anna hizo un gesto con la cabeza.

—Estás obsesionada con toda esta ciencia. Empiezo a preguntarme si eres pintora o física.

—¿No puedo ser ambas? No entiendo cómo alguien podría no leer todo lo que le fuera posible sobre estos últimos descubrimientos. Nos ayuda a entender cómo está todo entrelazado —señaló con un dedo el titular del periódico—. ¿No somos todos átomos, arremolinándonos

en el universo? Podemos unirnos y volvernos uno o existir individualmente. La ciencia es una metáfora de la vida... del universo.

Anna suspiró.

—Tu mente no para nunca, ¿cierto?

—No, no lo hace —Hilma fijó sus ojos en Anna y torció sus labios hacia arriba como los de un gato travieso—. Y por eso quería que vieras un cuadro en particular.... —Deslizó su brazo sobre el de Anna y se apretó contra ella—. Ser artista significa ser siempre curioso... —plantó un pequeño beso en el hombro de Anna—. Y estar siempre buscando conexiones.

Cuando entraron en la sala principal del salón de Blanch, Anna sintió calor bajo la lana de su vestido. Le alegró ver que Hilma llevaba la bufanda de terciopelo verde que le había comprado durante su *Grand Tour* por Italia casi una década antes. Durante muchas noches de invierno posteriores, cuando los ventisqueros se amontonaban en las repisas de las ventanas de su apartamento de Floragatan, Anna sentía que su corazón avivaba fuego cada vez que recordaba todo lo que habían hecho en su viaje juntas.

Atesoraba el recuerdo sobre todo ahora, que su vida se había vuelto sofocante debido a los problemas de salud de Lotten. Volvía a sentirse joven cada vez que pensaba en aquel viaje. Era como su caramelo secreto, que podía desenvolver y saborear cuando estaba sola, y nunca fallaba a la hora de hacerla sentir que estaba viva. Confinada a trabajar en una pequeña zona de su dormitorio, anhelaba la llegada de los meses de verano, cuando podría volver a pintar al aire libre y no tendría que abrir la ventana para suavizar los vapores del aceite de linaza y el aguarrás, que no eran buenos ni para sus pulmones ni para los de su hermana.

Aunque la Asociación Sueca de Arte no le había concedido el uso de un estudio de arte como a Hilma, Anna tampoco había abogado por sí misma. Simplemente no tenía la misma ambición que Hilma, esta había sido siempre una de las principales diferencias entre ellas.

Hilma siempre estaba buscando algo, mientras que Anna se encontraba más satisfecha con la vida. ¿Era esto un signo de

complacencia de su parte? Anna no estaba segura; lo que sí sabía era que ella siempre se había conformado con facilidad, mientras que su amiga parecía encontrar una fuente de creatividad en su descontento.

La nueva exposición de esa tarde, empero, llenó de energía a Hilma. Con cada lienzo frente al cual pasaba, el rubor de sus mejillas se intensificaba.

—Mira esto —llamó Hilma, señalando un grabado en madera de dos cisnes. Las dos compartían una afinidad por la gran ave alada. Ambas la habían pintado en versiones blanco y negro, lo cual desde entonces se había convertido en una idea central para ellas.

—Ha hecho el cuello demasiado corto —criticó Hilma, sacudiendo la cabeza—. Pensaría que Blanch podría hacer algo mejor que exhibir algo tan *amateur* como esto.

Anna intuyó que Hilma había estado esperando que Blanch la invitara a colgar algunas de sus obras en las paredes de su salón, pero que la oferta nunca había llegado.

—Quizá Matilde pueda llegar más lejos con los espíritus esta noche y darnos más respuestas —respondió Anna con optimismo—. Todas queremos más orientación sobre nuestro verdadero camino y sobre cuál será nuestro legado. Después de todo, ninguna se está haciendo más joven.

—¿Según quién? —Hilma rio. Echó los hombros hacia atrás e hinchó el pecho—. Treinta y cuatro años no son muchos, amiga mía.

Anna alargó la mano y tocó el pañuelo de terciopelo verde.

—Debo pedirle a Cornelia que te haga algo nuevo para abrigarte el cuello. Esto se está desgastando.

Hilma se encogió de hombros, sin inmutarse por los hilos que faltaban en el borde con borlas de la bufanda.

Anna había hecho el comentario esperando que Hilma dijera algo nostálgico sobre la bufanda, pero todas las veces que había deseado que su amiga mostrara un poco de sentimentalismo, solo consiguió sentirse decepcionada. Una cosa era innegable en Hilma: odiaba mirar hacia atrás.

*

En una habitación oscura, bañada por la luz de las velas, Anna e Hilma encontraron a Matilde entronizada en una mecedora de mimbre. Sobre una mesita inclinada hacia ella había un jarrón con hojas de palma secas; un gran cuaderno yacía abierto sobre su regazo.

—Vengan, siéntense —anunció al levantar la cabeza de sus páginas escritas—. Las otras mujeres vendrán en un momento —Matilde señaló con la mano las cuatro sillas vacías como si fuera un sultán.

—Hoy he escrito algo para mi revista que quiero compartir con ustedes —dijo solemne—. Creo que ayudará a conducirnos a un lugar de meditación importante.

Hilma se quitó el pañuelo y aspiró el aroma a incienso de la habitación.

—¿Es incienso de *Boswellia*? —olfateó el aire.

Matilde asintió y se reclinó en su silla.

—Sí. Me gusta quemarlo para despejarme. Anders trajo el aceite de su último viaje a las lejanas Indias —inspiró profundamente—. Estos pequeños rituales de purificación son esenciales cuando se intenta entrar en otros reinos.

Hilma se volvió hacia la pequeña ofrenda votiva del aceite ardiendo. El aroma avivó sus sentidos. Cuando abrió los ojos, las otras mujeres estaban acercando las sillas para sentarse a su lado.

Sigrid sonreía con sus ropas oscuras y sombrías. Cornelia iba vestida de un color místico, una seda azul pálido que reflejaba el cielo.

*

«El otro día tuve una visión tan real que fue como si los espíritus hablaran directamente a través de mí...». Anna miró cómo Matilde empezaba a leer en voz alta de su diario.

«Me condujeron a una habitación con un armario de madera adornado con una tabla en forma de triángulo. De este triángulo salía

una luz intensa y blanca —una energía— que se extendía hacia mí, penetrando todo mi cuerpo. En ese momento me inundó un calor, una sensación de estar siendo utilizada como receptáculo para contener el poder de los espíritus venidos de mucho más allá. Aunque no se pronunció ninguna palabra, me invadió un sentido de propósito. Al acercarme, abrí los brazos y me entregué plenamente a *él*, abrazándolo con mi corazón, mi mente y todo mi ser. Fue entonces cuando me invadió una sensación de ingravidez y sentí que mi cuerpo se elevaba hacia los cielos...».

Matilde dejó de leer y dirigió sus ojos hacia el grupo.

—Quería compartirlo con ustedes porque sentí que era un mensaje importante destinado a guiarnos.

—El hecho de que sintieras esta luz blanca significa algo... —Los ojos de Sigrid parpadearon porque sabía exactamente lo que Matilde había sentido cuando experimentó ese calor—. Representa nuevos comienzos y la entrada a un camino nuevo y puro en la vida.

—Sí —Matilde estuvo de acuerdo—, y por eso pensé que deberíamos empezar nuestra reunión de viernes meditando sobre esta visión. Cerró el libro y exploró los rostros de las cuatro mujeres que tenía delante. Todas estaban embelesadas con sus palabras.

»Ahora somos *De Fem*, Las Cinco, y este número tiene un gran significado. En la Biblia, es el número de la creación humana. Dios nos ha creado con cinco dedos en las manos y cinco en los pies», Matilde levantó las manos y extendió los dedos hacia el grupo. Hizo una pausa. «Sin embargo, este número tiene aún más significado. Los místicos creen que hay cinco elementos en el universo: tierra, aire, fuego, agua y *quintaesencia*, que se traduce como “el espíritu”. Es el elemento más poderoso de todos.

»Al embarcarnos en un viaje que nos aportará nueva sabiduría y un aprendizaje superior, las cinco debemos volvernos una unidad. Me doy cuenta de lo que cada una de nosotras desea escuchar del otro lado: que tú, Hilma, anhelas comunicarte con tu querida hermana, Hermina; que tú, Anna, quieres creer que existe un mundo aún más

hermoso que en el que vivimos ahora», aspiró el aire perfumado y exhaló. «Todas también buscamos orientación sobre cómo utilizar mejor nuestros dones naturales, ya sea a través del arte o de la canalización espiritual, un talento que sé que Sigrid comparte conmigo.

»Pero... debemos ser pacientes», su voz se hizo más fuerte. «Debemos creer que, con cada viernes que nos reunamos, descubriremos una pieza más del gran universo».

Cornelia dejó escapar una risita nerviosa.

—Nuestra curiosidad no es suficiente —Matilde miró a su hermana con severidad—. Debemos moderar nuestro deseo de aprender demasiado rápido. Los conocimientos importantes se revelan lentamente. Debemos escuchar y esperar a que los misterios nos sean revelados a su debido tiempo.

Juntó las yemas de los dedos y formó un triángulo, dejándolo flotar justo por encima de su corazón.

—Cornelia, por favor, enciende las velas del altar. Ahora cierran los ojos y comencemos.

Estocolmo, a 15 de enero de 1901

Mi queridísima Anna:

¿Has leído la última columna de Matilde en Efteråt? ¡Trata de la reencarnación y es maravillosa! Leí la sección sobre la mujer que creía haber sido gladiadora en la Antigua Roma y quedé fascinada. Matilde escribe que nuestros deseos más intuitivos se basan en el conocimiento de experiencias de nuestras vidas pasadas, de modo que la razón por la que un ama de casa de Småland puede tener un deseo inexplicable de coleccionar espadas antiguas es porque su espíritu aún recuerda la necesidad de protegerse en la batalla.

No puedo evitar pensar en las poderosas fuerzas que hay en mi interior y que siempre me han hecho sentir diferente. Cuántas veces me dijo mi madre que debo aceptar mi destino y darme cuenta de que ciertas puertas permanecerán cerradas para mí porque soy mujer, pero no puedo aceptarlo, Anna, porque mi propio malestar es aún más profundo. Solo en ti puedo confiar para decirte que no me veo a mí misma como puramente femenina. Sí, hay partes de esa yo que son innegablemente de una mujer, pero en mi interior ruge una fuerza masculina. ¡Este conflicto interno me hace sentir como una tempestad! Creo en Dios. Creo que me ha puesto en este cuerpo para cosechar más sabiduría y desafiarme, pero las luchas cotidianas son una carga pesada de llevar. La injusticia de haber pasado toda mi vida creativa luchando sin ningún éxito por tener las mismas oportunidades que nuestros compañeros varones es un trago amargo.

Tengo que cuestionarlo... y, no obstante, la lucha continua no me ha llevado a ninguna parte. ¿No ha sido seleccionado alguno de mis cuadros para una exposición?, ¿no he podido conseguir que un

galerista me represente? Y aunque, sí, he sido una de las pocas mujeres a las que se les ha concedido un estudio a través de la Real Sociedad de Arte, ¡una y otra vez me niegan oportunidades que veo que le dan a otros artistas con menos talento, como Ludwig y Fredrick! ¡Me hierve la sangre, Anna!

Cuando leo las palabras de Matilde, me hacen pensar que en una vida pasada fuimos una pareja feliz. Fuiste mi bella compañera que sabía dirigir mis inquietos caminos de guerrero. Esa es la explicación que he creado para entender por qué me siento más a gusto contigo que con cualquier otra persona. Espero que cuando te vea este viernes para nuestra próxima sesión espiritista, escuchemos del otro lado que esta sospecha que tengo no es una tonta fantasía, sino una verdad innegable. Me dará la esperanza de que estas semillas inquietas que hay en mi interior no son irritantes, sino más bien los restos de una vida anterior más pacífica.

*Siempre tuya,
Hilma*

Capítulo 7

Noche de viernes núm. 182

18 de enero de 1901

Estocolmo

Ella no lo habría reconocido inmediatamente si él no se le hubiera acercado. Lars Hellström debía llevar algún tiempo esperando, a pesar del frío, en aquel banco del parque de Kungsträdgården, cerca del estudio de Hilma.

Los robles que bordeaban el parque estaban blancos y pesados por la nieve. Mientras Anna caminaba entre las copas de las ramas congeladas, apareció de repente un hombre con un pesado abrigo de lana y un sombrero, creando una larga sombra frente a ella.

—¿Anna Cassel? —su voz sonaba resbaladiza y movediza, como alguna vez le había descrito Hilma el mercurio.

Ella lo miró fijamente.

—¿Qué quieres? —solo con verlo se le hizo un nudo en el estómago.

Su rostro había envejecido considerablemente desde la última vez que lo había visto. Largas zanjas de arrugas delineaban su frente y sus ojos lucían nublados. Había pasado años intentando convencer a Hilma de que se casara con él, y estaba claro que sus constantes rechazos lo habían transformado en una versión miserable y amargada de su yo más joven.

—Las he estado observando a todas... —Su aliento flotaba en el aire frío.

Anna enderezó los hombros y levantó la barbilla, mirándolo directamente a los ojos. Olía como si hubiera estado bebiendo.

—Y ya sé adónde va ahora, señorita Cassel...

—¿De verdad? ¿Y dónde es eso?

—A una de sus antinaturales reuniones sáficas...

—No tengo ni idea de lo que estás diciendo. Por favor, apártate. —
Le hizo un gesto con la mano para que se quitara de su camino.

—Sé lo que hacen las cinco —espetó—. Es de lo más antinatural y, lo que es más importante... —se inclinó más hacia ella, susurrando entre dientes—, va contra la ley.

Un sentimiento de malestar y nerviosismo recorrió a Anna, pero se obligó a no mostrarle lo mucho que la había disgustado. Había aprendido muy pronto en su infancia que cuando un animal está a punto de atacar, la mejor defensa es no mostrar miedo.

—¿No eres médico? —Anna entrecerró los ojos—, ¿no tienes mejores cosas que hacer que estar bebiendo en el Jardín del Rey? Pensaría que estarías mejor en algún sitio cálido en lugar de esperar afuera en el frío para confrontarme.

Él gruñó.

—Tu amiga me utilizó durante años, ¿lo sabías? ¡Esa mujer es astuta como un zorro! Me hizo comprarle material de pintura... y todos esos caros libros de ciencia de Alemania —siseó—. Ella también te utilizará a ti... ¡Solo espera!

—Lo dudo mucho. Nuestra amistad es pura —musitó Anna mientras apretaba el paso y se dirigía a toda prisa hacia el estudio de Hilma. La sesión de espiritismo empezaría a las seis y ella ya iba tarde.

*

La puerta del estudio estaba entreabierta y el sonido de las voces de las otras mujeres fue un alivio para sus oídos. Ansiosa por dejar atrás el enfrentamiento con Lars, Anna entró.

Las velas brillaban en los alféizares de las ventanas, y los lienzos de las compañeras de estudio de Hilma, Alma y Charlotta, estaban apilados contra la pared, junto con sus tres caballetes.

El diván de Hilma estaba arrinconado y cada centímetro de las paredes estaba cubierto con sus cuadros. Vibrantes acuarelas, en una paleta compuesta de azul marino y amarillo caléndula, colgaban de un tendedero. La imagen le recordaba a Anna las cuentas de un collar, y cada figura era como una piedra iridiscente recogida del mar. Gran parte de su trabajo reciente se había inspirado en los dibujos automáticos que Cornelia hacía durante sus sesiones semanales. Era como si hubiera empezado a ver el mundo de otra manera. Además, a Anna le alegraba el corazón ver cómo sus dos amigas artistas desarrollaban las ideas de la otra, sobre todo Cornelia, que acababa de despuntar.

Escondido en otro rincón, apoyado contra un cuadro de un cisne blanco y otro negro en el que sus picos se tocaban, Anna divisó un lienzo más pequeño. De un vistazo rápido, parecía el retrato de un caballero de mediana edad, pero cuando Anna miró más de cerca, vio que Hilma había estado trabajando en un autorretrato en el que se había representado como un hombre.

*

—¡Anna! —Hilma se apresuró a saludarla—. Menos mal que por fin has llegado. Empezaba a preocuparme, pero me alivia que ya estés aquí... así podremos empezar pronto.

Se permitió relajarse en el calor del abrazo de su amiga. Como anfitriona de esa velada, Hilma lucía especialmente majestuosa con la larga bata blanca que cubría su vestido negro. Llevaba el pelo rubio cenizo suelto, casi salvaje. A Anna le recordaba los cuadros renacentistas que habían admirado juntas en su viaje a Italia. Le sonrió, forzando a la terrible imagen de Hellström enfrentándose a ella a desaparecer. Si había estado esperando en el frío para amenazarla, solo podía imaginar cuántas veces habría hecho lo mismo con Hilma. Le resultaba desconcertante que aquel hombre no pudiera superar un compromiso roto años atrás. Por otra parte, incluso Anna sabía lo

inusual que era Hilma. Obviamente, él la veía como una especie rara que quería poseer.

—¿Estás segura de que todo está bien? Parece como si hubieras visto un fantasma...

Anna sintió que las palabras se le quedaban atascadas en la garganta. Sabía que no era el momento adecuado para informarle a Hilma que Lars había estado merodeando por su estudio.

—Bueno, si has visto un fantasma, amiga mía, ¡creo que es una buena señal! —la voz de Hilma se elevó—. Matilde parece especialmente inspirada esta noche. No he sido la única impresionada por su último artículo, ha recibido respuestas similares de docenas de lectores. La reencarnación está en la mente de todos... ella espera que sea una señal de que tendremos noticias del otro lado esta noche.

—Todas hemos estado anhelando un avance —respondió Anna, aún distraída.

Hilma la miró entornando los ojos.

—No sueles ser la inquieta del grupo. ¿Estás segura de que no pasa nada?

De nuevo, Anna desvió sus preguntas.

—Lo siento... sí... Estoy tan ansiosa como las demás por continuar progresando.

Sigrid interrumpió su conversación con Cornelia y se dirigió hacia ellas. Vestida con sus sombrías ropas oscuras, con un segundo collar anidado junto a su crucifijo, tocó el camafeo con la mano.

—Esto perteneció a mi abuela y pensé que esta noche su espíritu podría visitarnos —sonrió con optimismo—. Éramos muy unidas y ella también era una pensadora progresista. Ella creía que el Paraíso no era un lugar en el cielo... sino en el aire que nos rodea —los ojos de Sigrid se iluminaron—. Creo que recibí mis dones espirituales de ella... porque solía decir: «Cuando tomamos aire, aspiramos la sabiduría de los que han vivido antes que nosotros». —Inhaló y su pecho se expandió bajo la tela de su vestido.

—Parece que poseía un gran conocimiento —coincidió Hilma—. Puedo entender por qué anhelas escuchar más de ella...

Cornelia se acercó y rodeó la cintura de Anna con el brazo.

—Recuérdame que te enseñe mis últimos dibujos de la reunión de la semana pasada —susurró al oído de Anna.

—Empecemos, ¿de acuerdo? —se escuchó la voz de Matilde desde la esquina de la habitación. Apagó su cigarro en una de las jarras de agua de Hilma y luego dio una palmada.

—¡Vengan ahora! —volvió a ordenar.

De Fem comenzó a formar su círculo: cada una sujetaba la mano de la mujer que estaba a su lado. A través de las altas ventanas del estudio, la luz pasó del crepúsculo a la oscuridad. El único candelabro que había, colocado en el centro del círculo, iluminaba la habitación mientras empezaban a cantar para que los espíritus visitaran su círculo y les revelaran su sabiduría.

Pronto el cuerpo de Matilde empezó a temblar. Una voz ronca y oscura surgió de sus labios.

—¡Dejen de pedir las voces de los ángeles! —atronó con una fuerte voz masculina. Sus manos golpearon la mesa.

Las demás se estremecieron cuando una corriente de energía exacerbada atravesó el círculo.

—No busquen escuchar a los que han partido de esta tierra. Escuchen a sus nuevos guías...

»¿Quiénes son estos nuevos guías, dinos... Muéstranos nuestro nuevo camino», suplicó Matilde al espíritu que habitaba su cuerpo.

»Los espíritus aún no han elegido a su profeta», ella aspiró. «La que sea elegida será capaz de leer el mapa dentro de las estrellas».

*

Mientras salían del estudio tomadas del brazo, Anna sintió la emoción y el calor que desprendía la piel de Hilma, que penetraban incluso las gruesas capas de su suéter y abrigo de lana.

—Qué extraño que la voz de Matilde se haya convertido en la de un hombre esta noche —comentó Hilma mientras acercaba a Anna a

su lado—. Es como si los espíritus respondieran a mi pregunta. Una energía masculina y femenina debe vivir dentro de todos nosotros.

Anna murmuró en señal de acuerdo, pero su mente estaba en otra parte.

—Y cuando mencionaron que seleccionarían a una profeta que supiera leer las constelaciones..., ¿pensaste en alguna de nosotras en particular? —indagó, esperando que Anna dijera que pensaba que se referían a ella.

No obstante, Anna no contestó. Ahora que pasaban por el mismo lugar donde se había enfrentado a Hellström, la invadió una oleada de náuseas. Era extraño cómo un olor podía permanecer en las fosas nasales, porque ella aún podía oler el hedor del alcohol en su aliento mucho después de que se hubieran separado en el parque.

—¿Qué pasa, Anna?

—Nada, solo estoy cansada.

—Ambas estamos agotadas, pero no es eso... es otra cosa, ¡lo sé!

El cielo oscuro estaba plagado de estrellas y largos carámbanos se alineaban en los bordes de los tejados. Los ojos de Anna se humedecieron. Respiró hondo e inhaló el aire fresco de la noche.

—Me conoces demasiado bien, amiga mía.

Hilma le apretó la mano.

—¿Hice algo que te haya molestado?

—En absoluto —negó con la cabeza—. Se trata de Hellström.

—¿Lars? —Hilma retiró rápidamente su brazo del de Anna y dejó de caminar—. Por el amor de Dios, ¿qué ha hecho ese hombre ahora?

Anna se quedó inmóvil.

—No quiero disgustarte... No después de toda la emoción de esta noche.

—¡Dímelo! —La cara de Hilma enrojeció—. Quiero saberlo.

Anna vaciló.

—Ocurrió justo antes de la sesión de espiritismo... Por eso llegué tarde. Se me acercó cuando caminaba por el parque, rumbo a tu estudio —hizo una pausa—. Me amenazó. Me dijo que nos iba a reportar.

El rostro de Hilma palideció.

—¿Reportarnos? ¿Por qué?

Anna bajó los ojos.

—Por lo que llamó nuestros «encuentros sáficos».

El pecho de Hilma se levantó bajo su abrigo y los latidos de su corazón se aceleraron.

—Lo desprecio —soltó Anna—. ¿Por qué sigue atormentándonos?

El rostro de Hilma lucía desafiante.

—No hemos hecho nada malo, Anna.

Pero Anna no le devolvió la mirada. Le aterrorizaba pensar que Hellström generara un escándalo y humillara al grupo y a sus familias. O, peor aún, que intentara encarcelarlas.

Anna sabía en el fondo de su corazón a qué se debían realmente sus acusaciones: no tenían nada que ver con *De Fem* ni con ningún tipo de brujería que Lars y sus compañeros de borrachera hubieran concebido, tenían que ver con ella y con Hilma.

—Necesito preguntarte algo —se detuvo bajo la farola—. ¿Todavía tienes el cuaderno de bocetos de Venecia?

La cara de Hilma parecía desconcertada.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por favor, dime que lo guardas en un lugar seguro.

—Por supuesto, Anna —respondió rápidamente. Creía que era la verdad: tenía que estar en alguno de los montones de su estudio. No se avergonzaba de su contenido. Era uno de sus muchos cuadernos que simplemente contenían bocetos de belleza.

* * *

Italia. Habían hecho el viaje de tres meses justo después de graduarse de la Real Academia, con el ánimo anhelante de ver muchas de las obras maestras de arte que habían estudiado en la escuela. Dejando atrás los cielos color grafito de Estocolmo, Anna e Hilma llegaron a Florencia, una ciudad bañada por una luz nítida y brillante.

Durante días caminaron tomadas del brazo por la ciudad, maravilladas por el esplendor que encontraban en cada esquina. En la Galería Uffizi, contemplaron los sensuales cuadros de Botticelli, admirando la suave paleta y las delicadas pinceladas con las que el artista había plasmado la forma femenina.

—Qué hermosa es —comentó Anna frente a su *Nacimiento de Venus*, donde la figura de Venus flotaba sobre una concha marina con su larga cabellera enroscada alrededor del cuerpo, lo cual era un espectáculo para la vista.

Hilma había tocado un mechón de pelo de Anna que se le había caído del moño.

—Me recuerda un poco a ti durante el verano, cuando te dejabas caer el pelo sobre los hombros como una sirena.

Hilma se llevó el dedo de Anna al pecho.

—Pintas cuadros con tus palabras tan bien como con el pincel. Qué suerte tengo de tenerte a mi lado.

Cada día que transcurría traía un nuevo regocijo, un deshielo del frío sueco. Todos sus sentidos se agudizaban. Había en ese nuevo país una madurez y un amor operístico por la carne que les parecía liberador, y lo acogieron con los brazos abiertos.

Mientras paseaban por la Academia, las estatuas de mujeres y hombres talladas en mármol y piedra les recordaron sus propias clases de dibujo al natural en Estocolmo y la injusticia que habían experimentado al estar en el ala exclusiva para mujeres. A los alumnos varones se les permitía dibujar modelos completamente desnudos. A las alumnas, sin embargo, solo les ofrecían modelos cubiertos con telas.

Hilma se detuvo ante el *David* de Miguel Ángel.

—Me recuerda un poco a Fredrik. —Una sonrisa cómplice curvó sus labios.

Anna se ruborizó. El recuerdo era aún vívido para ella. Hilma se había propuesto encontrar su propio modelo masculino para dibujar cuando supo que no tendría las mismas oportunidades que sus compañeros. Días después, abrió su cuaderno personal de bocetos y le

mostró a Anna un dibujo al carboncillo de uno de los hombres de la escuela, Fredrik Johansson, con las piernas ligeramente separadas.

—Dios nos dio nuestros cuerpos —anunció Hilma sin ningún pudor—. No quiero desperdiciar ninguna oportunidad solo porque soy mujer —añadió desafiante—. El conocimiento es poder, Anna. No se nos debe negar por nuestro sexo.

A lo largo de las semanas que siguieron, a medida que viajaban más por Italia, Anna empezó a sentirse cómoda con su nueva identidad de extranjera en tierra ajena. No había nadie que chismorreara sobre sus actividades, nada que pudiera llegar a oídos de su familia y hacer que se preocuparan de que hubiera llevado demasiado lejos su papel de artista. Aceptó el reto de Hilma de salir sin corsé, de llevar el pelo suelto e incluso de dejarse dibujar desnuda por ella. Acogió con satisfacción la decadencia de beber vino cada noche en la cena y deleitarse con platos cargados de pasta y postres ricos en amaretto y crema.

A mediados de febrero, llegaron a Venecia, una ciudad que las inspiraría para pintar y soñar. Cuando Hilma salió de la estación de tren, Anna quedó boquiabierta ante la estampa de los palacios de color rosa concha y azul ostra que emergían del mar. La imagen de una ciudad surgiendo de aguas verdes era casi demasiado para ser concebida.

—No tenía idea de que pudiera existir un lugar tan mágico —susurró al oído de Hilma.

—Yo tampoco —coincidió Hilma.

Envueltas en sus abrigo, caminaron por las calles ocultas y por puentes estrechos, con la niebla envolviéndolas.

—Debemos conseguir nuestros disfraces para el carnaval —insistió Hilma, después de que hubieran dejado sus maletas en la pensión. Había sido su idea hacer coincidir su llegada con la mascarada anual de Venecia.

La ciudad estaba llena de vida con los festejos previos. Las calles estaban adornadas con farolillos de papel de colores similares a los de las joyas. Las tiendas de telas y los fabricantes de máscaras estaban

ocupados vendiendo artículos de último momento: bengalas y velas, túnicas con capucha y zapatillas de satín de seda.

En el apartado barrio de Dorsoduro, descubrieron un escaparate repleto de máscaras intrincadamente pintadas. Mientras que varias de las tiendas tenían máscaras de la *Commedia dell'arte*, ese escaparate estaba lleno de otras procedentes de la naturaleza: zorros rojos con orejitas puntiagudas y máscaras ovaladas en forma de búhos viejos y sabios. Con todo, lo que más despertó el interés de Hilma fue una máscara cubierta con plumas blancas y un pequeño pico naranja: la de un cisne.

Cuando entraron, Hilma preguntó al dueño si podía examinarla más de cerca.

—*Si, signorina* —contestó él, al tiempo que sacaba las manos de los bolsillos de su delantal y se dirigía a buscar la máscara.

Cuando se acercó a ella, Hilma cambió su petición.

—¿Puedo vérsela puesta a ella? —preguntó en un italiano entrecortado. Señaló a Anna.

El hombre se acercó a Anna y le ató las cintas de satín morado detrás de la cabeza.

Hilma sonrió.

—*Bellissima*.

—También viene con alas —añadió el dueño. Se retiró detrás de una pesada cortina oscura y volvió con dos grandes alas blancas cubiertas de plumas.

—Oh, ¡qué exquisitas! ¡Pruébatelas, Anna! —gritó Hilma.

Anna deslizó los brazos en las bandas de cuero cosidas en los paneles de plumas blancas y empezó a moverlos arriba y abajo, imitando juguetonamente a un pájaro en vuelo.

—¡Qué maravilla! —exclamó Hilma—. ¡Anna, eres un cisne!

En seguida, Hilma empezó a negociar, moviendo las manos como una italiana. No quería una sola máscara con alas emplumadas, sino dos.

—*Una bianca, Uno nero* —ordenó—. Una blanca, una negra... — Llegaron a un acuerdo sobre el precio y él prometió tener listo el segundo juego antes de la puesta del sol.

Hilma metió la mano en su bolsa, pero Anna la detuvo.

—No, tienes que cuidar el dinero más que yo —insistió. Sacó varios billetes nuevos y los entregó como anticipo.

—Siempre te ocupas de mí —dijo Hilma, tocando suavemente la manga de su amiga.

—Lo hago con gusto —respondió Anna.

—Seremos dos hermosos pájaros esta noche —le susurró Hilma—. Casi no puedo esperar.

Esa noche, deambularon por las calles iluminadas con antorchas y bailaron en las antiguas plazas de piedra con otros jueguistas, todos con los rostros ocultos tras máscaras festivas.

Embriagadas y desenfrenadas, Anna e Hilma se tomaron de la mano y bebieron de copas de rico vino tinto.

Bajo las capas de plumas, se descubrieron transformadas.

—En la antigua Grecia, el cisne se consideraba el símbolo del sol; en otros lugares, de la luna —musitó Hilma a Anna mientras levantaban sus copas. La sensación de sus muñecas tocándose brevemente fue como la caricia de una mariposa.

Regresaron a su habitación pasada ya la medianoche; una lámpara de cristal de Murano proyectaba una suave luz desde arriba mientras se quitaban mutuamente la máscara de plumas y las alas.

Desnuda, Hilma estaba más hermosa que nunca con su regio cuello, sus esbeltos brazos y la curva de su espalda que resplandecía mientras se apoyaba en la voluta tallada de su cama de madera.

Anna alcanzó su cuaderno de bocetos para hacer un registro de ella, pero Hilma le tomó la mano a cambio.

—Hay tanto que quiero saber —bajó su voz hasta convertirla en un susurro—. ¿No se nos ha puesto en este mundo para aprender, para explorar?

Levantó las alas de Anna de la silla de terciopelo y las colocó junto a sus propias plumas oscuras sobre la cama. Sin que se pronunciara

otra palabra entre ellas, guio a Anna para que se tumbara con ella sobre el montón de plumas, con sus cuerpos entrelazados contra el nido de gasa.

Capítulo 8

Eben

Presente

Nueva York

El 10 de noviembre me dirigí a Asphalt Green para nadar un poco antes de tomar el vuelo que salía del aeropuerto JFK esa tarde. Una vez más vi a Willa y a su padre y quedé aún más impresionado con su velocidad y habilidad. Esa mañana, ella estaba con un entrenador. Como no quería importunar, no me detuve a saludarla como de costumbre.

Me dirigía a Estocolmo para pasar unos días en la Fundación Af Klint, revisar los archivos y reunirme con Marie Cassel, sobrina nieta de una de las mujeres de *De Fem*.

Faltaba menos de un año para la exposición en el Guggenheim. Íbamos por buen camino, a pesar del ritmo apresurado. Cuatro meses antes, en julio, la Dra. Perlstein y yo habíamos viajado juntos a Estocolmo para elegir los cuadros y la mayoría de los dibujos que presentaríamos en la exposición.

Este nuevo viaje estaba relacionado con el catálogo, uno de mis dos grandes esfuerzos inacabados. El otro era la financiación. Seguíamos buscando un patrocinador final que pusiera el último medio millón de dólares.

Como curador asociado, me invitaron a escribir uno de los ensayos para el catálogo. Había decidido centrarme en la decisión de Hilma de ocultar su obra. Esperaba que sus cuadernos ofrecieran algunas pistas y había contratado a un traductor para que trabajara conmigo en la fundación.

Llegué el domingo temprano por la mañana, fui del aeropuerto al Gran Hotel y pasé el día recuperándome del desfase horario y repasando mis notas. A esas alturas ya había leído todo lo que se había escrito en inglés sobre Hilma af Klint y, sin embargo, continuaba siendo una mujer esquiva y enigmática. ¿Por qué era tan reservada? ¿Por qué destruyó toda su correspondencia diez años antes de morir? ¿Por qué nunca se había casado? ¿Cómo la ayudó *De Fem* en su trabajo? ¿Cuál era su relación con Anna Cassel, que, según todos los indicios, la había apoyado económicamente, pagando sus materiales de arte y cubriendo su alquiler? ¿Por qué después de una exposición en 1916 nunca más expuso su obra? ¿Por qué no había constancia de que algún crítico hubiera visto o comentado su obra mientras vivió?

En mi cuaderno había copiado una cita de Hilma.

«No tenía idea de lo que se suponía que debían representar los cuadros, no obstante, trabajé con rapidez y seguridad sin cambiar una sola pincelada».

No era extraño que me costara tanto llegar al corazón de esta reservada pintora: había muchas cosas que ni siquiera ella parecía saber sobre su propia obra.

El lunes por la mañana tomé un taxi hasta la oficina de la fundación para reunirme con el sobrino nieto de Hilma, Johan af Klint, antes de mi incursión en los archivos.

El Sr. Af Klint, un hombre de voz suave de unos setenta años, me saludó con una cálida sonrisa y un fuerte apretón de manos. Me condujo a un despacho donde me presentó a una asociada, una mujer llamada Ebba Olsson, que formaba parte del consejo de la fundación. Señaló una mesita con una jarra de agua, un termo de café y un platón con fruta y me preguntó si quería algo más. Le dije que por el momento estaba bien.

Sin más preámbulos, el Sr. Af Klint me propuso comenzar la entrevista.

—Me gustaría empezar con usted, hábleme de su tía abuela.

—Tenía cinco años cuando murió, así que no recuerdo bien a la tía Hilma. Sin embargo, mi padre solía hablarme de ella. Decía que era poco sentimental, de ideas elevadas y muy determinada. Muy decidida desde muy joven. «La vida es una farsa si una persona no sirve a la verdad», solía decir.

Anoté la cita junto con sus otras observaciones.

Continuó diciéndome que nunca se casó, pero que existía la historia de que había planeado casarse con un médico. El Sr. Af Klint no sabía por qué se habían cancelado las nupcias.

Le pregunté por la relación de Hilma con el espiritismo.

—Se crio en una familia religiosa, pero su verdadero interés comenzó cuando tenía 17 años y perdió a su hermana pequeña a causa de una neumonía. Quería ver si podía llegar a ella en el mundo de los espíritus y empezó a asistir a este tipo de sesiones. Su implicación con el misticismo la llevó a unirse a la Sociedad Edelweiss y más tarde a estudiar teosofía. A partir de 1896, Hilma y cuatro de sus amigas, ahora conocidas como *De Fem*, comenzaron a realizar sesiones de escritura automática y espiritismo en un esfuerzo por contactar a los espíritus para que las guiaran en sus proyectos artísticos. Finalmente, estos guías pidieron a Hilma que asumiera la tarea de crear las pinturas que ahora se conocen como las pinturas del *Templo*.

Anoté lo que dijo, pero más que nada por cortesía. Estaba repasando un terreno que yo ya conocía.

—Teniendo en cuenta el tamaño de las pinturas del templo, me sorprendió leer que Hilma solo medía metro y medio —le dije—. ¿Sabe usted cómo ejecutaba esos grandes lienzos?

—Por una huella parcial en una de las pinturas del templo, creemos que las pintaba en el suelo de su estudio —me dijo—. Las diez más grandes no se hicieron sobre un gran lienzo estirado, sino a partir de varios trozos de papel unidos que se pintaron primero y, después de secarse, se pegaron meticulosamente sobre la tela.

—¿Cree que *De Fem* la ayudó en algo? Anna Cassel también era artista, igual que Cornelia.

El Sr. Af Klint miró a la Srta. Olsson y entre ellos se transmitió un mensaje que no pude interpretar, pero ella continuó.

—Hilma y Anna eran amigas de toda la vida y aunque Anna, que tenía seguridad económica, ayudó a Hilma de muchas maneras, nada sugiere que la ayudara como artista.

—¿Qué hay de Cornelia?, ¿hay alguna posibilidad de que la hubiera ayudado? —pregunté.

—Cornelia solo estudió dibujo técnico —dijo la Srta. Olsson.

—Sin embargo, hay cuadernos colaborativos. Si las integrantes de *De Fem* trabajaron juntas en esos dibujos, quizá también hubo colaboración en las pinturas. Tal vez especialmente en las grandes.

Su respuesta fue breve.

—No. Las pinturas no fueron colaboraciones. —Estaba claro que ella no quería seguir por ese camino.

—Sr. Af Klint —decidí desviarme de ese camino e intentar ir por otro—, algunas fuentes sugieren que podría haber tenido una relación de carácter romántico con Anna y más tarde, tras la muerte de la madre de Hilma, con la enfermera de su madre, Thomasine. ¿Puede decirme algo sobre esas relaciones? ¿Alguna vez mencionó algo su padre? Hilma era una artista sumamente radical... ¿cree que fue igual de radical en otros ámbitos de su vida?

La Srta. Olsson se apresuró a responder primero.

—Hilma tenía amigas muy íntimas, compañeras que le importaban mucho. Solo eran eso, compañeras.

No podía culparla por sentirse molesta. Después de todo, era posible que no supieran nada más. Dada la época, si Hilma era lesbiana o bisexual, habría hecho todo lo posible por mantenerlo oculto. Pensé, al igual que otros estudiosos, que su orientación sexual podría haber sido incluso una de las razones por las que había destruido gran parte de su correspondencia.

A principios del siglo XX, en muchos países era ilegal mantener relaciones con alguien del mismo sexo. Oscar Wilde fue encarcelado

en Inglaterra en 1895 por sodomía. Murió cinco años después, a la edad de 45 años, en parte como consecuencia del trato que había recibido en la cárcel. Hilma y todos en Europa habrían leído sobre el caso que llegó a los titulares de todo el mundo y lo habrían interpretado como un cuento con moraleja.

Quizá no debí haber preguntado por la sexualidad de Hilma, pero su feminismo era un tema de la exposición. La idea de *De Fem* de apoyarse unas a otras, ayudándose mutuamente, trabajando en conjunto para ir más allá de su propio tiempo y lugar formaba parte de la historia de estas pinturas y era una de las razones por las que la Dra. Perlstein y el resto del personal creían que esta muestra iba a tener tanto impacto. Por eso parecía exactamente el momento adecuado para que Hilma fuera presentada al mundo en un escenario tan grande. Las mujeres estaban defendiendo sus derechos como nunca antes, luchando con renovado vigor para ser vistas y escuchadas y exigiendo que los hombres abusivos en el poder por fin rindieran cuentas.

—Volviendo a *De Fem* —continué—, nos hemos estado preguntando si les han tomado radiografías a los cuadros o realizado otras pruebas para ver si existe la posibilidad de que más de un artista hubiera trabajado en ellos.

El Sr. Af Klint no mostró ninguna reacción. La Srta. Olsson frunció el ceño.

—No tenemos la menor duda de que las pinturas salieron de la mente, el corazón y la mano de Hilma af Klint. Las pruebas que hemos hecho han sido para examinar la pintura que ella utilizó.

—¿Y encontraron algo inusual en la pintura?

—Sí, descubrimos que la ténpera que utilizaba Hilma era inusual porque el pigmento no procedía de minerales molidos, sino de hojas y flores. Así se hacía la pintura en la época medieval.

—¿Encontraron alguna información sobre por qué no utilizaba minerales?

Ella me dirigió una mirada molesta. Estaba claro que le disgustaban mis preguntas y, sin embargo, me habían recibido ahí sabiendo que las haría. Supongo que no eran las preguntas que esperaban o deseaban.

—Ahora... —Se puso de pie—. Creo que quería visitar los archivos, ¿cierto? Podemos darle una hora.

—¿Una hora? Creí que había programado todo el día —dije.

—Debe haber sido un error de comunicación —dijo ella—. Mi ayudante le indicará el camino.

No cabía duda de que me estaban castigando. Mi traductor, un joven que también era historiador del arte, ya estaba allí revisando los cuadernos que le había pedido con antelación. Me reuní con él en la mesa y, durante la siguiente hora, que conseguí estirar hasta los 90 minutos, ojeamos las páginas de los cuadernos de Hilma. Yo estudiaba los dibujos mientras mi traductor examinaba todas las páginas que podía, tomando notas. No llegamos ni a la cuarta parte de lo que yo quería y me fui frustrado y molesto, así como seguro de que mis preguntas habían incomodado a la Srta. Olsson y al Sr. Af Klint, lo que sugería que estaban, si no ocultando la verdad, tratando de evitar que se analizara.

*

Al día siguiente me reuní con Marie Cassel, sobrina nieta de Anna Cassel, amiga, mecenas y compañera de Hilma durante toda su vida.

Había invitado a Marie a comer conmigo en el hotel. A mediodía entré en el restaurante Veranda y la encontré ya sentada en una mesa junto a la ventana. Tenía el pelo corto y gris similar a las plumas, y llevaba un suéter negro y pantalones de vestir con una chaqueta de colores brillantes. Las monturas de sus gafas eran de plástico multicolor.

Habíamos hablado varias veces por teléfono, así que nos sentimos lo suficientemente cómodos como para empezar a charlar amigablemente. Me preguntó cómo había sido mi viaje y cómo iba mi

investigación. Le conté sobre mi experiencia en la Fundación Af Klint y ella asintió como si así lo hubiera esperado.

—La historia contada en el presente está sesgada por la persona que la cuenta —dijo—. La canonización de Hilma está casi consumada y los responsables, que son los que más tienen que ganar, no quieren que se descarrile. Está documentado que Anna, Hilma y Cornelia eran todas artistas y comenzaron en la misma escuela. Eran amigas íntimas que, con la incorporación de Matilde y Sigrid, se dedicaron durante años a las sesiones de espiritismo y de dibujo automático. Es simplemente ridículo creer que Hilma hizo todo el trabajo por su cuenta sin ninguna colaboración cuando el resto de las cosas que hicieron estas mujeres fue en colaboración; habría sido una extensión natural para ellas. Los Af Klint no quieren ir por donde usted va, pero el hecho es que hay lagunas en la documentación. Los dibujos realizados durante ese periodo, algunos por Hilma y otros por Anna, ilustrarán lo que quiero decir.

Llegó el mesero. Ordenamos y ambos elegimos el arenque con queso Västerbottens como entrada, el salmón a la plancha con crema de pimientos asados como platillo principal para Marie, y un solomillo con salsa de pimientos verdes para mí.

—¿Te gustaría un poco de vino? —le pregunté.

—Sí, blanco, por favor.

Miré al camarero.

—Y yo tomaré una cerveza.

Una vez que se hubo ido, Marie y yo volvimos a mis muchas preguntas sin respuesta.

—¿Por qué quemó Hilma su correspondencia? ¿Qué secretos ocultaba? ¿Qué implicación tuvieron las otras mujeres en las pinturas para el templo? ¿Por qué la fundación Af Klint no procedió con la debida diligencia y tomó radiografías de las pinturas?

—No tengo respuestas —dijo Marie—, pero sí tengo sentimientos sobre lo que me preguntas. Muchos en el lado Cassel de mi familia son sensibles. Yo misma he tenido algunas experiencias.

El camarero llevó nuestras bebidas. Levanté mi copa junto a la de ella y brindamos. Marie bebió un sorbo y continuó.

—Crecí con las pinturas y dibujos de mi tía abuela colgados en nuestras paredes. Siempre me han cautivado, mantuvieron mi interés y me hicieron sentir curiosidad por la mujer que los creó. Mis dos tías solteras que vivían a una manzana de nosotros conocían bien a Anna y saciaron mi curiosidad por ella; así que, aunque nunca la conocí, sentí que la conocía. Espero que no pienses que estoy loca, pero también sentí a Hilma.

—¿Qué es lo que sentiste? —temía su respuesta. No quería desviarme hacia una conversación sobre fenómenos psíquicos. Ella me sorprendió al negarse.

—No quiero crear problemas. Mi familia y la de Hilma están muy vinculadas. Solo sé en mi corazón que pasó más de lo que se cuenta, pero eso fue hace mucho tiempo y quedó muy lejos en el pasado; probablemente sea mejor dejarlo ahí. Sin embargo, me asaltan las preguntas, empezando por los cuadernos que Hilma dejó: cuadernos meticulosos, todos numerados para que sepamos que falta uno. ¿Por qué? Y luego está la cuestión del dibujo...

Me habló de un libro que se había publicado hacía poco y que contenía un boceto atribuido a Hilma pero que había hecho Anna, de su propia hermana.

—Tenemos el boceto en casa —me dijo—. Sabemos que Hilma hizo un dibujo de Lotten en su lecho de muerte, pero Anna también la dibujó varias veces y el que está en el libro sin duda lo hizo Anna.

Mientras tomábamos un café, Marie me dijo que había una historiadora del arte danesa a la que quería presentarme por correo electrónico.

—Ella está tan interesada en estas cuestiones como tú. No queremos generar problemas, pero queremos encontrar la verdad. Si Anna o cualquiera de las otras mujeres merecen crédito por las pinturas, queremos que lo tengan.

—Me interesaría mucho escuchar lo que tiene que decir.

—¿Y el resto de tu viaje?, ¿qué tienes planeado?

—Me voy mañana, así que me gustaría visitar el lugar de descanso de Hilma esta tarde.

—Deberías ir ahora, antes de que oscurezca.

Ella tenía razón. Aunque solo era la 1:15 de la tarde, no tardaría en oscurecer.

—Es terrible. Estamos entrando en nuestra fase más oscura del año. El sol sale a las nueve de la mañana y durante el peor periodo se pone hacia las dos y media. Una vez que llegamos al más oscuro de nuestros días, cuando nos despedimos no solo nos decimos *adiós*, nos decimos «está girando»; lo que significa que cada día la Tierra gira un poco más hacia el Sol. «Sí, está girando», dirá tu amigo, y entonces animas a la otra persona solo con mencionar esto, al recordarse mutuamente que vamos hacia el Sol de nuevo.

Me despedí de Marie y tomé un taxi hasta el antiguo cementerio de Galärvarvskyrkogården, donde está enterrada Hilma. Según la guía que había consultado, este cementerio se había creado en 1742 y era uno de los varios utilizados por la Marina.

En una floristería de la entrada compré un ramo de amapolas, flores que Hilma había dibujado y pintado; las había observado tanto en su obra representativa temprana como abstraídas en su obra no objetiva.

Con más de 1 300 tumbas y sepulcros, no era de extrañar que necesitara un mapa, pero incluso con él, conseguí perderme. Intenté reorientarme utilizando la capilla y el campanario como estrella polar, pero solo encontré lo que buscaba cuando una mujer que también estaba de visita acudió en mi ayuda.

Había visto la elaborada tumba de Miguel Ángel en la Basílica de la Santa Cruz de Florencia y la de Rafael en el Panteón de Roma; había visitado la última morada de Rodin y estudiado la copia en bronce de su famoso *Pensador* que se encuentra fuera de su tumba en Meudon; el pintor abstracto Barnett Newman está enterrado en Queens con un gran monolito negro que marca el lugar de su sepultura; Alexander Archipenko, el pintor y escultor cubista ucraniano, tiene como monumento un gran ángel estilizado; en el cementerio de Green River, en East Hampton, hay una placa de bronce

con la firma de Jackson Pollock incrustada en una enorme roca para señalar dónde está enterrado el artista.

En cambio, la tumba de Hilma af Klint era invisible. Encontré la pequeña piedra gris clavada en el suelo, pero solo había un nombre en ella: Viktor af Klint. Sabía que Hilma había sido enterrada con su padre, pero ver lo oculta que estaba me dejó atónito. Así como había sido invisible en vida para el mundo del arte, también lo fue en la muerte.

Saqué mi Moleskin y mi bolígrafo y dibujé un boceto del Museo Guggenheim. Una vez hecho, lo arranqué y, mirando a mi alrededor, busqué una roca.

En la religión judía tenemos la costumbre de colocar rocas sobre las tumbas. La tradición judía de Europa del Este enseña que las piedras crean una barrera entre la vida y la muerte y evitan que las almas de los difuntos vuelvan para atormentarnos.

La razón menos esotérica es simplemente que son marcadores de la visita de un ser querido. Las flores se secan y marchitan, pero la piedra perdura, sólida y permanente.

Para mí había una razón más para continuar con la tradición en la tumba de mi madre. Ella era escultora: la piedra era su medio. En su tumba hay una de sus propias losas de mármol en bruto con su nombre y fecha de nacimiento y defunción grabados.

Tomé el dibujo del museo, lo coloqué sobre la losa de granito del padre de Hilma y lo fijé con una pequeña piedra que había encontrado. Luego coloqué las amapolas a su lado.

—Bueno —dije en voz alta, sorprendiéndome a mí mismo—, ya no serás invisible...

Estocolmo, a 1.º de diciembre de 1904

Querido diario:

Qué tristeza siente mi corazón desde la reunión de la semana pasada en casa de Sigrid. Se esforzó mucho para que fuera perfecta para todas nosotras. Aunque la mayoría de sus hijos ha abandonado el hogar, se puede ver que los dos que permanecen ahí siguen siendo muy amados. ¡Su hogar conserva una gran abundancia de amor! Me conmovió mucho ver a su marido, Ernst, compartiendo historias con el más pequeño mientras tomaban una taza de sidra y Sigrid se afanaba en preparar la sala para nuestra reunión. Él parece muy consciente de lo que hacemos en nuestras reuniones semanales y, no obstante, no las condena, como podrían hacerlo tantos caballeros de clase media de Estocolmo. Al contrario, llama a Sigrid «su pequeño arcoíris» y parece abrazar plenamente sus capacidades espirituales.

Antes de empezar, Sigrid nos ofreció una taza de té preparado con flores secas, una receta que, según dijo, le había transmitido su abuela. ¡Todas sentimos una dichosa calma cuando terminamos nuestras tazas!

Después, quizá porque el té la había subyugado tanto, Matilde le ofreció a Sigrid la oportunidad de ser la médium esa noche. ¡Vaya giro sorpresa para todas! Y me pregunto si alguna vez podremos volver atrás, ya que Sigrid triunfó rotundamente en su canalización. Estableció contacto con dos guías, Amaliel y Georg, que hablaron largo y tendido y con toda libertad a través de ella. Estos espíritus parecen tener mucho reservado para De Fem y nos comunicaron que llevaremos a cabo una gran tarea en el futuro. No podía dejar de dibujar. Debo haber llenado un cuaderno entero con mis bocetos

automáticos. Vi formarse en mi mente anillos parecidos a los de Saturno y halos dorados. Rayos de luz ámbar y de otras tonalidades cálidas llenaron mi vista y me hicieron pensar que estos dos nuevos espíritus nos habitaban a todas. Incluso Matilde dijo que le pareció haber visto imágenes similares cuando volvimos a casa.

Pero, tras volver a mi dormitorio y deslizarme bajo las sábanas, solo podía pensar en mi propio amor, Kristian. Las demás se dieron cuenta de que llevaba un collar nuevo, una costosa piedra azul con pequeños diamantes alrededor del borde, y mentí, diciéndoles que era una reliquia familiar. Matilde podría haberme matado con la mirada cuando inventé mi explicación; sin embargo, me costaba compartir la verdad con ellas. Sé que Kristian lo compró como regalo para demostrar su devoción, incluso dijo que el color no era solo para que «hiciera juego» con mis ojos, sino para recordarme que nuestro amor era «como el agua... que podía llenar más de una forma...», pero ahora solo me entristece. Qué poco significa después de ver un hogar verdaderamente amoroso como el que Sigrid comparte con su marido y sus hijos.

Matilde y yo hemos estado discutiendo desde la última sesión de espiritismo. Ella me dice que traeré vergüenza a nuestra familia si continúo por este peligroso camino con Kristian, pero no puedo detenerme. ¿Puede un artista seguir pintando sin el fuego del amor?

Cerró la puerta de su dormitorio cuando llegamos a casa, y permaneció cerrada la mañana siguiente. Me hace mucho daño.

Sé que decir esto me convierte en una hermana terrible, pero Sigrid nos demostró lo poderosa que es como médium. Creo que a mi hermana no le hizo ninguna gracia.

Capítulo 9

Noche de viernes núm. 352

2 de diciembre de 1904

Estocolmo

Cornelia tocó el colgante azul pálido que llevaba en el cuello y cerró los ojos. Le proporcionaba consuelo, era un talismán secreto que la acercaba a Kristian. Se estiró sobre el lino blanco de su cama y sintió que el recuerdo de sus manos volvía a ella.

Fue un regalo inesperado enamorarse a su edad, cuando las perspectivas de matrimonio y maternidad casi se habían disuelto, y la llenó de una confianza juvenil que, irónicamente, se le había escapado cuando era más joven. Su energía creativa nunca había sido tan fuerte como en ese momento.

Sacó su cuaderno de la reunión de la semana anterior y empezó a hojear sus páginas. Aunque Matilde no lo admitía, todas habían notado un cambio palpable en la energía de la sala cuando Sigrid las había dirigido en la sesión de espiritismo. Las manos de Cornelia no podían trabajar con la suficiente rapidez para esbozar todas las imágenes que pasaron por su mente aquella noche. Bucle tras bucle llenaban el papel, grandes figuras similares a amebas y espirales que parecían conchas marinas y caracoles.

Posteriormente, fue Hilma la primera en notar el patrón recurrente en esos dibujos.

—La figura de la espiral es significativa —comentó, mientras trazaba con el dedo uno de los anillos—. Es un símbolo de la constante evolución del universo y de nuestra persistente búsqueda del conocimiento.

Matilde levantó una ceja. Al no haber dirigido la reunión, había permanecido en silencio durante toda la sesión espiritista, pero ahora su voz surgió con confianza y poder.

—En realidad tiene otro significado aún más profundo —intervino. Hilma parecía desconcertada.

—¿Cuál?

—¿Recuerdan que les conté que el universo estaba compuesto por cinco elementos: tierra, agua, viento, fuego y la quintaesencia, es decir, el espíritu?

—Sí.

—Bueno, la espiral es el símbolo de la quintaesencia.

Cornelia había vuelto a mirar sus dibujos y su corazón bombeaba adrenalina. Nunca había sentido correr por ella tanta energía. Había tenido la sensación de que su mano tenía vida propia.

Espiral tras espiral. Anillo dentro de anillo. Las imágenes flotaban sobre la página como una constelación de planetas y estrellas. Como las mujeres llegarían más tarde para su reunión semanal, Cornelia estudió los dibujos en ese momento y se sintió obligada a hacerlos más grandes y a color. Buscó en su habitación hojas de papel más grandes, pero no encontró ninguna.

Hacía días que no trabajaba en ninguna costura. En un rincón, un maniquí de madera con trozos de muselina clavados le llamó la atención. Alargó la mano para tocar la tosca tela de algodón que Kristian le había dado de su almacén.

—No es caro, *älskling* —le había dicho con cariño mientras su dedo movía suavemente uno de los cabellos sueltos que le caían por la cara—. Así que, por favor, tómalos.... si te hace feliz.

—Sí, será perfecto para crear un nuevo patrón de vestido —le echó los brazos al cuello y lo besó. Ahora, sola en su habitación, miró los cuadrados de tela y vio un uso potencial totalmente nuevo para el material.

Buscó en un rincón su paleta y sus pinturas. Luego, sin retirar el lienzo del maniquí, tocó con su pincel la tela, le aplicó la primera

pincelada y pronto la cubrió en su totalidad de vórtices y remolinos de colores brillantes.

*

Las mujeres de *De Fem* se reunieron en el estudio de Matilde. El altar estaba arreglado con velas, el crucifijo blanco y un jarrón con rosas de invierno.

Cornelia entró unos minutos tarde, con una mancha de pintura azul en la frente. Matilde apartó a su hermana y rápidamente, con un dedo húmedo, frotó su piel para limpiarla.

—Traje un poco del té de mi abuela —compartió Sigrid—. Pensé que nos había ayudado a experimentar una sensación de serenidad la última vez antes de empezar.

Anna levantó la mano.

—Me provocó un terrible dolor de cabeza, tengo que admitir. Creo que no beberé.

Pero cuando entró la empleada y pasó una bandeja con tazas humeantes, Hilma tomó una para ella y la de Anna.

—Estoy segura de que a nadie le importa —dijo mientras se llevaba la porcelana pintada a los labios—, pero sentí que mi conexión con los espíritus aumentaba cuando estuvimos en casa de Sigrid.

—Yo también —coincidió Cornelia mientras tomaba su propia porción.

Matilde negó con la cabeza.

—Para mí no, gracias. Necesitaré toda mi concentración para canalizar esta noche. —Juntó las manos en su regazo, esperando a que terminaran.

—Unamos nuestras manos y adoptemos el círculo, un símbolo que hemos reconocido como la espiral del conocimiento —comenzó Matilde—. Anhelamos buscar más sabiduría de los del más allá. Amaliel... Georg... —entonó los nombres de los dos nuevos espíritus con los que Sigrid había conectado durante la última sesión.

—Amaliel... Georg... —Matilde pronunció lentamente los nombres, intentando invitarlos a hablar a través de ella, pero solo le respondió el silencio.

Tras varios minutos, Hilma apartó su mano de la de Anna y Cornelia.

—Creo que debería intentarlo Sigrid. Tuvo un gran avance la semana pasada y los espíritus conectaron con ella profundamente.

Un silencio incómodo recorrió la habitación. Los párpados de Matilde se abrieron de golpe.

—¿No quieren que las guíe? —su mirada se posó con fuerza en la de Hilma.

—Solo quiero saber más de Amaliel y Georg —respondió Hilma, negándose a dejarse intimidar.

—Siento que los colores empiezan a arremolinarse a mi alrededor —añadió Cornelia. Su taza de té vacía fue apartada y su libreta se abrió en una nueva página.

—Quizá sea una progresión natural —señaló Anna en voz baja—. Tú has sido nuestra médium desde el principio... tal vez Sigrid deba ser ahora quien nos guíe hacia el siguiente círculo de nuestro viaje. —Aludió a propósito a la espiral para subrayar la importancia de la búsqueda del conocimiento. Anna esperaba que eso suavizara el golpe para Matilde.

El rostro de Matilde se tensó.

—No me interpondré si creen que los espíritus podrían preferir otra líder.

—Es muy generoso de tu parte —respondió Anna—. Creo que todas debemos estar abiertas al cambio.

Los ojos de Hilma se posaron en Sigrid. Las demás observaron cómo bajaba la mirada y su cabeza se inclinaba, como recién ungida.

—Intentemos encontrar de nuevo la armonía —dijo Sigrid solemnemente.

Ofreció sus manos a las demás. Matilde fue la última en tomar los dedos de Sigrid, pero su reticencia fue ignorada por las demás.

—Amaliel... Georg... —comenzó a suplicar Sigrid—. Cuéntenos más sobre lo que imaginan para nosotras... guíennos para alcanzar

nuestro yo más elevado.

Con la cabeza echada hacia atrás y los ojos en blanco, el cuerpo de Sigrid se sacudió hacia adelante y volvió la fuerte voz masculina que había canalizado la semana anterior.

—Desechen su necesidad de oír voces de los muertos. Sus guías tienen una misión para el presente.

»Se deberá construir un templo con un círculo en el centro y un camino en espiral hacia el sol; como adorno en sus paredes, habrá pinturas tan altas y poderosas como pilares, y en sus paredes brotarán flores...».

Cornelia tomó su lápiz y empezó a esbozar las descripciones que fluían de los espíritus a través de la lengua de Sigrid.

Anna echó un vistazo y pensó que la flor que estaba dibujando Cornelia se parecía a las flores del cornejo, la flor que simbolizaba la pureza.

—Este templo deberá ser construido por la jardinera del corazón más puro, cuyas manos deberán ser capaces de captar los misterios de la creación. El poder que haga que la forma cambie deberá proceder siempre del interior, de la vida que se esconde dentro de la forma. Las manos de ella deberán ser capaces de captar los misterios de la creación... deberá poder hacer surgir la luz de la oscuridad, la razón del caos... — canalizó Sigrid. Sus ojos permanecían cerrados y no había visto lo que Cornelia había dibujado; sin embargo, se mantenían extrañamente sincronizadas.

—El poder del cambio deberá venir siempre del interior —continuó—. Una de ustedes ha sido elegida. Busquen la respuesta en su interior —la voz de Sigrid retumbó con aún más fuerza.

El corazón de Hilma saltó salvajemente dentro de su pecho. Al echar un vistazo al dibujo de Cornelia, pudo ver exactamente lo que el espíritu Georg estaba describiendo: una iglesia hecha de círculos concéntricos, cuyas paredes en espiral estaban decoradas con pinturas, y cada superficie, línea y forma evocaba el esplendor y los ciclos de la vida.

Estocolmo, a 3 de diciembre de 1904

Mi queridísima Anna:

¡Qué reunión tuvimos anoche! Volví a casa y apenas pude pegar ojo. De nuevo, mi cabeza parecía danzar con mil remolinos de colores, y siento que, aunque no tengo ninguna habilidad como médium, cada vez estoy más cerca de los espíritus ahora que Sigrid se ha puesto al mando.

Qué valiente fuiste al intervenir y suavizar las cosas con Matilde. Apenas podía contenerme mientras estábamos todas sentadas esperando a que ella se pusiera en contacto con Amaliel y Georg. No podría haber soportado otra noche de ella pontificando sobre sus vastos conocimientos espirituales. Sí, todas sabemos que ha leído todos esos libros de sus estanterías y que cada pequeña reliquia de su despacho tiene alguna historia fascinante de cómo su marido la trajo de sus exóticos viajes, pero siento la urgencia de empezar con el templo que han mencionado los espíritus. Creo que soy la elegida para dirigir la tarea que han encomendado.

Por supuesto, sé que no puedo hacerlo sola. Tú, mi querida amiga, deberás estar a mi lado. Deberíamos considerar la posibilidad de realizar juntas los rituales de purificación que mencionaron los espíritus. Seguramente, ambas podríamos renunciar a comer carne. Nos dará una apreciación aún más profunda de la naturaleza el obtener sustento únicamente de aquello que florece y brota con el esplendor de Dios. Creo sinceramente que los espíritus tienen un motivo para querer que encontremos alimento solo a través de las plantas y los vegetales que crecen en la tierra y en la vid.

Reproduciremos sus vibrantes colores a través de nuestras pinturas y pinceles. Un círculo dentro de un círculo de vida, querida Anna. Puedo verlo todo tan claramente, casi como si estuviera tan cerca como para poder tocarlo.

*Con amor,
Hilma*

Estocolmo, a 14 de enero de 1905

Querida Hilma:

Ya han pasado varias semanas desde que hice esta promesa contigo y lo único con lo que puedo soñar es con el alce en salsa de crema y setas de mi madre. Anoche hizo que la cocinera preparara su famosa receta y el apartamento se llenó de los olores más succulentos. No hay verdura en el mundo que huela tan cálida y apetecible como ese plato. Mas, no te preocupes, continué fiel a mi promesa. Mi boca no probó un solo bocado, y pude darme cuenta de lo molesta que estaba mi madre de que rechazara incluso una porción muy pequeña. «Lotten lo necesita más que yo», reí. No obstante, la querida Josephine se limitó a sacudir la cabeza y me dijo que una mujer de mi edad debe tener algo de peso en los huesos o que la carne empezaría a caérsele.

Estoy ansiosa por la reunión de mañana en tu estudio para saber más sobre lo que los espíritus vislumbran para el templo y sus pinturas. Cuando cierro los ojos, me viene a la mente el observatorio del gran astrónomo Tycho Brahe en la isla de Ven. Él también tuvo la visión de construir un castillo a las estrellas. ¿No sería maravilloso si encontráramos un terreno en el que pudiéramos construir este templo de pinturas? Ojalá nosotras cinco supiéramos construir, así podríamos crearlo con nuestras propias manos y trabajo duro.

Mientras tanto, lo menos que puedo hacer es llegar temprano y ayudarte a mover los muebles del estudio para hacer espacio para todas. Espero que a las demás no les importe que en todos estos años nunca haya sido anfitriona, pero ya sabes cómo es mi madre con lo que ella describe como «golpear mesas». Me siento más incómoda con

la exclusión de Lotten que con lo que piensa mi madre pero, aun así, es muy generoso de tu parte ofrecer el estudio.

Mientras tanto, conservo mi alcoba como habitación secreta; allí guardo mis preciadas cartas tuyas y mi cuaderno de bocetos de Italia. Por cierto, nunca me has dicho si encontraste el tuyo. Por favor, guárdalo bien, ya sabes cómo me preocupo.

*Con mucho amor,
Anna*

Capítulo 10

Noche de viernes núm. 356

13 de enero de 1905

Estocolmo

La pureza. ¿Quién era puro y quién no? Cornelia se colocó frente al espejo y dejó caer su ropa al suelo. Su cuerpo lucía gris en la tenue luz invernal. Dejó que sus manos recorrieran la curva de sus pechos, lo estrecho de su cintura y el suave montículo de su vientre. La sensación de su propio tacto no era nada comparada con la de Kristian. Cuando él recorrió su piel, ella sintió que se transformaba en algo hermoso bajo sus caricias.

Durante mucho tiempo se sintió como una plantita bajo la tierra, envuelta en la oscuridad e incapaz de sentir el calor del sol o el polvo de estrellas del cielo nocturno. Pero Kristian, a quien había amado de joven, ese hombre al que creía que nunca volvería a ver, había vuelto inesperadamente a ella, tarde, y la había hecho florecer.

¿Era eso impuro? Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Sabía que estaba mal estar con alguien casado, pero Cornelia imaginaba su relación amorosa como su propia pintura privada. Tomó su pincel mental y borró la imagen de su esposa, Astrid, y de sus dos hijos adolescentes, o de la cómoda vida de ellos en su apartamento del acogedor barrio de Gamlastan. En lugar de esto, se centró en los años previos, cuando ella y Kristian eran adolescentes y sus vidas se entrelazaron por primera vez.

Era un secreto que guardaba de Hilma y Anna cuando estaban juntas en Slöjdskolan. Kristian, el chico de diecisiete años que le llevaba pasteles de colores con un ramillete de flores a juego, había

cautivado su corazón casi de inmediato. Se veían en secreto después de sus clases. Buscaban espacios apartados donde poder hablar y tocarse lentamente. Él llevaba dentro de su chaqueta un pequeño cuaderno donde anotaba versos y los recitaba al aire.

—Atrapa mis palabras de amor —bromeaba con ella, y ella alzaba las manos al cielo, fingiendo bajar cada soneto que él pronunciaba en voz alta y lo estrujaba contra su corazón.

Todo el tiempo conservó su pureza. Nunca permitió que las manos de Kristian se adentraran demasiado en su vestido. Se aferró a su pudor y esperó a ser suya solo bajo los lazos del matrimonio.

No obstante, él y su familia simplemente desaparecieron un día. Ella oyó las habladurías que susurraban los vecinos, rumores de que las deudas del padre les habían obligado a marcharse a mitad de la noche. Lo único que Cornelia sabía con certeza era que una tarde había vuelto a casa de la escuela, con un lienzo enrollado bajo el brazo que ansiaba enseñarle a Kristian, pero él ya no estaba. Su casa había quedado oscura y vacía.

Su corazón se hundió en las sombras.

Ya no podía pintar, su deseo de asistir a clases se desvaneció. Apenas podía levantarse de la cama.

Mientras Hilma y Anna florecían, con sus brazos extendidos hacia la Academia, Cornelia se encogió, se volvió invisible.

*

Inapropiada. Impura. ¿Qué significaba siquiera? ¿No había confesado Anna alguna vez que en ocasiones necesitaba tanto ver a Hilma que se despertaba durante la noche y cruzaba Estocolmo a hurtadillas para visitarla en su estudio? Justificaba sus precipitadas acciones alegando que le calmaba los nervios ver pintar a Hilma, pero ¿era verdad o solo una explicación para algo demasiado difícil de entender? Cornelia se preguntaba hasta dónde estaba dispuesta a llegar cualquiera de las mujeres de *De Fem* para decir que era inequívocamente pura.

Aun así, despreciaba las palabras de Matilde porque sabía que eran ciertas. La atracción hacia Kristian era demasiado fuerte. Tenía dos horas antes de la reunión en el estudio de Hilma. Se puso su vestido de seda azul favorito, pasó de puntitas por delante del despacho de Matilde y se dirigió a verlo.

Capítulo 11

Eben

Presente

Nueva York

Mi primer día de vuelta en Nueva York tras mi viaje a Estocolmo encontré un mensaje que decía que la Dra. Perlstein quería verme lo antes posible. Después de consultar con su asistente, me dio una cita para las once de esa mañana.

Al llegar a su despacho, esperaba que quisiera hablar de mi investigación en los archivos y obtener una actualización sobre el catálogo. En lugar de eso, me saludó con el ceño fruncido.

—Eben, ¿tienes dudas sobre esta exposición? —me preguntó.

—Por supuesto que no, ¿por qué?

—¿No estarás cuestionando que situemos a Hilma af Klint como una revolucionaria, adelantada en años a su tiempo?

Me preocuparon las preguntas y el tono de la Dra. Perlstein.

—No, por supuesto que no. ¿Por qué lo pregunta?

No contestó. A cambio, hizo otra pregunta.

—Para que no tengas la idea errónea de que estás investigando para hacer una revelación sobre ella.

—No.

—Me han llamado por las preguntas que hiciste en Estocolmo. Has levantado ámpula en la Fundación. He tenido que hacer un serio control de daños.

Supuse que la Srta. Olsson se había quejado. Desde luego, a Marie Cassel no le habían molestado mis preguntas; en todo caso, había dejado en claro que le gustaban incluso más que a mí.

—Eben —dijo la Dra. Perlstein—, tu trabajo no es ser detective. Eres curador. Estamos montando una exposición que sugeriste. Has tenido un papel importante en su creación, no existiría sin ti, pero las preguntas que hiciste en Estocolmo han incomodado mucho a las mismas personas que nos prestarán las obras de arte. Cuestionar la veracidad de los cuadros de Hilma fue, por decirlo francamente, estúpido.

Sabía que debía aceptar la crítica, pero estaba enfadado.

—Nadie ha radiografiado jamás ni uno solo de esos cuadros. No había ningún testamento. El mensaje sobre mantener ocultas las pinturas durante veinte años estaba en un cuaderno. Hilma formaba parte de al menos dos grupos de mujeres artistas, el primero era *De Fem* y el segundo tenía al menos siete integrantes. Hay un importante erudito en Dinamarca que ha identificado al menos 100 de las pinturas de Af Klint como pintadas por Anna Cassel. Si existiera la posibilidad de que Hilma af Klint no hubiera trabajado sola en las pinturas del templo, sino que hubiera contado con la ayuda de Anna Cassel y posiblemente de Cornelia Cederberg o de cualquier otra persona, al menos deberíamos abordarlo.

El teléfono de la Dra. Perlstein sonó. Ella lo ignoró. Un momento después, su asistente se acercó a la puerta y le dijo quién estaba al teléfono y que era importante. Antes de contestar, la Dra. Perlstein me dijo que me quedara, que nuestra conversación no había terminado.

Mientras ella atendía la llamada, me levanté, me acerqué a su pared de ventanas y miré hacia abajo, observando a los peatones con los paraguas abiertos por la lluvia que ni siquiera me había dado cuenta de que había empezado. Cuando colgó, me volví.

—Eben, ¿puedes hacer el trabajo para el que te contrataron? Este es el de crear una exposición de la obra de Hilma af Klint, no el de cuestionar lo que hicieron o dejaron de hacer esas otras mujeres; podemos mencionarlas, por supuesto, pero se trata de Hilma.

No sabía por qué me importaba tanto averiguar los secretos que compartía *De Fem*, saber qué había en las cartas que Hilma había

quemado o por qué había desaparecido uno de sus muchos cuadernos. ¿Por qué la fundación se habría negado a radiografiar los cuadros de Hilma y a realizar el tipo de documentación que se consideraba básica en nuestro campo?

La Dra. Perlstein no esperó a que respondiera. Cuando volvió a hablar, su voz estaba templada. Ahora sonaba preocupada, no enfadada.

—Eben, sé que una de tus pasiones es conocer la verdad detrás de las obras. He leído tu tesis. Durante los últimos seis años, he aplaudido tu laboriosidad y tu curiosidad, no estarías aquí si no lo apreciara. Y sí, ser curador puede significar resolver enigmas, un aspecto de lo que hacemos que es desafiante y también emocionante. Excepto que esta vez la dirección que estás tomando está fuera de lugar. Hemos ido demasiado lejos haciendo estas preguntas. ¿Te das cuenta?

Tuve un impulso irracional de renunciar en el acto y luego ir a hacer exactamente lo que me estaba diciendo que no hiciera: averiguar qué ocurrió realmente hace cien años en Estocolmo.

—¿Me permites que te diga algo personal, Eben?

La pregunta me tomó desprevenido.

—Por supuesto.

—Los misterios son como una hierba gatera para ti —dijo—. Cuando intuyes que hay un secreto en la obra o en la vida de un artista, tienes que resolverlo. ¿Te has preguntado alguna vez si crees que desvelando los secretos de otros artistas podrías entender mejor la obra de tu propia madre?

Aparté la mirada y la dirigí de nuevo hacia la ventana. No sabía muy bien qué pensar de la pregunta de la Dra. Perlstein. Nunca habíamos tenido una conversación tan personal. De hecho, nadie, ni siquiera mi padre, me había dicho nunca nada tan profundamente personal.

Cuando por segunda vez en muy pocos minutos no le contesté, continuó.

—Todos los que conocían a tu madre decían que, al igual que su escultura, era un enigma. ¿Cómo podía alguien tan joven crear obras tan sofisticadas? Recién salida de la escuela de arte, tenía la sensibilidad y la visión de una maestra. No puedo imaginar lo que debió ser para ti crecer sin ella y sí con sus piezas alrededor, burlándose de ti por no poder hablar nunca de su obra con ella.

Definitivamente, esa no era una conversación que deseara tener y decidí ponerle punto final.

—Dra. Perlstein, siento haber causado problemas en Estocolmo. Me ceñiré al trabajo que tengo entre manos.

—Bien —me dedicó una sonrisa sincera y la tensión de la sala empezó a disiparse—. Ahora, repasemos el catálogo, ¿de acuerdo? ¿Dónde estamos?

Durante la siguiente media hora estudiamos detenidamente la disposición del libro y el estado de los ensayos.

—Nos falta uno —dijo.

—No lo creo —volví a mirar la lista—. Todos están en vías de entrega para finales de mes.

—No me refiero a uno que ya hayas asignado, sino a uno nuevo que me di cuenta de que debíamos incluir mientras estabas fuera.

—¿Eh?

Alargó la mano detrás de ella y sacó un libro de las estanterías. Cuando lo puso delante de mí, sentí que se me revolvía el estómago.

—¿Has leído este? —preguntó.

Era el libro de Blythe, basado en su tesis: *Nuestras Hécatas. Espiritismo, brujería, ocultismo y mujeres pintoras de 1890-1980*.

—Sí, lo leí.

—Sé que estamos muy preocupados por cómo estamos retratando a Hilma... ¿cómo lo dijiste?

—¿Como mística en lugar de artista?

—Cierto, y has hecho un gran trabajo recopilando una impresionante y fascinante serie de ensayos que avalan su estatura artística. Has cubierto todo, desde sus avances en la pintura no objetiva hasta la dificultad de las mujeres artistas de la época. El

resultado seguramente garantizará que se le vea como una artista vital, interesante y revolucionaria. Valoro tu sensibilidad para que no se le juzgue por sus inclinaciones ocultistas, pero el hecho es que era espiritualista y creo que hemos ido demasiado lejos en la otra dirección.

—El ensayo de Hans Wertheim lo cubre —dije con la esperanza de poder cortarle el paso a la Dra. Perlstein.

—Solo como breves párrafos de hechos biográficos. Necesitamos un artículo que profundice en cómo Hilma y *De Fem* utilizaron su calidad de médiums, el misticismo y la canalización para encontrar sus voces artísticas. Creo que les debemos iluminar su fe y su compromiso mutuo y cómo eso creó el ambiente necesario para que Hilma se sintiera lo suficientemente segura como para aceptar la solicitud de los espíritus. Hay preguntas que, aunque no puedan responderse, deben explorarse. ¿Hasta qué punto *De Fem* mantenía en secreto sus experimentos y ceremonias? ¿Cómo era tratado el espiritismo por el *establishment* artístico de la época? ¿Hasta qué punto influyeron los espíritus en la decisión de Hilma de no mostrar los cuadros? Te encantan las preguntas, Eben, hay docenas que deben plantearse y debatirse sobre este tema, y creo que Blythe Larkin es la escritora perfecta para hacerlo.

Quería discutir, pero no podía rebatir lo que había dicho la Dra. Perlstein. La verdad era que había sentido desde el principio que Blythe Larkin tenía que escribir un ensayo para nosotros. Ella había dedicado su tesis al estudio de este fenómeno; había escrito uno de los libros más importantes al respecto.

Puede que no tuviera razones personales para querer comprender los secretos de Hilma af Klint, pero desde luego que las tenía para no pedirle a Blythe que escribiera un ensayo; explicárselas a la Dra. Perlstein estaba fuera de lugar.

—Haré lo que pueda —dije—, pero es poco tiempo. No tendrá más de un mes para escribirlo... aunque alargue el plazo.

—Ya ha hecho toda la investigación —la Dra. Perlstein palmeó el libro—. De hecho, mientras no estabas, me encontré con la señorita Larkin y abordé el tema. Parecía muy interesada.

No estaba seguro de haber entendido.

—¿Se reunió con ella la semana pasada?

—Sí, las dos estábamos en la misma inauguración de la galería.

—¿Está en Nueva York?

La Dra. Perlstein me miró con abierta curiosidad.

—¿La conoces, Eben?

Intenté aparentar indiferencia.

—Sí, fuimos juntos a la escuela de posgrado. Pensé que vivía en Londres. No es eso lo que dice... —abrí el libro que había sobre el escritorio para ver la solapa, donde estaba una foto en blanco y negro de Blythe de pie ante un atril. Leí en voz alta la información que aparecía debajo de la foto.

—La Dra. Larkin da clases en el Instituto de Arte de Courtauld y reside en Londres.

—Sí, mencionó que Londres era su lugar de residencia permanente, pero que actualmente da clases en la Universidad de Columbia mientras realiza la investigación para su nuevo libro.

¿Blythe había estado viviendo en Nueva York y yo no lo sabía?
¿Cuánto tiempo llevaba aquí? ¿Por qué no me había contactado?

—La localizaré —dije.

—No hace falta —dijo la Dra. Perlstein—. Aquí tienes su tarjeta —abrió el cajón superior de su escritorio, revolvió algunos papeles y me entregó una tarjeta de negocio blanca e impecable.

—Y ahora a la financiación —la Dra. Perlstein pasó al siguiente tema de negocios—. Estamos estupendamente, pero aún necesitamos un patrocinio más. Ahora que has vuelto, necesito que trabajes en algunas ideas.

—Sí, estaba trabajando en ello antes de irme. Puede que tenga algo hacia el final del día de mañana o el miércoles.

—¿Entonces no necesito pedir favores todavía?

—Aún no, deme otras cuarenta y ocho horas.

De vuelta en mi oficina, miré la tarjeta que me había entregado la Dra. Perlstein. Indicaba un número de teléfono y también una dirección de correo electrónico. No había duda sobre cuál iba a utilizar.

Escribí el mensaje.

«Hola, Blythe:

La Dra. Perlstein acaba de decirme que ustedes dos hablaron la semana pasada y que estarías potencialmente interesada en escribir un ensayo para nuestro catálogo de Hilma af Klint. ¿Podemos fijar una hora para hablar de ello?».

Si se lo hubiera escrito a cualquier otro colega, me habría tomado un minuto para revisar la ortografía y luego me habría limitado a enviarlo. No habría cuestionado mi redacción. No habría buscado ningún significado oculto. No habría deliberado en absoluto sobre el envío. No me habría preguntado si debía decirle a la Dra. Perlstein que me había puesto en contacto con ella pero habría dejado de enviarlo y luego achacaría la falta de respuesta al extravío del correo electrónico si alguna vez surgía el tema.

Pero si hacía todas esas cosas, solo acabaría avergonzándome de mí mismo. ¿Por qué no podía simplemente hacer lo que había que hacer?

Por las respuestas que no tenía. Otra vez. Siempre.

Porque Blythe me había dejado sin decirme por qué.

Porque me había ocultado algo.

Por el ridículo tema de mi vida, iniciado por mi madre. Yo sabía todo eso, pero no importaba.

Tras graduarme de Courtauld, había regresado a Nueva York. Deprimido por lo de Blythe, bebía y salía demasiado de fiesta. Mi padre reconoció las señales y supo que necesitaba ayuda, me dijo que las entendía muy bien, que a los Elliot se nos daba mucho mejor evitar y enmascarar el dolor que afrontarlo, y me sugirió que volviera a visitar al Dr. Gleckle, un terapeuta que lo había ayudado cuando enviudó y que luego me ayudó a mí durante la adolescencia, cuando la muerte de mi madre por fin me había afectado.

Solo que no necesitaba que un terapeuta me dijera por qué estaba releyendo mi correo electrónico a Blythe por tercera vez. Sabía exactamente cuál era el problema; lo había sabido en Estocolmo durante la conferencia; lo había sabido cuando estaba seleccionando a los posibles colaboradores del catálogo y dejé a propósito a Blythe fuera de mi lista.

Pero estaba siendo ridículo. Ella había seguido adelante. Yo había seguido adelante. Las antiguas razones de Blythe para lo que había hecho ya no importaban, ni tampoco mi antiguo ataque de autodestrucción.

Mi teléfono chirrió. Miré el identificador de llamadas, pulsé enviar en el correo electrónico y contesté la llamada.

—Daphne —dije—. Esperaba que fueras tú.

—Qué bonito —dijo ella, pero su voz era por completo de negocios—. Tengo buenas noticias para ti.

—Excelente.

—Tengo una clienta que está seriamente interesada en patrocinar lo de Hilma. Le gustaría conocerte y estudiar los detalles. ¿Estás libre para tomar algo esta noche?

—Sí, sí, fantástico. ¿Quién es? Tal vez pueda...

—Tengo otra llamada —interrumpió—. Nos vemos a las 5 en Cipriani's —dijo, nombrando un elegante restaurante italiano de la Quinta Avenida donde podía ser imposible conseguir mesa durante la cena pero que siempre estaba relativamente tranquilo para los cocteles tempraneros.

Esa tarde no recibí ningún correo electrónico de Blythe, y cuando salí para reunirme con Daphne me debatía entre el alivio y el enfado.

*

Al cruzar la puerta del restaurante, vi a Daphne sentada junto a una mujer de sesenta y tantos años en una de las mesas redondas del salón delantero. La iluminación en tonos melocotón y los cálidos paneles de madera las favorecían a ambas.

—Eben Elliott, ella es Barbara Silverman —nos presentó Daphne. Su clienta llevaba una chaqueta negra perfectamente ajustada, un cordón con perlas grandes, lustrosas y —yo apostaba— naturales alrededor del cuello y otro cordón rodeando su muñeca. Su pelo negro tipo casco estaba impecablemente peinado y su maquillaje cuidadosamente aplicado. Emanaba riqueza de una forma en que muchos en la sociedad lo hacían.

Extendí la mano y estreché la de la mujer. Tenía un apretón firme.

Casi tan pronto como me senté, se acercó un camarero. Miré lo que bebían mis acompañantes y señalé con la cabeza sus copas de martini.

—Tomaré uno de esos pero con aceitunas extra y en las rocas —dije, y luego volví a prestar atención a la Sra. Silverman.

—Es un placer conocerla. Estoy encantado de que esté interesada en patrocinar nuestra exposición.

Sonrió y sus ojos se iluminaron al decir:

—Visito el Guggenheim desde que era pequeña. Mi hermana y yo solíamos correr por la rotonda. Ella solía ganar. Habrá cierta reivindicación en que mi nombre figure en esta exposición.

Me cayó bien al instante.

—Eben, ¿puedes detallarnos lo que implicará el patrocinio? Lo he explicado hasta cierto punto, pero siempre es mejor oírlo directamente de ti. Le das la relevancia que merece —me pidió Daphne.

Hice lo que se me pedía y había cubierto alrededor de una cuarta parte de las ventajas cuando llegó el camarero con mi bebida y un cuenco con las frituras de calabacín por las que era famoso el restaurante.

Dejé de explicar y alcé mi copa hacia las dos mujeres.

—Por las niñas que bajan corriendo los escalones de la rotonda —dije.

Barbara Silverman sonrió, levantó su copa y la chocó con la mía. Di un sorbo satisfactorio y volví a mi recitación. Ambas mujeres asentían cuando terminé.

—Sinceramente —dijo la Sra. Silverman—, sonaba perfecto cuando Daphne me lo contó y, ahora, al escuchar más de ti, es aún más perfecto. Una artista desconocida rescatada de la oscuridad. Una

mujer que comprendió su presente y tuvo clarividencia para ver el futuro. Estoy intrigada, Eben, e impresionada.

—Permítame mostrarle algunas de las obras.

Abrí la carpeta que había llevado y guie a la Sra. Silverman a través de dos docenas de fotos de 8 x 10 de los cuadros, dibujos y cuadernos de Hilma af Klint. Para entonces ya había hecho una presentación similar al menos treinta veces a otros potenciales patrocinadores, así como a los colaboradores que estaban escribiendo los ensayos del catálogo.

Las preguntas de la Sra. Silverman demostraron su profundo nivel de interés y comprensión de lo que estaba viendo y de su importancia en la historia del arte moderno. Cuando llegué a las fotos de las páginas de los cuadernos, le expliqué que faltaba al menos un cuaderno del que teníamos constancia.

—¿Un cuaderno perdido? Me parece realmente curioso. ¿Hay alguna investigación?

—La hay, pero sin resultados.

—Bueno, ¿quién no disfruta de un buen misterio? Tengo un amigo que escribe novelas de suspenso al que le encantaría conocer esta historia. Si financio la exposición, ¿compartirías parte de la información conmigo? Quizá podría convencer a Steve Berry de que escribiera sobre la búsqueda en una de sus novelas y conseguir que la exposición reciba más atención de una forma realmente interesante.

—Estaré más que feliz de compartir lo que sé con usted, Sra. Silverman.

—Por favor, llámame Barbara. Creo que sería un *marketing* inteligente.

—Lo sería —dijo Daphne.

—Aquí hay algo... —dijo la Sra. Silverman mientras arrastraba hacia adelante tres de las fotos, todas de las páginas de los cuadernos, para que quedaran alineadas frente a ella. Inclinandose más cerca, examinó cada una de ellas con cuidado.

—No soy una experta en absoluto, pero ¿no están escritas por diferentes manos?

—Sí, otro misterio para usted —le dije.

Antes de responder, pensé en todas mis propias preguntas sobre este mismo tema y en las advertencias de la Dra. Perlstein.

—Hilma formaba parte de un grupo muy unido de mujeres que se hacían llamar *De Fem*, Las Cinco —le expliqué sobre su búsqueda espiritual—. Hay pruebas de que entre 1896 y 1906 hubo cierta colaboración en los cuadernos —señalé una sección—. Sabemos que eso lo escribió Anna Cassel —señalé otra sección—. Y ese texto es de Cornelia Cederberg.

—¿De verdad?, ¿una colaboración en los cuadernos? ¿Y en los cuadros?, ¿también colaboraron en ellos? —preguntó la Sra. Silverman.

—La Fundación Hilma af Klint ha identificado unos 100 de los más de 1000 cuadros atribuidos a Hilma como pintados por una de sus amigas, Anna Cassel, pero nos estamos absteniendo de incluir esos cuadros en la exposición.

—¿Los firmó Hilma con su nombre? —la Sra. Silverman no quería abandonar el tema.

—No, no están firmados, pero la familia de Anna tiene un archivo considerable de sus obras, y los estilos y métodos las identifican claramente.

—Cuéntame más sobre esa tal Anna.

—Fue la compañera de Hilma durante muchos años, así como su mecenas. Ayudó a construir un atelier para ella en la isla de Munso para que pudiera trabajar en medio de la naturaleza e inspirarse en ella...

La Sra. Silverman enarcó las cejas.

—¿Compañera? ¿Estuvo Hilma casada?

—No, nunca se casó.

—¿Y Anna estaba casada?

—No, ella tampoco lo hizo.

—Así que hay algunos chismes que añadir al misterio —miró a Daphne—. No me habías dicho que también había tanto drama. Me encanta.

Sentí un escalofrío de ansiedad. Nos adentrábamos de lleno en el fango del que la Dra. Perlstein me había advertido que me mantuviera alejado, pero los misterios que rodeaban a Hilma eran tan interesantes como los de sus lienzos.

—Pero la exposición es una retrospectiva de la obra de Hilma. Quiero dejarlo claro —dije.

Antes de que la Sra. Silverman respondiera, se acercó el camarero y preguntó si queríamos otra ronda.

La Sra. Silverman miró su reloj.

—Ojalá pudiera, pero tengo que llegar a casa a cambiarme, tengo un compromiso esta noche. Sin embargo, háganlo ustedes dos.

—En realidad yo también debo irme —dijo Daphne—. ¿Me trae la cuenta? —preguntó al camarero.

Dentro de mi bolsillo, sentí vibrar mi teléfono. Nunca me gustó revisar las llamadas durante las reuniones, así que lo ignoré.

Los tres terminamos la conversación mientras Daphne pagaba la cuenta. Afuera, la señora Silverman ofreció que su chofer nos llevara si íbamos en su dirección. Daphne aceptó su ofrecimiento; yo decliné. Era una noche preciosa. Aunque hacía un poco de frío, me apetecía volver a casa caminando por el parque.

Estreché la mano de la Sra. Silverman y le agradecí su interés. Ella se acercó y me abrazó.

—Estoy muy emocionada con esto, Eben. Puedes contar conmigo. Siento que esta exposición va a hacer olas. No hay nada más emocionante que surfear una ola.

Mientras cruzaba la calle y accedía al parque por la entrada de la calle 59, la Puerta de los Académicos, pensé que, aunque la Dra. Perlstein había empezado el día molesta conmigo, esta noticia contribuiría mucho a devolverme su simpatía.

A Central Park se le conoce como el pulmón de Nueva York. Construido en 1857 por Frederick Law Olmsted, era originalmente un conjunto de barrios marginales, prados de ovejas y bosque natural. Él y su equipo trabajaron durante casi veinte años para crear 843 acres de áreas verdes. Como la mayoría de los niños de ciudad, consideraba el parque como mi patio trasero.

Giré a la derecha y en pocos minutos me vi envuelto por una tranquilidad que de otro modo sería difícil de encontrar en Manhattan. Los árboles estaban repletos de hojas otoñales y sentí como si estuviera paseando por un cuadro paisajístico, viendo diferentes combinaciones de colores a cada paso. Una de las vistas me recordó la escena del parque de Van Gogh en el Museo Boijmans van Beuningen de árboles brillantes con hojas de color anaranjado quemado. Cuando una brisa arrastró hojas al sendero, vi *Hojas de otoño* de Georgia O'Keefe en la composición escarlata, topacio, ámbar y verde a mis pies. En el estanque para los botes, el cielo cobalto del atardecer reflejado en el agua y los árboles resplandecientes me recordaron al *Otoño en Murnau* de Kandinsky, lo que me hizo pensar de nuevo en la mujer que había precedido sus incursiones en el arte moderno pero que no había obtenido ningún crédito por ello.

No fue sino hasta que llegué a la salida de la calle 89 del parque que recordé la llamada que había recibido mientras bebíamos. Saqué mi teléfono y vi un número que no reconocía. Pulsé el botón del buzón de voz.

—Eben...

Supe quién era al instante. Nadie decía mi nombre con el mismo tono.

Me vino a la mente una imagen: uno de los cuadros de Hilma, por supuesto, de dos cisnes, uno negro y otro blanco, un símbolo alquímico que había utilizado una y otra vez y del que se decía que representaba lo masculino y lo femenino.

—Eben, recibí tu mensaje. Me encantaría reunirme contigo. Estoy libre mañana a primera hora de la tarde, alrededor de las 5, si te viene bien. Tengo que asistir a la inauguración de una galería en el Gagosian, pero ¿podríamos vernos en el bar del Hotel Mark? —luego hubo una pausa—. Oh, lo olvidaba, soy Blythe.

2 de septiembre de 1906

Cuaderno de Hilma

Se dijo que debía comenzar el trabajo con el templo. Permaneceré 30 días en soledad, sola y reclusa, para luego ser liberada. Incluso Anna trabajará sola durante 30 días.

Capítulo 12

Noche de viernes núm. 428
5 de octubre de 1906
Estocolmo

El primer mes de otoño había traído consigo un inesperado periodo de calma para Sigrid. *De Fem* se acercaba ya a su décimo año como grupo y los espíritus habían sido inflexibles en sus instrucciones. Hilma y Anna tuvieron que recluirse durante treinta días para purificar el trabajo que tenían por delante. Ahora que su tiempo de reclusión llegaba a su fin, Sigrid deseaba volver a ser la anfitriona de las cinco mujeres reunidas.

Pasó las primeras horas de la mañana limpiando su casa y arreglando los muebles para la reunión. La vida transcurría mucho más lenta ahora que ella y Ernst ya no tenían hijos en casa. Disfrutaban de los pájaros que iban a visitarlos durante el desayuno, picoteando las semillas que Ernst esparcía sobre la hierba. Ahora tomaban su café no como amantes fogosos como al principio de su matrimonio, ni con prisas como cuando su casa estaba llena de bebés, sino que saboreaban juntos los primeros sorbos de la mañana, sumergiéndose lentamente en la presencia del otro. Ernst era algo más que su marido y el padre de sus hijos, se había convertido en su querido e incondicional compañero.

—Estoy emocionada por volver a verlas a todas esta noche —dijo Sigrid, apretándole la mano—. Y me siento aliviada de que los espíritus no me hayan pedido que también me atrincherara en una habitación durante treinta días. Te habría echado de menos.

—Estoy contento de haberte tenido por fin durante algunas noches de viernes para mí solo.

Se inclinó hacia ella y la besó. Ella lo respiró, conteniendo su calor en su interior.

—Intenta pasarla bien este fin de semana —los ojos de Sigrid se posaron en la esquina de la habitación. El rifle de Ernst estaba apoyado contra la pared, con su bolsa de viaje al lado.

Los espíritus le habían hecho un regalo al pedir un mes de tregua. Sigrid sintió que recuperaba la energía, pero ahora estaba impaciente por ver a sus amigas.

*

—Las he echado de menos a todas —anunció Cornelia al entrar en la sala de Sigrid—. Parece que hace una eternidad que no estábamos juntas —besó a Sigrid en ambas mejillas—. Has hecho que todo aquí luzca muy cálido y acogedor.

La casa le pareció diferente a la última vez que se habían reunido allí. Ernst y Sigrid habían comprado muebles nuevos. La leña de abedul crepitaba en la chimenea. Cornelia se fijó en un cuadro de un paisaje invernal sobre la chimenea, el cual parecía hecho por la mano de Anna. En el sofá, una manta de piel de oso cubría la tapicería gustaviana gris pálido.

Matilde se acomodó en el profundo sillón de Ernst y sacó un puro.

—¿Alguien ha sabido algo de ellas desde que se recluyeron?

Cornelia negó con la cabeza.

—Intenté ponerme en contacto con Anna, pero no hubo respuesta. Debe de estar tomándose muy en serio su papel de protectora de Hilma.

Sigrid suspiró.

—Bueno, les envié a las dos una carta recordándoles que vinieran a las siete de la tarde. Tengo la esperanza de que los espíritus nos acompañen esta noche y estoy segura de que Hilma y Anna también querrán saber de ellos.

—Sí, sé que soy... —Cornelia ajustó su cuaderno y la lata de ceras pastel sobre su regazo, con su falda extendida debajo ella. Cuando Sigrid le sirvió una taza de su té especial, Cornelia lo recibió con alegría. Siempre le aportaba una sensación de calma y la animaba a ver los colores más maravillosos.

Cuando se acercaba la hora, la criada llevó a Hilma y Anna al salón.

Su transformación física y espiritual era evidente.

Aunque ambas mujeres lucían más delgadas, los rostros más angulosos y sus ropas colgaban holgadamente de sus cuerpos, manifestaban su prueba de un mes de forma completamente diferente. Anna parecía mucho más frágil, mientras que Hilma irradiaba fuerza, como si su energía hubiera sido reorientada.

—Estoy muy contenta de verlas a ambas —dijo Sigrid mientras abría los brazos para abrazarlas—. ¡Hilma! Mírate. Deberíamos llamarte Lilla Himmel, Pequeño Cielo. Te has tomado a pecho las palabras de los espíritus y aspiras a los cielos.

Hilma no se ablandó ante el esfuerzo de Sigrid por hacer el ambiente más ligero. En lugar de ello, permaneció solemne y contenida.

Anna forzó una sonrisa, a pesar de su fatiga.

—Ha sido bastante duro no poder tener nuestras reuniones —suspiró—. Y este es el mayor tiempo que he pasado sin ver a Hilma desde que íbamos juntas a la escuela.

Hilma, impasible ante el sentimentalismo de Anna, echó los hombros hacia atrás.

—La purificación me resultó extremadamente benéfica. Me permitió eliminar todas las distracciones y concentrarme en el camino que tenía por delante.

Respiró profundo y levantó la nariz.

—Matilde, no deberías contaminar la sala con el humo de tu cigarro. El hedor es ofensivo tanto para los espíritus como para mí.

Matilde se puso de pie, aspiró profundamente el puro y luego lanzó una espesa nube de humo en dirección a Hilma.

—¿Ahora canalizas directamente los pensamientos de los espíritus?

Hilma se acercó. Sus ojos brillaban a la luz del fuego.

—Soy a la que han elegido —con la mano, tomó el cigarro de Matilde mientras las demás la miraban y lo apagó en el cenicero. — Anna y yo nos hemos tomado muchas molestias para cambiar nuestra dieta para pasar treinta días en reflexión. La responsabilidad de aceptar una tarea de los espíritus no viene sin grandes sacrificios e intenciones.

Cornelia se movió en su asiento.

—Vamos, Hilma. Apreciamos el esfuerzo que ustedes dos han hecho, pero Matilde siempre se ha fumado un puro antes de cada sesión de espiritismo —intentó atenuar la tensión—. Ha sido su ritual desde los comienzos de *De Fem*.

Hilma giró la cabeza hacia Cornelia.

—¿Es una piel de oso lo que hay detrás de ti? —los ojos de Hilma se encendieron al ver la piel del animal tapizada en el respaldo del sofá—. ¿No oíste lo que dijeron los espíritus cuando hablaron a través de ti, Sigrid? —su voz se intensificó—. Quienes se unan para crear el Templo deberán respetar a los animales como seres también sagrados.

Sigrid miró alrededor de la sala. Siempre habían disfrutado de un cierto clima de charla ligera antes de sentarse para su sesión de espiritismo. Esta frivolidad —los pocos chismes, los estallidos de risa— le proporcionaba una enorme alegría. Era una de las cosas que más le gustaban de sus reuniones de los viernes por la noche. Sí, siempre había querido poner en práctica sus habilidades como médium, pero también había anhelado un sentido de sororidad que de otro modo se le escapaba en su vida cotidiana. Había anhelado reunirse de nuevo con sus amigas tras el descanso de un mes, pero la entrada de Hilma les había llevado una furia inesperada a todas.

—La piel de oso es de la expedición de caza de mi marido, Hilma. No te concierne ni a ti ni a *De Fem*. Sin embargo, si te ofende, la quitaré por esta noche —le sorprendió el tono de su voz. Era tan duro como el que utilizaba cuando sus hijos eran pequeños y estaban al borde de una rabieta.

Sigrid se acercó al sofá, tomó la piel y se marchó para llevarla a otra habitación. Cuando regresó, se dirigió al frente de la rugiente chimenea.

—Amigas, han pasado treinta días desde la última vez que nos vimos. En las semanas que hemos estado separadas, dos de nosotras han tomado medidas extremas para avanzar en la visión que Amaliel y Georg nos han transmitido en nuestras sesiones —inspiró profundamente y aspiró el aire, aún denso por la presencia de los residuos del cigarro de Matilde—. No obstante, la división dentro del grupo solo hará que los espíritus crean que no somos lo bastante fuertes para la tarea —extendió las manos—. Hagamos las paces y reunámonos en la mesa.

—Gracias —dijo Cornelia, soltando un suspiro de alivio.

—Sí —coincidió Anna. A pesar de estar cansada, trató de animarse. Siempre había odiado todo tipo de descontento.

Matilde e Hilma intercambiaron miradas y luego asintieron.

—Vengan —volvió a indicar Sigrid.

Las mujeres se levantaron y caminaron hacia las sillas.

*

La noche pronto se transformó en actividad renovada. El cuerpo de Sigrid se estremeció al entregarse a los espíritus que se apoderaban de él. De su boca salían palabras que conjuraban formas, figuras y colores.

—Está hablando de las pinturas —dijo Hilma—. Ahora lo entiendo, puedo ver su visión. El templo debe estar adornado con pinturas que reflejen las etapas de la vida: desde el caos a la creación, desde el nacimiento hasta la vejez.

Cornelia estaba perdida en su propio trance. Llenaba página tras página con sus manos que trabajaban furiosamente mientras sus dedos tomaban un pastel tras otro con el fin de capturar todos los colores que pasaban por su mente. En un momento dado, después de haber usado todas las hojas de su cuaderno, empezó a dibujar sobre el mantel blanco de la mesa. No había suficiente superficie para contener la abundancia de formas y colores que ahora se desbordaban.

Los ojos de Matilde se abrieron de par en par al mirar a su hermana. Durante años había pensado poco en ella, frustrada por su propensión a soñar en vez de trabajar para hacer algo con su talento natural. Sin embargo, ahora, al ver que el pelo de Cornelia caía sobre su cara y su cuerpo se movía como el de una bailarina para plasmar sobre el papel todo lo que le llegaba, Matilde sintió un enorme orgullo.

—Están listas para comenzar con su trabajo —anunció Sigrid a Anna e Hilma.—El camino está despejado para la creación.

El cuerpo de Sigrid tembló y, de pronto, la mano de Cornelia se detuvo. Las demás abrieron los ojos. Delante de ellas, todo el mantel blanco de la mesa estaba saturado con una galaxia de formas y colores brillantes.

Los ojos de Hilma brillaban con asombro y determinación, como si hubiera estado esperando ese momento toda su vida.

—Es exactamente como lo había imaginado —exclamó—. Es un mapa del universo —respiró hondo—. Y comienza con las estrellas.

*

Doblaron juntas el mantel, empapándose todas de la visión que los espíritus habían expuesto ante ellas.

—Necesitaremos más espacio para trabajar —informó Hilma al grupo—. Las pinturas tendrán que ser altas para evocar adecuadamente la magnitud de los cielos —reflexionó en voz alta—. No habrá sitio suficiente en mi estudio. ¿Alguien sabe dónde podríamos encontrar un espacio más grande?

A Cornelia se le subió el corazón al pecho.

—Sí —pronunció sin un ápice de vacilación—. Creo que conozco a alguien que podría ayudar.

*

No se molestó en excusarse ante Matilde cuando se marcharon.

—Estoy segura de que Kristian nos ayudará —mencionó su nombre sin dudarlo—. Le preguntaré si podemos utilizar alguno de sus almacenes.

Cornelia tenía la mirada perdida en el cielo nocturno; tenía las manos y las mejillas manchadas de polvo de pastel. Su pelo se había salido del moño.

—Siempre fuiste muy tranquila cuando eras pequeña —comentó Matilde en voz baja—. No tenía idea de que poseyeras semejante tempestad en tu interior.

Cornelia se acercó más a su hermana.

—Por favor, no te enfades conmigo. Después de todos estos años, estoy empezando a ser yo misma. Soy una artista, hermana —su corazón se aceleró al expresar estas palabras—. Mi vida ya no puede limitarse al blanco y negro.

Estocolmo, a 12 de octubre de 1906

Querida Hilma:

Te escribo con el corazón exultante. La alegría de nuestras últimas reuniones me ha arrastrado en su estela, y estoy llena de profunda determinación para hacer todo lo que esté en mis manos para garantizar que De Fem pueda cumplir con todo lo que los espíritus desean de nosotras.

Ha quedado claro que se nos ha quedado pequeño tu estudio, la casa de Sigrid y, desde luego, el despacho de mi hermana. Debemos aceptar que se necesita más espacio para que puedas concretar plenamente tu visión de las Grandes Pinturas. En los últimos días, he puesto todo mi empeño en encontrarnos un nuevo estudio, ¡y me complace anunciarte que lo he logrado! Ahora tendremos acceso a un gran almacén en Värtahamnen. Es propiedad de un amigo mío muy especial de la infancia. No puedo darte más detalles sobre él, pero te aseguro que es una persona amable y de buen corazón, y que no le contará a nadie acerca de nuestro proyecto secreto.

Para la reunión del viernes de esta semana, las invito a ti y a las demás a reunirse conmigo en el edificio número 25. Camina por el sendero más cercano al agua, y verás que el número 25 es el tercer almacén de grandes puertas de madera. Solo cuenta con una pequeña estufa para calentarse, así que te ruego que lleves ropa interior de lana para mantenerte abrigada.

Estoy muy emocionada por enseñarles el edificio a todas. Es un espacio vacío enorme e incluso tiene una claraboya que será perfecta para pintar bajo las estrellas y la luz de la luna.

*Con profundo afecto,
Cornelia*

¡Y una cosa más! ¿Podrías compartirle a Anna la nueva ubicación de mi parte? ¡Me ahorraría escribir una carta más!

Capítulo 13

Noche de viernes núm. 429

12 de octubre de 1906

Estocolmo

En la tranquilidad de su dormitorio, Anna estudió su rostro en el espejo, sosteniendo sus mejillas con las palmas de sus manos ahuecadas. La última semana con su nueva dieta vegetariana le había dado una nueva sensación de vitalidad. Se sentía renovada y más inspirada. Esa misma mañana, después de desayunar su ensalada de diente de león y rábano, se había excusado para levantarse de la mesa y había vuelto directamente a su habitación para sumergirse en su pintura.

La imagen le había llegado por la noche, una enorme rosa de color azafrán contra un cielo azul tiza. Anna imaginó la flor como un símbolo casi jeroglífico: cinco filas de pétalos concéntricos con un único retoño amarillo brillante en el centro. Nunca se había considerado una artista especialmente valiente como Hilma, pero ahora su mente había empezado a abrirse de una forma que nunca antes había experimentado. Del mismo modo en el que Cornelia cerraba los ojos y dejaba que su mano se entregara a sus dibujos automáticos, Anna sentía que se aventuraba en aguas inexploradas.

Se apartó del espejo y ahora contemplaba el cuadro sobre el caballete. Parecía fresco y ¿se atrevería a decir que atrevido? Era diferente por completo a todo lo que había pintado hasta entonces. Desde que tuvo edad suficiente para agarrar un lápiz con la mano, el estilo artístico de Anna había consistido en crear una representación exacta de lo que veía. Aunque con los años sus pinturas de paisajes se

habían vuelto más atmosféricas, un avance que ella atribuía a la afinidad que compartía con los impresionistas por trabajar al aire libre en la naturaleza, nunca había sido de las que dibujaban directamente de su imaginación. Hilma podía inventar con facilidad un rostro o una imagen concreta con su mente, pero para Anna, su sujeto tenía que estar tan cerca que casi pudiera tocarlo.

Esta imagen, sin embargo, le había llegado de forma muy distinta. Como un rayo de luna en un cielo sin estrellas, brillante y llamativa, tirando de ella hacia un nuevo horizonte. Estaba impaciente por enseñársela a sus amigas.

*

Una hora antes de que todas se reunieran en el nuevo estudio que Cornelia había conseguido, Hilma sorprendió a Anna con una visita inesperada.

—Pensé en pasar por aquí y que podríamos ir juntas al nuevo lugar —anunció al entrar en la habitación—. Tu madre estaba en el salón con Lotten y el doctor... me aseguró que estaba bien que subiera directamente.

Anna sonrió y se apartó del caballete, revelando su último cuadro.

—Vaya, ¿qué has estado haciendo? —Hilma dejó la carpeta de cuero que llevaba y se acercó para examinar la obra. Su dedo se alzó para trazar las cinco filas dentro de la rosa. Alrededor del borde estaban escritas con pintura las letras minúsculas *u*, *a* y *o*.

—He estado esperando a que te inspiraras así.... Incluso has utilizado las letras que Cornelia inscribió en los cuadernos de *De Fem* —apenas podía contener su euforia—. Creo que nuestros rituales de purificación nos han puesto a las dos en la dirección correcta —se volvió para abrazar a Anna.

Arropada por ella, el familiar aroma de Hilma llenó las fosas nasales de Anna. Su amiga siempre llevaba un leve aroma a pino en el pelo y la piel, una fragancia que procedía de la trementina y el aceite

de linaza que utilizaba a diario. Anna, en cambio, se lavaba la cara y las manos en una palangana de leche fresca después de pintar, pero Hilma no tenía ningún interés en quitarse un perfume que sentía que la definía.

—Estoy muy orgullosa de ti por rendirte a lo que no se ve y solo se siente.

—Gracias —respondió Anna—. Casi todas en *De Fem* han experimentado visiones propias. Ya era tiempo de plasmar lo que también está en mi corazón.

Hilma sonrió.

—También tengo unas cuantas témperas nuevas que he hecho sobre papel —señaló su carpeta—. Creo que al grupo le entusiasmará lo que compartiremos con ellas.

*

—Apúrate —instó Hilma—. Me siento como tú. Esta noche no quiero llegar tarde.

*

Vestida con un vaporoso blusón verde salvia, Cornelia las recibió en la puerta del almacén y condujo a las integrantes de *De Fem* al interior con impaciencia. Pequeñas velas votivas ardían alrededor del perímetro y la claraboya sobre ellas bailaba con las estrellas y la luz de la luna.

—¿Cómo te las has arreglado para encontrar un espacio tan perfecto? —Sigrid entró y contempló la enorme habitación.

—Tengo un amigo al que le gusta apoyar a los artistas —respondió Cornelia. No quería mentir al grupo y, después de todo, era verdad.

Cuando le preguntó a Kristian, a él le hizo gracia su petición.

—La mayoría de las mujeres quieren una nueva estola de piel o una joya, pero mi pequeña Cornelia quiere usar mi almacén para pintar

con sus amigas, ¿cierto? —él soltó una pequeña carcajada y luego la envolvió en sus brazos—. Estaré encantado de complacerte, *älskling*. Solo ten cuidado de que nadie te vea; no queremos que la gente haga chismes sobre cinco mujeres que se reúnen a solas en un almacén a altas horas de la noche.

Había tenido cuidado al llegar y les había dicho a las otras mujeres que no llamaran la atención. Ahora la sala estaba montada y lista para que empezaran.

Cornelia había colocado un gran cuadrado de tela de algodón en el centro, una invitación en blanco para ser colmada con pinceladas de colores. Hilma le echó un vistazo y luego abrió su portafolio.

—He traído algunas cosas en las que he estado trabajando —anunció. Con cuidado, empezó a sacar sus últimas pinturas al temple: una con una larga gavilla dorada parecida al trigo con una guirnalda azul al lado, otra que estaba llena de renacuajos y figuras parecidas a amebas.

—Y este también me gusta mucho —comentó Hilma, y en su rostro se dibujó una sonrisa mientras levantaba el cuadro de Anna de la rosa dorada.

—Es precioso —convino Cornelia—. Y el simbolismo de las cinco hileras de pétalos es especialmente significativo.

—Sí, no podría estar más de acuerdo.

Anna permaneció callada mientras esperaba a que su amiga informara al resto de *De Fem* que se trataba en realidad de una pintura de su autoría, pero Hilma continuó hablando como si hubiera salido de su mano.

—La flor parece un sol —añadió Cornelia—. Llena el papel de luz.

—Lo sé, exactamente —Hilma sonrió.

Anna abrió la boca, pero las palabras quedaron atrapadas dentro de su garganta; sin embargo, aún más dolorosamente, también quedaron atrapadas dentro de su corazón.

—Ese cuadro es mío en realidad —se obligó finalmente a decir.

Hilma la miró desconcertada.

—Oh, claro que lo es... ¿Me olvidé de mencionarlo?

Matilde, que había permanecido apartada del grupo, refunfuñó para sus adentros. ¡Qué típico era de Hilma no dar crédito a Anna! Era algo que le había preocupado de su propia hermana. Había empezado a sospechar que Hilma, con sus nociones de grandeza y prepotencia, y su creencia de que había sido elegida por encima de las demás, en realidad solo se estaba aprovechando de las otras artistas talentosas del grupo, Anna y Cornelia.

—No te oí decir que fuera de Anna... —Matilde tomó la palabra.

—Estoy segura de que lo hice —Hilma se encogió de hombros antes de continuar con lo que ella creía que eran asuntos más esenciales.

—¿Y acaso importa la mano de quién lo creó realmente? Es importante que trabajemos en grupo, que compartamos nuestras ideas —insistió Hilma—. Creo que lo que hacemos forma parte de un todo colectivo. Las canalizaciones de Matilde y Sigrid, los dibujos de Cornelia... y esta pintura de Anna, todas nuestras contribuciones deben considerarse como una sola.

Anna hizo una pausa. No era que buscara un reconocimiento formal, pero el cuadro había sido un paso monumental para ella.

—Solo quería que el grupo supiera que también han tenido un efecto en mí las palabras de Amaliel y Georg. —Los ojos de Anna se llenaron de lágrimas. Su naturaleza sensible casi siempre sacaba lo mejor de ella. Se sentía dividida entre huir del conflicto, que aborrecía, y al mismo tiempo ser sincera consigo misma.

—La rosa también es un poderoso símbolo de amor —pronunció suavemente mientras intentaba calmar la evidente incomodidad en la sala.

—Quizá sea el mensaje que todas necesitamos antes de comenzar nuestro trabajo esta noche —sugirió Sigrid. Miró a Anna y la vio como un ángel, envuelta en un suave resplandor ámbar.

—Si estamos haciendo agradecimientos entonces —continuó Hilma—, también me gustaría dar las gracias a Cornelia por encontrar este nuevo y maravilloso espacio para nosotras.

Hilma extendió los brazos en un gesto de solidaridad.

—Por favor, dejemos atrás cualquier sentimiento de dolor. Acerquémonos y comencemos.

*

Anna empezó a desempacar lentamente su cesta de suministros. Durante los dos últimos veranos había acumulado una espléndida colección de polvos de colores brillantes, hechos con las flores silvestres y la vegetación que crecían cerca de la casa de verano de su familia en el lago. El paisaje allí era rico en violetas azules, girasoles, rosas y hojas de enebro. De julio a agosto, ella había aprovechado sus abundantes elementos botánicos y florales y los había expuesto al sol. Las frágiles amapolas rojas se secaban en pocos días, mientras que otras floraciones más vigorosas tardaban más. Una vez eliminada toda la humedad de los pétalos, Anna los pulverizaba hasta obtener una consistencia similar a la de la tiza, almacenándolos para más tarde, cuando pudieran mezclarse con aceite de semillas de lino o con yemas de huevo para crear pinturas de diferentes tonalidades.

—Necesitaré algo de abedul plateado —murmuró Hilma mientras empezaba a imaginarse el trabajo que le esperaba—. ¿Trajiste un poco contigo, Anna?

—Sí, y también tengo algo de artemisa y bayas de espino por si necesitas más pintura verde para esta noche —Anna era muy consciente de lo rápido que Hilma acababa con sus provisiones.

Hilma no quería que hubiera rencor entre ellas por su anterior paso en falso.

—Qué suerte tengo de que sepas exactamente qué colores estoy imaginando para esta serie...

Aunque comprendía que su amiga no se había propuesto hierirla intencionalmente, Anna sabía demasiado bien cómo Hilma a menudo ignoraba sus aportaciones.

—Gracias —respondió—. Me reconforta saber que algunas de las flores que recogimos juntas irán a parar a los cuadros.

La mente de Hilma, no obstante, ya había avanzado. Dio un paso atrás y entrecerró los ojos ante el gran lienzo desnudo que había en medio de la habitación.

—Quiero transmitir cómo la vida surge del agua... —sus manos gesticulaban en el aire—. El océano, el cielo, las altas briznas de hierba... no somos más que pequeñas piezas de un universo más grande e intrincado.

Anna sabía exactamente qué pigmentos necesitaba Hilma. Sacó el frasco de rojo violáceo de su cesta y estudió el rico tono. Estaba segura de que si lo mezclaba con el violeta azul, el color se volvería aún más profundo. Había infinidad de matices diferentes que se podían crear. Anna tomó un tarro nuevo de aceite de linaza y una de las placas de mortero de grafito necesarias para mezclar la emulsión. Se sentía emocionada, como una alquimista que podía crear algo especial a partir de su colección privada de ingredientes.

—Necesitaremos al menos cinco colores diferentes para empezar... —instruyó Hilma mientras observaba la colección de pigmentos en polvo que Anna había llevado.

—¿Necesitas que te ayude? —preguntó Cornelia.

—Si pudieras comenzar a emulsionar el color amarillo.... —Anna le tendió un frasco de polvo color azafrán—. Hay algunas placas y manos de mortero adicionales en mi cesta.

Matilde y Sigrid observaban el trabajo de las otras mujeres en silencio, emocionadas al verlas espolvorear el polvo sobre la piedra, la deliberada precisión con la que añadían gotas de aceite de color ámbar con el fin de dar vida a la mezcla.

A Anna, sin embargo, sus esfuerzos le producían una sensación de regocijo, una satisfacción muy necesaria por estar ayudando a ejecutar los deseos de los espíritus.

—Esta primera serie mostrará el caos en el que comienza la vida —explicó Hilma.

Se acercó a una de las losas de granito y examinó la mancha de óleo de un intenso color azul marino que reposaba en el centro.

—El color es perfecto, Cornelia —Hilma empezó entonces a hurgar en la cesta de Anna para encontrar el mejor pincel.

—Estoy lista —anunció mientras caminaba hacia el lienzo.

Sigrid se sintió absorta mientras el aura de Hilma pasaba de verde a dorada.

El algodón blanco se oscureció con la sombra de Hilma cuando esta se arrodilló, pincel en mano, y aplicó la primera pincelada.

Durante las dos horas siguientes, Anna y Cornelia trabajaron como sacerdotisas ayudantes, combinando los colores que Hilma les pedía. Pronto, el lienzo se llenó de las mismas imágenes que habían saturado los cuadernos del grupo: espirales como caracoles que evocaban la evolución y figuras similares a amebas que recreaban las primeras formas de la vida.

Sigrid estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas y las manos tranquilamente plegadas sobre el regazo. Matilde empezó a anotar algunas observaciones en su cuaderno, pero luego le resultó imposible concentrarse. Observó cómo su hermana raspaba repetidamente más pigmentos sobre la paleta de Hilma.

Cornelia estaba completamente abstraída en la obra.

—Necesito más tela —observó Hilma. La que había en el suelo estaba casi cubierta por completo con sus pinceladas. Anna se acercó rápidamente al rollo de tela y cortó más para ella.

Empapada en sudor mientras trabajaba para dar vida a su visión, Hilma se había quitado la blusa y la falda, y ahora pintaba en nada más que una delgada camisola de algodón.

Matilde, cansada de no tener nada que hacer, miró hacia el tragaluz para intentar hacerse una idea de cuántas horas de oscuridad les quedaban cuando de pronto oyó que algo caía contra el tejado. Una figura sombría pasó por encima del cristal esmerilado.

—¿Has escuchado eso? —preguntó rápidamente a Sigrid.

—Sí... lo escuché... —se levantó y estiró el cuello para ver si podía encontrar alguna interpretación al ruido.

—Alguien nos ha seguido hasta aquí —anunció Matilde bruscamente. Sus ojos se volvieron hacia Hilma, que era ajena a la conmoción.

La única otra persona que pareció detectar el peligro fue Anna.

Levantó la vista para ver si podía distinguir la sombra de arriba, pero no necesitaba ver de quién se trataba: ella ya intuía que era Hellström.

*

Más tarde esa noche, cuando Anna llegó al estudio de Hilma, la encontró dormida en su sofá cama. Su blusa, que se había abrochado apresuradamente cuando salieron del almacén, estaba manchada de pintura azul.

—Hilma. —Anna se agachó y la tocó.

—Despierta —volvió a darle un codazo a Hilma—. Necesito hablar contigo...

Hilma se incorporó y se frotó los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Sigues enfadada conmigo?

—No, no es eso...

Anna miró a su alrededor y observó el caos que reinaba en el estudio. No sabía cómo Alma y Charlotta podían trabajar en el mismo espacio con Hilma. Ella lo había invadido todo. El suelo estaba plagado de más revistas científicas, junto con montones de estudios al *gouache* extraídos de las páginas de los bocetos del cuaderno de Cornelia. Tres bastidores de madera estaban apoyados contra un taburete, y un cuarto se había caído al suelo. Sobre su caballete había una imagen de una figura parecida a una medusa flotando en el centro. Había pintado toscamente el fondo en un color rosa concha con flores amarillas bordeando el contorno.

—¿Dónde está el cuaderno de bocetos? —la voz de Anna sonaba apremiante.

—¿De qué cuaderno de bocetos estás hablando? Tengo cientos, ya lo sabes.

—El de Venecia, Hilma. El que por años te he estado molestando para que encuentres...

Hilma hizo una mueca.

—Eso fue hace casi veinte años, Anna. No tengo idea de dónde pueda estar... —miró alrededor del estudio—. Quizá esté en ese montón de ahí... —señaló una pila tambaleante de cuadernos de bocetos de cuero colocados descuidadamente sobre un archivero—. O quizá esté en casa en algún lugar con mamá... —suspiró— ¿Por qué lo preguntas ahora?

—Porque, como ya te he dicho antes, sería muy peligroso para nosotras si alguna vez cayera en malas manos.

Hilma se incorporó y puso sus pies descalzos en el suelo.

—Anna, somos artistas. Dibujamos cuerpos desnudos para aprender anatomía. Nadie puede arrestarnos por eso.

—Esos no eran solo bocetos anatómicos, Hilma, ya lo sabes. Me abrí a ti de una forma que algunos podrían considerar inmoral.

Hilma negó con la cabeza.

—Me rehúso a creer estas tonterías. ¿Quién va a juzgarnos? Sabes que no creo que podamos ser de un solo sexo. Lo he dicho muchas veces, hay una parte masculina y otra femenina en todos nosotros.

—Creo que Hellström nos estaba espiando en el almacén esta noche. No quiero ni imaginar lo que pasaría si tuviera ese libro en su poder —Anna buscó una reacción en el rostro de Hilma.

—Por favor, solo dime que sabes dónde está ese cuaderno de bocetos... y que es imposible que haya llegado a sus manos.

Hilma se levantó y empezó a jugar con los botones de su blusa. Luego miró a Anna.

—Siento no poder decirte eso con certeza. Simplemente no tengo memoria para ese tipo de cosas.

*

Anna salió del edificio de Hilma y miró los árboles con sus primeros puntitos de hojas.

Le pesaba el corazón. Se dio cuenta de que a Hilma no le preocupaba tanto como a ella que Hellström provocara un escándalo. Nunca había sido propensa a preocuparse. Ese rasgo estoico le había

funcionado bien a Hilma a lo largo de los años, ya que poseía una intrepidez envidiable. Anna, sin embargo, estaba llena de temor. Odiaba imaginar que un escándalo enturbiara el buen nombre de su familia, sobre todo porque la salud de su hermana Lotten se había deteriorado mucho en los últimos meses. Los médicos no estaban seguros de si llegaría a fin de año.

Anna se dirigió de puntitas a su habitación y cerró la puerta cuando llegó a casa. Con la gente de su casa dormida, apreciaba la posibilidad de estar sola en ese momento y ordenar sus pensamientos.

Debajo de su cama, en una caja con una tapa de papel florentino, Anna guardaba sus dibujos más preciados, no los que había creado en la escuela de arte, sino los que había hecho fuera del aula: muchos eran de los veranos en la casa de campo de su familia o incluso algunos retratos que había hecho de sus hermanas. Rara vez firmaba sus dibujos, pues creía que las líneas y los trazos de sus páginas eran prueba suficiente de su propia mano, y aquellos a los que regalaba sus obras de arte siempre sabrían que eran de ella.

Empero, la caja también contenía piezas privadas de su arte que nunca compartiría con nadie. Dentro de dicha caja, la más personal para ella, estaba el cuaderno que se había llevado a Italia, aquel cuyas páginas estaban llenas de bocetos de los Uffizi y de terrazas en las colinas de Umbría, así como de los que dibujaba de Hilma en la intimidad de su dormitorio en la *pensione*. En ocasiones, su amiga la dejaba dibujarla en camión de lino, mientras que otras veces se trataba solo de su piel desnuda iluminada por la luna.

No sabía qué había hecho Hilma con su propio cuaderno de bocetos de aquella época de su vida, pero Anna había tenido cuidado de mantener el suyo a salvo y lejos de miradas indiscretas.

Anna levantó el cuaderno y empezó a hojear sus páginas. El último boceto que había dentro era un dibujo a lápiz que había hecho de Hilma en el tren después de que salieran de Venecia: estaba mirando fijamente a Anna, con los ojos llenos de imágenes de todo el arte y las experiencias que habían compartido a lo largo de su reciente viaje, pero lo más importante era la expresión de determinación en su

mirada, como si ya estuviera soñando en cómo iba a utilizar toda esa sabiduría recién adquirida y en que había un camino claro y seguro para ella por delante.

Capítulo 14

Eben

Presente

Nueva York

Llegué al bar del Mark antes que Blythe. Aún era temprano y, con varias mesas para elegir, escogí una de la esquina. La decoración chic de Manhattan incluía mesas en forma de riñón cubiertas de espejos y sillas tapizadas con estampado de animal en blanco y negro. Mientras esperaba, observé a las únicas personas que había en la sala: dos mujeres sentadas una al lado de la otra en un sofá, con un pomerania entre ellas. El perro tenía su propio pequeño cuenco de plástico verde con agua. Mientras hablaban, la de pelo rubio fresa acariciaba al perro casi sin prestar atención. Aunque no hablaban en voz muy alta, el salón estaba por lo demás vacío y parecían estar manteniendo una conversación seria sobre la historia de las perlas; reconocí algunos de los nombres que mencionaban, como Cartier y Tiffany; aunque otros no los conocía, como Belperron y Fouquet.

Cuando llegó el camarero, pedí mi martini sucio habitual y me acomodé con un ojo en la puerta para esperar a Blythe.

A lo largo de los años había intentado no pensar en ella a menudo, pero, a pesar de mis notables esfuerzos, nunca dejaba de recordarla. Veía un cuadro, oía una canción o degustaba algo y, sin importar que hubiera pasado tanto tiempo, quería contárselo. Su recuerdo era como la cicatriz de mi barbilla. Aunque la tenía desde la infancia, por una caída de la bicicleta, estaba en un lugar tan prominente que no podía mirarme al espejo sin reparar en ella.

Había conocido a Blythe en nuestro primer año de posgrado. Estaba de pie frente a mi puerta, al anochecer. Yo acababa de volver a casa tras comprar comida para llevar para la cena, pero a ella la había visto antes de conocerla.

Cuatro horas antes había ido al Tate Modern a ver una exposición de Rothko. El artista era conocido por sus grandes bloques de color con bordes difusos que aconsejaba contemplar a 18 pulgadas de distancia para que el observador pudiera sumergirse en los cuadros.

Estaba de pie en una sala con ocho obras de Rothko, todas ellas composiciones en blanco, negro y gris, haciendo lo que el artista había indicado, pero no tenía la sensación de sumergirme en los cuadros en absoluto. Mi profesor de historia del arte había dado una clase sobre Rothko esa mañana y nos había hablado de su visita a la exposición, afirmando que había tenido una revelación espiritual. Me había estremecido al oír la palabra «espiritual»; sin embargo, como visitar y escribir sobre la exposición era nuestra siguiente tarea, allí estaba yo, intentando obligarme a desaparecer metafóricamente en uno de los lienzos.

Nunca le había dedicado mucho tiempo al trabajo de Rothko. Nuestro profesor había descrito cómo los cuadros tenían un ritmo interno que se movía y palpitaba aunque fueran, por supuesto, estáticos. Había leído a algunos críticos que decían que irradiaban una luz misteriosa. Los amantes del arte habían escrito instrucciones sobre cómo entregarse a los cuadros y dejarse llevar por ellos en un viaje de otro mundo. Había leído sobre la técnica del artista de utilizar fronteras de colores y difuminar los contornos en un esfuerzo por despertar nuestras emociones, pero yo no respondía. La obra de arte me deprimía. Me pregunté si eso se debía a que también había leído que Rothko había estado deprimido cuando pintó esos lienzos en concreto. Hacía poco que había abandonado a su mujer y a sus hijos, y había enfermado. Aislado en su estudio, siguió trabajando en los lienzos grises y negros hasta que finalmente sucumbió al suicidio a los 66 años, en 1970.

En la pared de la exposición se reprodujo una cita del artista:

«No soy abstraccionista. No me interesa la relación del color o la forma ni ninguna otra cosa. Solo me interesa expresar emociones humanas básicas: tragedia, éxtasis, fatalidad». —Mark Rothko

Me senté, saqué mi cuaderno y lo anoté. Acababa de terminar de escribir y de volver a tapar el bolígrafo cuando oí lo que parecían campanas y levanté la vista. Allí, contra toda la fatalidad gris, había una mujer, de espaldas a mí, delante del cuadro más cercano a la puerta.

Llevaba un chal de seda naranja bordado con flores escarlata y hojas verdes, una falda larga de un anaranjado más intenso y botas de ante verde esmeralda. Sus rizos rubios, casi blancos, estaban atados con un pañuelo morado para dejar su rostro al descubierto.

La mujer permanecía de pie frente al lienzo sin moverse, aparentemente hipnotizada. Yo percibía una profunda quietud procedente de ella y envidiaba su capacidad para entrar en el cuadro tan completa y rápidamente.

He pasado toda mi vida rodeado de arte y, a pesar de ello, la capacidad de ser absorbido por una obra de la forma en que ella lo fue continúa eludiéndome; nunca dejo de acercarme a él con una mente plenamente consciente y una curiosidad activa que parece que no puedo dejar de lado.

La mujer de las ropas vaporosas pasó largo rato estudiando aquel lienzo. Aún no le había visto la cara, pero era alta y esbelta, y llevaba varias pulseras de plata en cada muñeca, las cuales tintinearón de forma agradable cuando finalmente se alejó del primer cuadro y pasó al segundo.

¿Y yo? La estudiaba sin saber por qué. Cada vez que apartaba la mirada de ella, me descubría volviéndola a mirar. Esperé a que continuara avanzando por la sala para verle el rostro. Finalmente volteó y contuve la respiración cuando pude ver su perfil: su piel era pálida, sus pómulos altos, su nariz afilada, su barbilla ligeramente puntiaguda y su cuello largo.

Pude haber encontrado la forma de acercarme a ella, pero tenía un deseo totalmente irracional de ver si ella me descubría, excepto que, antes de que lo hiciera, antes de que le viera el rostro de frente, otra

mujer entró apresuradamente en la habitación. Esta última me miró al pasar, evaluándome pero sin desvelar nada de lo que pensaba. Entonces se acercó y abrazó a mi Chica de Plata; así la pensaba por la forma en la que las luces iluminaban su pelo rubio y sus brazaletes de plata. En mi mente oía la letra de la canción de Simon y Garfunkel una y otra vez como si la hubiera puesto en modo de repetición: «Continúa navegando, chica de plata. Ha llegado tu momento de brillar».

La intrusa le dijo algo a la Chica de Plata en voz baja y luego se echó a reír. Sonó como una campana de cristal. Y, mientras ellas estaban allí hablando entre sí, yo me levanté y me marché.

Al salir del museo, pensé en qué es lo que nos atrae de una persona u otra. He leído que es una atracción química: nuestras feromonas bailan en el espacio con las suyas, una explicación muy realista para algo que parece orquestado en los cielos.

Pasé un par de horas en la biblioteca de Courtauld y luego me dirigí a casa, que estaba a veinte minutos a pie porque vivía en Bloomsbury. La zona había sido el hogar de Virginia Woolf y su grupo y seguía siendo ligeramente bohemia.

Me detuve en un restaurante cercano a mi apartamento para pedir un curry para llevar. Una vez que la comida estuvo lista, pagué y doblé la esquina.

Dos adolescentes caminaban delante de mí y por eso no vi la puerta de mi edificio hasta que estuve casi sobre ella. Y allí, precisamente allí, me sobresalté al ver a la Chica de Plata apoyada en el lateral del edificio, escribiendo algo.

No era posible, pensé. No podía haberla visto ese mismo día y luego encontrármela en ese lugar, pero allí estaba.

Cuando me acerqué, ella levantó la vista.

—Eres tú —dijo—. Me alegro mucho.

—¿De verdad? —no tenía idea de que me hubiera advertido y mucho menos de por qué se alegraría.

—Sí, encontré esto —me tendió mi cuaderno negro—. Lo dejaste en la sala de Rothko.

Cambié de mano la bolsa de comida y lo tomé. No me había dado cuenta de que lo había perdido.

—No quería husmear en él, pero tenía que encontrarte —sonrió.

—Sí, sí. No te preocupes por eso —me preguntaba, incluso mientras lo decía, qué habría leído ella al hojearlo. ¿Realmente solo habría anotado mi dirección o habría leído algunas de las entradas o mirado los dibujos?—. No puedo creer que lo dejara. Nunca lo había hecho, pero qué amable de tu parte venir hasta aquí para devolvérmelo.

Hubo algo tímido en la forma en la que bajó la mirada un momento antes de volver a mirarme.

—Parecía importante, demasiado importante para no hacerlo.

Pronunciamos decenas de miles de palabras en nuestra vida, oímos otras tantas que se nos dicen, experimentamos cientos de miles de momentos individuales y, no obstante, de algún modo sabemos qué palabras y qué momentos recordar y a qué aferrarnos.

En ese momento, de pie frente a mi edificio con la Chica de Plata, no pensaba que la mujer que me hablaba fuera a ser para mí más importante que cualquier otro desconocido. Sí, me había fijado en ella y me había llamado la atención su aspecto excéntrico, y la forma en la que se había entregado a las obras de Rothko me había impresionado, incluso conmovido. Sin embargo, seguía sin haber razón alguna para que mi cerebro tomara mentalmente foto tras foto de cada segundo de nuestra conversación en la puerta de mi casa.

—¿Te gustaría subir a tomar una copa de vino para que pueda agradecértelo como es debido? —señalé la bolsa—. Si tienes hambre, incluso tengo curry.

Para mi sorpresa, dijo que sí.

Mis amigos me dicen que puedo ser tortuosamente inquisitivo. Sé que es cierto, pero había encontrado a mi media naranja en la mujer que se me presentó ante la botella de vino blanco que compartíamos.

—Me llamo Blythe Larkin —dijo mientras daba un primer sorbo—, y esto está bastante bueno. No es calidad de estudiante de posgrado.

—Y mi nombre es...

—Eben Elliott —interrumpió ella, sonriendo.

Quedé momentáneamente confundido sobre cómo lo sabía y luego me di cuenta.

—Cierto. El cuaderno. Gracias de nuevo por encontrarlo y por hacer este esfuerzo.

—Sé lo importantes que pueden ser los cuadernos.

—Parecía que disfrutabas el trabajo de Rothko —dije sin pensar, y luego quise abofetearme. Acababa de admitir que la había estado observando. Ahora pensaría que era una especie de acosador.

—«Disfrutar» no es la palabra que utilizaría. Fue una exposición muy difícil a la cual dedicar tiempo. El dolor del artista se filtra por el lienzo. Es la tercera vez que veo esa exposición, me sigue arrastrando hacia ella —se encogió de hombros—. He estado intentando comprender cómo es posible que tanta gente reaccione a ella de formas tan similares —dio otro sorbo a su vino—. Es en parte de lo que trata mi tesis. *Lo espiritual en el arte: desafiando a la lógica*.

—¿Espiritual como en lo relativo a la religión?

—Un poco, pero en realidad más místico, estético, incluso rozando lo oculto.

Alcé las cejas.

—¿No eres creyente? —preguntó.

—Creo en el escepticismo. Lo siento.

—No lo sientas. Tengo que dirigirme también a los escépticos.

Le pregunté más sobre su tesis.

—Me centro en un puñado de artistas que creían estar en contacto con espíritus superiores y cuyas obras provocan reacciones muy profundas en los espectadores. Reacciones que desafían la lógica.

—¿Creía Rothko que estaba en contacto con «espíritus superiores»? ¿es así como los llamaste?

—En realidad, aún no lo sé. Estoy en medio de mi investigación, pero encontré esto... espera...

Blythe alcanzó su bolso de cuero tejido, lo abrió y sacó un cuaderno que era en todos los sentidos opuesto al mío. Mi Moleskin negro sencillo cabía en el bolsillo de mi chaqueta. Nunca arrancaba

páginas ni las doblaba hacia atrás. A primera vista, ni siquiera parecía usado.

En la portada del suyo había un *collage* de obras de varios artistas en una cacofonía de colores y diseños. El cuaderno en sí estaba abombado por los artículos arrancados que ella había metido entre sus páginas. Había cintas que sobresalían, marcando información importante, supuse. Justo cuando abrió la libreta, se cayeron tres trozos de papel, los cuales revolotearon por el suelo; los recogí y los coloqué sobre la mesa mientras Blythe seguía revisando su cuaderno durante unos instantes.

—Aquí está —dijo, y leyó de sus notas—. Rothko creía que las imágenes debían ser milagrosas. Decía: «La gente que llora ante mis cuadros está teniendo la misma experiencia religiosa que yo tuve cuando los pinté. Y si a usted, como dice, solo le conmueve su relación cromática, entonces no entiende nada».

Me sentí frustrado como antes cada vez que me recordaban la desconexión emocional que sentía con demasiada frecuencia, que había sentido aquella tarde al examinar obras de arte que solo podía apreciar, pero en las que nunca podía adentrarme.

Blythe no se quedó a compartir mi curry conmigo. Después de unos cuarenta minutos, dijo que tenía planes y que ya iba a llegar tarde. Y entonces, en una ráfaga de colores y sonidos, se levantó, recogió sus cosas y se marchó.

No fue sino hasta que bajó las escaleras y me quedé solo de nuevo cuando me di cuenta de que había dejado algo: el tenue pero perceptible aroma de un ramo de flores.

Durante los días siguientes, me sorprendió la frecuencia con la que pensaba en ella: la noche siguiente, al abrir mi refrigerador para sacar lo que quedaba del curry y ver el vino blanco que había abierto cuando ella había llegado; la primera vez que abrí mi cuaderno para anotar algo; al caminar hacia la clase, al cruzar la plaza Russell Square, junto a la fuente, vi un destello de pelo rubio claro y pensé que

la mujer que iba delante podría ser Blythe... pero no lo era; luego, en el Gallery Cafe, mientras leía una reseña de la exposición de Rothko en el *Times*, me pareció oler su perfume.

Courtauld no es una escuela tan grande, asisten unos 500 estudiantes, incluidos los de posgrado, así que pensé que volvería a encontrarme con Blythe, pero, al cabo de los días, no fue así y no tenía idea de cómo encontrarla; lo intenté en el registro de la escuela, pero no daban información de contacto.

Alrededor de una semana después, Blythe me encontró. Yo estaba en las estanterías de la biblioteca; tenía el número de clasificación de la oscura revista que supuestamente contenía una entrevista con Henry Moore, pero el libro no estaba en la estantería donde se suponía que debía estar.

Cuando oí lo que parecían campanas, me giré y vi a Blythe caminando hacia mí, con los brazos llenos de libros. Llevaba puesto otro traje de colores locos, este en turquesa y morado con salpicaduras de amarillo.

—Hola —dijo ella—. Te vi al otro lado de la sala y pensé en venir a saludarte, y comprobar que aún tienes tu cuaderno y no lo has dejado en otro sitio.

Me reí y lo saqué de mi bolsillo, se lo mostré y destapé mi bolígrafo.

—Ya que lo tengo abierto, te fuiste antes de que pudiera pedirte tu número de teléfono. ¿Me lo das?

—¿Lo vas a escribir ahí?, ¿entre todos tus maravillosos dibujos y notas? —dijo, y luego se sonrojó.

—Entonces, ¿cuánto de él has mirado? —le pregunté.

—Lo siento. Lo abrí solo para obtener tu nombre e información, y luego no pude evitarlo. Además, cuando encuentras una agenda, realmente tienes que leerla.

—¿Esa es la ley?

—Sí —se rio—. Es la ley. Quiero decir, ¿de qué sirve tropezar con secretos si no los investigas?, ¿no es eso lo que estamos haciendo aquí obteniendo nuestros títulos?, ¿convirtiéndonos en detectives del arte?

—Sí, y me gusta tanto el concepto que ni siquiera puedo enfadarme.

—Por supuesto que no puedes estar enfadado; si no fuera por mí, ni siquiera tendrías tu diario de vuelta.

—Cierto —dudé—. Así que, incluso después de leerlo, decidiste devolverlo en persona. Pensaría que después de leerlo te habría preocupado un poco que fuera un loco.

Ladeó la cabeza y me estudió. La luz de sus ojos bailaba. Era una expresión que llegaría a comprender que a ella le gustaba. Me recordó a Rose-Marie Ormond, una de las modelos de John Singer Sargent en muchos de sus retratos. Él la había llamado «la chica más encantadora que jamás haya existido», y allí, de pie en la biblioteca, pensé que también era cierto en el caso de Blythe.

—Sinceramente, después de ojear tu diario supe que tenía que conocerte. Bueno, después de verlo en realidad.

—¿Qué quieres decir?

—Las notas son bastante interesantes, inteligentes y bien elaboradas; eres bueno conectando ideas distintas y planteando preguntas provocadoras. Sin embargo, fueron los dibujos los que me hicieron querer conocerte.

—Pero solo son referencias a lugares y cosas que quiero recordar.

Ella levantó las cejas.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Cada dibujo es una vista de algo a través de un orificio. Quería conocerte solo para poder preguntarte qué es aquello a través de lo cual estás mirando: ¿una mirilla?, ¿un ojo de cerradura?, ¿un nudo vaciado en un trozo de madera?, ¿una grieta en una roca?

No soy artista, ese era el trabajo de mi madre. Soy un historiador del arte dedicado a comprender el trabajo que hace un artista, quiero ponerlo en perspectiva, ver qué influyó en él para rastrear a qué condujo. Me fascinan esos momentos en los que una persona traspasa el umbral y pasa de ser estudiante a artista.

—Lo que dibujo son solo garabatos de mi punto de vista en un momento determinado, y sobre los agujeros... simplemente me gustan

los bordes, pero de ninguna manera soy artista.

—Ah, ahí radica la pregunta más venerable de todos los tiempos: ¿qué hace a un artista? Pero ciertamente no podremos empezar a resolverla aquí.

—¿En verdad estás sugiriendo que intentemos resolverla? —le sonreí, disfrutando enormemente el estar hablando con ella.

—No realmente. No creo que pueda resolverse —puso cara de decepción.

Me reí.

—¿Qué tal si intentamos resolver algo totalmente distinto? —pregunté.

—¿Qué?

—A qué *pub* debería llevarte ahora mismo.

—Eso te lo dejo a ti —dijo ella.

Durante el paseo hasta el lugar que había elegido, le dije que me preocupaba que fuera tan confiada.

—Pero no soy nada confiada, Eben. ¿Por qué piensas eso?

—Viniste a mi apartamento, al apartamento de un desconocido.

—Había leído casi todo tu cuaderno en el tren. No eras un desconocido. Extraño quizás, pero no un desconocido.

—No soy extraño —dije.

—¿Qué eres entonces?

—Quizá alguien un poco triste —dije, bastante sorprendido de darme cuenta de que era así como me sentía y aún más sorprendido de haberlo externado.

—¿Por qué estás triste? —me preguntó, mientras seguíamos avanzando manzana abajo hacia el hotel Aldwych.

El hotel boutique estaba cerca de Courtauld, pero su bar era bastante caro y no era un lugar de reunión para estudiantes, por eso lo había elegido. Cuando quería leer, tomarme una cerveza y tener algo de tranquilidad, era adonde acudía; lo hacía tan a menudo que me llevaba bien con el camarero.

Al acercarnos, vi la mirada de admiración de Blythe. El elegante edificio eduardiano tenía esquinas curvas, una cúpula cobriza y un

tejado de mansarda; sus claves con cabeza de mujer y sus balcones abalaustrados me recordaron a los edificios parisinos.

—Soy de Londres, pero no conozco este edificio —dijo.

—Solía ser la sede del periódico *Morning Post* —le dije mientras la guiaba hacia el interior—. A lo largo de los años, albergó varios periódicos y revistas, así como al Ministerio de Defensa en un momento dado y un banco. Fue renovado hace poco.

Entramos en el edificio. Le sostuve la puerta y le mostré el bar del vestíbulo.

—Esta era la sala de Publicidad del periódico y algunos de los elementos, como los paneles de las ventanas, se remontan a aquellos tiempos.

—Hablas como un verdadero historiador —dijo mientras nos sentábamos a la mesa.

Con un vaso de vino blanco para ella y una cerveza para mí, hicimos el baile que hace la gente que siente esos primeros estremecimientos de atracción, cuando estás lleno de ilusión optimista y todo está ante ti y es posible.

Mientras hablábamos, me di cuenta de lo inusual que era Blythe y de lo diferente que era nuestra conversación de las que normalmente mantenía con gente a quien acababa de conocer. Tenía que ser por el cuaderno. Ella había leído mis pensamientos, cosas que no compartía con nadie, ni siquiera con las personas más cercanas. Ella había visto mi forma de ver el mundo; a eso hay que añadir su intuición de la que yo aún no era consciente, ella era perspicaz de una forma que me intrigaba y me asustaba a la vez, haciéndome sentir cómodo e incómodo, todo al mismo tiempo.

—¿De qué trata tu tesis? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—Yo te conté de la mía, tú tienes que contarme sobre la tuya.

—De acuerdo. El uso de orificios en la escultura de Brancusi y Henry Moore.

—Ah —dijo ella.

—¿Ah?

Tomó un sorbo de vino y luego miró alrededor de la habitación como si buscara a alguien. Solo entonces volvió a mirarme.

—Eben, debo decirte que sé quién era tu madre.

Eso era bastante inusual. Mi madre, Marion Weiss, y yo no teníamos el mismo apellido.

—¿Cómo sabes que...? —entonces caí en cuenta—. ¿Es por la foto de mi cuaderno?

Ella asintió. Yo había encontrado por casualidad una galería en Bond Street que tenía a la venta una de las piezas de mi madre y había hecho un boceto de ella, titulándolo «Mamá en Londres». Ella debió reconocerlo o investigarlo.

—¿Qué edad tenías cuando murió? —preguntó Blythe.

—Dos —saqué una papa frita del cuenco de laca negra que había sobre la mesa y la mordisqueé.

—¿Así que no la conociste en absoluto?

Negué con la cabeza. Comí otra papa frita.

—¿Estaba su trabajo cerca mientras crecías?

—Sí, y por aquí todavía.

—Entonces tu tesis también trata de entenderla.

—En absoluto.

—Lo siento, es solo que, dado el tema y los dibujos de tu cuaderno...

Quizá me había equivocado al sentirme cómodo con ella.

—Te pido disculpas —continuó Blythe—. Es que me gustan los retos.

—¿Los retos? —ahora estaba enfadado—. ¿Cuál es el reto aquí?

—No sé cómo puede importarte tanto el arte, querer dedicarle tu vida y, sin embargo, mantenerte siempre a un paso de él.

—¿Cómo...? Eso es un tanto presuntuoso, ¿no? —dije, pensando que debía pedir la cuenta.

—De verdad lo siento. Es que...

—¿No es un observador todo aquel que no es artista pero que trabaja dentro de las artes? ¿No lo eres tú?

—Técnicamente, por supuesto, pero no me refiero a eso. Se trata de cómo escribes sobre la contemplación del arte en tu diario. Creo que el

trabajo del artista es crear una obra en la que el espectador pueda entrar. Si nosotros, los observadores, los estudiantes, no podemos adentrarnos, entonces el artista ha fracasado. Has elegido centrarte en artistas que, más que la mayoría, facilitan esa transición. Tanto Brancusi como Henry Moore crean sobre todo arte representativo que nos invita a entrar, casi literalmente; ofrecen belleza en contraposición a la cursilería, la ira o las abstracciones que nos confunden. Tu madre también lo hizo. Así que, si no puedes entrar en la obra de ellos, en la de ella, debes estar conteniéndote. Necesitas tener fe en tu capacidad para internarte sabiendo que podrás salir.

En algún momento dejé de escuchar realmente y me limité a observarla. Blythe era una de las personas más llenas de vida que había conocido. Se movía un poco como una bailarina, grácil, rítmica e hipnótica. Su voz al hablar era inusual. Tenía un acento particular que, según me había explicado, se debía a haber crecido con una madre británica y un padre francés.

—Te he disgustado —dijo al cabo de unos instantes.

—Sí... bueno... una cosa que todavía no entiendo es por qué te llamaría este reto en particular.

—Eres un soñador que no parece creer en las posibilidades; idealista pero sin ninguna fe. Nunca hubiera pensado que esas contradicciones pudieran existir al mismo tiempo en la misma persona. Quiero demostrarte que está bien creer y tener fe.

—No sé ni cómo responder a eso.

—¿Porque te he insultado?

—De hecho, sí.

—Bien —dijo ella—. Si no te hubieran insultado, estarías demasiado lejos como para ayudarte.

—No eres exactamente una misionera, y yo no soy exactamente un infiel que necesite ser salvado.

—No estés tan seguro —dijo, y me puso la mano en el brazo.

Algo en su tacto y en la forma en la que me miraba disolvió mi ira.

—¿A cuántos otros has salvado? —pregunté, bromeando.

Podría haber estado actuando como si me tomara la conversación a la ligera, pero, de hecho, estaba conmocionado. Blythe había

señalado exactamente aquello contra lo que yo luchaba. Si ella podía ver tan claramente lo que me pasaba, ¿era posible que pudiera mostrarme la salida del laberinto?

—No me malinterpretes —dijo ella—. No quiero salvarte.

—Bien, porque no necesito que me salven.

—Solo quiero ver si puedo demostrarte que es seguro tener algo de fe.

—¿Y qué hará eso por ti?

Por un momento, no dijo nada. Pude verla pensando.

—No estoy segura.

—Bueno, quizá sea eso lo que acabe haciendo por ti... ayudarte a encontrar la respuesta a esa pregunta.

Y entonces le aparté los rizos de la cara, me incliné hacia ella y la besé suavemente en los labios, saboreando el vino, la sal de las papas fritas y tal vez incluso una pizca de posibilidad.

*

Ocho años más tarde, vi a Blythe entrar en el bar de otro hotel. Había pasado mucho tiempo y, sin embargo, seguía pensando en ella como mi Chica de Plata —un arcoíris en movimiento—, vestida con una chaqueta verde pálido, una blusa azul huevo de petirrojo y una falda larga adornada con flores escarlata. Seguía haciendo música con el brazo lleno de pulseras.

Una vez que el camarero tomó su orden —una copa de vino blanco— y se marchó, le pregunté lo que me había jurado a mí mismo no preguntarle. Había planeado hablar de la exposición, del catálogo, de aquello con lo que esperábamos que ella pudiera ayudar y no ahondar en lo personal, pero fracasé desde el principio.

—¿Así que vives aquí? Me sorprendí cuando la Dra. Perlstein me dio tu tarjeta. Me decepcionó que no te hubieras puesto en contacto. Verte en Estocolmo fue... —me encogí de hombros, sin estar seguro de lo que quería decir. Había descartado el encuentro como un momento fuera de tiempo, uno de dos viejos amantes reavivando una chispa que

se encendió por un momento y luego se sofocó por falta de oxígeno. ¿Por qué sacaba yo el tema ahora?

Blythe, que siempre era muy franca, bajó la mirada y jugó con su copa de vino, moviéndola hacia la derecha, luego hacia la izquierda y luego de nuevo hacia atrás.

—Estoy viviendo aquí, pero solo durante algunas semanas más, hasta el final del semestre. Luego volveré a Londres. —Levantó el vaso y sus pulseras tocaron unos compases de una melodía melancólica.

—¿Estás aquí sola? —le pregunté.

Ella negó con la cabeza y yo sentí que algo se congelaba dentro de mí. Entonces estaba casada a pesar de no llevar anillo.

—Tengo una hija, está aquí conmigo. Estamos quedándonos con mis padres, que viven aquí desde hace tiempo.

Tomé aire, contuve el aliento, lo solté y pregunté:

—¿No estás casada?

—No, y el padre de mi hija no figura en el panorama.

Parecía como si cada palabra de lo que me estaba contando le exigiera un gran esfuerzo. Me sorprendió el dolor que parecía sentir y la desesperación con la que yo deseaba aliviarlo.

Antes de que se me ocurriera qué decir, se sentó un poco más erguida y cambió de tema.

—¿Qué era lo que querías preguntarme sobre tu próxima exposición?

—Claro. La Dra. Perlstein cree que le he quitado importancia al ángulo esotérico.

—¿De Hilma como mística?

—Sí. Hay que mantener un delicado equilibrio para contar esa parte de la historia y no presentarla como una física loca o, peor aún, como una bruja. Hiciste un gran trabajo al lograrlo en tu libro. Leí los dos y son realmente excelentes, por cierto.

—Gracias —dijo Blythe.

—Supongo que siempre supe que no podríamos hacer justicia a la exposición sin sumergirnos en el terreno de lo oculto, pero me ha preocupado cómo mantener el equilibrio.

—Lo entiendo —dijo ella—. Especialmente viniendo de ti.

—¿Por lo mucho que te hice sufrir en la escuela por tus creencias?

—Una cosa era que no creyeras en los fenómenos psíquicos. Lo que me costaba tanto era que no creyeras lo suficiente en mí como para tener una mente abierta.

La vieja discusión. Mi obstinada racionalidad contra su voluntad de suspender la creencia. No quería volver a ello en ese momento.

—Necesitamos un ensayo que nos remonte a la muerte de la hermana de Hilma y a sus primeras sesiones de espiritismo y que muestre cómo creció su interés y lo que significó para ella, pero hay problemas con este tema más allá de no hacer que Hilma parezca una loca. Esto nos lleva al territorio de *De Fem*. Hilma no hizo la canalización ni las sesiones de espiritismo sola. No construyó el altar ni rezó las oraciones sola. No fue a las reuniones de la Sociedad Edelweiss y de la Sociedad Teosófica sin sus amigas.

—Cierto, pero ¿por qué es un problema?

—Porque si entramos en el tema de *De Fem* y su colaboración espiritual, se plantea la cuestión de una colaboración artística, y la Dra. Perlstein me ha advertido que me aleje de eso.

—Me has perdido, Eben.

—En mi último viaje a Estocolmo, encontré información que me confundió y acabé investigando un poco, o al menos lo intenté. Cuando volví, le expliqué a la Dra. Perlstein que existen importantes lagunas en lo que se conoce sobre Hilma af Klint que plantean preguntas complicadas: ¿por qué no ha habido una evaluación científica de las pinturas de Hilma?, ¿por qué no se han realizado radiografías para determinar la autenticidad?, ¿por qué se ha destruido tanta documentación? Recientemente, la fundación admitió que 100 de los cuadros de su archivo fueron pintados por Anna Cassel, y nos estamos desentendiendo de ellos, pero ¿cómo sabríamos que esos serían todos? Si sus estilos son tan parecidos que sus cuadros se confundieron con los de Hilma todo este tiempo, ¿podría esto significar que hay más de 100 piezas mal acreditadas? ¿Por qué la

fundación no ha investigado más? Hace poco salió a la luz un libro que incluye un boceto atribuido a Hilma que Marie Cassel sabe que fue hecho por Anna de su propia hermana, es propiedad de su familia. He hablado de todo esto con la Dra. Perlstein, pero me ha dejado muy claro que aquí soy un curador, no un detective.

—Con todo el respeto hacia ella, a veces son la misma cosa.

—Bueno, esta vez no. Por el bien de la exposición, se ha tragado todo el asunto de la canonización de la pobre y solitaria Hilma.

—¿Y tú no?

—No. ¿Y tú?

—Sinceramente, estás sacando a relucir un montón de cosas sobre Hilma que no sabía y en las que ni siquiera había pensado.

—Escucha, no era mi intención desviarnos del tema. Estoy asombrado con el trabajo de Hilma, de verdad. Es solo que no veo cómo alguien puede escribir sobre el ángulo místico sin referirse a las colaboraciones artísticas que mucha gente cree que existieron entre ella, Anna y posiblemente también Cornelia.

Blythe levantó su copa y terminó su vino.

—¿Quieres otra? —le pregunté.

Ella consultó su reloj.

—Claro.

Algo en mí se desbocó. Hice un gesto al camarero y pedí otra ronda.

—Escribir este ensayo suena como atravesar un campo minado.

—No pretendía hacerlo parecer difícil. Esta exposición es claramente sobre Hilma, sin duda: su visión, sus cuadros. Todo el mundo está de acuerdo en que hay que prestar cierta atención a *De Fem*, conservarlas en el escenario, por así decirlo. Estas mujeres luchaban contra la sociedad; estaban creando su propia realidad porque en la que se encontraban no era acogedora. Hablamos de artistas que ignoran las convenciones, que son valientes y las ponemos en pedestales, las veneramos, pero rara vez existen en el vacío; o tienen apoyo o fracasan por falta del mismo. Picasso no habría sido Picasso

sin sus musas, aunque las tratara tan mal. El hermano de Van Gogh es tan famoso como él: ¿quién no conoce la historia de Theo? Miguel Ángel inmortalizó a sus mecenas en sus esculturas. Esposas y amantes, musas, comerciantes, coleccionistas, mecenas... no, no son artistas, pero también son creativos; ven lo que el artista tiene que ofrecer y su pasión los apunala, apoya, ayuda y salva, les da tiempo, espacio, alimento y socorro.

—Eben, ¿estás hablando de *De Fem* o sigues buscando información sobre tu madre? —susurró Blythe.

—Quiero investigar esto porque si vamos a exponer la obra de Hilma, siento la enorme responsabilidad ética de asegurarme de que se trate legítimamente de su trabajo. Tanto Marie Cassel como la historiadora del arte danesa que me presentó han sugerido seriamente que se está ocultando información, o al menos que se está ignorando. Incluso si no hubiera nada extraño en la obra de Hilma, ¿no la volvería mucho más fascinante de lo que ya es para el mundo del arte que conociéramos las respuestas a todas estas preguntas?

—Tienes razón, por supuesto, pero... siento si lo que dije estuvo fuera de lugar —dijo.

La miré a la cara. Su maldita belleza. No pude contenerme.

—¿Por qué demonios me abandonaste? Estábamos juntos, Blythe. Estábamos haciendo planes para el futuro. ¿Qué rayos pasó que te hizo pensar que no merecía una explicación de por qué te fuiste?

Al menos tuvo la delicadeza de parecer culpable.

—Me equivoqué —dijo en voz baja.

—Fuiste brutal.

—Sé que esto no va a tener mucho sentido, pero nos estaba salvando.

—Cierto. No tiene sentido.

—Sabía que me querías. Te quería, pero no estabas preparado. Aún no tenías fe. Pensé que la única forma de que siguiéramos amándonos era irme antes de destruir lo que teníamos.

—Que te fueras lo destruyó.

—¿Lo hizo?

Quedé estupefacto. Ahora, por primera vez en todos los años que llevábamos de conocernos, me había hecho callar con su franqueza.

—En Estocolmo... —empezó ella

—¿Sí?

—Ambos descubrimos la respuesta a esa pregunta, ¿no? No se destruyó nada. Todo fue... —buscó una palabra— pausado.

—No éramos una maldita canción: tócala un rato, detenla un momento y vuelve a ponerla.

Se encogió de hombros.

—Puede que sí, puede que no, pero en aquel momento no tenía ninguna duda de que si no me iba, arruinaría cualquier posibilidad de volver a escuchar esa música —sonrió—. Para utilizar tu metáfora un tanto trillada.

Me eché a reír y ella me acompañó. Se rompió parte de la tensión. Tomé su mano, la levanté y apreté mis labios contra ella e inhalé su aroma. Por un momento, solo un momento, no hubo preguntas.

—¿Eben?

Levanté la vista.

—Vine a decirte que no podía ayudarte con el ensayo. Temía que fuera demasiado difícil verte y trabajar contigo, pero creo que quiero intentarlo. Si quieres.

—Sí —respondí—. Me gustaría hacerlo —dije casi seguro de que ninguno de los dos nos referíamos únicamente al ensayo o a las preguntas que yo había planteado

Estocolmo, a 5 de noviembre de 1906

Mi querido Anders:

Gracias por la hermosa pluma que me enviaste en tu última carta. ¡Cómo me gustaría poder acompañarte en tu expedición, escuchar contigo las canciones de la selva, oler los exóticos perfumes de las flores y sentir la tierra fértil bajo mis pies!

La vida aquí se ha vuelto bastante complicada con las reuniones semanales con Cornelia y sus amigas. Me he intentado resignar al hecho de que ya no me necesitan, pero mi terquedad y mi dolor

persisten. Me siento profundamente alejada del nuevo camino que han tomado. Hilma se ha inflado mucho con su sensación de importancia, cree que los espíritus la eligieron solo a ella para crear su nuevo templo y sus pinturas. ¿Lo imaginas? Es una idea similar a Bizancio: una catedral circular ornamentada con pinturas que relatan la historia de la creación. Empezaron la semana pasada y casi no entiendo nada, pero lo que es aún más inquietante es que percibo una nube oscura que rodea a Hilma y Anna, una sombra siniestra que me hace creer que están en peligro. Y entonces ayer, de la nada, recibí una carta anónima de alguien que decía poseer material que yo debería publicar y que revela el «fuego interior» de Anna. ¿Qué significa eso? Tendré que preguntárselo en la próxima reunión.

En una nota más positiva, Cornelia me tiene asombrada con su recién descubierta capacidad para dibujar en un estado de completa inspiración, ya no la reconocerías. Ha perdido todo rastro de su anterior mansedumbre, se ha vuelto más atrevida, más segura de sí misma y, desde luego, está utilizando al máximo sus dotes artísticas naturales; sin embargo, me pregunto cuánto de esto puede atribuirse a la visión de los espíritus y cuánto a su relación amorosa clandestina. Aún no lo nombraré, Anders, porque no quiero provocar un escándalo en nuestra casa, pero ahora sé que el hombre es quien yo sospechaba en un principio. Su primer amor ha vuelto a ella después de todos estos años, ¡solo que esta vez trae consigo una esposa y dos hijos adolescentes! ¿Qué de bueno podría salir de esto?

No obstante, ella ha cambiado para bien: rebosa más vida que nunca y parece como si hubiera hecho retroceder las manecillas del tiempo, mientras que yo me encuentro más canosa con cada día que pasa. Hoy escribiré mi nueva columna para Efteråt, y quizá eso me devuelva la calma. Sigo sintiéndome un poco apartada por las demás en De Fem, ya que no soy artista y ellas ya no me consideran su médium. Debo encontrar consuelo en mi propia escritura, y tengo suerte de poder recurrir a ella cuando mis frustraciones se llevan lo mejor de mí. No te preocupes por mí, cariño. Seguiré adelante y esperaré tu próxima carta.

Mi humidificador está casi vacío, así que asegúrate de enviar más puros.

*Tu amorosa esposa,
Matilde*

Capítulo 15

Noche de viernes núm. 454

19 de abril de 1907

Estocolmo

La pila de papeles había crecido mucho sobre el escritorio de Matilde: informes científicos, historias de personas a las que había conocido durante sus horas de oficina, notas de su asistencia a la última reunión de la Sociedad de Teosofía en Estocolmo. Tenía tanto que escribir, tanto que hacer, que a menudo sentía que no había tiempo suficiente en el día para terminarlo todo.

Al tomar el último número de *Efteråt*, Matilde clavó los ojos en la portada. El logotipo de la revista, con rayos irradiando de una estrella de cinco puntas, la reconfortó enormemente; cada punta simbolizaba los cinco elementos: aire, tierra, agua, fuego y espíritu. La abrió, hojeó las páginas que había escrito y leyó los titulares. ¿Qué faltaba? ¿Qué había que cubrir en el próximo número?

Se llevó la mano a la frente. El reloj indicaba que eran casi las siete. En solo media hora tendría que salir de casa para ir al club de los viernes por la noche. No sería posible, no tenía tiempo.

La misteriosa carta que había llegado la semana anterior asomó desde debajo de su pila de correo. Matilde la sacó y la miró una vez más. La letra era desordenada y las palabras amenazadoras.

«Sra. Nilsson:

He oído que le gusta publicar historias sobre personas dotadas espiritualmente. ¿Publica también historias sobre aquellos individuos que son espiritualmente depravados? Tengo en mi poder algo que

podría mostrar otra cara de dos de las mujeres de su círculo íntimo, Anna Cassel e Hilma af Klint. Creo que le interesaría especialmente ver cómo la desviada Srta. Af Klint se ha dedicado a capturar a su querida amiga, Anna. ¿Podríamos concertar una cita para discutir una posible publicación de los materiales? Espero su respuesta.

Atentamente,

Un ciudadano de Estocolmo muy preocupado».

*

Matilde meneó la cabeza y volvió a deslizar la carta bajo el montón. Era una razón más por la que se sentía inclinada a retirarse del grupo. Lo tomó como una señal.

No había absolutamente ninguna razón para darle largas a su decisión. Informaría a Cornelia que no iría con ella a la reunión de esa noche ni a ninguna otra en un futuro próximo.

Matilde se apartó de su escritorio y fue en busca de su hermana.

*

Encontró a Cornelia en su habitación con el cuerpo encorvado sobre su mesa de dibujo. Frente a ella había colocado dos grandes hojas de papel una junto a la otra. Estaba ocupada dibujando algo que las unía.

Matilde se detuvo en el umbral de la puerta.

—¿Es para esta noche? —preguntó.

Cornelia no levantó la vista, su pluma seguía moviéndose, creando una fina línea tras otra. Estaba profundamente concentrada.

—Mm... —murmuró ella, todavía inmersa en sus pensamientos.

—Solo quería darte esto. ¿Puedes llevárselo a Hilma? —Matilde dio un paso hacia adelante y dejó un pequeño diario donde había tomado algunas de sus notas de las reuniones semanales.

Cornelia levantó la vista de su trabajo y la miró desconcertada.

—¿Por qué me necesitas para eso?, ¿no puedes hacerlo tú misma?

—Esta noche no iré.

Cornelia dejó el bolígrafo.

—¿Por qué dices eso? Tienes que venir... no somos *De Fem* sin ti. Te necesitamos, lo sabes.

—Se está convirtiendo cada vez más en un proyecto artístico —refunfuñó Matilde—. Ya no tengo un papel en el grupo —fue breve y pronunció sus palabras en *staccato*—. No puedo ver lo que todas ustedes están viendo, no puedo oír lo que ustedes están oyendo y, además, me quita demasiado tiempo y energía para dedicarme a mi trabajo y mi propia actividad espiritual. Debo centrarme en mi escritura... desde ahí es donde mejor puedo contribuir al mundo. —Contempló la posibilidad de mencionar la reciente y misteriosa carta, pero decidió no hacerlo.

—¡Pero no puedes dejarnos así! —Cornelia se levantó, su tono era desafiante.

Matilde echó los hombros hacia atrás.

—En realidad, Cornelia, sí puedo.

*

A Cornelia le pesaba la tristeza mientras salía sola del apartamento. La salida de su hermana significaba que Las Cinco, como siempre se habían conocido, dejarían de existir. No podía entender la decisión de Matilde, sobre todo en ese momento en el que por fin habían aceptado el mensaje de los espíritus y que Hilma había comenzado a pintar.

Casi toda su vida, Matilde le había dicho a Cornelia que ella era la egoísta, que solo veía el mundo a través de su propia lente estrecha, pero estaba claro que ahora su hermana solo pensaba en sí misma y, desde luego, no en el grupo. La hipocresía del pensamiento de Matilde hizo hervir la sangre de Cornelia.

Odiaba tener que decírselo a las demás.

Y, a pesar de todo, una parte de ella sintió que su propia convicción de quedarse y contribuir no hacía más que fortalecerse. Cornelia ya no estaba a la sombra de su hermana y continuaría dando todo lo que

podiera para manifestar la visión de Hilma para el templo y sus pinturas.

*

El almacén estaba justo frente al agua, a unos pasos del muelle, y todos los edificios que lo bordeaban se utilizaban para almacenar el material descargado de todos los barcos que llegaban. Únicamente el almacén de Kristian permanecía vacío.

Cornelia miró a su alrededor antes de abrir la puerta. Kristian les había pedido que tuvieran mucho cuidado o, de lo contrario, tendrían que dejar de ir. De manera reciente, un hombre había visitado su oficina, afirmando que tenía pruebas de que algo sospechoso había estado ocurriendo en el edificio, pero Kristian percibió olor a alcohol en el aliento del hombre y sugirió que se había confundido con otro almacén. Aun así, le advirtió Kristian, tendrían que ser más precavidas.

Cornelia empujó la pesada puerta con un brazo; bajo el otro, sostenía un gran paquete plano, envuelto en cuerda.

Hilma la saludó sin levantar la vista del lienzo colocado en el centro del suelo.

—Llegas tarde —declaró rotundamente Hilma; su voz era seca y Cornelia se armó de valor. No tenía energía suficiente para discutir con una persona más y sabía que el humor de Hilma era más voluble debido a que no se estaba alimentando bien. Había estado comiendo muy poco y lo único que bebía era agua. No había alegría en lo que hacía fuera de su pintura.

—Se está volviendo demasiado ascética —había advertido Sigrid a las demás—. Estoy preocupada. No se puede vivir comiendo solo tubérculos.

Anna estuvo de acuerdo. Ella solo se había adherido al estricto régimen vegetariano durante treinta días, pero Hilma había continuado con él porque creía que mejoraba su pintura y su relación con los espíritus.

—Lo siento mucho, no quería llegar tarde... —insistió Cornelia—. Tuve un problema con mi hermana. Matilde no quiso venir esta noche —le entregó el cuaderno a Hilma—. Me pidió que te diera esto, son sus notas de nuestras primeras reuniones de viernes por la noche.

Hilma no tomó la libreta, sus manos estaban cubiertas de manchas de pintura rosa y amarilla, y su cara también estaba manchada. Señaló con la cabeza una bolsa colocada en el suelo.

—Déjalo ahí. Tengo mis propias notas. Nunca confié en que Matilde lo cubriera todo. Su mente siempre ha estado en su trabajo —espetó.

—Ella no regresará, ¿verdad...? —Sigrid afirmó como si ya fuera un hecho.

—¿Por qué dices eso? —Cornelia sabía que no se había enterado de lo ocurrido entre ellas.

—Presentí su partida la última vez que nos vimos. Esta mañana, cuando desperté, ya no podía sentir a Matilde en mis pensamientos. Cuando intenté conjurar la energía de *De Fem*, solo pude sentirnos a las cuatro.

—Ella también ha perdido su conexión con nosotras —dijo Cornelia con tristeza—. Intenté decirle que aún la necesitábamos, pero ya se ha decidido.

—Oh, espero que le hayas transmitido lo mucho que la queremos aquí... —Anna dejó su pincel. Una expresión de dolor se apoderó de ella—. Odio imaginarla sintiéndose excluida solo porque ya no celebramos las sesiones de espiritismo semanales...

—La verdad es que no la necesitamos —dijo Hilma sin ninguna emoción—. Ella ya cumplió con su propósito.

—No seas cruel, Hilma —la amonestó Ana.

—No estoy siendo cruel, estoy siendo despiadadamente sincera.

Sigrid interrumpió el intercambio de las mujeres.

—Debemos aceptar la decisión de Matilde y mantenernos neutrales. Los espíritus no querrán que la tarea se vea contaminada por la falta de armonía.

Cornelia miró a Sigrid y le susurró un «gracias». Lo que más le dolió fue que su hermana se retirara del grupo y, aunque las demás lo hubieran pasado por alto, Cornelia era muy consciente de que había sido gracias a que Matilde había aceptado ser su primera médium en su reunión inaugural de los viernes por la noche por lo que todas se habían reunido en primer lugar.

—Tienes razón —aceptó Anna—. Echaremos de menos a tu hermana, Cornelia, pero debemos respetar su decisión.

Hilma no levantó la vista. Había vuelto a su trabajo, pintando tres lienzos al mismo tiempo. Anna la había estado ayudando, pero ahora había ido a limpiar unos pinceles.

—¿Has estado aquí todo el día? —preguntó Cornelia.

Anna se llevó el brazo a la frente y apartó con la mano algunos cabellos sueltos, dejando vetas de color en su piel.

—Toda la semana —dijo agotada—. Hilma no quiere parar. Está obsesionada, como sabía que estaría una vez que se comprometiera con el trabajo.

—Los espíritus sabían a quién elegir para todo esto —asintió Cornelia.

Anna tomó los pinceles y empezó a secarlos con un trapo de algodón.

—Sí, Hilma tiene algo más que talento artístico: tiene la tenacidad para lograr su visión a cualquier precio o riesgo para ella misma.

Cornelia no tenía ningún interés en distraer más a Hilma de su trabajo. En silencio, se dirigió a un rincón vacío y sacó los dibujos que había llevado. A continuación, colocó ocho hojas de papel en el suelo y ajustó los dibujos para que todas las líneas estuvieran en perfecto equilibrio. Había aprendido a hacer patrones grandes hacía mucho tiempo, cuando empezó a confeccionar vestidos, e incluso hubo un tiempo en el que había cosido velas para grandes barcos. Ahora utilizaba un método similar para trasladar a una escala mayor algunos de los dibujos automáticos de su última reunión.

Cuando todas las composiciones estuvieron en perfecta armonía, dio un paso atrás y observó cómo las líneas de carboncillo flotaban juntas sobre las piezas separadas. Al ver aparecer la imagen, pudo notar claramente que estaba cubierta de flores que parecían rosas y lirios, y luego los círculos que reaparecían, siempre unidos.

Minutos después, se sorprendió al ver que Hilma la miraba por encima del hombro. Su voz la sobresaltó.

—¿Qué estás tramando? —Hilma se puso de rodillas y echó un vistazo a los dibujos del suelo.

—He buscado una forma de hacer los cuadros lo más grandes posible. Creo que esta es una manera. Podemos pintarlos así y luego pegarlos —explicó Cornelia.

Hilma asintió. Levantó un trozo de papel a la luz y siguió con el dedo dos círculos superpuestos, sin tocar la superficie.

—¿Es este el del viernes pasado? —preguntó intrigada.

—Sí, en realidad combiné tres de las páginas de mi cuaderno, ya que interpreté el mensaje como uno solo.

—*Uno* —murmuró Hilma—. El círculo de la vida: nuestra existencia está intrínsecamente conectada a algo más desde el momento de la concepción. Ahora tengo muy claro cómo la vida forma parte de un patrón. Una célula dividida en dos... que se dividen una y otra vez —explicó—. Debemos empezar con los colores para el macho y la hembra, los círculos amarillo y azul.

—¿Y las flores? —preguntó Cornelia, y señaló los lirios.

—Sí, tienes razón, rosas y lirios, así como algunos capullos más pequeños. Utilizaremos los colores adecuados para ellos: blanco, rosa y amarillo. Los pintaré yo misma, pero primero debemos empezar por el fondo.

—La pintura al óleo será demasiado espesa, estropeará el papel. Creo que tendremos que usar témpera —señaló Anna.

—Podemos utilizar la raíz de Isatis para el pigmento... se mezclará fácilmente con las yemas de huevo y dará el color perfecto.

Hilma cerró los ojos e imaginó el tono de añil intenso. En sus labios se dibujó una sonrisa.

—Sí, será perfecto.

*

Anna y Cornelia estaban ocupadas con el fondo, pintaban desde extremos opuestos de la imagen, tornando del tono azul más hermoso todas las áreas blancas de los trozos de papel.

Cornelia estiró los brazos para llegar al centro de su sección, tocando accidentalmente las flores amarillas que Hilma había empezado a pintar. Su pincel arrastró toques de amarillo hacia el azul.

—¡Oh, cuidado! Mira, el azul se está volviendo verde. Debes tener más cuidado —la reprendió Anna.

Cornelia se levantó y miró desde arriba. Anna tenía razón, el azul tenía ahora un tono verdoso. Se dio la vuelta apresuradamente para intentar encontrar un trapo para limpiar su pincel, pero pisó el papel sin darse cuenta.

—¡Acabas de dejar una huella en la pintura! —Hilma apenas podía controlar su temperamento— Tienes que tener más cuidado.

Anna miró más de cerca la huella.

—Podemos pintar encima, Hilma.

Hilma dio un paso atrás y estudió el papel. Los colores que habían creado eran exactamente los que ella imaginaba para ese primer cuadro de la serie. Anna y Cornelia la habían ayudado inmensamente en los preparativos y, aunque ella era la principal responsable de pintar las figuras relacionadas con las visiones de los espíritus, sabía que dependía de las otras mujeres.

—No, déjala —insistió—. Quizá una sola huella en una serie que encarna el camino que buscamos para comprender el universo transmita algo significativo.

Sigrid se acercó más.

—Esto es muy inquietante, pero debo decirles que lo que acaban de pintar se parece a algo que vi en un sueño anoche. Podía ver realmente todo el universo a mi alrededor: las estrellas y los planetas, la

magnitud del lugar que llamamos hogar. Me envolvió una sensación de serenidad.

—Quizá los espíritus nos están haciendo saber que están contentos con lo que hemos creado hasta ahora —reflexionó Hilma.

—Sí, eso creo —asintió Sigrid.

—Hemos trabajado mucho en la primera serie de pinturas, ahora tenemos 26... —reconoció Hilma—. Nos hemos convertido en narradoras de historias, comunicando con nuestras pinceladas cómo empezó el mundo, cómo cobraron vida los elementos, pero esto no acaba aquí, es solo el principio. Creo que tu visión, Sigrid, también pretendía decirnos que siguiéramos adelante...

Hilma se levantó y se acercó a los trozos de papel mojados. Ensambladas en el suelo, las hojas de colores creaban una enorme composición.

—Esta nueva serie tratará sobre la vida humana. Esta primera trata del génesis —respiró hondo y su cuerpo cansado se infló con un nuevo vigor—. No hay tiempo para charlas, debemos seguir trabajando. ¿Están conmigo?, ¿pueden quedarse un poco más?

—Nos quedaremos todo el tiempo que nos necesites —prometió Anna.

—Sí —convino Cornelia.

Hilma se acercó a la cesta de Sigrid y sacó varios huevos más.

—Trabajaremos hasta que no nos quede pintura —afirmó con convicción—. Los espíritus me han encomendado que haga una declaración poderosa con estas pinturas —se secó las manos en el delantal—. No los decepcionaré.

Capítulo 16

Noche de viernes núm. 455

26 de abril de 1907

Estocolmo

En los cuadernos, los planos de los *Diez Cuadros Mayores* eran como mapas secretos que las guiaban hacia una comprensión superior.

Hilma había descodificado los dibujos automáticos, creyendo que los círculos y las espirales eran una metáfora de las eternas etapas de la vida. No pensaba más que en lograr lo que los espíritus le habían pedido, y se entregó en cuerpo y mente a la tarea. No tenía apetito para nada más que para ver los cuadros materializados.

Era Sigrid quien siempre se aseguraba de meter en su cesta unos cuantos huevos duros junto con los frescos que llevaba para la pintura al temple.

—Tienes que comer —insistía a Hilma. Se sentía obligada a ser su madre y a cuidar de ella. Al no poder ayudar a las otras mujeres a pintar, el cuidado de Sigrid por Hilma era su contribución.

—No tengo hambre —apartó la comida con un gesto.

—Por favor... el alimento te ayudará a pintar por más tiempo.

Hilma tomó el huevo a regañadientes y se lo comió sin ningún disfrute.

—¿Está lista la pintura?

—¿Qué les parece? —preguntó Cornelia. El tarro de cristal con el color azul brillante fue levantado hacia la linterna para su evaluación. La claraboya dejaba entrar la luz de la luna desde arriba.

—Necesita más emulsionante —comentó Anna. Buscó con la mano en su cesta y se lo entregó a Cornelia para que se lo añadiera a la

pintura.

Durante casi veinte minutos, Anna había estado trabajando para crear el tono perfecto de amarillo. En su mente quería que el tono evocara el color de los narcisos.

—El azul aún no está del todo bien —resopló Hilma después de añadir más emulsionante al azul de Cornelia—. Es demasiado fuerte. Tiene que ser un color que se encuentre en la naturaleza.

Sigrid, satisfecha de haberle dado algo de comer a Hilma, estaba ahora en el suelo con los bocetos del cuaderno de las sesiones anteriores, en los que abundaban los temas de la vida marina, extendidos ante ella.

Cerró los ojos y meditó. Hilma había sido la más fuerte al aceptar la formidable tarea de crear las pinturas del *Templo*, pero su mente trabajaba demasiado aprisa, como una vela ardiendo por los dos extremos. Sigrid se sentía obligada a ralentizarla; quería preservar su fuego para que no se extinguiera antes de terminar el trabajo.

—Bebe un poco de agua, Hilma —Sigrid vertió un poco de líquido del termo y se lo ofreció—. Recuerda, no solo necesitas fuego para crear, sino también aire y agua...

Hilma bebió un sorbo.

—El azul debería ser del tono que se encuentra en una concha de mejillón.

—Sí —coincidió Anna—. Quizá un azul de Prusia, Hilma... Tenemos que añadirle algo de naranja y un poco de negro para que quede perfecto.

Hilma observó cómo Anna añadía una pizca de polvo color ladrillo a la pintura, mezclándolo con una espátula. Luego añadió una pizca de polvo de carbón. Encontrar el tono exacto era un tipo especial de alquimia que deleitaba a todo artista.

Anna le tendió el tarro de cristal a Hilma para su inspección final.

—Sí, está perfecto —valoró Hilma. Por fin estaba contenta.

Anna asintió. Ya sabía que lo había logrado a la perfección.

Meses después, habían concluido ocho de los diez cuadros. Cornelia acababa de montar el último cuadrado de papel en el lienzo e Hilma estaba detrás de ella, asegurándose de que todas las piezas encajaran de forma precisa.

Sigrid estaba de pie a un lado, apreciando los hermosos colores lavanda y rosa, el brote de una enorme forma de bulbo en amarillo vibrante.

Los cuadros de la «Adultez» continuaron siendo sus favoritos de la serie, pero quizás eso era natural. ¿No era la cumbre de la vida?, ¿el descubrimiento de uno mismo, de sus pasiones interiores? Era la única del grupo que había sido madre y gran parte de su vida adulta la había dedicado a llevar vida al mundo y a nutrirla para garantizar su supervivencia y su pleno desarrollo. La visión que Hilma tenía de los cuadros seguía anclada en los mismos principios, pero desde una perspectiva espiritual. Para ella, la vida se extendía como una cinta infinita. A lo largo del camino, ella creía que el alma iba construyendo y aprendiendo de cada reino que la rodeaba. La naturaleza, la física, la guía de los espíritus, todos eran ingredientes que entraban en la creación de su arte. No era lo mismo que cuando era niña, por supuesto, pero seguía siendo un testimonio de creación único y duradero.

—Necesito verlos colgados —insistió Anna—. Antes de que se pinten los dos últimos... antes de que empecemos a trabajar en los que se llamarán «Vejez» —se acercó a Hilma y le puso una mano en el hombro—. ¿No podemos colocarlos como deben verse? Solo los hemos visto horizontales sobre el suelo, ¡quiero verlos verticales y en todo su esplendor!

Cornelia aplaudió.

—¡Oh, por supuesto! Creo que es justo que contemos con la sabiduría de los cuadros de la «Adultez» antes de empezar con los dos últimos.

Hilma permaneció en silencio por un momento, reflexionando sobre la petición de Anna.

—¿Cómo podríamos siquiera colgarlos? —preguntó.

El almacén tenía techos inmensos, así que la altura de la sala no era el problema, pero no tenían los ganchos y el alambre necesarios, ni siquiera una escalera.

—No necesitamos colgarlos —interrumpió Sigrid—. Podríamos simplemente apoyar los lienzos contra la pared. Aún podríamos hacernos una idea de ellos si lo hacemos así.

—Una solución perfecta y sencilla —sonrió Anna.

—Sí —secundó Hilma—. Las cuatro deberíamos poder arreglárnoslas sin demasiados problemas.

Los cuadros ocupaban casi todo el perímetro del almacén y la mera enormidad de los lienzos, que medían casi tres metros por ocho, ricos en color y simbolismo, era sobrecogedora.

—Parece un vistazo a los cielos —la voz de Sigrid se quebró de emoción. Había pasado toda la vida viendo colores a su alrededor, pero Hilma y las demás habían conseguido crear su propio lenguaje con muchos matices distintos que ella nunca habría podido ni imaginar, y todos podían encontrarse en la naturaleza: rosa concha marina, azul ballena, amarillo ranúnculo.

Los símbolos y las formas de los cuadros añadían aún más significado a la experiencia: estaba el símbolo de los cinco pétalos, de la pureza en las flores del cornejo, la eterna búsqueda de la sabiduría en las espirales semejantes a caracoles y la unión recurrente de lo masculino y lo femenino en la aparición de círculos azules y amarillos en cada lienzo.

—Lo que han creado es magnífico —Sigrid se puso una mano en el corazón.

—Sí, una constelación de estrellas y planetas —Anna se obligó a contener las lágrimas—. ¡Oh, Hilma, has logrado todo lo que te habías propuesto!

La mano de Hilma empezó a temblar. Llevaba varios días intentando ocultar su temblor. El puro agotamiento del trabajo la había superado finalmente.

—Los espíritus nos dieron todos y cada uno de esos símbolos —recalcó—, pero gracias por insistir en que nos detuviéramos un

momento para asimilarlo.

Miró a su alrededor y saturó su mirada con cada uno de los pigmentos que habían creado a mano: los ricos rosas y violetas, los azules profundos y los amarillos intensos; podía leer cada uno como notas musicales en sus oídos.

—El final está tan cerca que puedo saborearlo —susurró Hilma. Tomó su pincel—. Para la reunión de la semana que viene, quiero estar en la sala y ver la visión concluida. Quiero respirarlo todo.

*

Aquella tarde, el cielo nocturno se extendía sobre Cornelia como un dosel de terciopelo negro mientras emprendía el camino de vuelta a casa. Nunca había sentido sus pies tan ligeros. La visión de los cuadros montados en las paredes del almacén había creado una sensación de euforia entre las mujeres, y ahora que estaba fuera, la felicidad seguía persiguiéndola, llenando todo su cuerpo y haciéndola sentir viva.

Qué suerte había tenido de haber sido invitada al mundo creativo de Hilma, donde la mente, el espíritu y el pincel podían crear algo nuevo. Juntas habían hecho algo tan grande, tan revolucionario en el uso del color, que desafiaría incluso a los pintores varones más consagrados. Hilma nunca aceptaría la negativa a realizar algo que pudiera hacer un hombre. No creía que su sexo la limitara en modo alguno. Puede que Matilde se cansara de la fuerte personalidad de Hilma, pero Cornelia se sentía inspirada por ella.

Las calles estaban vacías y las ventanas de los edificios se habían oscurecido. Se habían quedado en el almacén mucho más tiempo del prudente. Temía lo que diría su hermana cuando volviera a casa. Probablemente la torturaría con las palabras de siempre: «Hilma te utiliza, como hace con Anna», «Hilma te quita horas de tu propio arte....», despotricaba. Matilde le había advertido más de una vez que las sesiones ya no eran espirituales, que Hilma solo se aprovechaba de las dos mujeres para su propio beneficio: «Ella es la abeja reina mientras tú te rompes la espalda construyendo la colmena... No

entiendo por qué sigues ayudándola...». Empero, a Cornelia eso no le importaba; ella se alimentaba de la inspiración y la energía creativa que fluía entre todas; le daba sustento, igual que su amor por Kristian. No condenaba a Hilma por su forma de pensar poco convencional ni por delegar responsabilidades en ellas, era una forma eficaz de trabajar y ella estaba contenta de que la incluyeran.

Al doblar la esquina donde Kristian tenía su despacho, no pudo evitar mirar hacia su ventana. Detrás del grueso cristal, parpadeaba una tenue luz. ¿Podría estar allí a esas horas tan tardías? No iba a poder dormir si al menos no intentaba verlo.

Cornelia se precipitó hacia la puerta, pero estaba cerrada con llave. Una silueta oscura se movió tras el cristal. Sin duda había alguien allí. Buscó un poco de grava en la calle y lanzó un puñado de piedrecitas contra la ventana, pero seguía sin obtener respuesta. Recogió unas cuantas más y volvió a lanzarlas. De pronto, apareció la cabeza de Kristian. Ella lo saludó con la mano y sonrió.

Minutos después, él estaba en la puerta, abriéndola y haciéndole señas para que entrara, pero cuando Cornelia vio la cara de Kristian, se horrorizó. Tenía el ojo izquierdo cerrado por un hematoma, el labio hinchado y morado y su camisa tenía rastros de manchas de sangre.

—*Älskling*, ¿qué te ha pasado? ¡Estás herido!

El rostro de Kristian se hundió en la luz sombría.

—Participé en una pelea.

Cornelia sacó una servilleta de su bolsillo. Le limpió cuidadosamente la sangre de la mandíbula.

—Nunca he pensado en ti como alguien que se involucra en trifulcas, Kristian —ella solo lo conocía por ser sumamente amable—. Esto es muy poco habitual en ti...

—No lo haría normalmente, pero esta vez no me dieron otra opción.

—¿Qué quieres decir? —Cornelia estaba desconcertada.

Kristian buscó algo en su escritorio. Era un cuaderno con una hermosa cubierta de papel marmoleado en rojo y azul. Se lo dio a Cornelia.

—¿Qué es esto?

Ella lo abrió y se le escapó todo el aire cuando vio lo que había dentro. Era Anna, lo tenía muy claro; estaba desnuda, con las piernas abiertas. Las imágenes eran muy impactantes. Sentía como una violación mirarlas un segundo más. Cerró el cuaderno de un tirón.

—¿Dónde encontraste esto? —tartamudeó—. ¿Quién hizo estos dibujos?

—Supongo que tu amiga Hilma... al menos eso fue lo que dijeron los hombres del *pub*. Todo un grupo, haciendo cola para ver. Incluso había un hombre especialmente borracho que decía ser August Strindberg, pero estaba tan fuera de sí que yo apenas podía creerlo —Kristian suspiró—. Todo esto me parece una barbaridad, Cornelia, ¿qué hacen exactamente en sus reuniones?

Cornelia se tapó la boca con la mano y sacudió la cabeza negándose a considerar lo que Kristian sugería.

—No, no, no pienses eso. No estamos haciendo nada inapropiado, debes creerme. Estamos trabajando en las pinturas más bellas... Todo un nuevo universo creado a partir de colores y símbolos; del mismo modo que un astrónomo mira las estrellas, Hilma está buscando un significado más profundo y plasmándolo en papel y lienzo.

—Hay habladurías, Cornelia... chismes terribles y peligrosos sobre tu grupo de amigas —la miró con severidad—. Sabes que podrían ir a la cárcel por hacer dibujos así... Menos mal que no hay firma en los bocetos.

Los ojos de Cornelia se llenaron de lágrimas.

—Hilma tiene una gran sed de conocimiento, creo que solo quería estudiar...

—Basta —Kristian levantó la palma de la mano para interrumpirla—. Tú y yo sabemos que esto no fue un estudio científico. Has visto lo que hay dentro.

Ella pasó una mano por encima de la cubierta. Qué suerte tenían de que Kristian lo hubiera recuperado.

—¿Quién tenía este cuaderno en su poder, quién lo mostraba?

—Creo que era el mismo hombre que me dijo que sospechaba que pasaba algo en el almacén, el que tenía aliento alcohólico... pero hacía algo más que mostrar el cuaderno de dibujo: cobraba dinero por ello —Kristian tragó con fuerza—. Contaba historias sobre sucias reuniones en el puerto. Oí mencionar el nombre de Hilma más de una vez.

—¡Espero que lo hayas detenido, cariño!

—¿Qué piensas que hice? Te defendí y le arranqué el libro de las manos —Kristian negó con la cabeza—. Entonces me atacó. Me lastimó mucho la cara, como puedes ver.

Cornelia alargó la mano y delicadamente le puso un dedo sobre el labio hinchado.

—Siento mucho que te hicieran daño protegiéndonos... —acarició el pelo de Kristian, que era tan suave como los cabellos del maíz.

—Deben abandonar el almacén, Cornelia.

Ella no estaba segura de haber oído bien.

—No podemos hacer eso...

—Por su propia seguridad. Oí al hombre hablar de sus reuniones en el puerto. Sabe dónde están. Lo último que necesito es que la policía vaya al almacén cuando estén allí.

—Hilma es una artista. Los bocetos son solo esbozos de anatomía, estoy segura. Todos los artistas los hacen. Por favor, déjanos quedarnos, solo un poco más.

Kristian levantó la mano, interrumpiéndola.

—Por favor, deja de insistir en que son algo inofensivo cuando no lo son. Son peligrosos y pueden meterlas a todas ustedes en muchos problemas —alzó la voz—. Míralos de nuevo, no son bocetos anatómicos, son diferentes.

Cornelia pasó las páginas. Anna estaba en todas partes, la belleza de su suave rostro no podía confundirse con la de ninguna otra mujer. La forma de su cuerpo se plasmaba sensualmente: acurrucada en una cama, en una silla, erguida con la mano en su propio pecho. Kristian tenía razón, no eran dibujos científicos, eran bocetos de amor.

Cornelia volvió a cerrar la libreta.

—Se lo llevaré a Hilma. Se alegrará de que vuelva a estar en su poder de manera segura.

—Y entonces deberán guardar sus cosas y marcharse, encontrar un nuevo lugar. Prométeme que lo harán enseguida.

—Lo haremos... pero ¿puedes al menos intentar averiguar quién era ese hombre horrible? Necesito decírselo a Anna y a Hilma...

—Creo que era una especie de galeno, tenía a su lado una cartera de cuero que parecía un maletín médico.

—¿Un médico? —Sigrid estaba incrédula—. ¿Cómo podría un hombre respetable comportarse así? Qué terrible y cruel. Advertiré a Hilma, lo prometo.

Kristian la tomó del brazo y la acercó a él.

—Al menos quédate conmigo esta noche. Podemos acurrucarnos juntos en el sofá, dormir juntos. Quiero sentir tu corazón contra mi piel.

Ella se quedó mirándolo. Él hablaba de peligro, no quería que ella se metiera en líos; sin embargo, su amorío estaba lleno de riesgos, la amenaza de un escándalo acechaba cada vez que se encontraban.

—No quiero traer más problemas...

—No lo harás...

Cornelia dejó caer su abrigo al suelo. Lo besó suavemente, con cuidado de evitar su boca magullada, y lo acarició con ternura; inhaló su aliento en sus propios pulmones. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Te quiero tanto —susurró.

Valía la pena correr el riesgo. Lo abrazó y dejó que la condujera al sofá.

Estocolmo, a 2 de mayo de 1907

Lars:

Imagina mi disgusto cuando tu carta llegó por debajo de la puerta de mi estudio. Casi desearía no haberla abierto nunca. Es difícil creer que alguna vez fuiste aquel joven estudiante de medicina al que miraba con gran admiración por su conocimiento del cuerpo humano, su pasión por la ciencia, su curiosidad por saber cómo los últimos tratamientos podían curar a los que sufren. Y, a pesar de eso, te has convertido en la persona que busca inspirar sufrimiento.

¿Cómo se transforma uno de algo bello a algo tan feo y miserable? Las leyes espirituales sugieren que crecemos a medida que envejecemos, que florecemos en algo más sabio a medida que comprendemos que solo somos una hoja en un vasto e interminable bosque.

Era demasiado joven para saber qué tipo de hombre eras en realidad, pero sin duda fui lo suficientemente sabia como para rechazar tus propuestas de matrimonio. Las pocas veces que te vi a lo largo de los años fueron un error y ahora lo entiendo. Me equivoqué al pensar que podía aprender de ti.

No me amenaces. No te atrevas a hacer daño a mi amiga Anna o lo lamentarás hasta tu último aliento.

Nunca te amé, ni por un momento. Tu corazón es negro como el carbón.

*Con disgusto,
Hilma*

Capítulo 17

Noche de viernes núm. 456

3 de mayo de 1907

Estocolmo

Hilma se apoyó con un brazo en la barra de caoba pulida, exhausta. Tenía la mano abierta, como si esperara a que el camarero le pusiera una copa. Solo unas horas antes había enviado su furiosa carta a Lars, y sus nervios seguían hechos un nudo. Sabía que no debía tomar alcohol, especialmente con su estricta dieta, pero ahora ansiaba algo para calmar su agitación. Lars había escrito que destruiría a Anna, culpándola por haber sido la razón por la que ella había rechazado casarse con él años atrás. ¿De verdad podía alguien conservar una obsesión tan malsana durante casi dos décadas? Hilma negó con la cabeza. ¿Cómo podía seguir manteniendo su licencia médica cuando era evidente que no estaba bien mentalmente?

—Lo siento, no servimos licor a esta hora tan temprana —se disculpó el camarero—. ¿Le apetece un café?

—No. Por favor, solo necesito un vasito de licor... Me lo beberé rápido, nadie lo notará siquiera —le aseguró Hilma—. Estará ayudando a una artista.

—Muy bien, entonces —dijo él, sirviéndole un pequeño vaso—. Theodor Blanch es conocido porque disfruta al romper las reglas, así que supongo que yo también puedo hacerlo.

Hilma cerró los ojos y lo bebió de un solo trago, haciendo una mueca cuando el fuerte sabor le golpeó la boca del estómago.

—Hacía tiempo que no la veía por aquí —comentó el camarero—. ¿Sigue pintando?

—En realidad, pinto más que nunca —se jactó Hilma—, solo que ya no trabajo en mi estudio porque mis lienzos ahora son más grandes; se asombraría si los viera... —miró detrás de ella las obras de arte expuestas en las paredes—. Son tan grandes que nunca podrían exponerse aquí.

—Es una pena —el camarero sonrió—. Se lo perderá Theodor.

El licor había envalentonado a Hilma.

—Que sufra, ¿sabe cuántas veces le pedí que me dejara exponer? Expuso a tantos compañeros míos de la Academia y nunca tuvo tiempo para mi trabajo. —Miró el estante del bar, con la esperanza de que le ofreciera otro vaso.

—Quizá tenga que vestirme de traje y corbata para que cuelguen mis cuadros en las paredes —resopló Hilma.

Se dio la vuelta y miró las mesas y sillas de la amplia sala del café.

Todos los asientos estaban ocupados: mujeres con elegantes sombreros, hombres con traje. La charla que llenaba el salón sonaba como música, que la bañaba. Hacía semanas que no estaba rodeada de gente en público.

—¿Señorita Af Klint...?

El sonido de la voz familiar la tomó desprevenida.

Se dio la vuelta y allí, detrás de ella, estaba Theodor Blanch, el comerciante de arte que había fundado el café. A su lado había un hombre de pelo negro oscuro salpicado de plata; sus ojos, enmarcados por unas gafas metálicas, la miraban intensamente.

—Parece que tienes un horario diferente al del público —dijo Theodor, divertido al mirar el pequeño vaso para licor.

—Nunca he sido de las que corren con las masas. —Sonrió y miró en dirección a los dos invitados de Theodor.

—Perdóname —se disculpó—. Este es el Sr. Wassily Kandinsky, antiguo abogado convertido en pintor.

Theodor dio un paso atrás y presentó a una mujer de aspecto miserable, vestida con un monótono vestido marrón, cuyos ojos no se centraban en las palabras cargadas de arte ni en los que la acompañaban. Los ojos de Hilma se posaron extrañamente en el suelo.

—Y esta es su compañera de viaje, la Srta. Münter.

Hilma extendió la mano para saludar a la mujer de aspecto taciturno, pero ella no la tomó.

—Hablan alemán y francés, nada de sueco aún. ¿Qué idioma prefiere, Srta. Af Klint?

Hilma cambió al alemán. Había aprendido el idioma de niña, pero rara vez lo hablaba. La mujer respondió secamente, lo que hizo que Hilma se sintiera aún más cansada.

—¿Quiénes son? —preguntó en sueco—. Está claro que la mujer es una pesada.

Theodor rio.

—Son viajeros de las artes... Estoy pensando en invitar a Kandinsky para hacer una exposición aquí; pinta paisajes, como tú.

—Ya casi no pinto paisajes —resopló ella—. Últimamente hago cosas mucho más interesantes —entrecerró los ojos en dirección a Blanch—. ¿Y quién es ella exactamente? No parece ni una artista ni una musa.

—Es su alumna, viajan juntos en busca de inspiración —dijo Theodor con un guiño.

—¿Y qué pinta ella? —preguntó Hilma.

—¿Sabes que ni siquiera se lo he preguntado? —Theodor rio—. Me interesa más él, ya ha expuesto bastantes cuadros en París.

Theodor se volvió hacia su invitado. En alemán, le dijo:

—Sabe, *mademoiselle* Af Klint es artista, como usted. Incluso ha sido elegida para tener un prestigioso estudio en este edificio.

Kandinsky la miró fijamente, pero no le preguntó nada sobre su arte.

—Ya que vive en este edificio, ¿tendrá algunos materiales de arte que pudiera prestarme? —rompió por fin su silencio—. Necesito desesperadamente carboncillo y hoy no he podido encontrar. ¿Tendrá algo de sobra?, ¿para vender?

Hilma dudó. Ella misma siempre estaba corta de provisiones. Anna siempre le obsequiaba nuevos materiales y hacía poco le había

regalado una nueva caja de carboncillo de parra. Hizo una pausa, considerando si debía compartirla con él.

—¿Puedo ir con usted? Tal vez pueda enseñarme algo de su trabajo —preguntó él, y su voz de pronto comenzó a sonar bastante encantadora.

Theodor señaló hacia las escaleras.

—Ve tú —le instó en sueco—. Yo me divertiré con la señorita Gabriele mientras tanto.

Hilma no encontró la forma de negarse a Kandinsky.

—Venga entonces —le hizo un gesto para que la siguiera—. Está subiendo las escaleras... —cuando entraron en el estudio, ella lo vio observar el desorden.

—Veo que le gusta tener un poco de caos. —Sonrió con satisfacción, levantando una revista que había a su paso.

Hilma lo ignoró y fue a tomar la caja de carboncillo que había sobre la mesa. Levantó la tapa y sacó dos varitas de grafito puro.

—Aquí tiene —dijo. Cuando se dio la vuelta para dárselas, él ya no estaba a su lado, sino en un rincón del estudio, estudiando varios de sus lienzos.

Tenía algunos de ellos apoyados contra su pierna mientras miraba varios más. Hilma contuvo la respiración un segundo. Al final del montón, ella había escondido algunos de los cuadros más pequeños del almacén; aún no estaban listos para salir a la luz.

—Aquí tiene —le dijo con voz firme. Le hizo un gesto para que la siguiera hasta la puerta, pero él permaneció plantado con firmeza, completamente absorto en sus pinturas.

—Esto es muy interesante... —murmuró. Con un dedo, trazó las explosivas líneas de colores que tenía delante.

—Aún no he terminado esas piezas —se acercó rápidamente a él y comenzó a quitarle los lienzos de las manos—. Solo estaba analizando los colores...

Su enfado por la descarada falta de modales de Kandinsky era palpable; le desagradaba inmensamente y ahora deseaba no haberse ofrecido nunca a llevarlo a su espacio privado.

—Probablemente disfrutaría más alguna de mis obras más antiguas o quizá alguna de mis colegas o de Alma —levantó del caballete uno de los lienzos de sus compañeras de estudio—. Aquí hay un paisaje encantador, igual que los suyos, estoy segura...

Pero el extraño hombre no se movió en absoluto. Nada podía desprender sus ojos de los cuadros que ella había pintado en el almacén.

—Bueno, seguro que ya ha visto suficiente y ahora tiene su carboncillo —deslizó las frágiles varas en un sobre y se lo entregó—. Deberíamos volver al café. Theodor y su amiga se preguntarán adónde se ha ido —insistió Hilma.

—Estoy muy intrigado por lo que ha hecho. Es extraordinariamente diferente —murmuró él. Tomó un pequeño cuaderno que llevaba en el bolsillo y escribió algunas notas. —Gracias por esto —dijo Kandinsky, mientras blandía el sobre con el lápiz de color—. ¿Cuánto quiere?

Hilma negó con la cabeza.

—No se preocupe. Siempre es un placer conocer a otro artista.

Kandinsky no respondió, sus ojos habían encontrado otra cosa en el estudio en la cual fijarse: pegado a una de las paredes, había un retrato en blanco y negro de *De Fem*. Alma había estado aprendiendo a crear daguerrotipos y solo unas semanas antes, antes de la partida de Matilde, les había pedido a las mujeres que posaran para ella.

—¿Es usted? —Kandinsky señalaba ahora la fotografía y su dedo planeaba justo por encima de Hilma con su sombrero y traje negros; junto a ella estaba Matilde, con los ojos entrecerrados y un puro entre los dedos—. ¿Es usted de ese tipo de mujeres? —su voz estaba cargada de desaprobación.

—No estoy segura de lo que quiere decir —respondió Hilma secamente.

—Una mujer no puede comportarse como un hombre. —Echó los hombros hacia atrás y sacudió la cabeza con disgusto.

—Soy artista —respondió desafiante—. Puedo ser lo que quiera.

*

No se despidieron amistosamente. Kandinsky agarró el sobre con el carboncillo y salió bruscamente del estudio, alegando que tenía que volver con la Srta. Münter. Hilma no pudo alejarse de él con la suficiente rapidez.

Con la necesidad de despejarse y deshacerse de él en sus pensamientos, Hilma optó por caminar hacia el puerto de Värta. Varios tranvías aminoraron la marcha al acercarse, pero Hilma se limitó a hacerles señas para que siguieran avanzando, ya que ansiaba la soledad. Cada vez que su mente se desbordaba de pensamientos, se planteaba lo que haría para rectificar un lienzo manchado. La receta era la misma: tomaba su espátula y raspaba algunos espacios para dejarlos en blanco y permitir que la luz respirara; el mismo remedio se aplicaba a ella en ese momento en el que inhalaba el aire frío y fresco.

Las palabras que la habían enfurecido momentos antes cuando Blanch se refirió a ese pintor diletante, Kandinsky, como un «genio del color», empezaron a desvanecerse, al igual que el juicio de Kandinsky sobre qué clase de mujer era ella o las demás de *De Fem*. Si iba a ser una artista segura de cada pincelada que aplicaba, necesitaba que no le molestara tanto lo que pensaban los demás. Era fácil elogiar de manera generosa a otros cuando te dedicas a vender cuadros, pero los que están en el enrarecido círculo de crearlos deben desconectarse del ruido sin sentido. Hilma sintió que la confianza la envolvía mientras continuaba su paseo, como una capa protectora que ahora parecía un escudo.

Cuando el almacén empezó a hacerse visible, aceleró el paso. Estaba impaciente por volver a entrar en aquel espacio sagrado. Había sido increíble ver ocho de los cuadros sobre las paredes, sentía como si estuviera viendo a través del ojo de una cerradura cómo quedarían finalmente los diez en el espacio del templo. Nadie podía negarle la magnitud de su logro. Lo que aquel señor Kandinsky había visto en su estudio no era más que un fragmento del gran panorama. Todo estaba

encajando tal como lo había imaginado al oír las palabras canalizadas por Sigrid.

*

Hilma empujó la puerta con la cadera y entró, no podía caminar suficientemente rápido para volver a ver los cuadros. Sabía que eso la fortalecería aún más, que la inspiraría para terminar los dos cuadros que faltaban; no obstante, cuando entró, se le hundió el corazón. Las paredes estaban vacías. La habitación había sido despojada de cualquier rastro de las pinturas. ¿Dónde estaban? Se llevó la mano a la boca.

Se le escapó un fuerte gemido, un sonido que parecía el de un animal moribundo.

—¡Hilma! —Cornelia salió de un rincón con un enorme rollo de lienzo en sus brazos, el cual colocó en el suelo, junto a otros rollos de tela.

—Lo siento mucho —se disculpó mientras se acercaba a Hilma—, pero ya no podemos utilizar este almacén. Tenemos que empacarlo todo en esta noche y mudarnos.

—¿De qué estás hablando? No podemos hacer eso; necesitamos un espacio lo suficientemente grande para trabajar y este es el único lugar donde podemos hacerlo... —los ojos de Hilma se desorbitaron—. Sabes tan bien como yo que aún no hemos terminado aquí, que aún nos queda trabajo por hacer.

Cornelia abrió los brazos a Hilma.

—Ven aquí.

Hilma negó con la cabeza.

—No. Siento que alguien me ha traicionado. ¿Fuiste tú? ¿Fue tu amigo, Kristian? —su voz era acre y mordaz.

—Por favor —suplicó Cornelia—, deja que te explique.

Guio a Hilma hasta una de las sillas del centro de la habitación. Sobre el asiento había colocado el cuaderno e Hilma sabía exactamente cuál era. Anna y ella habían comprado cuadernos a juego

en una pequeña tienda cerca del *Ponte Vecchio*, una especializada en papel florentino marmoleado. Soltó la mano de Cornelia y tomó la libreta, apretándola contra su pecho.

—¿Has mirado su interior?

Cornelia asintió.

—Puedo explicarlo. Son estudios, estudios de anatomía. Los hicimos hace mucho tiempo... cuando éramos jóvenes estudiantes de arte...

—Sí, lo entiendo. Sé que los artistas varones hacen bocetos similares todo el tiempo —ella bajó los ojos—. Es solo que este cuaderno cayó en las manos equivocadas...

—¿Quién lo tenía? ¿Quién me lo robó? —ella sospechaba, por supuesto, que había sido Lars, pero tal vez se lo había pasado a alguno de sus amigos. Hilma tenía el corazón en la garganta.

Cornelia se arrodilló junto a Hilma y le tomó la mano.

—Mi amigo Kristian, el hombre que tan generosamente nos prestó este almacén, vio a un grupo de hombres hojeándolo en un *pub*. Otro hombre estaba pidiendo monedas para que cada uno echara un vistazo a las páginas.

—¿Quieres decir que cobraba dinero por mirar mis dibujos privados?

La ira de Hilma aumentó al imaginar la sórdida escena. Había pasado toda su carrera intentando crear arte que aportara un valor significativo al mundo y ahora sus bocetos más íntimos estaban siendo mancillados y abaratados, mostrados a una multitud de brutos que los veían como una forma de burda excitación.

—No solo eso, me temo —continuó Cornelia—. El hombre que tenía el cuaderno de bocetos en su poder hablaba en voz alta de nosotras y del grupo, y de lo que hacíamos aquí a altas horas de la noche. Estaba difundiendo mentiras vergonzosas. Kristian peleó con él por eso. Resultó malherido, pero consiguió recuperar el cuaderno —la voz de Cornelia se suavizó—. Nos defendió a nosotras y a nuestra reputación.

Hilma palideció.

—No entiendo cómo llegó a sus manos. No lo había visto en muchos años... Ni siquiera sabía que había desaparecido de mi estudio, para ser sincera. Hace poco, Anna me preguntó si sabía dónde estaba...

—Bueno, gracias a Kristian, ahora lo tenemos de vuelta.

—Lo quemaré, hoy mismo.

—No, no debes hacer eso. Es demasiado hermoso para que lo destruyas. Solo tienes que tener más cuidado y guardarlo.

La mente de Hilma estallaba en mil direcciones: no era solo la vergüenza de que sus bocetos hubieran sido vistos por Hellström y sus amigos, lo más doloroso era que sentía que su intimidad había sido violada y, para empeorar las cosas, debido a los chismes potencialmente peligrosos, ahora el amigo de Cornelia decía que el grupo ya no podía utilizar el almacén.

—¿De verdad tenemos que irnos con tanta prisa?

Cornelia bajó los ojos.

—Me temo que sí. Kristian ha sido muy generoso con nosotras durante mucho tiempo, pero no puede arriesgar su negocio, debemos entender eso y proteger nuestro trabajo. ¿Qué pasaría si alguien entrara y destruyera todo lo que hemos hecho? Esa pérdida sería demasiado terrible de imaginar.

Hilma asintió y se levantó de la silla. Se acercó a los dos cuadros que Cornelia ya había enrollado. Los bellos colores y formas estaban ahora ocultos a la vista.

—No tenemos dónde guardarlos si debemos salir de aquí... —murmuró con tristeza en la voz, con la frente apoyada en la punta de los lienzos enrollados—. No entiendo cómo ha podido ocurrir esto —Hilma cerró los ojos con fuerza—. Debo creer que es solo un contratiempo, que estas pinturas llegarán a las paredes del templo que se merecen.

La puerta del almacén crujió al abrirse. Sigrid y Anna estaban en el umbral con dos cestas llenas de suministros. Sigrid había llevado más huevos para la pintura al temple a petición de Hilma, y Anna llevaba tarros adicionales con pigmento seco. El miedo se apoderó de ambas cuando vieron a Hilma acurrucada en el suelo con la cabeza en el regazo.

—Dios mío, ¿qué ha pasado? —Anna se apresuró a consolar a su amiga—. ¿Alguien ha entrado y ha robado los cuadros?

Hilma soltó el cuaderno de bocetos y se lo dio a Anna.

—Lars debe haberlo tenido todo este tiempo... tenías razón al preocuparte.

Anna tomó la libreta y pasó la mano por la cubierta. Aunque habían pasado tantos años desde que había posado para aquellos bocetos privados, el recuerdo de lo que habían compartido seguía impreso en sus páginas. Una gran sensación de alivio la invadió al saber que volvía a estar en manos de Hilma.

—Me alegro de que esté de vuelta a salvo contigo...

Hilma negó con la cabeza.

—Kristian lo vio enseñándoselo a la gente en un bar, hablando de nosotras de la forma más terrible y salaz. Quiere destruirnos y nunca nos dejará en paz.

Anna levantó la mano y empezó a alisarse el pelo.

—Es un viejo amargado lleno de amenazas... pero no puede destruirnos, no se lo permitiré.

Esa era una de las cosas que más le gustaban de Anna: en ella siempre surgía una poderosa fuerza interior cuando Hilma estaba más débil; podía parecer un ratón tranquilo por fuera, pero por dentro era un león.

—Cornelia dice que debemos abandonar el almacén hoy, antes de terminar los dos cuadros restantes.

Sigrid permaneció en silencio junto al grupo.

—Creo que vi a ese hombre del que hablan merodeando por el almacén hace unas semanas. Tuve un terrible presentimiento sobre él, su aura estaba rota. Todo lo que vi a su alrededor fueron manchas negras y oscuras. Debí haber dicho algo al grupo.

—¿Cómo podías haberlo sabido? —respondió Anna con simpatía—. Ha cobrado esta venganza contra Hilma durante demasiado tiempo.

—Ya estaba distraída por la falta de armonía al romperse nuestro círculo, con la salida de Matilde pero, aun así..., debí haber intuido que representaba una amenaza.

—Las pinturas que hemos hecho hasta ahora están a salvo. Debemos estar agradecidas al menos por eso —Cornelia intentó añadir algo positivo a la conversación.

Sigrid estuvo de acuerdo.

—Sí, y ahora debemos idear un plan sobre qué hacer con ellas —su voz era solemne—. Podríamos dividir las entre nosotras.

Hilma hizo un gesto con la cabeza.

—No, los cuadros no deben separarse nunca. Deben permanecer juntos, siempre.

Se levantó y trató de recuperar la compostura. Los ocho cuadros habían sido enrollados cuidadosamente por Cornelia. Los cuadros más pequeños de la primera serie estaban apilados de manera ordenada junto a ellos.

—Todavía tengo algunos de los cuadros anteriores en mi estudio, y ahora me doy cuenta de que no es el lugar más sabio para guardarlos.

La agitación de Hilma aumentó cuando pensó en cómo Kandinsky había sido tan osado como para husmear en sus lienzos. Eso también le había parecido una violación.

—Un pintor ruso vino ayer y, sin mi permiso, empezó a examinar algunos de los primeros cuadros del templo.

—Debió haber pensado que eran una locura —dijo Anna—. Estoy segura de que le parecieron una locura tan grande que no continuó pensando en ellos ni un segundo más.

Hilma frunció el ceño.

—No estoy tan segura. Se mostró muy opaco y fue difícil calibrar su reacción. Sí dijo algo sobre los colores, alabando lo atrevidos que eran.

Sigrid asintió.

—Pero tenía razón. Los colores son hermosos y el significado detrás de todas las formas y la fusión de la ciencia y el descubrimiento no tienen precedentes. Solo tú podrías ayudarnos a obtener la visión de los espíritus, Hilma.

Hilma se miró las manos. Se había dado por vencida en su intento de quitarse la pintura de debajo de las uñas, solo conseguiría mancharlas de nuevo.

—Tengo la sensación de que el mundo aún no está preparado para estas pinturas —respiró profundo—. Pero un día será exactamente como predijeron los espíritus: se mostrarán en todo su esplendor, transportando a quienes contemplen las imágenes y llenándolos de asombro.

El corazón de Cornelia se enardeció ante las palabras de Hilma.

—Yo también lo creo, Hilma.

—Sin embargo, debemos guardar los cuadros en un lugar seguro mientras tanto. Tengo un granero en la isla de Munsö donde paso los veranos. No es adecuado para pintar en él, pero podríamos guardar los *Diez Mayores* dentro hasta que encontremos otro lugar.

Anna contempló la idea, había visitado la propiedad varias veces con Hilma y conocía bien el granero.

—Si se guardarán indefinidamente, quizá debas firmarlos antes.

Hilma hizo una pausa y miró las caras de sus amigas.

—No creo que sea correcto hacer eso. Estos cuadros han sido creados por todas las que estamos en la sala.

—Yo no he pintado absolutamente nada —dijo Sigrid.

Hilma miró hacia Cornelia y Anna.

—Solo hemos contribuido a tus visiones, Hilma. Deberías firmarlos tú —insistió Anna.

Hilma suspiró. Estaba agotada física y emocionalmente por dedicar cada parte de sí misma a garantizar que se cumpliera la visión de los espíritus. Cuando pudo contemplar los cuadros colgados en el almacén, experimentó lo que imaginaba que una madre sentía al ver por primera vez a su hijo al salir de su vientre, pero también sabía que

los cuadros nunca habrían podido concebirse sin la ayuda de las demás mujeres.

Se detuvo un momento para contemplar sus sinceros sentimientos. ¿Acaso una empresa tan monumental podía atribuirse a *De Fem*? Sus orígenes venían del más allá. No podían pedir a los espíritus que firmaran los lienzos.

—No, eso no estaría bien —respondió—. Estos lienzos forman parte de algo mucho más grande que cualquiera de nosotras... Las primeras semillas de inspiración vinieron de los espíritus, de sus palabras canalizadas por Sigrid. Nosotras, como las pinceladas de los lienzos, solo somos una parte de un universo más grande. Los cuadros formarán parte de alguna conversación en el futuro, de eso estoy segura; no nos pertenecen, solo podemos salvaguardarlos.

—La idea de guardarlos en Munsö es buena, Hilma —dijo Anna poniéndole una mano en el hombro.

—Haremos lo que tú decidas, Hilma —convino Cornelia—, pero, por favor, terminemos los dos últimos cuadros esta noche antes de empacar, aquí, juntas. De lo contrario, nuestro trabajo quedará inconcluso. Como has dicho antes, es esencial que mostremos el círculo de la vida humana en su totalidad. Puedo ir a ver a Kristian más tarde y rogarle que nos dé una semana más para despejar este espacio.

—Si pudieras lograrlo, nos daría tiempo suficiente para que las pinturas se sequen. Y, tienes razón, quién sabe cuándo encontraremos un lugar lo suficientemente grande para terminar. ¿Tienes los papeles para que podamos empezar a montarlos en los lienzos?

El fondo de los ocho trozos de papel había sido pintado en rosa claro días antes y Cornelia ya los había apilado anticipando que tendrían que marcharse.

—Sí, los tengo aquí y están secos.

—Tal vez podrías empezar a pegarlos en lienzos nuevos entonces...

—sugirió Hilma—. Anna, ¿podrías empezar a mezclar la pintura?

Anna empezó a sacar los tarros de su cesta.

Una nueva energía se apoderó de Hilma; la mujer que tan solo una hora antes yacía hecha un ovillo, ahora irradiaba un sentido de propósito restaurado.

Cornelia comenzó a trabajar de inmediato en la ardua tarea de ensamblar los trozos de papel en una superficie de trabajo más grande. Había que hacer muchas cosas con cuidado: la mezcla del pegamento y la aplicación sobre la tela, asegurándose de que se aplicaba uniformemente para que no salieran burbujas.

Mientras colocaba suavemente las piezas sobre el lienzo, las palabras de Matilde volvieron a ella, resonando dentro de su cabeza: «Te utiliza, te tiene trabajando como una sirvienta, sin crédito ni palabra de agradecimiento alguna».

La verdad era que Matilde estaba equivocada, Hilma no quería todo el mérito para ella, solo quería asegurarse de que se hubiera logrado la visión de los espíritus. Ella creía plenamente que las pinturas eran una manifestación del conocimiento y anhelaba que encarnaran las maravillas del universo. No lo veía como algo que ella poseyera, sino más bien como sabiduría que quería compartir.

A pesar de todo, a Cornelia le afligía que esa pudiera ser la última vez que estuviera en presencia de esos grandes y hermosos cuadros. Cuando colocó el último cuadrado de papel, presionó su mano contra él, haciendo que el pegamento mojara el papel bajo sus dedos. La impresión de su mano siempre estaría allí, igual que su huella en el cuadro anterior. Su papel en la creación del grupo existiría en esas marcas, como un fósil conservado a través del tiempo.

*

Hilma estaba ahora de pie sobre el lienzo montado, semejante a una emperatriz: en sus manos sostenía dos bocetos al carbón que había hecho entre las dos últimas reuniones.

Ella había deseado que los dos últimos cuadros se unieran en una poderosa sensación de cierre. Los *Diez Mayores* empezaban con el

«Nacimiento» y terminarían con la «Vejez». Suspiró profundamente. Menuda metáfora. Pintaría la muerte justo antes de abandonar ese espacio sagrado.

El conjunto de cuadrados pintados de azul, amarillo y terracota que Cornelia había creado tenía la profunda figura de una cruz. A ambos lados había rehiletes en forma de flor con un arcoíris de colores flotando sobre el papel para mostrar que, incluso en la corpulencia de la vejez, el espíritu puede trascender y conservar su propia vitalidad.

Sacó un pastel al óleo y empezó a dibujar una línea a lo largo de la enorme imagen del suelo: no una recta, pues la vida no siempre es recta y sencilla, sino más bien llena de desviaciones inesperadas y hermosas. La línea enroscada y serpenteante le recordó a las enredaderas de la naturaleza. Continuó dibujando la línea retorcida hacia abajo y alrededor hasta que se cerró. Para *De Fem*, había llegado el final por el momento.

Capítulo 18

Eben

Presente

Nueva York

A principios de diciembre, estábamos a diez meses de la inauguración de la exposición de Hilma af Klint. Empezaba a parecer que íbamos a conseguir tener la exposición y el catálogo a tiempo.

Tenía todos los ensayos en la mano, salvo el de Blythe, que me había dicho que me haría llegar antes de la fecha límite que le había dado, el 30 de enero. Toda la financiación estaba también lista, y el departamento de relaciones públicas estaba ocupado haciendo su trabajo, consiguiéndonos publicidad anticipada.

No había vuelto a ver a Blythe. Había tenido la sensación de que ambos queríamos comenzar a frecuentarnos de nuevo y quise ponerme en contacto con ella pero, al mismo tiempo, pensé que sería más inteligente dejarla terminar el ensayo, eso tenía que ser lo primero. Y yo tenía que resolver el tema de Daphne.

Nunca nos habíamos visto a menudo porque ella dividía su tiempo entre Los Ángeles y Nueva York. En todo caso, solía pasar más tiempo en la otra costa. Lo que fue diferente aquel otoño, fue que de pronto me había hecho consciente de que no parecía echarla de menos cuando estaba lejos, lo que probablemente habría hecho si la relación hubiera sido importante.

El jueves 14 de diciembre, Daphne voló de vuelta a la ciudad para una boda el fin de semana de una amiga íntima. Me reuní con ella el

viernes en la cena de ensayo en Majorelle, un restaurante francés de la calle 63 Este dentro de un encantador hotel boutique, The Lowell. El comedor privado estaba repleto de gloriosas rosas rojas y blancas con un guiño a la temporada navideña que se aproximaba. En cada mesa había pequeños pinos decorados con lazos de satén.

La novia y Daphne habían crecido juntas y durante la cena se alejó continuamente de su asiento, charlando con toda la gente que conocía allí. Durante la pausa entre el plato principal y el postre, volvió a nuestra mesa para decirme que acababa de revisar su teléfono y tenía un mensaje de Barbara Silverman, que quería concertar una reunión la semana siguiente.

—Dice que quiere hablar de la identificación del patrocinio —aclaró Daphne.

—¿Hay algún problema? —pregunté.

—Ninguno, solo un cambio. Decidió que quería que el patrocinio llevara el nombre de la empresa de su familia.

—Aún no hemos enviado a imprenta los folletos ni los carteles, así que deberíamos tener tiempo. ¿Cuál es la empresa?

Antes de que pudiera contestar, la novia se acercó y apartó a Daphne. Como la mujer de mi izquierda no estaba en su asiento, no me preocupé por ser descortés y me levanté. Fuera, en el vestíbulo, saqué mi teléfono y tecleé: «Barbara Silverman» y «junta directiva» en Google.

Revisé la primera coincidencia, leí el nombre de la empresa de su familia y me sentí mal. La Corporación Delong era un conglomerado: poseían una empresa de cosméticos, otra de ropa y una farmacéutica que estaba en el centro de un gran escándalo. No estaba seguro al cien por cien de los detalles, así que volví a mi búsqueda en Google y di clic en un artículo reciente que detallaba la situación.

El año anterior, Delong había subido los precios de su medicamento más popular para la diabetes. No había sido un incremento normal. La insensible indiferencia que el presidente de la empresa, Gregory Silverman, el hijo de mi donante, había mostrado al encarecer en más de un 300 por ciento y sin motivo un medicamento que salva vidas había dado lugar a una investigación que descubrió un

delito aparte. Silverman había utilizado fondos corporativos para ocultar a sus inversionistas defraudadores en una empresa incipiente.

No comenté lo que había leído con Daphne durante el postre. Esperé hasta que estuvimos de vuelta en su apartamento de la 71 Oeste. Se había mudado a él poco antes de conocernos. Un año más tarde todavía estaba siendo decorado, por una firma de primera, por supuesto. Cada vez que lo visitaba, notaba un poco más de avance, pero aún no estaba terminado. Me parecía frío. Aunque de buen gusto, la decoración era impersonal y me ponía nervioso. La única ventaja parecía ser la vista desde el piso 28 de la ciudad.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó Daphne al quitarse los tacones.

—Un brandy, por favor —le dije.

Ella jugueteó en el bar, un carrito de cromo y cristal que se ajustaba perfectamente a la decoración.

Encima del sofá había una nueva obra de arte que no había estado allí la última vez: una impresión enmarcada del *Perro de globo* de Jeff Koons. La pieza de estatus me dejó tan incómodo como el resto del apartamento.

—¿Qué tenía esta impresión que te hizo elegirla? —le pregunté.

—No la elegí yo, lo hizo el decorador.

—¿Porque te gusta el artista?

Daphne me dio la bebida.

—Porque el artista es importante —dijo—. Compró arte de la misma manera que les digo a mis clientes que lo hagan. Cada compra es una oportunidad de invertir inteligentemente y hacer crecer tu capital o arriesgarlo.

Tomé un sorbo del brandy. No era nada que no le hubiera oído decir antes y, aunque entendía su credo cuando se trataba de gestionar la cartera de un cliente, que se atuviera a él con lo que colgaba en su propia casa me pareció mercenario.

Miré a mi alrededor, a las otras obras de arte igualmente «importantes» y a los muebles de estatus.

—¿Cuál es tu pieza favorita aquí?

Daphne me miró como si estuviera hablando un idioma extranjero.

—No se trata de favoritos. Aquí recibo visitas, ya lo sabes. Cada artículo fue elegido para reflejar mi filosofía de inversión.

De nuevo, no era nada que no hubiera oído antes, pero esa noche me impactó de forma diferente al verlo a través de la lente de la financiación que ella me había aportado, al observar el mundo en el que ella operaba en contraposición con el tipo de mundo en el que Hilma y Anna habían habitado.

Era cierto que Anna había sido muy rica, su familia era propietaria de minas de carbón, pero era una verdadera mecenas de las artes y apoyó a Hilma durante toda su vida porque creía en su arte, no porque lo viera como una oportunidad de inversión.

No era tan ingenuo como para pensar que en el siglo XXI podríamos operar sin financiación corporativa, como tampoco Hilma habría podido crear lo que había creado sin la ayuda de Anna. Tampoco creía que hubiera una gloria incalculable en entrar en negación o en la pobreza. Ni siquiera culpé a la Sra. Silverman por querer patrocinar una exposición, independientemente de sus razones. Tampoco podía argumentar que el arte no fuera una inversión, por supuesto que lo era. Pero ¿comprar arte solo por su valor de inversión, aunque no conmueva? ¿Llenar un apartamento de piezas que hablaban de uno, pero no a uno?

Era una afrenta a todo lo que había hecho con mi vida.

—Daphne, el museo no podrá aceptar la financiación de la Sra. Silverman si realmente es para un patrocinio corporativo.

—¿Por qué?

—¿Sabes lo que hizo su hijo?

—Hijastro, pero sí, y está en la cárcel cumpliendo su condena...

—Por fraude, sí, pero me refiero a la subida de los precios.

—No es mi trabajo ni el tuyo juzgarlos.

—Daphne, lo que hicieron fue inhumano. Fue codicia pura, sin adulterar.

—Eso no nos corresponde a nosotros determinarlo. Mi clienta desea realizar inversiones positivas y cree que financiar la exposición de Hilma af Klint elevará el perfil de la empresa.

—¿Has visto lo que está pasando con los Forrest? —pregunté—. Nuestro museo está siendo interpelado para que retire ese apellido del ala que financiaron. Lo mismo pasa con el resto de las instituciones del país a las que dieron dinero.

—No puedo creer que estés siendo tan moralista al respecto. No es fácil conseguir financiación para una chiflada prácticamente desconocida que celebraba sesiones de espiritismo para saber qué pintar. Nada menos que de Suecia. ¿Qué artistas vienen de Suecia?

Sabía que Daphne había bebido un poco de vino en la cena, y nuestro brandy de sobremesa probablemente no había sido una buena idea. No estaba borracha, pero estaba menos controlada y rara vez la veía así.

—Es una cuestión ética —dije.

—Ay, Eben, por favor. ¿Ética?

—Sí, ética.

Se echó a reír.

—No puedo creer que estemos teniendo esta conversación. Mi clienta está dispuesta a darte 1.3 millones de dólares, ¿y tú los rechazas?

—No, pero creo que en cuanto se lo cuente a la Dra. Perlstein, en nombre del museo, lo hará.

—Nunca pensé que te comportarías como un niño explorador conmigo.

—No me estoy comportando como nada. Es dinero manchado. ¿Cómo puedes no verlo?

Tenía otras preguntas que hacerle: ¿cómo podía colgar un grabado en su pared porque era de un artista importante sin saber siquiera si le gustaba?, ¿había decidido siquiera si yo le gustaba de verdad o simplemente había llenado suficientes casillas en alguna lista de control que ella tenía?

No obstante, no le pregunté nada más. Estaba demasiado sorprendido; no de ella, sino de mí mismo. ¿Cómo me había dejado

atrapar por ella? ¿Qué decía de mí que hubiera pasado por alto las pistas?

Dejé mi vaso.

—Me voy a casa, Daphne.

—Creo que es lo mejor. Y... —vaciló—, sobre la boda de mañana...

—¿Sí?

—Sé que de todas formas no es algo que te haga ilusión, así que no te sientas obligado a asistir. No es una cena formal, estaré bien sola.

Sus palabras resonaron en mi cabeza a lo largo de mi caminata a casa. Ella estaba bien sola. Eso era lo que me había atraído de ella, ¿no? Y, cuanto más lo pensaba, más estaba seguro de que eso era lo que me había atraído de todas las mujeres con las que había salido en los últimos ocho años. Siempre estaban bien solas. La independencia era una cosa, pero había encontrado una serie de mujeres que, en última instancia, no querían ser responsables de una relación. Y probablemente yo tampoco.

Arriba, en mi apartamento, preparé una cafetera, me senté en el escritorio de la esquina de la sala y empecé a tomar notas sobre posibles fuentes de nueva financiación. Iba a ser prácticamente imposible a esas alturas.

A medianoche, me quedé mirando el block amarillo casi vacío. Al arrancar la página superior, la arrugué y la lancé al otro lado de la habitación. Curiosamente, atravesó el agujero de la escultura de mi madre y aterrizó en el alféizar de la ventana.

Me levanté y me acerqué a recogerlo. En la ventana, miré hacia arriba. A pesar de la contaminación lumínica de Nueva York, había una gran cantidad de estrellas en el cielo oscuro. Cuando Hilma Af Klint miró al cielo nocturno en Munsö, ¿cuántas estrellas más habría visto? Ahora siempre estaba pensando en la exposición. *Pinturas para el futuro* ocupaba todo mi tiempo.

No había abandonado mi curiosidad por todas las integrantes de *De Fem*. Había determinado que, aunque no podía incluir su historia en el programa al nivel que yo quería, iba a continuar con ello más

adelante. Quizá volvería a Suecia, investigaría más allí y trabajaría con la historiadora del arte danesa. No dejaría cabo sin atar.

Sin embargo, por el momento era en Hilma en quien estaba centrado, y cuanto más tiempo trabajaba con los cuadros en sí, más me sorprendía atrapado en su misterio.

Mucha de la gente a la que había conocido y con la que había hablado en Suecia, en el museo y en la fundación, numerosos eruditos a los que había solicitado que escribieran ensayos para el catálogo, y varios de los curadores del Guggenheim que estaban implicados me habían dicho lo mismo: había algo intangible en trabajar con los cuadros de Hilma que los cambiaba de alguna manera, que los conmovía más de lo que esperaban.

Sentí como si una fuerza ajena a mí me hubiera cambiado en los últimos meses. Las pinturas y la historia me hablaron. El esfuerzo de toda una vida de Hilma por traducir el idioma de su espíritu me habló. Me asombró su interminable esfuerzo por comprender el don que se le había concedido, incluso cuando, como se sugiere en los primeros cuadernos, ella misma no siempre sabía lo que significaba. Respondí a la alegría y la belleza de la propia obra y a la magia de Hilma, que desafiaba las adversidades de su tiempo, al hecho de que hubiera sido tan difamada en vida y varias décadas después hubiera sido descubierta por primera vez, además de serlo como una de las primeras de su tipo. ¿De verdad había sido colocada en un escalón más alto que Kandinsky y Mondrian?

Por un momento, casi deseé tener la capacidad psíquica de cualquiera de las mujeres de *De Fem* o la habilidad de Marie Cassel para cerrar los ojos, elevarme al cosmos y entrar en comunión con los espíritus.

Pero no podía hacerlo, así que, en lugar de eso, llamé impulsivamente a Blythe. Sabía que era tarde, pero recordé su insomnio y, a menos de que hubiera encontrado alguna cura milagrosa, estaría despierta.

—¿Eben? ¿Pasa algo?

—No, quería hablar contigo. No estabas durmiendo, ¿verdad?

Ella rio.

—Sabías que no estaría durmiendo o no habrías llamado.

—¿Puedo ir a tu casa?

Su *no* fue inmediato.

—Pero déjame ir a la tuya.

—Si estás segura... —le dije—. Es que llevo toda la noche pensando en Hilma y dándome cuenta de cosas, y tú eres la única persona que podría entenderlo.

Pude oír una sonrisa en su voz cuando dijo:

—¿De verdad? Qué curioso.

—Déjame enviar un auto. Y mándame un mensaje cuando des la vuelta a la manzana. Bajaré a abrirte.

La estaba esperando en la acera.

—Espero de verdad que no sea demasiado tarde.

—Todavía estaba corrigiendo trabajos. Ni siquiera me di cuenta de la hora que era hasta que colgaste el teléfono. Pensé que apenas eran las diez. Ni siquiera me había puesto la bata... —señaló su vestimenta. Bajo su bata pude ver una falda larga en turquesa y verde, una camisa rosa y al menos una docena de collares alocados de cuentas alrededor de su cuello.

Al subir, abrí la puerta y ella entró en el vestíbulo y atravesó la sala. Se dirigió directamente hacia las esculturas de mármol de mi madre. Se quedó como paralizada durante casi un minuto entero antes de hablar, e incluso entonces no apartó los ojos de una pieza.

—No puedo creer que no me diera cuenta —dijo.

—¿De qué?

—Antes de conocerte, estaba al tanto del trabajo de tu madre.

—Sí, ya me lo habías dicho.

—Había visto algunas fotos en los catálogos y leído un artículo sobre ella, pero nunca vi sus piezas en vivo. No había ninguna en los museos de Londres.

—No, no las hay.

—¿Hay más obras tuyas aquí?

—Sí —señalé—. Dos piezas más en la sala y una en el comedor.

Siguió la dirección de mi brazo, entró en la sala e inspeccionó las dos piezas.

—No había visto en vivo ninguno de los cuadros de Hilma cuando estábamos en la escuela. De todos modos, mi tesis se inclinaba más hacia Georgina, así que no hice la conexión.

—Qué conexión. ¿De qué estás hablando?

—No lo ves, ¿verdad? —ella inclinó la cabeza—. No, no lo verías. Has vivido con ellas toda tu vida. Estas figuras están impresas en tu alma.

Miré la escultura ante la que estábamos. Intenté verla como lo haría un extraño. Miré al otro lado de la habitación, a la otra pieza, y luego volví al vestíbulo, después al comedor.

Finalmente, lo vi... y quedé asombrado de habérmelo perdido.

Las figuras que mi madre esculpía en mármol eran muy parecidas a muchas de las que Hilma af Klint presentaba en sus pinturas del templo: el símbolo del infinito, el círculo concéntrico, las pirámides dobles, los óvalos específicos en forma de útero. Era casi como si mi madre hubiera sido alumna de Hilma.

—¿Cuándo se hicieron? —preguntó Blythe.

—La mayor parte entre 1976 y 1987, que fue cuando ella murió.

—La primera exposición de Af Klint fue en 1986, así que tu madre no pudo haber sido influenciada por ella. ¿Había visitado alguna vez Estocolmo?

—No lo sé, pero quizá estemos exagerando. ¿Es realmente tanta coincidencia? Mi madre utilizaba muchas figuras naturales en su obra. También Hilma. También muchos artistas.

Blythe frunció el ceño.

—Supongo que tienes razón... solo me llamó la atención...

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Tu primer instinto sigue siendo negar la posibilidad de que exista algo más allá de lo que conoces. Nuestras mayores discusiones fueron por tu incapacidad de tener fe en algo que no fuera la fría y dura lógica, y...

Se interrumpió.

—¿Qué?

—He estado esperando encontrar un momento para decirte esto. Te dije por qué te dejé: me di cuenta de que no estabas preparado para cambiar y admitir posibilidades; que si una idea no era racional, no creías que existiera, y no podía estar contigo y afrontar lo que tenía que afrontar si no estabas al menos abierto a la magia del universo.

—¿Qué tuviste que afrontar? —pregunté.

—¿Por qué me llamaste esta noche, Eben?

—Tuve una conversación sobre la financiación de la exposición que me ha hecho darme cuenta de que siento algo diferente por Hilma y su obra que por otros artistas, y quería contártelo. Pensé que no podía contárselo a nadie, además de ti, que entendiera siquiera la mitad de lo que tenía que decir.

—¿Y qué es eso?

—Vamos a sentarnos.

Cruzó la habitación y fuimos a la sala. Ella se sentó en una de las dos sillas colocadas una frente a la otra al otro lado del sofá. Yo me senté en la otra.

—Esta noche me di cuenta de que cuando estábamos juntos en Courtauld —le dije—, me asustaba tu investigación; que si tenías razón, si algunos artistas son capaces de conectar con la energía y el espíritu del cosmos, como Hilma, como Rothko, quizá incluso como mi madre, que si hay mensajes y significados en algunas de sus obras que están más allá de nuestra comprensión, yo fracasaría a la hora de descifrar lo que tan desesperadamente quería saber.

—¿Y cuál es la razón para decírmelo ahora?

Me encogí de hombros.

—Quizá que por fin he visto que mi terquedad nos impedía trabajar. Debí haberme dado cuenta hace años, debí haber ido por ti.

—Sí, tal vez.

—Pero nunca he sabido hacerlo. Una vez que alguien me deja... supongo que me apago.

Ella asentía y había algo en su cara que no pude leer.

—Yo tampoco debí haberme ido como lo hice, Eben. Debí habértelo explicado, pero... estaba convencida de que si me quedaba,

esto que teníamos se destruiría, y que si había alguna esperanza de mantenerlo vivo, necesitaba estar lejos de ti para proteger lo que éramos, y entonces...

Había empezado a llorar. Me puse de pie, fui hacia ella y la levanté. La rodeé con mis brazos. Todos mis sentidos cobraron vida al abrazar de nuevo a esa mujer. Olí su pelo y su piel, y sentí cómo seguía ajustándose a mí: era como si mi cuerpo, independiente de mi mente, tuviera un recuerdo de ella y yo respondiera en la forma en la que siempre había respondido ante ella... no, respondí de una forma en la que nunca lo había hecho del todo porque todos los años de echarla de menos me habían cambiado. El tiempo y las revelaciones me habían cambiado. Los cuadros de Hilma me habían cambiado. Abrirme a creer en algo que no podía explicar fue el mayor cambio de todos.

Cuando echó la cabeza hacia atrás y me miró a la cara, pude ver que ella también lo sentía. Había huellas plateadas de lágrimas en sus mejillas y sus ojos estaban más brillantes y azules por el llanto, pero había en ellos una comprensión que yo no había visto allí antes.

—Hay algo más que necesito decirte. Quiero decirlo de la forma correcta, pero primero quiero pedirte disculpas —dijo, y luego se inclinó hacia delante y me besó. Fue suave y un poco inseguro por un momento, para ambos. Y luego ya no lo fue. No éramos los mismos que habíamos sido en Courtauld o en Estocolmo. Este beso fue un poco más triste por lo que nos habíamos perdido y por el tiempo que no habíamos tenido; sin embargo, a medida que continuaba, se convirtió en algo nuevo. Este beso fue más deliberado, más duro, enfadado durante algunos instantes y luego lleno de una pasión diferente a la que yo recordaba.

Cuando se hace el amor con alguien por primera vez, suele ser incómodo, a pesar de todo el asombroso deseo y la maravillosa novedad. No se sabe dónde poner las manos o los labios. No se sabe lo que le gusta a la otra persona ni cómo maniobrar. Los olores y los sabores no son familiares. Y, a pesar de toda la emoción, esa primera vez también puede ser tímida y extraña.

Con Blythe esa noche había toda esa maravillosa novedad y ese maravilloso deseo sin ninguna de las incomodidades. Conocíamos el

olor y el sabor del otro. Nuestros recuerdos nos conmovieron y, a medida que la noche pasaba, volvimos a encontrarnos... mi Chica de Plata que ahora era diferente y la misma... y yo.

Hicimos el amor y nos dormimos, y luego nos despertamos y volvimos a hacer el amor y entonces, cuando acababa de amanecer, Blythe dijo que tenía que irse.

—Pero solo son las cinco.

—Tengo que volver.

—¿Por qué tan temprano?

—Mi hija.

Lo había olvidado.

—Mis padres están allí, pero no le dije que iba a salir, así que no quiero que se despierte sin que yo esté en casa.

Cuando me habló de su hija en el Mark, me sorprendió. Por supuesto, racionalmente sabía que ella había seguido adelante después de mí y que había construido una vida. Por supuesto que podría haber tenido un hijo. No obstante, la mención de su hija en ese momento, mientras estaba en mi cama, se sintió como si se hubiera corrido una cortina entre nosotros. Me sentí decepcionado de mí. Intenté decirme que no debía dejar que me molestara, que estaba siendo un tonto narcisista. Acabábamos de pasar la noche estando muy cerca, tan cerca como nunca había estado de nadie. Debí haberme sentido feliz con eso, agradecido.

—Tenemos más cosas de las que hablar —dijo al ver mi cara, que supongo que desmentía mis sentimientos.

Asentí.

—Sí.

—Pero ahora tengo que darme prisa.

—Comprendo.

Se vistió rápidamente mientras yo observaba cómo su glorioso cuerpo desaparecía bajo las capas de colores. Justo antes de que estuviera lista para irse, me levanté de un salto, me puse mis pantalones deportivos y una sudadera, y la acompañé escaleras abajo. Abrí la puerta principal. Ella extendió la mano para mantenerla abierta.

—Había estado esperando esto —dijo—, pero no quiero cometer ningún error esta vez, así que déjame ir despacio, ¿de acuerdo?

Sin esperar mi respuesta, me dio un beso rápido de despedida y luego se fue, volando por los escalones, dejándome pensando exactamente a qué se refería.

*

Cuatro horas más tarde, tuve la desagradable tarea de contarle a la Dra. Perlstein acerca de la cuestión de la financiación. Estar agotado no me ayudó mientras se lo explicaba.

—¿Cómo es posible que esto ocurra ahora? —me preguntó.

—Hasta ayer, la financiación procedía de la fundación de la familia de la Sra. Silverman, su padre era un magnate inmobiliario y un gran filántropo. Hicimos las debidas diligencias. No había ni una sola bandera roja para no aceptar el patrocinio, pero ella cambió de opinión y decidió que quería que el mismo estuviera a nombre de la empresa de su marido, pensó que el hecho de que la Corporación Delong financiara a Hilma podría ayudar a dar una imagen positiva de la situación de su hijastro.

La Dra. Perlstein tomó de su mesa una miniatura de cristal del museo, la miró y la volvió a dejar en su lugar.

—Esto es un desastre. No quería tener que acudir a la junta para conseguir la financiación, pero supongo que es mi siguiente paso. Se lo he pedido demasiadas veces en los últimos dos años.

—Lo siento.

Ella meneó la cabeza.

—Esto no es culpa tuya. Hoy en día, todo es un campo minado político.

Nos sentamos y estuvimos media hora haciendo listas de posibles patrocinadores de última hora. A las diez, se marchó a una cita. Volví a mi despacho y luego, a las once, fui al parque para pasear por sus serpenteantes senderos e intentar despejarme.

Me topé con una sesión fotográfica de moda en la Fuente de Bethesda. Me quedé observando durante algunos minutos cómo la estilista cubría a las modelos con magníficos chales y pañuelos de gasa en varios tonos de azul que iban del zafiro profundo al azul polvo pálido. Era como ver a alguien pintar con telas. Las modelos parecían estar hechas del mismo material que el cielo y las nubes, muy azules.

Me dio una idea. Tomé asiento en uno de los bancos, saqué mi Moleskin y apunté algunas cosas. Cuando levanté la vista, la estilista estaba trabajando en un nuevo montaje con una paleta en tonos rojos, y la observé crear otra ilusión.

De vuelta a la oficina, conseguí una cita con la Dra. Perlstein, que tenía tiempo para verme a las cinco de la tarde. Casi irrumpí en su despacho porque estaba muy emocionado por presentar mi posible solución para la financiación.

—¿Y si vendiéramos los derechos exclusivos para fotografiar la exposición y tomar extractos del catálogo a una de las principales revistas para mujeres? Para hacer un número entero centrado en el empoderamiento femenino y contar una versión más profunda de la historia que no podamos contar solo con pinturas sobre Hilma y *De Fem*, sobre sus problemas para encajar en su sociedad dominada por los hombres y la manera en la que se apoyaron mutuamente a través de su amistad.

»Esta tarde me di cuenta de que la pregunta que todo el mundo se ha estado haciendo es errónea: no es, ¿por qué no hay más grandes mujeres artistas? Las hay. La pregunta es, ¿por qué no prestamos más atención a las grandes mujeres artistas? Y no solo a las pintoras, sino a las escultoras, las cineastas, las fotógrafas... Utilizar a Hilma como ejemplo puede arrojar luz sobre el problema: he aquí una mujer brillante que crea obras asombrosas y, a pesar de ello, es desconocida para todos, salvo para aquellos que están profundamente inmersos en el movimiento del arte no objetual del siglo XX y...

La Dra. Perlstein levantó la mano.

—Detente. Me has convencido. ¿Y sabes qué más? Tenemos el permiso de la Fundación Af Klint para hacer productos de promoción... así que, en lugar de solo tazas y cuadernos, podríamos trabajar con la revista para encontrar algunas diseñadoras prometedoras que utilizaran algunas de las ilustraciones de Hilma para crear una pequeña línea... —tomó un lápiz y empezó a hacer bocetos—. Una túnica, un kimono, un pañuelo...

Pasamos la siguiente hora revisando las diversas publicaciones que podrían estar interesadas. Luego trabajé casi toda la noche en la creación de una elaborada presentación. Nuestros plazos eran urgentes. Estaba previsto que el catálogo fuera a la imprenta en un mes; los patrocinadores tenían que figurar en los agradecimientos.

Al final del día siguiente, la Dra. Perlstein había identificado a tres potenciales patrocinadores. Tuvimos reuniones con dos el jueves y con el último el viernes.

Los tres se mostraron interesados y prometieron llevarlo a sus consejos editoriales y anunciantes y ponerse en contacto con nosotros lo antes posible.

Había enviado un mensaje de texto a Blythe mientras creaba la presentación para obtener algunas citas de su conferencia para incluirlas en la presentación y me había pedido que le comunicara lo sucedido.

Tras mi última reunión del viernes, me encontré con un mensaje suyo en el que me preguntaba cómo habían ido las reuniones. Le dije que lo sabríamos en unos días, y luego, sin pensarlo demasiado, le pregunté si podríamos vernos el fin de semana. Me contestó casi inmediatamente diciendo que estaría fuera, investigando en la biblioteca de Yale, pero que quería verme y que se alegraba de que me hubiera puesto en contacto con ella y que me llamaría cuando volviera.

El sábado por la mañana, como de costumbre, fui a nadar. La niña a la que me había acostumbrado a ver estaba allí de nuevo, ya en el agua,

nadando sin cesar. Su padre levantó una mano en señal de saludo y luego volvió a su material de lectura.

A la media hora de mis cuarenta y cinco minutos de vueltas, me di cuenta de que había un movimiento distinto a mi lado y me detuve. La niña estaba en apuros. No lo dudé.

Me zambullí bajo el agua, nadé hasta su carril y la tomé en brazos. Escupió cuando la saqué del agua y la puse en el borde de la piscina. Luego salté y me arrodillé a su lado. Tenía buen color, pero se agarraba la pierna. Tenía la cara contorsionada, pero su respiración no parecía afectada.

Adiviné lo que le pasaba.

—¿Tienes un calambre? —le pregunté.

Asintió.

—Estarás bien. ¿Puedo intentar solucionarlo? Me dan todo el tiempo.

—Sí —susurró a pesar del dolor.

Podía sentir el espasmo del músculo de su pantorrilla bajo mis dedos. La masajeeé como hacía cuando los tenía. El músculo tardó solo unos segundos en relajarse.

—Se ha ido el dolor, ¿cierto? —pregunté.

—¿Willa? —su padre venía corriendo—. ¿Qué pasó? Estaba leyendo... ¿Qué ocurrió?

—Ya está bien —le dije—. Fue un calambre en la pierna.

—Nunca había tenido uno —nos dijo la niña a ambos—. Mi entrenador me enseñó qué hacer, pero nunca había sentido tanto dolor.

Su padre se agachó para levantarla, pero ella negó con la cabeza.

—Ya estoy bien. Quiero terminar de nadar.

—No creo que debas —dijo él, y luego me miró en busca de confirmación.

Dudé, no quería interferir, pero sabía lo que ella necesitaba.

—En realidad, si pudiera volver al agua y nadar unas cuantas vueltas sería mejor para su pierna.

Su padre me miró extrañado por un momento y luego se volvió hacia Willa.

—¿Es eso lo que quieres hacer?

Ella asintió.

—De acuerdo, pero me quedaré aquí.

Ella sonrió.

—Ya estoy bien, papá —se dio la vuelta, se sentó en el borde de la piscina y se metió.

El padre de Willa me miró.

—No sé cómo agradecértelo.

—No estaba en peligro, solo asustada. La próxima vez sabrá lo que es y no se sorprenderá.

Estocolmo, a 17 de abril de 1908

Queridísima Hilma:

Por favor, ven tan pronto como puedas. Sé lo duros que han sido para ti estos últimos meses, pero Lotten ha empeorado terriblemente: su respiración se ha vuelto muy superficial y pasa casi todas las horas con los ojos cerrados. El médico dice que ya no le quedan semanas de vida, sino días.

*Con amor,
Anna*

Capítulo 19

17 al 24 de abril de 1908

Estocolmo

—El médico dice que está llegando al final —Anna rompió a llorar cuando Hilma entró en el vestíbulo—. Se me parte el corazón. Estoy sumamente agradecida de que vinieras enseguida.

Hilma rodeó a Anna con sus brazos. Su abrazo le proporcionó un consuelo que trascendía las palabras.

—Siento no haberte visitado en tanto tiempo... Me duele saber que Lotten está ahora tan frágil.

Anna se obligó a contener las lágrimas. Se sentía muy bien por ver a Hilma después de tantos meses. Sabía que había sufrido una depresión después de su agotador viaje a Suiza para reunirse con Rudolf Steiner. Hilma había hecho el arduo viaje a las montañas creyendo que el filósofo, reformador y clarividente confeso quedaría impresionado por los *Diez Mayores* y la guía espiritual que había recibido para realizar los cuadros.

—Él sería la persona perfecta para crear un templo que los albergue —le había dicho Hilma a Anna, sabiendo que Steiner también era arquitecto de formación. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que se había equivocado terriblemente con él. Steiner desestimó los cuadros y no expresó ningún interés en ayudar a Hilma a construir un templo para exponerlos. Al contrario, la reprendió por su mera creación.

—Es un pecado mortal hacer arte a partir de la actividad espiritual —le recriminó.

A pesar de su insistencia para que la tomara más en serio, Steiner no quiso entablar otra conversación. Hilma había regresado con el corazón roto y rechazada. Desde entonces no había podido tomar un pincel, ni siquiera un trozo de carboncillo.

Anna esperaba que la urgencia de hacer un último boceto de Lotten para la familia ayudara a Hilma a poner sus manos en movimiento de nuevo y les hiciera bien a ambas. El que había hecho en febrero ya no se parecía a su hermana ahora.

—¿Está dormida arriba? —Hilma dejó su cuaderno de bocetos y su estuche de lápices sobre la pequeña mesa de roble.

—Está descansando en el salón. Mi madre hizo traer un nuevo sofá cama hace algunas semanas, uno con un grueso cojín de terciopelo que le da comodidad a Lotten.

Hilma tomó las manos de Anna y las apretó.

—Gracias por aceptar capturarla en estos últimos momentos, Hilma. Yo no podría hacerlo. Mis lágrimas destruirían el papel.

—Estoy feliz de hacerlo y comenzaré a trabajar de inmediato, siempre y cuando no moleste a Lotten.

—Lo más probable es que esté dormida...

—No perdamos tiempo entonces, Anna —Hilma apretó su block de dibujo y las dos amigas caminaron lentamente hacia las puertas francesas.

Dormida en el sofá cama de terciopelo, Lotten parecía un ángel en reposo. Josephine estaba sentada a su lado, con una pieza de bordado sobre el regazo. La aguja y el hilo permanecían junto a la tela, intactos.

—Madre Cassel —dijo Hilma suavemente, besándola en ambas mejillas.

Josephine estrechó las manos de Hilma entre las suyas.

—Estamos muy agradecidas de que hayas venido a hacer el retrato de Lotten.

—Por supuesto... haría cualquier cosa por su familia —la voz de Hilma se quebró. Volvió a mirar a Lotten y no podía creer lo pálida que se había puesto: parecía una de las estatuas talladas en alabastro de las que ella y Anna habían sido tan aficionadas en su juventud.

—Permíteme dejarte para que puedas trabajar sin molestias — Josephine se levantó de su silla—. Por favor, toma asiento y siéntete como en casa. —Sacó un pañuelo para secarse los ojos—. Sonia te traerá un poco de té.

—Volveré enseguida para ver cómo vas —añadió Anna. Hilma tenía los ojos vidriosos. Su emoción hizo que el corazón de Anna se rompiera aún más.

—No —dijo ella en voz baja—. Por favor, quédate. Te quiero aquí a mi lado.

El sonido del lápiz de grafito moviéndose por la página pronto llenó el aire. Hilma trazó cada línea con cuidado, esforzándose por hacer una representación perfecta de Lotten.

Empezó por esbozar el rostro ovalado de Lotten y luego añadió los rizos que caían sobre sus hombros y el camisón de lino. Atrás quedaban las formas abstractas, los garabatos y los colores vivos y atrevidos que había utilizado para las *Pinturas del Templo*. Cuando empezó a incorporar sus rasgos, los ojos de Lotten se abrieron de golpe.

—Hilma, has venido de visita... ¿Me estás dibujando?

—Sí —contestó Hilma, su rostro se iluminó cuando Lotten consiguió pronunciar algunas palabras—, pero es un reto plasmar a alguien tan bella y celestial en la página...

—Eres tan amable, querida Hilma... Debe ser una gran tarea dibujar a alguien que está a un paso de ser un fantasma.

Su mano blanca como el papel se levantó de debajo de la colcha; sus largos dedos, que siempre habían llenado el salón con música de piano, temblaron mientras apartaban algunos rizos de su cara.

—Me alegro mucho de verte. Hace mucho tiempo que no venías a visitarnos a mamá y a mí. —Incluso las frases más cortas le resultaban agotadoras de pronunciar. Lotten volvió a cerrar los ojos.

Hilma siguió trazando los rasgos de Lotten: su pequeña y delicada nariz, y su boca en forma de arco de cupido. Al igual que Anna, parecía más joven de lo que era. Apenas había alguna fina línea o arruga en su rostro.

—Al dibujarte, me acuerdo de nuestros veranos juntas en el lago... de cómo siempre accedías tan generosamente a ser una musa para Anna o para mí. Eras muy amable ayudándonos.

Lotten logró esbozar una sonrisa.

—Sí. Me encanta pensar que algunos retratos míos permanecerán cuando yo ya no esté.

Anna se inclinó hacia delante en la silla.

—No digas eso, hermana. Ahora estás aquí y no dejaremos que te vayas. —Buscó la mano de Lotten y la tomó con fuerza.

Hilma continuó trabajando con rapidez. Era consciente de que cada minuto que pasaba en presencia de Lotten era precioso. Hilma ya casi había terminado el retrato. En todo su tiempo como artista, seguía sin cansarse de la satisfacción que sentía al ver cómo algo del corazón, la mente y los ojos de su modelo podía trasladarse a la página.

—Ya casi termino, Lotten. ¿Te gustaría verlo? —le preguntó Hilma, inclinándose más cerca con su cuaderno de bocetos para que no tuviera que esforzarse para verlo.

—Sí —respondió Lotten, y su voz apenas era un susurro—. Gracias a ti, ya no tengo miedo de desaparecer.

El funeral de Lotten estaba previsto para el viernes siguiente en la iglesia de Oscar, con sus preciosas vidrieras que daban al puerto. Después, la familia ofreció una pequeña recepción a familiares y amigos en su casa.

Era la primera vez en más de un año que Anna veía a todas las mujeres juntas. Incluso Matilde acudió a la iglesia a presentar sus respetos. Compartieron el mismo banco, sentadas hombro con hombro, y sus ropas negras de luto contrastaban fuertemente con sus rostros blancos como la leche.

En la recepción que siguió al servicio, Sigrid se acercó a Anna y la abrazó.

—La luz de tu hermana te rodea —observó. Sus palabras reconfortaron a Anna.

—Me alegro mucho de verte a ti y a las demás. Me conmueve que todas hayan venido.

—No es lo mismo ahora que no nos reunimos todas las semanas —dijo Cornelia.

—Sí —indicó Anna con la cabeza—. Fue un periodo muy sagrado. Debo admitir que no he podido pintar mucho desde que la salud de Lotten empeoró.

Cornelia se acercó y besó ambas mejillas de Anna.

—Siento mucho lo de tu hermana —se le atoraron las palabras en la garganta—. Matilde y yo...

Matilde levantó la mirada. Había envejecido considerablemente en el último año. Su pelo, trenzado en la nuca, era ahora completamente plateado. La piel alrededor de sus ojos y la línea de su mandíbula se hundía, haciendo que su semblante, antes vigoroso, luciera triste y abatido.

—Lo sentimos de verdad —completó las palabras de Cornelia—. Perder a una hermana le cambia a uno el corazón para siempre.

Según una carta que había enviado a Anna, Cornelia se había mudado el mes anterior. La habitación del apartamento de Matilde le había quedado demasiado pequeña. Hablaban muy poco entre ellas e incluso cuando lograban intercambiar algunas palabras, invariablemente acababan en una discusión.

Cuando Kristian le dijo a Cornelia que no podía seguir viéndola, que su mujer había empezado a sospechar y que tenía que tomar la dolorosa decisión de dar prioridad a su familia, Matilde no sería quien enjugara sus lágrimas.

—Te dije que nada bueno saldría de esa locura, y ahora tienes cincuenta y cuatro años y nada que presumir más que una habitación llena de telas y unos cuantos cuadros en un granero en algún lugar del norte de Suecia que ni siquiera llevan tu firma... —su voz se apagó con desdén.

No obstante, Cornelia no dejaría que su hermana tuviera la última palabra. La tarde siguiente, tomó el collar con la hermosa piedra azul que le había comprado Kristian, la que le recordaba sus ojos y el mar, y lo vendió a la joyería donde él lo había comprado originalmente.

«Nuestro amor es como el agua», le había dicho alguna vez: «puede tomar cualquier forma».

Esta vez Cornelia dejaría que su amor la llenara de otra manera; dejaría que comprara su libertad.

Tomó la suma que recibió de la venta y la usó en el alquiler del primer mes de un pequeño apartamento-estudio. La tarde siguiente puso un anuncio en el periódico ofreciendo clases de dibujo a precios asequibles a mujeres de todas las edades. Al cabo de una semana, ya tenía a su puerta la primera oleada de alumnas.

Cada vez que Cornelia se inclinaba sobre uno de los bocetos de sus alumnas y veía cómo habían dado vida a algo fresco en la página, reafirmaba que su talento no se estaba desperdiciando. A medida que trabajaba con las mujeres, fomentando su confianza y su habilidad artística, el mundo se convertía en un lugar mejor.

Durante el periodo en el que sintió el desconsuelo de perder a Kristian, lo único que la había salvado era saber que no solo había ayudado a crear los *Diez Cuadros Mayores*, sino que también había adquirido mucha sabiduría en el proceso. Había aprendido que hay muchas partes que ayudan a construir una unidad. Su relación amorosa con Kristian había sido una pieza necesaria para el viaje de su vida. Sin su amor la segunda vez, quizá nunca hubiera pintado con los mismos colores ni hubiera tenido la paciencia para averiguar cómo montar los pequeños papeles individuales. *De Fem* nunca habría tenido un almacén para crear sus últimas pinturas juntas.

Puede que Kristian no hubiera estado dispuesto a dejar a su familia por ella, pero la había ayudado a transformarse en una mujer que nunca volvería a estar sin su pintura y sus pinceles. Las lágrimas de su almohada eran el agua de lluvia que necesitaba para plantar las semillas de su jardín, su nueva vida, y Cornelia estaba decidida a verlo florecer y crecer.

Después de que casi todos los invitados a la recepción se habían ido, Hilma se sentó sola en el sofá cama donde Lotten había pasado sus últimos días. Anna, cansada de mantener conversaciones triviales durante tantas horas, con el corazón aún afligido por la pérdida de su hermana, se sentó finalmente a su lado. Se sintió aliviada de tener a alguien con quien poder guardar silencio. Era como un bálsamo para su alma.

Lentamente, se volvió hacia Hilma.

—El dibujo que hiciste de Lotten está ahora en el dormitorio de mamá. La reconforta mucho.

—Me alegro por ello.

—¿Te fijaste en el nuevo óleo que hice en la sala?

—Sí, por supuesto. Me llamó la atención enseguida. Cuatro pinos en círculo. Otro solitario en el centro. La metáfora no se me escapó. La entendí a la primera.

—Nunca se te escapa nada, Hilma —Anna apoyó las manos en su regazo. Se sentía bien hablar de algo que no fuera la enfermedad y la muerte. El mero hecho de sentarse junto a Hilma, oírla hablar de un cuadro, llenaba de vida a Anna.

—Necesitaba pintar a *De Fem* de alguna manera con mi propia mano. Durante el último mes de vida de Lotten, la llevamos a convalecer a la villa de nuestra familia en Västmanland y, en uno de mis paseos, me topé con este inquietante círculo de árboles. Había un gran pino en el centro; era robusto y fuerte, con ramas en su pico más alto. Me recordó a Sigrid. Había otros dos árboles ligeramente separados, uno exuberante de follaje y el otro marchito. Eso me recordó a Cornelia y a Matilde. Sin embargo, los dos árboles más verdes, los que estaban tan juntos que sus ramas se tocaban... esos dos me recordaron a nosotras, Hilma.

El rostro de Hilma se suavizó.

—Lo percibí cuando me quedé mirándolo. Puede que tú y yo hayamos crecido con dos raíces diferentes, pero nuestro florecimiento siempre se ha intensificado gracias a la otra.

—Me siento muy agradecida de que estemos construyendo el estudio ahora en Munsö. Será un lugar especial para pintar, y los *Diez Mayores* estarán mucho más seguros allí que en el viejo granero — Anna sonrió.

—Sí, has sido muy generosa al ayudar a financiarlo —añadió Hilma—. Cuando duermo por la noche, me imagino los bocetos del constructor y lo maravilloso que será tener un gran techo abovedado. Es casi como si estuviéramos construyendo nuestra propia iglesia pero, en lugar de un rosetón, tendremos las pinturas para aportar color y luz a la única y vasta habitación.

Anna le tendió la mano.

—Las paredes serán de pino. *De Fem* mantendrá siempre un escudo protector sobre las pinturas del *Templo*.

Estocolmo, a 13 de junio de 1917.

Querida Hilma:

Qué maravilla oír que el atelier por fin está terminado. Es un gran logro haber llevado a cabo esta idea. Ahora tendrás el espacio y la serenidad que necesitas para terminar la obra de tu vida. Estoy impaciente por ver lo que saldrá de tu pincel ahora que vivirás en la isla. Te inspirarás tanto en el paisaje que ambas amamos tan profundamente, ¡y por fin los Diez Mayores tendrán un hogar mejor y más acogedor, en lugar de ese granero mohoso!

Estoy haciendo planes para ir a verlo la semana que viene.

Apenas puedo esperar.

*Con amor,
Anna*

Capítulo 20

20 de septiembre de 1917

Isla de Munsö

El estudio se construyó en los terrenos de la propiedad de la baronesa Giertta, en una escritura que Anna pagó para alquilarlos durante cien años. La madera era como ella había prometido, de pino fuerte y fragante.

Cuando Anna paseó por primera vez con Hilma por la estructura terminada, antes de que los cuadros fueran trasladados allí para su conservación, las dos se situaron en el centro de la sala y sintieron que el lugar era realmente tan especial y sagrado como pretendían que lo fuera.

—Me siento aliviada de haber dejado mi estudio de Estocolmo —admitió Hilma—. Definitivamente, ya me quedaba pequeño.

—Verás caer la nieve, escucharás el repiqueteo de la lluvia y contemplarás la luna desde la ventana de arriba —señaló la ventana que el arquitecto había colocado en la línea del tejado para que Hilma nunca estuviera lejos de los elementos que la inspiraban.

Hilma parpadeó.

—Fue muy considerado de tu parte pedirle que hiciera eso.

—Recordé lo maravillosa que era esa ventana en el almacén...

—Sí —coincidió Hilma—. Ese espacio también ofrecía mucha magia.

Esa tarde, casi habían trasladado todos los grandes lienzos al espacio recién construido. Extendieron una manta sobre el suelo de madera y se sentaron a comer sándwiches.

—Envejeceré aquí... —dijo Hilma mientras estiraba el cuello para mirar las estrellas.

—Me reconforta saber que ahora tienes un lugar seguro e inspirador donde trabajar —añadió Anna. Nunca pudo pensar en Hilma envejeciendo; ella desafiaba al tiempo, seguía adelante cuando otros se quedaban de brazos cruzados, era un jardín en constante florecimiento.

*

Desembalaron cajas con materiales de arte y los colocaron en las estanterías. Hilma solo había llevado consigo una maleta llena de ropa y batas. El edificio tenía un pequeño ático destinado a la vivienda, y el resto de la estructura estaba pensado para su pintura.

—Alma y Charlotta ya han prometido venir y trabajar en los cuadros más pequeños del Templo. Es una pena que Cornelia esté tan ocupada con su escuela de arte.

—Es lo mejor —reflexionó Anna—. Ella también ha encontrado su nuevo templo donde puede crear.

Hilma se encogió de hombros.

—Pero aún debes venir a visitarme a menudo... Todavía queda mucho trabajo por hacer.

—Vendré tanto como pueda y ayudaré tanto como me sea posible —dijo Anna—, pero ya sabes que prefiero trabajar al aire libre... inspirarme en la naturaleza. Encuentro las respuestas a mis preguntas espirituales observando los pájaros en los juncos, las mariposas en vuelo... Mi mente nunca ha funcionado exactamente como la tuya...

El corazón de Anna se abrió mientras hablaba. Hilma siempre había trabajado para labrar el futuro, mientras que ella prefería trabajar en el momento, observar los sencillos placeres de lo que la rodeaba.

—Pero nunca dejaré de apoyarte. Espero que lo sepas.

Anna había construido el atelier como una forma de demostrar su devoción inquebrantable, su convicción de que los cuadros que Hilma había creado eran dignos de ser albergados adecuadamente. Quería asegurar a Hilma que no necesitaba a Steiner ni a ningún otro hombre para continuar con la obra de su vida.

—Después de Suiza, sentí que tú eras la única persona en este mundo que creía en mí —confesó Hilma—. Steiner me ridiculizaba, decía que una mujer no debía haber intentado semejante locura... Y pensar que lo admiraba y creía que nos ayudaría a crear nuestro templo...

—Algún día tendrás un templo para los cuadros —aseguró Anna—, pero, mientras tanto, tienes un espacio sagrado para trabajar.

—Ven —dijo Hilma—. Tu cuerpo debe estar tan cansado como el mío de mover todos esos enormes lienzos.

Condujo a Anna bajo la claraboya.

—No quiero dormir en el ático esta primera noche... Quiero dormir bajo las estrellas contigo.

Bajo la ventana, dejaron que sus cuerpos se estiraran, que sus dedos rozaran los de la otra, que los dedos de sus pies se tocaran como hacen los de los niños. Aunque tenían casi sesenta años y ya no se sentían tan vitales como antes, un calor reparador inundó a Anna. Se sentía satisfecha, como un cisne en su nido.

Capítulo 21

Eben

Presente

Nueva York

Vi a Blythe varias veces después de que regresó de Yale. Íbamos despacio, tímidos; nos preocupaba volver a lanzarnos a una relación demasiado deprisa. Su semestre en Columbia terminaría a finales de mes, planeaba volver a Londres para retomar la docencia en Courtauld en enero, y me dijo que estaría encantada de ayudarme en mi trabajo de detective entonces.

Entregó su ensayo la semana antes de Navidad, y era todo lo que yo esperaba que sería: profundizaba en los aspectos espirituales de la obra de Hilma de una manera a la vez históricamente rica, accesible y fascinante. La llevé a celebrar en La Grenouille. Había planeado sugerirle que podía visitarla en Londres durante las vacaciones.

Estaba hermosísima esa noche, sentada entre la profusión de flores por la que es conocido el restaurante. En honor a la temporada, llevaba un vestido *vintage* de terciopelo rojo con puños y cuello de visón blanco. Se había trenzado perlas en el pelo. Ambos pedimos champán y brindamos.

—Por nuestra primera colaboración —dije, y choqué su copa.

Ella me devolvió el brindis y bebió un sorbo.

—Eben —empezó y luego se detuvo.

—¿Qué pasa? —sabía que algo estaba mal.

—En realidad, no es nuestra primera colaboración.

—¿No lo es? —pensaba en Courtauld, tratando desesperadamente de recordar qué proyecto habíamos hecho juntos.

—No.

Jugueteaba con el tallo de su copa y parecía nerviosa.

—¿Qué pasa?

—Sabes que tengo una hija —dijo.

—Por supuesto.

Los ojos de Blythe se estaban llenando de lágrimas.

—He estado buscando la mejor manera de decirte esto, pero... ella es nuestra, Eben. Es nuestra hija.

Quedé atónito, sin saber si había oído bien.

—Nunca ha habido un momento adecuado y...

Intentaba contar, calcular cuándo... qué...

—¿Cuántos años tiene?

—Ocho.

—¿Y esperaste todos estos años?

—Yo...

—¿Sabías que estabas embarazada cuando rompiste conmigo?, ¿fue por eso?, ¿me lo estabas ocultando?

—No, no lo supe sino hasta dos meses y medio después de que regresaras a Estados Unidos.

—¿Y decidiste no ponerte en contacto conmigo, no ponerme al tanto?

—No pensé que tú... —ella tropezó con sus palabras.

Entonces hice algo horrible: me levanté, me acerqué al *maître*, le di un billete de cien dólares y luego, sin decir una sola palabra, salí del restaurante, hacia la noche fría, dejando a Blythe sola ante el banquete.

*

La evasión siempre había sido una de mis técnicas de supervivencia; me avergüenza decir que la empleé sin reparos durante diez meses enteros mientras se acercaba la fecha de la inauguración de la

exposición de Hilma af Klint y sobrellevábamos los contratiempos habituales en la organización de una exposición en la Rotonda, aunque ninguno que nos hiciera descarrilar.

Octubre llegó con muchas fanfarrias. La diseñadora y la revista con la que nos habíamos asociado estaban poniendo mucha energía en la promoción de la exposición. La prensa se había enamorado de la originalidad y la temática de la muestra. Hilma af Klint y *De Fem* resultaban muy atractivos en la era del #MeToo, tal como todos esperábamos.

La lista de invitados para la noche de la inauguración incluía personalidades del Guggenheim, la élite de Nueva York, la *crème de la crème* del mundo del arte y todos los colaboradores del catálogo.

La Dra. Perlstein también había invitado a la gente de Suecia que nos había ayudado a montar la exposición, incluidos los directores de la Fundación Af Klint y los curadores del Moderna Museet.

La única persona a la que yo había invitado era Marie Cassel. Le había advertido que no había conseguido que Anna o alguna de las otras integrantes de *De Fem* recibieran el reconocimiento que merecían, pero que las habíamos presentado y dejado la puerta abierta a nuevas investigaciones. Al principio se mostró decepcionada, pero luego se animó, diciendo que ese comienzo sería suficiente.

*

La noche de la inauguración hubo una gran gala con toda la ostentación y el *glamour* que habíamos previsto e incluso más. Hilma había cautivado la imaginación de todos.

Para mí, fue una velada surrealista. Desde aquel día nevado en Estocolmo en que vi por primera vez un cuadro de Hilma af Klint y noté las figuras de caracol idénticas a las de la espiral del Guggenheim, mi vida había atravesado sobresaltos tanto en lo laboral como en lo personal.

Había estado a punto de dejar mi trabajo, casi lo perdí, y al final me redimí con la Dra. Perlstein y aprendí bastante en el camino. Había dejado de salir con Daphne y permanecí soltero durante el periodo más largo de mi vida: nada de citas en serie, nada de escapadas. Había vuelto a conectar con Blythe, me había enterado de que tenía una hija y había abandonado cualquier posibilidad de conocerla. Había pasado mucho tiempo intentando perdonar y comprender las decisiones que había tomado esta mujer —a la que estaba unido para siempre— al mantener a nuestra hija en secreto durante tantos años.

La velada transcurrió en una bruma de manos por estrechar, conversaciones en las cuales involucrarse y copas de champán de las que beber, dejar y perder, para tomar otras algunas vueltas más tarde. La apreciada junta directiva del Guggenheim estaba allí, así como los amigos del museo y aficionados al arte de todo el mundo.

El arte pasó a un segundo plano frente al evento, en parte porque casi nadie podía ver realmente los cuadros por la multitud, pero también porque así solían ser las inauguraciones. Las visitas serias habían tenido lugar más temprano ese día para la prensa artística y continuarían al día siguiente para los miembros de alto nivel del museo. Después de eso, y durante los seis meses siguientes, el público podría ir y pasar tiempo descubriendo los cuadros de Hilma por sí mismo.

Volví a casa a la una de la madrugada. Estaba agotado, pero enormemente satisfecho. Sin duda había sido la mejor noche de mi carrera, aunque había una pizca de decepción que envolvía la velada como una astilla que duele lo suficiente como para no poder olvidarla: Blythe no había estado allí.

Sin embargo, no me permití mortificarme por ello. El día siguiente iba a ser emotivo, ya que iba a acompañar a Marie Cassel a recorrer la exposición; le había ofrecido una visita privada antes de que abriéramos al público, pero ella había declinado porque quería estar allí cuando estuvieran otras personas para ver sus reacciones.

Me senté en la sala de mi casa con una copa de brandy, saqué mi teléfono y me quedé mirando la pantalla. Quería contarle a alguien cómo había sido la noche: lo asombroso que había sido ver a la

multitud engalanada que subía por la rampa divisando los impresionantes cuadros de Hilma y acerca de la algarabía que indicaba que la exposición iba a ser enorme.

Pero la única persona a la que se me ocurría llamar, que lo entendería, era Blythe. Y no nos hablábamos. Sabía que me correspondía ponerme en contacto con ella, disculparme por haberla abandonado en La Grenouille y, en consecuencia, a nuestra hija. No obstante, algo me detuvo. ¿Ira? ¿Frustración? ¿Impotencia? ¿Cómo pudo haberme mentido durante tantos años? Bueno, mentir no, sino ocultarme la verdad. ¿Cómo había podido ocultarme algo que tenía derecho a saber? Porque era mi derecho, ¿no?

Así que no la llamé. Bebí el trago a sorbos y me obligué a dormir.

Tras seis horas de insomnio, desperté para el primer día de *Hilma af Klint. Pinturas para el futuro*.

A las once de la mañana, me encontré con Marie Cassel en el vestíbulo del museo, la tomé del brazo y la conduje al interior. Quedó maravillada al contemplar el edificio, lo vi a través de sus ojos: el remolino elevándose en un grácil arco, cada vez más alto, que terminaba en una claraboya llena de luz que hacía eco de la forma de caracol del edificio, la figura que había cautivado tanto a Hilma af Klint que había deseado utilizarla para su propio templo, al tiempo que, al otro lado del océano, otro gran artista, Frank Lloyd Wright, tenía la misma visión; dos extraños sin conexión alguna. ¿O habría habido alguna conexión? Esta era una conexión cósmica que, como tantas cosas de esta exposición, desafiaba la lógica.

Por primera vez en mi vida estaba dispuesto a considerar la idea de una sincronicidad que parecía cualquier cosa menos arbitraria; quería reírme de la ironía de cómo reaccionaría Blythe ante mi casi conversión.

—¿Subimos? —le pregunté a Marie mientras señalaba hacia arriba.

—Sí —dijo ella con una combinación de asombro y deleite.

La tomé del brazo y subimos por la rampa hasta el primer descanso, donde le mostré la información impresa en la pared que describía a Hilma y *De Fem*.

—«En 1896» —leí en voz alta—, «Af Klint comenzó a celebrar sesiones de espiritismo periódicas con otras cuatro mujeres que colectivamente se llamaban a sí mismas Las Cinco (*De Fem*). Al igual que otros espiritistas de la época, el grupo entendía sus esfuerzos como una forma de obtener acceso directo a un conocimiento de orden superior».

Cuando terminé de leer, procedimos a caminar hasta las *Diez Mayores* pinturas del *Templo*, que ocupaban las paredes por completo y se exponían por primera vez en América.

Juntos, los cuadros contaban una historia simbólica del ciclo de la vida: de la infancia a la juventud, la edad adulta y, finalmente, a la vejez. Ben Davis, en su reportaje para la revista *ArtNet*, había descrito por qué eran tan adecuados para nuestro tiempo.

También son, al menos para un ojo contemporáneo, muy femeninos, de un modo que se erige como una prerrefutación del machismo que más tarde llegó a dominar la retórica abstracta cuando esta ascendió a la preeminencia histórica del arte. Las *Diez Mayores* obras no son figurativas, pero las figuras que canalizan —los capullos, las guirnaldas de encaje y las florituras; las líneas en bucle y cursivas del texto críptico que surcan la superficie; la paleta de rosas y lavandas, melocotones y azules pastel— aportan frescura, para un ojo contemporáneo, a partir de sus asociaciones simbólicas con la iconografía femenina.

Al mismo tiempo, todo esto está plasmado a una escala tan descarada que también desarticula los estereotipos de la *época sobre el pudor y el decoro femeninos*, aunque esta libertad expresiva desenfrenada probablemente fue posible en sí misma por el hecho de que Af Klint casi nunca mostró estas obras públicamente.

Marie se apartó de los cuadros y se quedó de pie, mirando a la gente que pasaba, observando sus caras.

—Eben ¿recuerdas que te conté que una vez que cambian las estaciones parece como si la oscuridad tirara de un gran gorro de lana sobre todo Estocolmo? A medida que se hace más y más oscuro, cuando te encuentras con alguien por la calle o hablas por teléfono, es típico mencionar la oscuridad y hablar de lo difícil que es soportarla, sobre todo si además hay nieve y aguanieve. Y entonces llega el 21 de diciembre y pasa el día más largo: la tierra ha girado hacia la posición que promete que pronto habrá más luz. Una vez que termina ese día, siempre que vemos a nuestros amigos y conocidos, lo que decimos es que «está girando», y por fin podemos volver a sonreír.

—Esperaba que esta muestra no solo revelara el papel que mi tía abuela desempeñó en la vida de Hilma, sino el que desempeñaron todas las mujeres de *De Fem*: quería que todas esas mujeres salieran a la luz, que el mundo conociera a cinco mujeres que no sabían a dónde iban ni lo que podían lograr, que no se encontraron más que con obstáculos, pero que nunca se rindieron. Y ahora, aquí, siento que la oscuridad está llegando a su fin. El reconocimiento está en camino. Queda mucho por hacer, pero ayudaste a remover el gorro de lana que había estado cubriendo a *De Fem*. Ahora puedo decir, Eben, ¡que está girando! Comienza a haber más luz.

Tomó mis manos entre las suyas. Tenía lágrimas en los ojos y, para ser sincero, yo también, y la abracé. Fue entonces cuando, por encima de su hombro, vi el espectáculo más asombroso.

Subiendo por la rampa, vi a Blythe, con su pelo rubio iluminado por la luz del sol que se colaba por la claraboya y, junto a ella, de su mano, había una niña pequeña con ese mismo pelo rubio muy claro. Willa miraba hacia arriba, con asombro en el rostro; sin embargo, no se comparaba en absoluto con la maravilla que yo sentía.

«Papá» debía de ser como la pequeña nadadora llamaba a su abuelo, no a su padre.

Blythe me había visto y parecía sorprendida. Probablemente no pensaba encontrarme en la sala, pero me sostuvo la mirada mientras

ella y Willa subían hacia mí y el conjunto de cuadros del ciclo de la vida.

Solté a Marie Cassel y levanté la mano para saludar a Blythe. Había sido un momento a lo Hécate, pensé, que de alguna manera la niña que había conocido nadando, con la que había hablado, a la que había admirado y ayudado fuera la hija de Blythe.

Mi hija.

Supe entonces que estaba preparado para hacer lo que mucho tiempo atrás Blythe me había dicho que necesitaba hacer: tener algo de fe en que, si atravesaba la brecha, encontraría mi corazón, no lo perdería.

Epílogo

Octubre de 1933

Isla de Munsö

De pie, bajo la claraboya del atelier, bañada por los tempranos rayos del sol de verano, Hilma sintió que la serenidad de su decisión la inundaba. No era un logro menor haber llegado a los setenta y cinco años y tener de nuevo a Anna a su lado. Había entrado en ese estudio hacía casi dos décadas, jurando no marcharse hasta que la visión que había recibido de los espíritus estuviera terminada. Finalmente podía decir que la obra de su vida había concluido y, una vez sellada, podría descansar.

Hilma se miró las manos. La piel delgada como el papel ya no se tensaba sobre sus huesos, se había aflojado y arrugado como una tela sin estirar. Sin embargo, su espíritu aún se sentía vital y fuerte.

Cuando Anna llegó al estudio semanas antes, con una pequeña bolsa en su mano manchada por la edad, Hilma había bromeado con ella:

—Realmente no podemos ser tan mayores, ¿verdad?

Los ojos azules de Anna brillaban a pesar de las finas telarañas que tenían debajo. Su pelo se había vuelto completamente blanco. Había visto a su amiga en todas las estaciones de su vida, desde la adolescencia hasta ahora en la vejez; había compartido con ella el brotar de innumerables primaveras y el frescor agridulce del otoño y ahora, en sus años estivales, estaban reunidas una vez más.

—El tiempo ciertamente nos ha dado pinceladas —respondió Anna al entrar—. Ambas sabíamos que no seríamos inmunes a lo que le ocurre a toda criatura, grande y pequeña.

Hilma asintió y le hizo un gesto para que entrara.

—Perdón por el desorden —se disculpó.

El taller, antes lleno de espacios abiertos, estaba ahora invadido de lienzos acabados y pilas de dibujos. Largos ganchos metálicos colgaban de las vigas del techo y había cuadros flotando como cometas de colores en el aire. Sobre la mesa principal se amontonaban cuadernos de bocetos y torres de libretas con bordes irregulares. El suelo estaba tan abarrotado que apenas se podían ver las tablas de madera debajo del desorden. El único espacio disponible estaba donde ahora se encontraba Hilma, bajo la hermosa ventana tragaluz.

Anna permaneció inmóvil, respirando a Hilma. Habían sufrido periodos de sentimientos heridos, meses en los que solo intercambiaban una carta o dos. Empero, Anna siempre cumplió su promesa de conservar el atelier para Hilma y pagar todos sus gastos, incluso cuando le rompió el corazón y llevó al estudio a una mujer llamada Thomasine a vivir con ella.

Hilma dio un paso hacia Anna. Llevaba un largo blusón azul marino y, en el dobladillo, una mancha de pintura blanca atravesaba el algodón como un rayo.

—Gracias por venir... por aceptar ayudarme con todo esto. La tarea de guardar las pinturas selladas es demasiado grande para mí sola.

Anna dejó su bolsa para mirar a Hilma, a pesar del pelo blanco, las arrugas y la complexión delgada y enjuta bajo su vaporoso caftán, seguía irradiando una luz penetrante.

—Me alegro de volver a verte por fin —dijo en voz baja—. A estas alturas de nuestras vidas, no deberíamos perder más tiempo. Debemos hacer todo lo que podamos para seguir adelante.

—Sí —convino Hilma—. He estado haciendo todo lo que he podido para prepararme, pero ahora me muevo tan despacio como un caracol —sonrió—. ¿Quién iba a pensar que esa figura iba a tener otro significado?

Anna asintió.

—Cuando pintaste la serie de la «Vejez», no nos dimos cuenta de que algún día nos doblaríamos así. —Se tocó la espalda.

—Si me siento a reflexionar, me invaden nubes oscuras. Los rechazos han sido duros. Sabes cuánto he trabajado para ver estos cuadros expuestos de manera adecuada, para verlos algún día alojados en un templo. La decepción es un manto que me envuelve en sombras.

Hilma suspiró.

—Y, sin embargo, me niego a quedarme quieta y dejar que estas pinturas mueran; prefiero el camino de la oruga. —Le brillaron los ojos—. Este estudio es mi crisálida, y mis cuadros permanecerán protegidos en un capullo de seda. Solo cuando llegue el momento, se abrirán las puertas y la obra de mi vida emergerá como una mariposa que el mundo se regocije de ver.

Dejó escapar una enorme carcajada, encantada con sus propias palabras y, por un momento, Anna dejó de ver el pelo plateado y la bata manchada, y solo oyó la voz de Hilma, que era atemporal y hermosa. En cuestión de segundos, el cansancio del viaje y el dolor de sus huesos se disolvieron, y estar de nuevo en la habitación con su amiga la restauró.

—Debo creer que todo esto será comprendido por los que vengan después de mí... —Hilma señaló hacia los cuadros amontonados que la rodeaban.

Los ojos de Anna se posaron en dos de los *Diez Mayores*; se sintió bien al verlos de nuevo después de tanto tiempo y sonrió al ver que la diminuta huella de Cornelia seguía fosilizada en el papel.

—He anotado todas las explicaciones posibles. Quien las encuentre tendrá mucho que leer —Hilma señaló hacia la mesa—. Hay miles de páginas que explican todo lo que hicimos en el club de los viernes por la noche, y lo que continué en los años posteriores...

—Has sido incansable en tu trabajo —reconoció Anna mientras evaluaba la sala—. ¿Pero estás segura de que este es el único camino? Te estás encerrando mucho, Hilma. ¿Quién sabe lo que ocurrirá dentro de veinte años? Europa se encamina hacia tiempos oscuros, si

lees los periódicos... Ese hombre, Adolf Hitler, es un loco y me preocupa cómo sufrirá el mundo...

Hilma asintió.

—Es un demonio terrible. Me cuesta leer los titulares sobre lo que está haciendo en Alemania —su voz destilaba disgusto. —Entonces, ¿me preguntas si me preocupa que esto sea lo correcto? —Hilma negó con la cabeza—. Creo que es lo único que se puede hacer, Anna. Si están quemando libros en Alemania, encarcelando a los artistas e intelectuales, quién sabe si estaremos a salvo...

Anna se quedó callada.

—Soy demasiado vieja para preocuparme por mí; es el arte, y solo el arte, lo que me importa ahora.

*

La escalera al ático no era fácil de subir. Anna sujetó su bolsa con una mano y subió lentamente. En el nivel superior había una cama para dormir y un escritorio de madera, cuya superficie estaba cubierta con más papeles. Sacó la silla y se sentó. El escritorio daba a una pequeña ventana. La vista de los pinos y del lago como una franja azul un poco más lejana creaba un paisaje agradable que la tranquilizó. Se había sentido ansiosa durante el largo viaje desde Estocolmo, pero ahora la invadía una sensación de paz y satisfacción. Estaba contenta de ver el estudio, quizás por última vez, y se quedaría el tiempo que hiciera falta para ayudar a Hilma a ponerlo todo en orden.

Cuando Anna recibió la carta de Hilma en la que le suplicaba ayuda, su primer impulso fue declinar la invitación. Su salud era frágil desde hacía algún tiempo. Sus pulmones estaban muy debilitados a causa de toda una vida de asma, y empacar cuadernos y guardar enormes lienzos no era tarea fácil para ninguna mujer, sobre todo para una de setenta y siete años. Y luego estaba el dolor de volver a estar con Hilma, una mujer que la mantuvo cerca y la apartó durante casi toda su vida adulta; era un baile del que ahora quería prescindir.

Sin embargo, la atracción que ejercía Hilma era muy fuerte. Durante las semanas en que no contestó la carta, Hilma empezó a visitarla en sueños: aparecía con una bata blanca y el pelo suelto de su moño, y revoloteaba sobre Anna como un espectro, suplicándole que hiciera el viaje. Cuando por fin se sentó y escribió una carta diciendo que sí, que iría a ayudarla a empacar todo, dejaron de presentarse las visiones.

Anna miró ahora la cama. Hacía años que no dormía en ella. Había habido otras personas que habían dormido con Hilma bajo esas sábanas, pero ella arrinconó esos pensamientos en otra parte de su mente.

—Iré si solo estaremos nosotras —escribió—. Soy demasiado vieja para pretender que sería aceptable de otro modo.

—Por supuesto. Solo tú serás siempre mi *chou chou* —respondió Hilma.

Mientras se instalaba en el desván, Anna estaba segura de haber tomado la decisión correcta al ir. Su promesa de apoyar siempre a Hilma era algo que pensaba cumplir hasta su último aliento. Abrió la ventana, feliz de poder inhalar el aire fresco.

*

Habitaban el espacio entre ellas con respeto y auténtico cuidado. Cada mañana, Anna despertaba y pasaba de puntitas junto a Hilma, que dormía junto a la pila de cuadros envueltos en papel de estraza y el cuerpo doblado en una silla.

Caminaba lentamente por el sendero de tierra, inhalando los aromas del enebro y el pino. En ocasiones sentía el aliento de su hermana en el cuello, la voz de Lotten le recordaba que debía deleitarse con la belleza que la rodeaba; otras veces contemplaba las amapolas rojas y recordaba cómo una vez Hilma le había colocado una detrás de la oreja.

Con cada viaje al exterior del taller, sentía que sus agobios desaparecían, y cuando volvía estaba dispuesta a hacer todo lo que le pidieran.

En las últimas semanas, cuando casi todos los lienzos habían sido preparados como Hilma había previsto, le sería encomendada su última tarea.

—Los cuadernos privados que he llevado arriba, las cartas, los diarios.... todo eso debe ser quemado ahora —ordenó Hilma—. Lee lo que desees primero, pero no quiero que se conserve ningún detalle personal mío.

*

Las cartas y postales escritas fueron acumuladas a lo largo de cinco décadas de amistad, se trataba de una conexión que trascendía más de lo que la mayoría podría llegar a comprender. Durante días, mientras Hilma trabajaba sin descanso en los últimos preparativos para que las obras resistieran el frío y la humedad de los inviernos suecos, Anna leyó toda la correspondencia y los diarios que Hilma quería quemar.

Sabía que Hilma consideraba un regalo para ella permitirle sumergirse por última vez en su singular historia. Los diarios que había guardado para ella comenzaban cuando Hilma era adolescente. La primera entrada estaba fechada en septiembre de 1880, cuando Hilma escribió que había conocido a una chica nueva el primer día de la escuela de arte.

«Ella es esbelta y luminosa, y tiene el pelo cobrizo... No le asusta mi naturaleza dominante; al contrario, parece crecer en ella, como si fuera agua nutritiva que alimentara su alma... Estoy feliz de tener una nueva amiga».

Había postales que habían intercambiado durante los viajes familiares de cada una; algunas habían sido creadas en pedazos de papel de acuarela donde habían pintado con sus propias manos imágenes que las habían inspirado. Anna reconoció varias que había enviado a Hilma a lo largo de los años, una de ellas con una pintura impresionista de las flores junto a la ventana de su habitación en el

lago Malaren y otra de los árboles cercanos a la finca de su abuelo en Åre.

Mientras continuaba leyendo el resto de los escritos intercambiados entre ellas, Anna descubrió en las páginas de una de las agendas de Hilma una tarjeta que nunca le había enviado. En el exterior había un boceto de la catedral de Helsinki, de un viaje que Hilma había hecho para visitar a los parientes finlandeses de su madre, y en el interior había escrito lo siguiente:

«Te echo de menos, querida amiga. Los lagos brillan como el cristal. Cuando veo mi reflejo, veo que falta una parte de mí... Cómo me gustaría que estuvieras aquí».

Cuando por fin llegó al cuaderno de su viaje a Italia, el que contenía los dibujos íntimos que las habían metido en tantos problemas el último año del club de los viernes por la noche, Anna sintió que era demasiado privado para leerlo. Sabía lo que sentía por aquel tiempo que habían compartido, pero Hilma y ella nunca habían hablado abiertamente de ello. A Anna siempre le había parecido que si intentaba poner palabras a la experiencia, solo conseguiría mancillarla de alguna manera.

—¿Estás segura de que no te importa que eche un vistazo a estas páginas? —bajó las escaleras sujetando cuidadosamente entre sus manos la libreta encuadernada en cuero, como si fuera una pieza de cerámica que pudiera romperse.

Hilma levantó la mirada y soltó el papel de estraza que tenía entre las manos.

—Todo lo que eres para mí supera lo escrito en esas páginas, lo dibujado a lápiz o lo coloreado con pintura —se levantó y se sacudió el polvo del delantal—. Cuando miro a mi alrededor y veo toda esta vida de trabajo, sé que no habría sido posible sin ti... pero, en cuanto a mis páginas privadas, no dejaré que vuelvan a caer en las manos equivocadas. Solo quedará mi trabajo mucho después de que yo me haya ido.

Anna se acercó. En los últimos días había aumentado el espacio en la habitación, ya que los cuadros envueltos se apilaban unos encima de otros con un acolchado de papel periódico enrollado entre ellos.

Hilma avanzó hacia ella hasta que ambas se encontraron justo debajo de la ventana del tragaluz. Era más de medianoche y la luna acababa de salir de entre las nubes.

Anna parpadeó para disipar las lágrimas.

—Solías decir que necesitabas comprender el universo, que la pintura te permitía dar sentido a todo el caos...

—Sí, así es —dijo Hilma mientras alargaba la mano para tocar la de Anna; su piel era tan transparente que sus venas azules parecían flotar justo debajo de la superficie.

—Estoy muy agradecida por este tiempo contigo. Verte de nuevo ha ayudado a calmar la inquietud dentro de mi corazón —se acercó a Hilma y la besó suavemente en la mejilla.

*

La última mañana, revisó todos los papeles por última vez. Leyó las páginas que la habían conmovido más profundamente y echó un vistazo a las imágenes de su yo de veintidós años, desnuda y madura, captada con los hábiles trazos de lápiz de la mano de Hilma. En el reverso, Hilma había escrito simplemente: «Mi Anna».

«Hay que quemarlo todo», estas palabras de Hilma flotaron en los oídos de Anna. Una parte de ella se sentía aliviada de que ese capítulo de sus vidas permaneciera en privado, sobre todo después de los sinsabores que habían pasado por su causa.

Sin embargo, cuando se encontró con el retrato en blanco y negro de *De Fem*, se detuvo. El recuerdo la llevó a cuando posaron para él. Sonrió al mirar a Hilma con el traje negro y el sombrero, así como la mueca traviesa que le iluminaba el rostro. Su dedo tocó la cara de la bella Cornelia, la intensa mirada de Sigrid e incluso a la malhumorada Matilde con su puro. Echaba de menos a esas mujeres. Nunca podría

permitir que las llamas engulleran esa única reliquia que perduraba de su tiempo juntas.

Anna introdujo la fotografía en su bolsillo y colocó una mano sobre ella; protegería su recuerdo no con fuego, sino con su propio calor.

*

La columna de humo se elevó hacia el cielo mientras devoraba las páginas de los diarios y los dibujos íntimos que no estaban destinados a ser contemplados por otros ojos más que los suyos.

Mientras Anna observaba cómo se alzaba el fuego, Hilma se acercó y le tocó el hombro.

—Hay una última carta por quemar —anunció—. La escribí anoche a última hora. Me sentí en la necesidad de aclarar todo lo que hay en mi corazón para poder estar por fin en paz —le entregó el sobre nuevo a Anna, dejándola sola para que lo abriera.

El papel era tan delgado como la piel de una cebolla y la escritura tan delicada como el hilo de seda.

Mi querida Anna:

El estudio está casi totalmente envuelto en oscuridad, salvo por un pálido rayo de luna que proviene de la claraboya de arriba. Tú duermes arriba, y este hermoso espacio se siente exquisitamente completo ahora que has regresado brevemente.

Como sabes, nunca he sido del tipo sentimental, pero el peso de la vejez cae ahora sobre mí y me invade una sensación de urgencia por ser clara contigo. Quién sabe cuánto tiempo nos quedará juntas una vez terminada la monumental tarea de empacarlo todo. Así que, para asegurarme de que dejo este mundo sabiendo que conoces mis sentimientos de mi propia mano, tomo mi pluma para escribirte estas palabras, un gesto para garantizar que nunca haya duda alguna de lo mucho que siempre has significado para mí.

Desde el momento en que te vi por primera vez caminando hacia mí en las escaleras de nuestra escuela de arte, sentí que alguien había lanzado un lazo dorado alrededor de mi corazón. Tus ojos eran brillantes y escrutadores, tu andar noble y, lo que pronto descubriría, tu mente curiosa. Anna, nunca había tenido una amiga como tú antes de ese momento, ni después.

Tú fuiste la que estuvo a mi lado cuando me criticaban por ser demasiado arrogante, la amiga que ni una sola vez me dejó creer que no tenía tanto talento como aquellos artistas cuyas obras se exponían en las paredes de Blanch. Solo tú, Anna, me diste un espacio para pintar y me ayudaste a comprar los suministros. Cuando estaba de mal humor, me perdonabas. Cuando me enredé con otras personas, continuaste queriéndome.

Los espíritus nos mostraron que el universo puede explicarse a través del color y las líneas, las palabras y las formas, pero no se atrevieron a compartírnos el código para desentrañar el gran misterio del amor y me pregunto si sería porque lo que lo vuelve hermoso es que en realidad nunca puede explicarse.

Resulta irónico que veamos nuestras vidas en retrospectiva, como una historia contada al revés, cuando llegamos a la edad que tenemos ahora. Sin embargo, finalmente debo abrir el telón y reconocer todo lo que has hecho por mí. Así que lee estas palabras, mi querida amiga, mi verdadero amor, y entérate de que seguirás siendo mi cisne eterno, que vive en mi corazón para siempre.

*Siempre tuya,
Hilma*

Las manos de Anna temblaban de emoción. Después de tantos años, por fin se sentía vista.

Se llevó la mano al bolsillo, deseando poder guardar esa carta junto con la fotografía de *De Fem*.

No obstante, no podía traicionar a Hilma, a pesar de querer aferrarse a aquellas palabras escritas que había esperado toda una vida escuchar.

Anna levantó la carta y la arrojó a las llamas.

*

—Mi trabajo aquí ya ha terminado —dijo Hilma mientras salía a buscar a Anna. Solo tenemos que cerrar las puertas y marcharnos.

Anna se acercó a ella y le entregó un sobre que contenía un poco de la ceniza que había recogido.

—Tomé algo de la ceniza de la hoguera —le explicó—. Guárdala en un lugar seguro para que esté junto al resto de las cosas sagradas.

Hilma asintió.

—La colocaré encima para que sea como los corazones y órganos que se colocaban dentro de las tumbas de los faraones para mantener a salvo su tesoro.

*

La fogata era ahora solo polvo y brasas incandescentes. Anna tomó la mano de Hilma y entraron por última vez en el estudio. Habían desaparecido los dibujos de rehiletes que flotaban de las vigas, y los caballetes estaban ahora arrinconados. Los enormes cuadros del templo estaban tumbados, cuidadosamente envueltos y cubiertos con una manta. Los cuadernos en los que se explicaban los símbolos y los pensamientos que había detrás de las pinturas estaban guardados en cajas.

Anna tuvo que cerrar los ojos para que todo volviera a tener color.

Cerraron las puertas e Hilma entrelazó su mano con la de Anna. Una suave brisa soplaba entre los árboles y ambas mujeres inhalaban el aire reparador y fresco.

Hilma se detuvo a medio paso y se volvió hacia ella. Su rostro arrugado se suavizó al contemplar las facciones de Anna.

—Era en serio lo que decía en mi carta. Nunca me abandonaste... ni siquiera cuando estabas enfadada conmigo. Me perdonaste. Seguiste pagando para mantener este lugar con el fin de que yo pudiera

trabajar aquí libremente. —Su mano marchita alcanzó a tocar el rostro de Anna.

—Siempre he creído en ti, Hilma.

—Nunca nos casamos, no tuvimos hijos, pero, aun así, dejamos algo hermoso tras de nosotras, ¿verdad?

La mano de Anna agarró firmemente la de Hilma, empleando todas sus fuerzas.

—Creo que para algunas personas los hijos son su legado, mientras que para otras lo es su música, su escritura, su arte... sin embargo, en todos los casos, como seres humanos, nos sentimos impulsados a dejar algo en esta tierra que contribuya al futuro.

Por primera vez en su memoria, Anna creyó ver lágrimas en los ojos de Hilma y la mera emoción de ello la abrumó.

—Una cosa, empero, de la que estoy segura, amiga mía... es que el nombre de Hilma af Klint no quedará en el olvido —Anna respiró profundo—. Eso es algo que sé con toda mi convicción. Tus cuadros serán algún día desvelados y compartidos para que todo el mundo los vea.

Acerca de las autoras

ALYSON RICHMAN. Es una reconocida autora de *bestsellers*, además de ser una talentosa pintora. Entre sus obras destacan *Los amantes de Praga* (Planeta, 2017), *Las horas de terciopelo* (Planeta, 2020), *El jardín italiano* (Planeta, 2022) y *La melodía de la memoria* (Planeta, 2023). Se graduó de Wellesley College con un título en Historia del Arte y Cultura Japonesa. Sus novelas, que han sido traducidas a más de dieciocho idiomas, combinan su profundo amor por el arte, la historia y los viajes. En la actualidad vive en Long Island con su esposo y sus dos hijos.

M. J ROSE. Es una autora bestseller del *New York Times* y *USA Today* que creció en la ciudad de Nueva York, explorando las laberínticas galerías del Museo Metropolitano de Arte y los oscuros túneles y exuberantes jardines de Central Park. Es autora de más de una docena de novelas publicadas en más de treinta países.

SOFÍA LUNDBERG. Es periodista y ex editora de revistas. Su primera novela, *The Red Address Book*, se publicó en más de una treintena de territorios de todo el mundo. Lundberg ha sido alabada por la crítica por su capacidad para sorprender a los lectores y llevarlos a través del tiempo y el espacio, el amor y la pérdida. Ha sido considerada como la estrella de la ficción escandinava conmovedora y desgarradora.

Título original: *The Friday Night Club*

Copyright © Sofia Lundberg, M. J. Rose & Alyson Richman 2022
Publicado por acuerdo con Salomonsson Agency and Union Literary

Traducido por: Elián Alexis Michaus
Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Raymundo Ríos Vázquez
Derechos reservados

© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: octubre de 2024
ISBN: 978-607-39-1910-4

Primera edición en formato epub: octubre de 2024
ISBN: 978-607-39-2109-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE